

DOM COLUMBA MARMION

ABAD DE MARESSOUS

S U F R I E N D O C O N C R I S T O

TRADUCCION DEL FRANCES

POR

DOM ISIDORO M.^a FONOLL OLIVER

MONJE DE MONTSE~~R~~RAT

† Livros Católicos para Download



<http://alexandriacatolica.blogspot.com.br>

COLECCION "SPIRITUS"

EDICIONES DESCLÉE DE BROUWER

BILBAO

1 9 5 2

IMPRIMI POTES

✠ AURELIUS M. ESCARRÉ,
Abbas Montisserrati

Die 2 Januarii 1952

IMPRIMATUR

✠ CASIMIRO, Obispo de Bilbao

Bilbao, 10 de Enero de 1952

PRESENTACION

Al ofrecer a los lectores de Lengua Española la presente obra de Dom Marmion sobre el sufrimiento, deseamos cooperar al apostolado de tan insigne maestro de la vida espiritual, cuyo ideal era hacer conocer profundamente a Jesucristo, atraernos hacia El, para que en El, con El y por El fuésemos eterna alabanza del Padre; y como esa misión divina del Hijo se realizó principalmente en su Pasión, en su sufrimiento, no hay como ahondarse en ese abismo inmenso de dolor, que es el Corazón de Cristo sufriente para lograrlo.

¿Qué mejor obsequio podíamos, pues, presentar a Dom Marmion en el XXV aniversario de su muerte (30 Enero de 1923), sino la exposición de su doctrina favorita, ya que es la que hace resaltar más "la misericordia" divina?

Quiera él, desde el cielo, aceptarlo y bendecirlo profusamente, como ha querido bendecir las otras traducciones que de ella se han hecho en inglés, italiano y holandés, habiendo llegado a 25.000 el tiraje en lengua francesa.

Nos abstenemos de presentar la figura de Dom Marmion, ya tan conocida en todas las tierras de lengua hispánica, ni de esbozar el contenido de la presente obra,

pues temeríamos deslucir lo que con mano maestra y amor verdaderamente filial ha realizado Dom Thibaut en el prefacio que la encabeza.

Que en estas horas de tanto sufrimiento por las que atraviesa la humanidad entera, las siguientes páginas sean bálsamo, consuelo, fortaleza, y, una vez más, se muestre la vitalidad del Evangelio y el valor eterno de las palabras de Cristo: "Venid a Mí todos los que sufrís y Yo os aliviaré."

DOM ISIDORO M. FONOLL OLIVER
Monje de Monserrat

Festividad de S. Lorenzo, 10 Agosto 1951.

INTRODUCCION

El sufrimiento es un fenómeno universal. Nadie puede escapar a sus ataques y él acecha al hombre desde su llegada a este mundo y le acompaña hasta su último suspiro.

Bajo su influjo están todos los hombres y todo cuanto hay en el hombre, cuerpo, alma, corazón, espíritu, todo es abarcado por él. Su dominio se extiende tanto como las potencias del hombre.

A semejanza de la Cruz, su símbolo más perfecto y expresivo, el sufrimiento es también para unos motivo de "escándalo", para otros "locura"; y para otros, sublime prueba de fidelidad, precioso medio de perfección, germen fecundo de gloria.

Ante el sufrimiento la fe y el amor vivos separan las almas en dos grupos: instintivamente la mayoría lo rechaza con todas sus fuerzas como enemigo temible, que lo es en verdad, desde un punto de vista puramente natural; en cambio, los otros acogen al sufrimiento con la sonrisa en los labios, como mensajero de gracias. Para los unos, es estéril; para los otros, nocivo; para otros, sin embargo, tiene valor de redención y santificación.

Es, pues, de gran importancia el saber acogerle y es gran obra de misericordia—ciencia difícil, arte delicado—el ayudar a las almas a llevar bien la cruz.

No está al alcance de todos el poder enseñar con eficacia una ciencia tan elevada, el sobresalir en este arte,

Se requiere poseer un corazón muy grande, y a la vez la sobrenatural experiencia del dolor.

• Y he aquí una de las características de la fisonomía moral de Dom Marmion.

No hay duda, él tuvo un gran corazón.—A su clara y penetrante inteligencia, a su encantadora sencillez, a su franca hombría de bien, a su rectitud de carácter, se debe añadir, como supremo atractivo, una bondad extraordinaria comprensiva y activa. Poseía el sentido, la voluntad y el gusto de la bondad. Uno de los familiares del cardinal Mercier decía hablando de Dom Marmion: "Tiene un corazón como una catedral." Y debe hacerse notar que esta catedral estaba siempre abierta a todo transeunte y que la lámpara que brillaba en su santuario no se apagaba jamás.

Entregado totalmente al amor de Cristo, no anhelaba sino dar a Cristo a las almas y las almas a Cristo. Su caridad ardiente, su desinterés absoluto, el olvido de sí mismo y su entrega absoluta, su vida de unión a Dios le abrían de par en par los corazones.

Dom Marmion era de aquellos de quienes se ha dicho que "el amor tiene en ellos una casa" y que "son los testigos de la amigable presencia de Dios en la humanidad". Para los que le conocían, su nombre evoca la imagen dilatante de una atmósfera de luz, de confianza y alegría espiritual. Por doquiera que él pase, ilumina, eleva, llena de paz, reconforta; él hace los corazones más ardientes, las voluntades más fuertes, las almas más santas.

Esta caridad desbordante, este benéfico ardor de celo tanto como la convicción de la fe y la autoridad por la experiencia en las almas, daban a su palabra una fuerza singularmente persuasiva.

Todos cuantos hablaron con él, aunque incidentalmente, de cosas espirituales, notaron aquel acento peculiar que sólo da la santidad y que persuade más que toda elocuencia. Eco directo del Verbo divino, la palabra de los santos penetra hasta lo más íntimo.

La influencia que ejercía sobre las almas la palabra de Dom Marmion ha permanecido, puede decirse así, adherida a sus escritos ascéticos. Estos han obtenido una extraordinaria difusión y para gran número de almas, ellos son obras maestras (1).

En las horas de prueba y sufrimiento, es cuando más se descubre el carácter bienhechor, dilatante, de la doctrina de Dom Marmion; es precisamente en estas horas, cuando su influencia, incluso en almas que no le han conocido sino a través de sus escritos, se muestra especialmente eficaz (2). ¿Cómo explicar esta irradiación en los casos en que la prueba alcanza hasta lo más profundo del ser, siendo con frecuencia uno de los efectos del sufrimiento el replegarse el alma en sí misma y cerrar toda entrada a los demás?

Es que además de ser animada por una bondad comprensiva, toda la obra de Dom Marmion es humana, en el sentido noble y pleno de la palabra. Y por esto desde los comienzos ella nos conmueve. La experiencia del dolor humano es en él inmensa. El puede hablar del sufrimiento, porque lo ha experimentado en todas sus formas. Mas puede decir con verdad: "Yo procuro hacer frente con una sonrisa a todo aquella que me contraría", y en esta sonrisa, renovada constantemente, hay algo de heroico. El cardenal Mercier, que había escogido a Dom Marmion como confesor suyo y le honraba con su amistad, decía de él: "El aceptó siempre todas las pruebas con una filial y sobrenatural sumisión." Así pues, en las cartas que escribía Dom Marmion a aquellos que se le confiaban, a medida que trazaba sus líneas, en su pensamiento evocabanse y en su sensibilidad hallaban eco las necesidades, las pe-

(1) Véase "Un maître de la vie spirituelle, Dom Columba Marmion, cap. XIV: *L'apôtre du Crist*, pp. 356-394. y cap. X: *L'œuvre écrite*, pp. 395-430.

(2) Las pruebas y testimonios de esta aseveración, los hallará el lector en el final del libro, para no alargar demasiado esta introducción.

nas, las dificultades, las angustias de sus corresponsales; era en verdad que con toda su alma se compadecía y procuraba hallar la palabra útil a cada uno.

• Como ha dicho muy exactamente su gran amigo, monseñor Goodier, S. J., arzobispo de Hierápolis (Prefacio a L'union à Dieu dans le Christ d'après les lettres de direction de dom Marmion), "los que leen sus libros saben que leen las enseñanzas no de un maestro, sino de un hombre que ha sufrido y trabajado, y que no trata de imponerse, sino que queda con ellos a su lado".

Luego añade Mons. Goodier, "él veía la parte luminosa de cada uno y de cada cosa y no podía sufrir fuese obscurida. Un alma podía hallarse en gran aprieto, empero no consentía que permaneciese en este estado: podían sobrevenir muchas penas de lo exterior, más él veía siempre la mano de Dios".

La palabra de Dom Marmion es eficaz, porque busca su origen y la hace emanar del "Padre de la luz", del "Padre de las misericordias", del "Dios de toda consolación". De sus labios, de su pluma, las contrariedades, penas, pruebas vuelven a su punto de partida convertidas en fuentes de energía. No son las "cosas", como tales, las que interesan a Dom Marmion, sino su valor espiritual. A su contacto, todo se eleva; del estrecho mundo de la materia, todo sube al nivel de la grandeza sobrenatural; sus consejos son como los efluvios de un alma que sólo se nutre del aire puro de las cumbres.

Así pues, sus escritos son saludables para las almas que sufren, porque las sumerge en la luz divina, porque hacen nacer o reaniman en ellas la confianza, inician el goce de la paz y fijan el alma en la suprema seguridad del abandono en Dios.

Todas las páginas de la obra espiritual de Dom Marmion exhalan el finísimo perfume de bondad expansiva que emana del dulce ungüento de este bálsamo suavizador.

Sin embargo, nos ha parecido muy útil, en estos tiempos tan turbulentos y dolorosos, entresacar de las obras de este gran maestro de ascetismo, unas páginas escogidas destinadas especialmente a aquellas almas abrumadas por el sufrimiento.

Mas, si la materia es en sí misma rica, sin embargo, es en su selección algo difícil y nos hemos visto obligados a omitir cosas por otra parte interesantes. Hemos preferido hacer hincapié en algunos de los puntos más característicos de la espiritualidad columbaniana.

Fieles a su manera de pensar, hemos colocado en primer lugar ante los ojos del alma, la divina figura de Cristo. Abarca toda la primera parte. Es esencial. Cristo Jesús, que fué la obsesión de toda la vida de Dom Marmion, es, asimismo, el centro de toda su obra ascética. En ella, la figura del Verbo encarnado aparece llena de luz y en todo su relieve. "Debemos contemplar a Jesús, escribía. El es Dios revelándose a nosotros. Nosotros tenemos la solución de todas nuestras dificultades en una humilde fe en El. Cuando queremos penetrar en el santuario de los secretos divinos, Dios nos dice: "He aquí mi Hijo muy amado, escuchadle..." Contemplándole, no tenemos dificultad ninguna en comprender que Dios es amor."

Dom Marmion se ha complacido, sobre todo, en contemplar a Cristo, "el Varón de dolores". Conocemos su devoción a la Pasión de Jesús (1). Sabía, por experiencia, que nada hay más eficaz para conmover al alma, atraerla y hacerla quedar fija al pie de la cruz, que la contemplación del Hombre-Dios, que sigue nuestros caminos, vive nuestra pobreza, nuestras necesidades, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, poniéndose en lugar nuestro libre-

(1) *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 494-499.

mente por amor y aceptando la muerte, sumido en un océano de dolores, para rescatar a la humanidad pecadora. La fuerza de atracción, como la virtud de confortamiento del divino Crucificado, es infinita. ¿No nos lo advirtió el mismo Jesús, al decirnos: "Cuando sea levantado sobre la tierra, todo lo atraeré a mí mismo"? ¿No se comparó El a la serpiente de bronce colocada sobre un madero por Moisés, en el desierto, y que los Israelitas heridos por las venenosas mordeduras sólo debían mirar para quedar curados y conservar la vida? Así sucederá con todos aquellos que creerán en Jesús, Hijo de Dios, elevado en la cruz. Por eso Dom Marmion repetía con tanta frecuencia con el autor de la Epístola a los Hebreos: "Tened los ojos fijos en Jesús, autor y consumador de la fe, el cual en vez de la gloria que tenía delante de sí, despreciando la ignominia, sufrió la cruz, y por esto ha merecido estar sentado a la diestra de Dios. Considerad, pues, a Aquel que ha sufrido en su persona tan gran contradicción de parte de los pecadores, a fin de que el descorazonamiento no oprima vuestros ánimos."

Dom Marmion sabía también que nada hay tan fecundo como la unión a la fuente de agua viva, que mana del Calvario, para dar a toda prueba, a todo sufrimiento una virtud extraordinaria y asegurar un poder indefinido de redención para todo el mundo.

Así como Dom Marmion pone ante nuestros ojos, en las horas de dolor, la imagen de Cristo en la Cruz, así también las disposiciones que exige al alma ante el sufrimiento (II.^a parte) son las mismas que llenaron el corazón de Cristo en su Pasión: paciencia silenciosa, amor ardiente, abandono filial a todo deseo del Padre. Esta última disposición, que conduce el amor a su cumbre, es, como se verá, exigida por Dom Marmion con particular insistencia.

Si se trata, luego, de los medios para hacer nacer y cultivar estas disposiciones, — de mostrar su aplicación a las diversas formas de prueba y de sufrimiento (III.^a

parte) — de afianzar el alma ante la muerte, prueba suprema (V.ª parte) — es también a Cristo a quien nos conduce este maestro, como a fuente única de toda luz y de toda fuerza.

En fin, la fecundidad del sufrimiento se le presenta tan maravillosa ya aquí abajo (IVª parte), — la gloria que con él adquiere allí arriba tan deslumbradora (VIª parte), — precisamente porque esta fecundidad y esta gloria son como la prolongación de aquellas que ha tenido Cristo como cabeza de su Cuerpo místico.

Así es como la unidad tan poderosa y tan bienhechora que caracteriza la gran obra ascética de este maestro — unidad debida al papel central que representa en él la persona de Cristo, — se halla en estas páginas escogidas.



La mayor parte de los fragmentos de que se compone este libro son escogidos de la trilogía fundamental de la obra de Don Marmion (1).

Hemos añadido nosotros, sobre todo desde la II.ª parte, numerosos fragmentos de sus cartas espirituales (2). En éstas la doctrina es la misma, no menos profunda, ni menos penetrante, empero la forma es más directa, más espontánea, más viva, más familiar. El corazón profundamente humano de Dom Marmion se revela de una manera particular; se nota la emoción que le producen las pruebas de ciertas almas, cómo se exhorta a sí mismo animando a los demás.

(1) *Jesucristo vida del alma, Jesucristo en sus misterios, Jesucristo ideal del monje.*

(2) Publicados bajo el título: *La unión a Dios en Cristo según las cartas de dirección de Dom Marmion*. Para ser breves, en las referencias mencionaremos esta obra con el título: *Cartas de dirección*. (La paginación de las citas corresponde a las ediciones francesas).

Por fin, no hemos dudado en aprovechar una tercera fuente; las notas personales de este maestro de ascetismo sobre su propia vida interior, notas tan abundantes que, puede decirse, forman la trama de su biografía (1). Nos hemos sentido más autorizados a hacer uso de estos apuntes, por cuanto — cosa que se ha hecho notar ya — raras veces se constata una unión tan íntima en un alma entre su vida y su doctrina: una unidad profunda une la obra al hombre. Con estas notas de carácter tan íntimo adquieren las páginas de aspecto didáctico, de las cuales son viva ilustración, una seducción y fuerza extraordinarias.

A pesar de esta variedad de fuentes (2), se hallará siempre una doctrina idéntica, porque emana del único principio de toda luz; la eterna Sabiduría del Verbo encarnado. Pues, aunque estos fragmentos aparezcan a veces de tono diferente, empero todos tienen el mismo sentido profundo de gravedad y humanidad, propio de un alma que ha vivido incesantemente en comunicación con el Espíritu consolador y que a la par queda muy cerca de nosotros por su bondad extraordinaria.

*

*

(1) *Un maestro de la vida espiritual.*

(2) Se deben añadir a las fuentes citadas *Sponsa Verbi* y *Mélanges Marmon*.—Hemos procurado en todas las citas no recortar demasiado los párrafos; más de una vez hemos preferido conservar íntegro el texto, a pesar de la diversidad de ideas, por razón de su proceso lógico; un fraccionamiento excesivo hubiese hecho perder la fuerza o vigor del pensamiento; de aquí que las citas son de muy desigual extensión.—Además, forzosamente hay repeticiones en una recopilación de fragmentos como la presente. Hemos hecho caso omiso de éllo, tanto más cuanto que revelan el pensamiento dominante de Dom Marmon, y suprimirlas representaría hacer desaparecer la armonía de su desarrollo y disminuiría la fuerza persuasiva del razonamiento.—Se han omitido las referencias de los fragmentos citados de la Sagrada Escritura, se las hallará señalados en las obras de origen.

Quizás fuera conveniente resumir aquí la doctrina de este maestro de espíritu sobre el sufrimiento. Sin embargo, esta síntesis resultaría una exposición privada de aquella viveza de fe, de aquel ardor de caridad, de aquella unción incomparable y penetrante de que están llenos sus escritos y sobre todo sus cartas. Además, en las páginas que siguen hallará el lector esta doctrina plenamente, luminosa y profunda.

Por lo demás (¿es preciso decirlo?) la idea de Dom Marmion sobre el sufrimiento es la de la pura fe cristiana, basada en las Sagradas Escrituras. De golpe, como acostumbra, se sumerge y nos sumerge con él, en un mar de luz sobrenatural. Siguiendo a San Pablo, su autor favorito, del cual se ha asimilado los más íntimos pensamientos y hasta su mismo sentir, él ve en la muerte, cuyo preludio y anticipación es todo sufrimiento, el fruto del pecado.

Mas por la gracia de Cristo, somos vencedores del pecado, de la muerte, y del sufrimiento. Fuerza de Dios, Cristo, se ha hecho, por amor, artífice de nuestra redención, tomando sobre Sí nuestros dolores, nuestras debilidades, asumiendo la pena del pecado para destruirle por su muerte ignominiosa sobre la cruz.

En adelante, divinizados en su Persona, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, la misma muerte, serán para nosotros, por el mérito y en virtud de la gracia de nuestro Jefe, maravillosos títulos a la misericordia de su Padre, medios incomparables de santidad personal, secreto de una fecunda irradiación de redención en la Iglesia, germen de una gloria eterna.

En el plan divino, cuya trayectoria se dibuja de la eternidad a la eternidad, el sufrimiento se presenta con su carácter pasajero y su valor relativo. El forma parte integrante de este plan de la divina sabiduría, en cuanto

viene a ser como etapa necesaria, aunque provisoria, para que el alma pueda lograr, a ejemplo y en seguimiento de Cristo, el reino del esplendor inmortal y de la paz imperturbable. Sólo este punto de vista del sufrimiento, en la perspectiva de eternidad, puede dar un sentido al dolor y hacerlo aceptable.

Asimismo, Dom Marmion no admite que en la vida espiritual tenga que darse la primacía al sufrimiento. Para él, como para San Pablo, la primacía sólo corresponde a la caridad. Sólo la caridad tiene un valor supremo. Aunque el sufrimiento dé ocasión al amor de manifestarse con más fuerza y resplandor, sólo el amor puede adherirse al dolor para darle la aureola de gracia y de gloria, darle todo su valor y transformar su natural amargura en alegría espiritual. Y, cuando el sufrimiento ha cesado de cumplir aquí abajo su austera misión divina, el amor, que lo ha acogido para asegurar su fecundidad y recoger sus frutos, sigue perpetuando eternamente su mérito.

Por esto Dom Marmion conduce siempre el alma al espíritu de abandono, forma suprema del amor, en unión con Cristo, nuestro hermano mayor y nuestro compañero de peregrinación, hacia la eternidad. En todo el curso del camino, Cristo nos repite lo que decía a los discípulos de Emaús, en la tarde de la Resurrección: "¿No convenía que Cristo sufriese para entrar en su gloria?"... Palabras luminosas y de vida que hacían arder el corazón de los discípulos.

Nosotros confiamos que estas páginas, llenas de Cristo, de su espíritu, de su caridad, serán beneficiosas a muchas almas. En estos días trágicos, en que las pruebas se multiplican, en que el sufrimiento en todas sus formas adquiere una agudeza extraordinaria, ellas llevarán un mensaje de esperanza, impregnado de este op-

timismo cristiano, que sólo la fe en la Paternidad misericordiosa de Dios puede justificar y sostener.

En una confusión tan espantosa de pensamientos, en un conflicto tan difícil de intereses, en un choque tan violento de odios, sólo la fe cristiana es bastante luminosa para hacer la confianza invencible y el amor inquebrantable.

Dom R. THIBAUT

Abadía de Maredsous

DOM COLUMBA MARMION († 1923)

Nacido en Dublin en 1858 de padre irlandés y de madre francesa, José Marmion, terminados sus estudios de segunda enseñanza, fué recibido en el Seminario de Clonliffe. Terminó su formación sacerdotal en Roma. Ordenado sacerdote en la misma Ciudad eterna, en 1881, fué nombrado coadjutor en Dundrum y luego profesor de filosofía en el seminario de Clonliffe. Su vocación a la vida monástica se inició en una visita que hizo a Maredsous, a su vuelta de Italia, y en 1886 llamaba a las puertas de la abadía belga para ser recibido como novicio. Admitido a la profesión, comenzó a ocupar diversos cargos, siendo muy pronto nombrado profesor de filosofía; y habiendo sido enviado a Mont-César, en Lovaina, en 1899, como prior y profesor de Teología, permaneció allí durante diez años. Fué nombrado en 1909, abad de Maredsous, donde murió el 30 de Enero de 1923, dejando el recuerdo de un gran monje de intensa vida interior, de teólogo consumado, de contemplativo y de apóstol infatigable.

Las conferencias espirituales de Dom Marmion están reunidas en tres volúmenes: *Jesucristo vida del alma*, publicado en 1917. *Jesucristo en sus misterios*, en 1919 y *Jesucristo ideal del monje*, que apareció en 1922. Estos libros han sido colocados entre "los clásicos de la espiritualidad cristiana" (1) y han merecido para su autor,

(1) R. P. de Gulbert, S. J., *Revue d'ascétique et mystique*, abril 1930, p. 204.

por parte de teólogos y escritores espirituales de las más diversas escuelas, el título de "maestro" e incluso de "doctor" de la vida espiritual. Obispos y Príncipes de la Iglesia ratificaron este sentir; Benedicto XV decía que (son las mismas palabras del Papa) "se servía de ellos para su vida espiritual"; y fué el mismo Vicario de Cristo quien, hablando con Mons. Szepticky, arzobispo de Lemberg, le decía: "Leed esto: es la pura doctrina de la Iglesia." Así se comprende por qué la difusión de sus obras ha sido tan extraordinariamente rápida.

"Esta aceptación unánime de la catolicidad" (R. P. Donceur, S. J.) queda justificada por el conjunto de cualidades que raras veces se hallan reunidas en tales obras: la de Dom Marmion está íntegramente basada en el dogma y teología católica, resulta como su síntesis orgánica y viva. Y como la doctrina y piedad cristianas se organizan alrededor de la Persona y obra de Cristo, el autor no aspira a otra cosa que hacer que brille en todo sus esplendor y tenga todo su relieve la divina figura del Verbo encarnado.

Con este fin, acude constantemente a la Sagrada Escritura, mejor dicho, son los mismos libros santos la fuente de donde mana el armonioso desarrollo, la fructífera aplicación de la doctrina. De ahí también el perfume de plegaria que exhalan sus libros. El cardenal Mercier decía: "Dom Columba hace tocar a Dios"; continuamente nos sumerge en una atmósfera sobrenatural, atmósfera de oración. De ahí, también, la claridad, la seguridad, la paz y la alegría.

Dos volúmenes deben ser añadidos a esta trilogía: una biografía: *Un maestro de la vida espiritual*, y una colección de cartas: *La unión con Dios en Cristo según las cartas de dirección de Dom Marmion*. Estos volúmenes, a la par que nos hacen penetrar en la intimidad de este Doctor de la vida espiritual, añaden a su doctrina nuevo atractivo y nueva fuerza.

De la biografía se ha dicho con frecuencia que es una obra emocionante, que se desprende de ella un conocimiento más completo, más profundo de la vida íntima de Dom Columba. Baste este testimonio: "Esta obra, bien compuesta, escrita con sobriedad y elegancia, llena, por otra parte, de tan buena savia doctrinal, puede compararse con mucha ventaja a no pocos "tratados de perfección cristiana" (1).

Coronando estas obras, la colección de cartas espirituales nos revela con más espontaneidad, si cabe, el alma de aquel para quien Cristo fué realmente la vida. Estas páginas, donde Dom Marmion se muestra de una manera particular eminente director espiritual, son ante todo un tesoro doctrinal. A la vez se halla allí un carácter profundamente espiritual, que no disminuye nunca, y que mana de la abundancia de corazón y de la experiencia. Esta experiencia, unida a una penetración psicológica poco común a la vez que a una caridad muy comprensiva y muy suave, abre el camino a los corazones. De esta obra se ha podido decir: Dom Marmion sobresalía en el muy delicado arte de la carta espiritual. Como su doctrina era muy simple y muy profunda, su dirección colocaba al alma en la convicción, la claridad y la paz. El beneficio de su palabra será abundantemente esparcida por las cartas de Dom Marmion. Completa admirablemente el "*corpus asceticum*" (de las obras espirituales de Dom Marmion) ya desde ahora clásico" (2).

(1) François Jansen, S. J., *Nouvelle Revue Théologique*, 1930, p. 614.

(2) D. Bernard Capelle, *Questions liturgiques et Paroissiales*. Février 1934.

PRIMERA PARTE

CRISTO JESUS EN SU OBRA REDENTORA

A. — LA PERSONA DE CRISTO

1. — El lugar de Cristo en la economía del plan divino

DIOS nos ha elegido en Cristo desde antes de la creación del mundo, para que seamos santos e irreprehensibles delante de El; en su amor, según el beneplácito de su voluntad, nos ha predestinado para ser sus hijos adoptivos por Jesucristo, en alabanza de la magnificencia de su gracia, por la cual nos ha hecho agradables a sus ojos, en su Hijo muy amado."

En estos términos se expresa el apóstol San Pablo, que había sido arrebatado al tercer cielo y que entre todos fué escogido por Dios para poner "en su verdadera luz", como dice él mismo, "la economía del misterio escondido en Dios desde la eternidad", y señala el plan divino en nosotros.

La revelación nos enseña que en Dios hay una paternidad inefable.—Dios es Padre: es el dogma fundamental, base de todos los demás, dogma magnífico, que confunde la razón, pero que encanta a la fe y que enajena las almas santas.

Dios es padre.—Eternamente, mucho antes que la luz creada se alzase sobre el mundo, Dios engendra un Hijo al cual comunica su naturaleza, sus perfecciones, su beatitud, su vida; porque engendrar es comunicar (1) el ser y la vida: *Filius meus es tu, ego hodie genui te; ex utero, ante luciferum, genui te.* "Tú eres mi Hijo, yo

(1) Por la donación de una naturaleza semejante.

te he engendrado hoy.—Yo te he engendrado de mi seno antes de la aurora.” La vida es pues, en Dios, vida comunicada por el Padre y recibida por el Hijo.—Este Hijo, en todo semejante al Padre, es único: *Unigenitus Dei Filius*; es único, porque tiene (1) con el Padre una misma e indivisible naturaleza divina; y los dos, aunque siendo distintos el uno del otro (por razón de sus propiedades personales “de ser Padre” y “de ser Hijo”), están unidos por un abrazo de amor poderoso y substancial, de donde procede esta tercera Persona que la revelación llama con un nombre misterioso: Espíritu Santo.

Tal es, en cuanto la fe puede conocerlo, el secreto de la vida íntima de Dios; la plenitud de fecundidad de esta vida son la fuente de la felicidad incomensurable que posee la inefable sociedad de las tres divinas Personas.

Y he aquí que Dios, no para añadir nada a su plenitud, sino para enriquecer con ella a otros seres, extiende, por decirlo así, su paternidad.—De esta vida divina, tan trascendental, que sólo Dios tiene derecho a vivirla, esta vida eterna comunicada por el Padre a su Hijo único y por Ellos, a su común Espíritu, Dios determina llamar a las criaturas a participar. En un arrebato de amor, que tiene su origen en la plenitud del Ser y del Bien, que es Dios, esta vida va a desbordarse del seno de la Divinidad para comunicarse y hacer felices, elevándolas por encima de su naturaleza, a seres sacados de la nada; a estas puras criaturas Dios dará las cualidades y les llamará con el dulce nombre de Hijos.—Por naturaleza, Dios sólo tiene un Hijo: por amor, tendrá una muchedumbre innumerable; *he ahí la gracia de la adopción sobrenatural.*

Realizado en Adán desde la aurora de la creación, desbaratado después por el pecado de la cabeza del género humano, que arrastra toda su raza en su desgracia,

(1) Sería más apropiado decir que es con el Padre y el Espíritu Santo una misma naturaleza divina. Nuestros labios de criaturas sólo balbucean cuando se trata de tales misterios.

este decreto de amor será restablecido por invención maravillosa de justicia y de misericordia, de sabiduría y de bondad.

He aquí, en efecto, que el Hijo único que vive eternamente en el seno del Padre, se une en el tiempo a una naturaleza humana, empero de una manera tan estrecha que esta naturaleza, siendo perfecta en sí misma, pertenece enteramente a la Persona divina a quien está unida. La vida divina comunicada plenamente a esta humanidad, hace de ella la propia humanidad del Hijo de Dios; tal es la obra admirable de la *Encarnación*. De este hombre que se llama Jesús, Cristo, puede decirse en verdad que es el propio Hijo de Dios.

Más este Hijo que, por naturaleza, es el único del Padre eterno: *Unigenitus Dei Filius*, no aparece aquí en la tierra sino para ser el primogénito de todos los que le recibirán, luego de haber sido rescatados por El: *Primogenitus in multis fratribus*. Único nacido del Padre en los esplendores eternos, único Hijo por derecho, es constituido cabeza de una multitud de hermanos, a los cuales dará la gracia de la vida divina por su obra redentora.

De manera que la misma vida divina que se comunica del Padre al Hijo, que fluye del Hijo a la humanidad de Jesús, se comunicará por Cristo a todos aquellos que quieran aceptarle; ella les conducirá hasta el seno beatificante del Padre, donde Cristo nos ha precedido después de haber saldado por nosotros aquí en la tierra, por su Sangre, el precio de tan grande don.

Toda la santidad consistirá, por tanto, en recibir, de Cristo y por Cristo, el cual la posee en toda su plenitud y que ha sido establecido el único Mediador, la vida divina; en conservarla y aumentarla sin cesar por una adhesión cada día más perfecta, por una unión cada día más estrecha a Aquel que es la fuente.

La santidad es, pues, *un misterio de la vida divina comunicada y recibida*; comunicada en Dios, del Padre al Hijo, por una "generación inenarrable" y por ellos a

su único y común Espíritu;— comunicada, fuera de Dios, por el Hijo a la humanidad, que El une a Sí personalmente en su Encarnación;— luego, por esta humanidad, transmitida a las almas y recibido por cada una de ellas en la medida de su predestinación particular. — De manera que Cristo es verdaderamente la vida del alma, puesto que El es la fuente y el dispensador universal de esta vida.

La comunicación se hará a los hombres en la Iglesia, hasta el día determinado por los decretos eternos para la consumación de la obra divina sobre la tierra. En aquel día, el número de los Hijos de Dios, de los hermanos de Jesucristo, será ya completo; la multitud innumerable de estos predestinados, presentada por Cristo al Padre, rodeará el trono de Dios, para sacar de las fuentes vivas una felicidad pura y sin fin, para exaltar la magnificencia de la bondad y gloria divinas. La unión será eternamente consumada, y "Dios será todo en todos."

Tal es, en grandes líneas, el plan divino: tal es, en resumen, la curva que describe la obra sobrenatural.

Cuando en la oración considera el alma esta magnificencia y estas atenciones de que es objeto gratuitamente por parte de Dios, siente la necesidad de abismarse en la oración y de entonar, en alabanza del Ser infinito que se inclina hacia ella para darle el nombre de hijo, un cántico de acción de gracias "¡Qué grandes son vuestras obras, oh Señor, y qué profundos vuestros pensamientos!" *Nimis profundae factae sunt cogitationes tuae.* "¡Oh Dios mío!, ¿quién es semejante a Vos? Habéis multiplicado vuestras maravillas y vuestros designios en favor nuestro; nadie es comparable a Vos." "¡Oh Dios, Vos me regocijáis con vuestras obras y salto de gozo ante las obras de vuestras manos. Por esto os cantaré mientras viva, yo os alabaré mientras tenga un soplo de vida: esté mi boca llena de alabanzas, a fin de que yo ensalce vuestra gloria." *Repleatur os meum laude ut cantem gloriam tuam!* — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 4, 6-9.

2. — Cristo Jesús es constituido nuestro Pontífice y nuestro Mediador, desde la Encarnación

EN su carta a los Hebreos, expone San Pablo en términos llenos de amplitud y fuerza las inefables grandezas de Cristo como Pontífice; allí se hace resaltar su misión de mediador, la trascendencia de su sacerdocio y de su sacrificio por encima del sacerdocio de Aarón y los sacrificios del Antiguo Testamento: sacrificio único, consumado en el Calvario, cuyo ofrecimiento se continúa con eficacia inagotable en el santuario de los cielos.

San Pablo nos descubre la verdad de que Cristo Jesús posee su sacerdocio desde el instante de su Encarnación.

Desde que se encarnó, el Verbo se unió para siempre, en unión inefable, a una humanidad. Por la Encarnación, el Verbo entra a formar parte de nuestra raza, se convierte auténticamente en uno de nosotros, semejante en todo a nosotros, salvo el pecado. Por tanto, puede ser ya Pontífice y mediador, puesto que, siendo Dios y hombre, puede unir de nuevo al hombre con Dios.

En efecto, en la Trinidad santísima, la segunda Persona, el Hijo, es la gloria infinita del Padre, su gloria esencial: *Splendor gloriae et figura substantiae ejus*, el esplendor de su gloria, la viva imagen de su substancia. Mas el Verbo, como tal, antes de la Encarnación no ofrece sacrificio alguno al Padre. ¿Por qué esto? Porque el sacrificio supone homenaje, adoración, es decir, el reconocimiento de nuestra propia nada ante el Ser infinito. Por tanto, el Verbo, siendo en todo igual a su Padre, siendo Dios con El y como El, no le puede ofrecer sacrificio alguno. El Sacerdocio de Cristo sólo comenzó en el momento en que el Verbo se hizo carne; desde el momento en que el Verbo se encarnó, unió en El dos

naturalezas: la naturaleza divina por la cual pudo decir: *Ego et Pater unum sumus*: "Mi Padre y Yo somos una sola cosa, una en la unidad de la divinidad, una en la igualdad de perfecciones: y la naturaleza humana que le hacía exclamar: *Pater major me est*: "Mi Padre es mayor que Yo." Así, pues, Jesucristo es pontífice en cuanto es Dios-Hombre.

Hay autores que hacen derivar la palabra "pontífice" de *pontem facere*, hacer el puente. Cualquiera que sea el valor de esta etimología, la idea aplicada a Cristo Jesús es justa. En las conversaciones que el Padre eterno se deleitaba en sostener con Santa Catalina de Sena, le explicaba cómo Jesucristo, por la unión de las dos naturalezas, ha echado como un puente sobre el abismo que nos separaba del cielo: "Deseo que mires el puente que yo os he construido en mi único Hijo, y que contemples su grandeza que va del cielo a la tierra, ya que la grandeza de la Divinidad está unida a la tierra de vuestra humanidad. Esto fué necesario para rehacer el camino que había sido roto, y poder pasar la amargura del mundo para llegar a la vida eterna."

Además, por el misterio mismo de la Encarnación, la humanidad de Jesús ha sido "consagrada, ungida". Y no precisamente por una unción externa, como se acostumbra hacer con las simples criaturas, sino con unción plenamente espiritual. Por la unción del Espíritu Santo, que es llamada por la liturgia *spiritalis unctio*, la Divinidad se ha extendido sobre la naturaleza humana de Jesús "como aceite de alegría": *Unxit te Deus oleo laetitiae prae consortibus tuis*. Esta unción penetra tan hondamente, la humanidad queda de tal manera "consagrada a Dios" que no puede haber unión tan estrecha como esta, porque la naturaleza humana ha venido a ser la propia humanidad de un Dios, del Hijo de Dios.

Por eso, en el momento de esta Encarnación, que consagró al primer Sacerdote de la Nueva Alianza, oyóse en el cielo una voz que decía: *Tu es sacerdos in aeternum*.

"Tú eres sacerdote por toda la eternidad". San Pablo, cuya mirada penetró tantos misterios, nos descubre esto mismo. Oídle: "Nadie se atribuye a sí mismo esta dignidad del sacerdocio, sino que debe ser llamado por Dios; así, Cristo no se arrogó la gloria de ser pontífice, sino que la recibió de Aquel que le dijo: "Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy": y, como dice en otra ocasión, "Tú eres Sacerdote para siempre..."

Así, pues, según el testimonio del Apóstol, es del mismo Padre de quien Cristo ha recibido el sumo Pontificado, de aquel Padre que le dice también: "Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy". El sacerdocio de Cristo es una consecuencia necesaria e inmediata de su Encarnación.

Aún añade el Apóstol: "Cristo es el Pontífice por excelencia, Pontífice" cual nos convenía, para que su ofrenda fuese agradable a Dios: "Santo, inocente, sin mancha, segregado de los pecadores y elevado sobre los cielos". Empero, su Padre ha cargado sobre El los pecados de todos los hombres: *Posuit in-eo iniquitatem omnium nostrum*; Jesús ha llegado a ser, según la enérgica expresión de San Pablo, "pecado por nosotros"; y, por este motivo, el ofrecimiento que El hizo de Sí mismo al Padre en el momento de la Encarnación, comprendía la pobreza del pesebre, las humillaciones de su vida oculta, las fatigas y las luchas de su vida pública, los horrores de su agonía, las ignominias de la pasión y los tormentos de una muerte cruel.

Adoremos a este Pontífice santo, inmaculado, que es el mismo Hijo de Dios; postrémonos ante este Mediador, pues sólo El, en cuanto es a la vez Dios y hombre, podrá plenamente cumplir su misión de salvador y devolvernos los dones de Dios por el sacrificio de su humanidad; pero al mismo tiempo confiémonos plenamente a su virtud divina, que, también sólo ella, es suficientemente eficaz para reconciliarnos con el Padre. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 83-86, 91.

3. — El nombre de Jesucristo declara su misión y caracteriza su obra

CRISTO Jesús es el Verbo encarnado aparecido entre nosotros, siendo a la vez Dios y Hombre, verdadero Dios y verdadero Hombre, Dios perfecto y hombre perfecto. En Él hay dos naturalezas inseparablemente unidas en una sola persona, la persona del Verbo, del Hijo. *

Estas características constituyen el ser mismo de Jesús. Nuestra fe y nuestra piedad le adoran como Dios, sin dejar de proclamar la realidad conmovedora de su humanidad.

Si queremos penetrar más profundamente en el conocimiento de la persona de Jesús, nos es preciso contemplar desde ahora por algunos instantes, su misión y su obra. La persona de Jesús da todo su valor a su misión y su obra; la misión y la obra de Jesús nos acaban de revelar su persona.

Y lo más notable es que los nombres dados a la persona misma del Verbo declaran a la vez su misión y caracterizan su obra. En efecto, estos nombres no están desprovistos de significación, como sucede con frecuencia con los nuestros. Vienen del cielo y son ricos de sentido. ¿Cuáles son estos nombres? Son muchísimos, empero la Iglesia, heredera en ésto de San Pablo, ha conservado dos principalmente: el de Jesús y el de Cristo.

Como sabéis, Cristo significa ungido, sagrado, consagrado.

Antes, en la Antigua Alianza, se consagraba con frecuencia a los reyes, rara vez a los profetas y siempre al sumo sacerdote. El nombre de Cristo, como la misión de rey, de profeta y de pontífice, fué dado a muchos personajes del Antiguo Testamento, antes de ser aplicado al

Verbo encarnado. Más, nadie como El había de realizar su significación en toda su plenitud. El es *el Cristo*, porque solo El es Rey de los siglos, Profeta por excelencia, único Pontífice supremo y universal.

El es *rey*. — Lo es por su divinidad: *Rex regum et Dominus dominantium*; El domina sobre todas las criaturas que por su omnipotencia ha sacado de la nada: *Venite adoremus, et procidamos ante Deum... Ipse fecit nos et non ipsi nos...*

Lo será también como Verbo encarnado. El Padre había prometido a Jesús el cetro del mundo. “Fué a mí, dice el Mesías, a quien puso como a Rey de Sión, su montaña santa... Por eso, haré conocer este decreto, el Señor me ha dicho: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídemme, y te daré por herencia todas las naciones y por dominio los últimos confines de la tierra.” El Verbo se encarna para establecer el “Reino de Dios.” Esta expresión se repite con frecuencia en la predicación de Jesús, y así habréis notado, leyendo el Evangelio, que una serie de parábolas — la perla preciosa, el tesoro escondido, el sembrador, el grano de mostaza, los vendimiadores asesinos, los invitados a las nupcias, la cizaña, los servidores esperando al señor, los talentos, etc., — están destinadas a probar la grandeza de este reino, su origen, su desarrollo, su extensión a las naciones paganas después de la reprobación de los judíos, sus leyes, sus luchas, sus triunfos. Cristo organiza este reino con la elección de los apóstoles y la fundación de la Iglesia, a la cual encomienda su doctrina, su autoridad, sus sacramentos. Este reino es del todo espiritual, nada tiene de temporal o de político, como lo había soñado el espíritu grosero de la mayor parte de los judíos; reino del que entra a formar parte toda alma de buena voluntad; reino maravilloso cuyo esplendor final será la celestial y eterna bienaventuranza.

San Juan celebra las grandezas de este reino; nos muestra a los elegidos postrados ante su jefe divino. Cristo Jesús, proclamando que “El los ha rescatado con su

sangre, de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo, de toda nación, para formar con todos ellos el reino en el que debe brillar la gloria de su Padre": *Et fecisti nos Deo nostro regnum.*

Cristo debe ser *profeta*. — Y no es un profeta cualquiera sino *el profeta* por excelencia, porque es la Palabra, *el Verbo* en persona, la "luz del mundo", y la única que puede "iluminar a todo hombre" aquí en la tierra. "En otro tiempo, decía San Pablo a los Hebreos, Dios nos hablaba por sus profetas"; ellos eran simples enviados; más, "he aquí que, en estos últimos tiempos, nos ha enseñado por su propio Hijo". Ya no es un profeta que anuncia de lejos, a una mínima porción de la humanidad y bajo símbolos muchas veces oscuros, los secretos designios de Dios. Es aquel que, viviendo siempre en el seno del Padre, conoce perfectamente los secretos divinos y hace a la humanidad entera la sorprendente revelación: *ipse enarravit.*

Bien sabéis que, desde el principio de su vida pública, Nuestro Señor se aplicó a Sí mismo la profecía de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me consagró con su unción, me envió a evangelizar a los pobres, *curar a los de corazón lacerado*, anunciar su liberación a los cautivos, dar luz a los ciegos, libertar a los oprimidos, anunciar el año de gracia del Señor, el día de la justicia."

El es, pues, por excelencia, el Enviado, el Legado de Dios, que prueba, con los milagros obrados por propia autoridad, la divinidad de su misión, de su palabra y de su Persona. Así es como el pueblo exclama, señalando a Jesús, después de la multiplicación de los panes: "En verdad es profeta; El es, en verdad, el que debía venir."

En particular, el Verbo encarnado hará que se realice la significación de su nombre de Cristo por su cualidad de *pontífice* y de mediador, pontífice supremo y mediador universal.

Mas, llegados aquí, nos es forzoso unir al nombre de Cristo el de Jesús. El nombre de Jesús significa Salvador:

“le llamaréis así, dice el Angel a San José, porque El debe rescatar a su pueblo de todos sus pecados”. Esta es su misión esencial: *Venit salvare quod perierat*, “vino a salvar lo que se había perdido”. En efecto, Jesús no realiza plenamente la significación de su nombre divino sino por su sacrificio, realizando su obra de pontífice: *Venit Filius hominis dare animam suam redemptionem pro multis*, “el Hijo del hombre ha venido a dar su vida para la redención de muchos”. Así, pues, los dos nombres se completan, y, de ahí en adelante, son inseparables. “Cristo Jesús” es el Hijo de Dios, hecho pontífice supremo, el cual, por su sacrificio, salva a toda la humanidad.

Ya hemos visto que por su misma Encarnación Jesús fué consagrado pontífice: toda su existencia lleva el reflejo de su misión de pontífice y va señalada por los caracteres de su sacrificio.

Una unión profunda enlaza todos los hechos de Cristo entre sí: el sacrificio de Jesús, puesto que es su obra esencial, es el centro hacia el cual convergen todos los misterios de su vida terrestre y es la fuente de la cual toman su resplandor todos los hechos de su vida gloriosa.—*Jesucristo en sus misterios*, pp. 79-83.

B. — LA OBRA REDENTORA DE CRISTO

1. — Cómo desde su entrada en este mundo Jesucristo inaugura su sacrificio

EL sacrificio de este pontífice único va a la par con su sacerdocio: es que también desde su Encarnación Jesús lo inaugura.

Vosotros sabéis que en Cristo, el alma, creada como la nuestra, no ha quedado, sin embargo, sujeta en el ejercicio de sus propias facultades, inteligencia y voluntad, al desarrollo progresivo del organismo corporal: desde el primer momento de su existencia, poseía la perfección de su vida propia, como correspondía a un alma unida a la divinidad.

Pues bien, San Pablo nos revela el primer movimiento del alma de Jesús en el momento de su Encarnación.

En una mirada, ella contempla todos los siglos que la han precedido; ve, con el abismo en que yace sumida la humanidad entera, impotente para librarse, la multiplicidad e insuficiencia radical de todos los sacrificios de la Antigua Ley, pues la criatura, por perfecta que sea, no puede reparar dignamente la injuria que el pecado ha cometido contra su Creador; contempla el programa de inmolación que Dios le exige para lograr la salvación del mundo.

¡Qué instante más solemne para el alma de Jesús!
¡Qué instante también para el género humano!

Y ¿qué hace esta alma? — En un movimiento de amor inmenso, se arroja denodadamente a realizar la obra humano-divina, única que puede dar gloria al Padre, salvando la humanidad. — “Padre mío, Vos no queréis más estas ofrendas, estos sacrificios, que no son bastante dignos de Vos. Más Vos me habéis dado un cuerpo: *Corpus autem aptasti mihi*. Y ¿para qué me lo habéis dado? Pues, yo estoy presto, oh Padre, a cumplir vuestra voluntad. Vos exigís que yo os lo ofrezca en sacrificio... heme aquí: *Ecce venio, in capite libri scriptum est de me ut faciam, Deus, voluntatem tuam*. “En el principio del libro de mi vida está escrito que yo debo, oh Padre, cumplir vuestra voluntad; así lo quiero yo, puesto que así os place.”

Con una voluntad perfecta, Cristo aceptó esta infinidad de dolores que empiezan en la humildad del pesebre, para no acabar sino en la ignominia de la Cruz. Desde su entrada en este mundo, Cristo se ofrece como víctima: el primer acto de su vida es un acto sacerdotal.

¿Qué criatura podrá medir el amor de que está lleno este acto sacerdotal de Jesús?... ¿Quién sabrá su intensidad y podrá describir su esplendor? Sólo puede alabarle algún tanto el silencio de la adoración.

Jamás Jesucristo ha retractado este acto, ni nada ha reclamado de este don. Muy al contrario, todo en su vida fué ordenado a su sacrificio de la Cruz. Leed el Evangelio bajo este punto de vista y veréis cómo en todos los misterios y los estados de Jesús se encuentra una parte del sacrificio que poco a poco le conduce hasta la cima del Calvario; hasta tal punto es esencial a su persona el carácter de pontífice, de mediador, de salvador. Nosotros no tendremos idea exacta de la verdadera fisonomía de la Persona de Jesús, si no la contemplamos bajo el punto de vista de su misión-redentora por el sacrificio e inmolación de Sí mismo. Por esto, San Pablo dice que él todo lo reducía “al conocimiento del misterio de Jesús”, y añade seguidamente: “y de Jesús crucificado”: *Non enim judicavi ali-*

quid scire inter vos nisi Jesum Christum et hunc crucifixum. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 87-88.

En Jesús, Hijo de Dios, la naturaleza humana es semejante a la nuestra. San Pablo dice: "Debió asemejarse en todo a sus hermanos, excepto en el pecado." Jesús no ha conocido el pecado, ni lo que es causa o consecuencia del pecado, la ignorancia, el error, la enfermedad, todo lo que era indigno de su perfección, de su sabiduría, de su dignidad, de su divinidad.

Más, nuestro divino Salvador ha querido, desde su entrada en este mundo, llevar nuestras flaquezas, todas las flaquezas compatibles con su santidad. — El Evangelio nos lo muestra claramente; no hay nada en la naturaleza del hombre que Jesús no lo haya santificado: nuestros trabajos, nuestros sufrimientos, nuestras lágrimas, todo lo ha hecho suyo. Cristo nació en Belén en la pobreza más absoluta; debió huir a Egipto para escapar del furor de un tirano. Miradle en Nazaret: durante treinta años pasa su vida en un oscuro taller, hasta que empieza a predicar, y entonces sus compatriotas se admiran, porque hasta entonces no le habían conocido sino como al hijo del carpintero: *Unde huic omnia ista? Nonne hic est fabri filius?* ¿De dónde le vienen esta sabiduría y estos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? Durante su vida pública no tiene donde descansar su cabeza; El es el blanco de las persecuciones de sus más encarnizados enemigos, los fariseos. — Como nosotros, nuestro Señor ha sentido hambre; después de haber ayunado en el desierto, tuvo hambre; *Postea esuriit*; ha padecido sed: ¿no pidió a la samaritana que le diese de beber, *Da mihi bibere?* Y en la cruz ¿no exclamó: "Tengo sed" "Sitio?" — Como nosotros, experimentó el cansancio; sus largas peregrinaciones por Palestina fatigaban sus miembros; cuando, en el pozo de Jacob, pidió un poco de agua para apagar su sed, San Juan nos dice que estaba fatigado; era cerca de mediodía; después de haber andado mucho, cansado, se sentó en el brocal del pozo de Jacob: *Fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Hora*

erat quasi sexta. Así, pues, como hace notar San Agustín en el admirable comentario que nos ha legado de esta bella escena evangélica, “aquel que es la fuerza misma de Dios, está rendido de cansancio”: *Fatigatur Virtus Dei*. — El sueño ha cerrado sus párpados; dormía en la barca, cuando se desencadenó la tempestad: *Ipsa vero dormiebat*; en verdad dormía; de manera que sus apóstoles, temiendo ser tragados por las olas enfurecidas, tuvieron que despertarle. — El lloró sobre Jerusalén, su patria, a la que tanto amaba, a pesar de su ingratitud; el pensamiento de los desastres que después de su muerte iban a caer sobre ella, le arranca lágrimas y acentos llenos de aflicción. “¡Si conocieses tú también lo que sería paz para tí!” A la muerte de Lázaro, su amigo, lloró también, tal como nosotros lloramos por aquellos a quienes amamos, hasta el extremo de que los judíos, testigos de esta escena, se decían: “¡Mirad cómo le amaba!” Cristo vertía lágrimas, no porque esto fuese necesario, sino porque su corazón estaba emocionado, lloraba por aquel que era su amigo, y eran del fondo de su corazón de donde brotaban sus lágrimas. Asimismo se ha dicho muchas veces en el Evangelio que su corazón se había enternecido de compasión. — *Jesucristo vida del alma*, pp. 42-44.

En cuanto a su pasión, arde en deseos de realizarla: *Baptismo autem habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur*: “Yo debo ser bautizado en un bautismo, y ¡cómo la angustia llena mi alma hasta que se haya realizado!”

Hay en Jesús, si es lícito expresarse así, como una especie de delirio para sacrificarse. Veamos en el Evangelio cómo nuestro divino Salvador empieza a descubrir a sus apóstoles poco a poco, para no lastimar su flaqueza, el misterio de sus sufrimientos. Un día les dijo que convenía que fuese a Jerusalén y que sufriese mucho por parte de sus enemigos y que fuese llevado a la muerte. Entonces, Pedro, tomándole a parte, le dice con decisión: “No lo quiera Dios, Señor, ésto no os sucederá.” Mas Jesús replica con

prontitud: "Apártate de mí, me escandalizas, pues no tienes inteligencia para las cosas de Dios, tus pensamientos son humanos." En medio de los resplandores de su Transfiguración sobre el Tabor, ¿de qué habla el Señor con Moisés y Elías? De su próxima pasión.

Cristo tenía sed de dar a su Padre la gloria que su sacrificio debía procurarle: *Iota unum aut unus apex non praeteribit a lege, donec omnia fiant*: "Ni una tilde, ni una coma de la Ley pasarán hasta que todo se haya cumplido." Quiere se cumpla todo hasta una tilde, es decir, hasta el último detalle.

En su agonía en el huerto de los olivos, experimentó El sentimientos de tristeza, de tedio, de temor de muerte. La angustia ha penetrado su espíritu hasta el punto de arrancarle grandes gritos. Todas las injurias, todas las afrentas, los bofetones, los esputos de que fué cubierto durante su pasión le hicieron sufrir inmensamente; las burlas, los insultos no le dejaron insensible; muy al contrario, siendo su naturaleza tan perfecta, su sensibilidad era tanto mayor cuanto más delicada. Fué como sepultado en el sufrimiento. — Finalmente, después de haber tomado sobre Sí nuestras flaquezas, después de haberse demostrado verdaderamente hombre, semejante en todo a nosotros, ha querido, como todos los hijos de Adán, soportar la muerte: *Et inclinato capite tradidit spiritum*. "Inclinando la cabeza, entregó su espíritu."

El grito final, por el cual acabó en la cruz su sacrificio: *Consummatum est*. "Todo está consumado", responde al *Ecce venio*, "heme aquí" de la Encarnación en el seno de la Virgen. — *Jesucristo en sus misterios*, p. 89; *Jesucristo vida del alma*, p. 44.

2. — Grandeza y fecundidad de la vida oculta de Cristo

DE una vida de treinta y tres años, Aquel que es Sabiduría eterna, ha querido pasarlos treinta en Nazareth, en el silencio, la obscuridad, la sumisión y el trabajo.

Hay en esto un misterio y unas enseñanzas de las cuales, muchas almas, por otra parte piadosas, no han comprendido todo el sentido.

En efecto, ¿de qué se trataba?

El Verbo, que es Dios, se hizo carne; aquel que es infinito y eterno llega un día, después de siglos de espera, en que desciende para revestirse de forma humana: *Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens... et habitu inventus ut homo*: “Se anodadó, tomando la forma de esclavo... reconocido como hombre en todo lo que de El se ha visto.” Aunque nacido de una Virgen Inmaculada, la Encarnación representa para él un rebajamiento incommensurable”: *Non horruisti virginis uterum*.

Y ¿por qué desciende hasta estos abismos?

Para salvar al mundo, dándole la luz divina.

Pues bien, — excepto contados resplandores que iluminan algunas almas privilegiadas: los pastores, los magos, Simeón y Ana, — he aquí que esta luz se esconde; voluntariamente, por espacio de treinta años, queda “bajo el celernín” *sub modio*, para luego manifestarse durante apenas tres años.

¿No es esto misterioso? ¿No es desconcertante para nuestra razón? Si hubiésemos conocido la misión de Jesús, no le hubiéramos dicho, como muchos de sus parientes le dijeron más adelante: “Mostraos en público, pues no hay nadie que guarde en secreto, lo que quiere sea conocido”: *Manifesta teipsum mundo*.

Mas los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos y sus caminos van más allá que los nuestros. Aquel que viene para rescatar al mundo, quiere salvarlo ante todo por una vida oculta a los ojos del mundo.

Durante treinta años, en el taller de Nazaret, el Salvador del género humano no hace sino trabajar y obedecer; toda la obra de Aquel que viene a instruir a la humanidad, para darle la herencia eterna, consiste en vivir en el silencio, en obedecer a dos criaturas en las acciones más ordinarias.

A los ojos de sus contemporáneos, la vida de Jesucristo en Nazaret ha transcurrido como la existencia oscura de un simple artesano. Mirad cuán cierto es esto; más tarde, cuando Cristo se manifiesta, en su vida pública los judíos de su patria, quedan tan maravillados de la sabiduría de sus palabras, de la sublimidad de su doctrina, de la grandiosidad de sus obras, que se preguntan: "Pero ¿de dónde le viene a este tanta sabiduría, y cómo puede obrar tales milagros? Al fin y al cabo, es el hijo del carpintero que todos hemos conocido, y su madre se llama María. ¿Dónde ha aprendido tantas cosas?" *Unde huic sapientia haec et virtutes? Nonne mater ejus dicitur Maria?* Cristo para ellos era piedra de escándalo, porque, hasta entonces, no habían visto en El más que un obrero.

Este misterio de la vida oculta encierra unas enseñanzas que nuestra fe debe recoger con avidez.

En primer lugar, a los ojos de Dios no hay nada grande sino aquello que se hace por su gloria, con la gracia de Cristo; Dios no nos lo tiene en cuenta sino en el grado en que somos semejantes a su Hijo Jesús por el esplendor de la gracia de adopción.

La Filiación divina de Cristo da a sus más insignificantes acciones un valor infinito; Cristo Jesús no es menos adorable, ni menos agradable a su Padre cuando maneja el formón o el cepillo que cuando muere en la cruz para salvar la humanidad. — En nosotros, la gracia santificante, que nos hace hijos adoptivos de Dios, diviniza

en su raíz toda nuestra actividad, y nos hace dignos, como a Jesús, aunque por diferente título, de las complacencias de su Padre.

Ya lo sabéis: los talentos más preciosos, los pensamientos más sublimes, las acciones más generosas y estupendas son sin mérito para la vida eterna, si esta gracia no las vivifica. El mundo, que pasa, las puede admirar y aplaudir; la eternidad, única que permanece, ni las admite, ni las tiene en cuenta. ¿De qué sirve, decía Jesús, Verdad infalible, de qué sirve conquistar el mundo por la fuerza de las armas, por el encanto de la elocuencia o la autoridad del saber, si, no teniendo mi gracia, queda uno excluido de mi reino, el único que no tiene fin?

Contemplad, al contrario, a este obrero que gana penosamente su vida, esta humilde sirvienta, ignorada del mundo, este miserable despreciado por todos, este pobre enfermo desconocido; su existencia vulgar no atrae ni llama la atención de nadie. Más la gracia de Cristo los anima; y he aquí que estas almas encantan a los ángeles, y son para el Padre, para Dios, para el Ser infinito, El sólo que subsiste, objeto continuo de amor; estas almas llevan en sí mismas, por la gracia, los mismos rasgos de Cristo.

La gracia santificante es la fuente primera de nuestra verdadera grandeza; es ella quien confiere a nuestra vida, por común y ordinaria que parezca, su verdadera nobleza, su esplendor inmortal.

Mas este don está escondido.

El reino de Dios se edifica sobre todo en el silencio; es ante todo, interior, y escondido está en las profundidades del alma: *Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Sin duda que la gracia posee una virtud que se manifiesta casi siempre exteriormente por el resplandor de las obras de caridad; más el principio de su fuerza es todo íntimo. En el fondo del corazón es donde se basa la verdadera in-

tensidad de la vida cristiana, allí donde Dios habita, adorado y servido en la fe, el recogimiento, la humildad, la obediencia, la simplicidad, el trabajo y el amor.

Nuestra actividad exterior no tiene estabilidad y fecundidad sobrenaturales sino en cuanto radica en esta vida interior. Nosotros sólo resplandeceremos con provecho exteriormente en proporción al ardor que tenga el hogar sobrenatural de nuestra vida íntima.

¿Qué mayor obra podemos realizar aquí abajo que promover el reino de Cristo en las almas? ¿Qué obra iguala a ésta? ¿Qué obra la sobrepasa? Es la obra entera de Jesús y de la Iglesia.

No lo conseguiremos, empero, por otros medios que los empleados por nuestro Jefe divino. Estemos bien convencidos de que trabajaremos más por el bien de la Iglesia, la salvación de las almas y la gloria de nuestro Padre celestial, procurando primeramente estar unidos a Dios por una vida toda de fe y de amor, de la cual El es el único objeto, que por una actividad devoradora y febril que no nos deje tiempo ni holgura para buscar a Dios en la soledad, el recogimiento, la plegaria y el desprendimiento de nosotros mismos.

Así, pues, nada favorece tanto esta unión intensa del alma con Dios, como la vida oculta. Y he aquí por qué las almas interiores, iluminadas por la luz de lo alto, gozan tanto en contemplar la vida de Jesús en Nazaret; allí hallan, con un encanto particular, abundantes gracias de santidad.

¡Oh, en verdad, Salvador mío, Vos sois un Dios escondido! *Deus absconditus, Israel Salvator*. “Sin duda vos crecáis, oh Jesús, en edad, sabiduría y gracia ante vuestro Padre y ante los hombres”: vuestra alma posee, desde el primer instante de vuestra entrada aquí abajo, la plenitud de la gracia, todo el tesoro de la ciencia y sabiduría; mas esta ciencia y sabiduría no se revelan sino poco a poco, sólo se manifiestan con moderación; vos quedáis

oculto a los ojos de los hombres; vuestra Divinidad queda velada por la apariencia de un obrero. ¡Oh sabiduría eterna, que, para sacarnos del abismo adonde nos había arrojado la orgullosa desobediencia de Adán, habéis querido vivir en un humilde taller y obedecer a criaturas, yo os adoro, yo os bendigo! — *Jesucristo en sus misterios*, páginas 185-189.

3. — El amor de Cristo a los hombres, sus hermanos, durante su vida pública

UNO de los aspectos más profundos y más emocionantes de la economía de la Encarnación, es la manifestación de las perfecciones divinas hecha a los hombres por la naturaleza humana de Jesús. Aquí, en este mundo, las perfecciones eternas de Dios nos son incomprensibles; sobrepasan nuestro alcance. Pero, al hacerse hombre, el Verbo encarnado descubre a los espíritus más sencillos las perfecciones inaccesibles de la Divinidad por las palabras salidas de sus labios humanos, por los actos realizados por su naturaleza humana. Haciéndolas asequibles a nuestras almas por las acciones sensibles, nos encanta y nos atrae: *Ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur*: "A fin de que conociendo a Dios en forma visible, seamos arrebatados en el amor de las cosas invisibles."

Es particularmente durante la vida pública de Jesús cuando se manifiesta y se realiza esta economía llena de sabiduría y misericordia.

De todas las perfecciones divinas, sin duda, es el amor la que el Verbo encarnado se complace de modo especial en descubrirnos.

Al corazón humano le es menester un amor tangible para hacerle entrever el amor infinito, mucho más profundo y que sobrepasa todo conocimiento. Nada, en efecto, seduce tanto nuestro pobre corazón como el contemplar a Cristo Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, expresando en forma humana la bondad eterna. Cuando le vemos esparcir con profusión a su alrededor los tesoros inagotables de compasión, las insondables riquezas de misericordia, entonces podemos concebir un poco la infinitad

de este océano de la bondad divina, de donde la toma para nosotros la santa Humanidad.

Fijémonos en alguno de estos rasgos; comprobaremos con qué condescendencia, a veces sorprendente, nuestro Salvador se inclina hacia la miseria humana en todas sus formas, incluso el pecado. Y no olvidéis jamás que incluso entonces, cuando El se inclina hacia nosotros, continúa siendo el mismo Hijo de Dios, Dios mismo, el Ser todopoderoso, la Sabiduría infinita, que, fijando todas las cosas en la verdad, no ejecuta nada que no sea absolutamente perfecto. Esto da, sin duda, a las palabras de bondad que profiere, a los actos de misericordia que ejecuta, un precio inestimable que las realza infinitamente; más esto acaba, sobre todo, de cautivar nuestras almas, manifestándonos los encantos profundos del Corazón de nuestro Cristo, de nuestro Dios.

Recordáis el primer milagro de la vida pública de Jesús: el agua convertida en vino, en las bodas de Caná, a petición de su Madre. Para nuestros corazones humanos, ¡qué revelación inesperada de ternuras y delicadezas divinas! Hay ascetas austeros que se escandalizan de ver pedir u obrar un milagro para disimular la indigencia de unos parientes pobres en un banquete nupcial. Y sin embargo, es lo que la Virgen no ha dudado en solicitar, lo que Cristo se ha dignado realizar. Jesús se deja conmover por el apuro en que públicamente se van a encontrar esta pobre gente, para evitarlo, se obra un gran prodigio. Y todo cuanto de bondad humana y de humilde condescendencia nos revela aquí su corazón, no es sino la manifestación de una bondad más elevada, la bondad divina, de donde la otra dimana. Porque todo cuanto hace el Hijo, el Padre lo ejecuta igualmente.

Poco después, en la sinagoga de Nazaret, Jesús toma de Isaías, para apropiárselo, el programa de su obra de amor: "El Espíritu del Señor sobre mí; él me ha consagrado con su unción para llevar la buena nueva a los pobres; me ha enviado para sanar a los contritos de cora-

zón, anunciar a los cautivos su liberación, a los ciegos la luz, volver la libertad a los oprimidos y publicar el tiempo de salvación divina."

"Y esto que acabáis de oír, añadió Jesús, empieza hoy mismo a realizarse."

Y en efecto, el Salvador se reveló desde entonces a todos como "Rey lleno de dulzura y de bondad." Me sería preciso citar todas las páginas del Evangelio, si quisiera demostrar cómo, la miseria, la debilidad, la enfermedad, el sufrimiento tuvieron la gracia de impresionarle, y de tal forma y tan irresistiblemente que nada les podía negar; San Lucas, manifiesta con interés que estaba "emocionado de compasión": *Misericordia motus*. Los ciegos, los sordomudos, los paralíticos, los leprosos se presentan ante El; el Evangelio nos dice que "El los curaba a todos": *sanabat omnes*.

El también los acoge a todos con mansedumbre infatigable; se deja apretujar, asediar por todas partes, sin cesar, incluso después de ponerse el sol; tanto que un día no pudo comer; otra vez, a orillas del lago de Tiberíades, se vió obligado a subir a una barca para desembarazarse y así poder con más libertad predicar la palabra divina; en otra ocasión, la multitud impide de tal modo la entrada de la casa donde se halla que, para hacerle llegar un paralítico que yacía en su camilla no les queda más recurso que descender al enfermo por una abertura practicada en el techo.

Los mismos apóstoles se impacientaban con frecuencia: el divino Maestro aprovecha la ocasión para enseñarles su dulzura. Cierta día, intentan alejar de él a los niños que le son presentados, y que encuentran importunos: "Dejad a estos niños, les dice Jesús, no les impidáis el que se acerquen a Mí, porque de ellos y de los que a ellos se asemejan, es el reino de los cielos." Y se entretenía en bendecirles. — En otra ocasión, los discípulos están indignados, porque no ha sido recibido en un lugar de Samaria, y "le instan para que haga caer fuego del

cielo y los consuma”: *Domine, vis dicimus ut ignis descendat de caelo?* Y Jesús les reprénde en el acto: *Et conversus increpavit illos*: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois! El Hijo del Hombre ha venido no para perder a los hombres, sino para salvarles.”

Es cierto que realiza milagros para devolver los muertos a la vida. He aquí que en Naim encuentra a una pobre viuda que, llorando, sigue los restos mortales de su hijo único. Jesús la ve, ve sus lágrimas, y su corazón profundamente conmovido no puede soportar este dolor. “¡Oh mujer, no llores!” *Noli flere*. Y manda a la muerte que devuelva su presa: “¡joven, yo te lo mando, levántate!” El joven se levanta y Jesús lo devuelve a su madre.

Todas estas manifestaciones de la misericordia y bondad de Jesús, nos descubren los sentimientos de su corazón humano, tocan las fibras más íntimas de nuestro ser; ellas nos revelan, de manera sorprendente, el amor infinito de nuestro Dios. Cuando vemos a Cristo llorando ante la tumba de Lázaro y oímos a los judíos, testigos de este espectáculo, decir: “Ved hasta qué extremo le amaba”, nuestros corazones comprenden este lenguaje silencioso de las lágrimas humanas de Jesús y penetramos en el santuario del amor eterno que ellas nos descubren: *Qui videt me, videt et Patrem*, “aquel que me ve, ve a mi Padre.”

Mas, a la vez, ¡cómo toda esta conducta de Jesús condena nuestros egoísmos, nuestras durezas, nuestras sequedades de corazón, nuestras indiferencias, nuestras impaciencias, nuestros rencores, nuestros movimientos de cólera y venganza, nuestros resentimientos hacia nuestro prójimo!... Olvidamos con demasiada frecuencia las palabras del Salvador: “Cuántas veces os hayáis mostrado misericordiosos con uno de los más pequeños de mis hermanos, es conmigo mismo con quien lo habéis hecho.”

Oh Jesús, que habéis dicho: “Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón”, haced nuestros corazones semejantes al vuestro. Que, a ejemplo de Vos, seamos

nosotros misericordiosos, “para obtener también misericordia”, pero, sobre todo, para llegar a ser, imitándoos, “semejantes a nuestro Padre de los cielos”. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 229-233.

Cristo Jesús es a la vez Dios y Hombre, Dios perfecto, hombre perfecto; es el misterio mismo de la Encarnación. En cuanto “Hijo del Hombre”, Cristo tiene un corazón como el nuestro, un corazón de carne, un corazón que late por nosotros con amor tiernísimo, el más veraz, el más noble, el más fiel que puede hallarse.

En su carta a los Efesios, les decía San Pablo, que rogaba a Dios insistentemente que les diera a conocer la longitud, latitud y profundidad del misterio de Jesús, tan admirado estaba de las riquezas inconmensurables que veía en él encerrados. Otro tanto hubiera podido decir del amor del Corazón de Jesús hacia nosotros; en otra parte lo dijo, cuando afirmó que “este amor sobrepasaba todo conocimiento”.

En efecto, jamás agotaremos los tesoros de ternura, amabilidad, benevolencia, caridad de que es el corazón de Jesús horno ardiente. Nos basta abrir el Evangelio; en cada página veremos revelarse la bondad, misericordia, condescendencia de Jesús hacia los hombres.

Y este amor de Cristo no es una quimera, es muy real, porque se basa en la realidad de su misma encarnación. Bien lo saben la Virgen María, San Juan, Santa Magdalena, Lázaro. No era solamente un amor de voluntad, sino de sentimiento. Cuando Cristo Jesús decía: “Tengo compasión de la muchedumbre”, sentía cómo la compasión conmovía las fibras de su corazón humano; cuando vió a Marta y Magdalena llorar por su hermano, lloró con ellas; lágrimas muy humanas, que brotaban de la emoción que embargaba su corazón.

A Cristo le gustaba complacer. El primer milagro de su vida pública fué cambiar el agua en vino, en las bodas de Caná, para evitar el bochorno a sus huéspedes a quienes les iba a faltar el vino. Nosotros le oímos prometer

“consuelo a los que sufren alguna pena y se acercan a él”. ¡Y qué bien ha cumplido su promesa! Los Evangelistas manifiestan con frecuencia que es “movido a compasión”, *misericordia motus* cuando realiza sus milagros: por este motivo curó al leproso y resucitó al hijo de la viuda de Naim. Por “compasión” a la muchedumbre que le sigue tres días seguidos sin fatigarse, y que tiene hambre, multiplica los panes: *Misereor super turbam*. — Un jefe de publicanos, de esta clase de judíos considerados por los fariseos como pecadores, Zaqueo, desea ardientemente ver a Cristo. Pero, como es de talla corta, no puede lograrlo, pues la muchedumbre rodea a Jesús por todos lados: entonces, sube a un árbol, en la vera del camino por donde debía pasar Jesús; y nuestro Señor adivina el deseo de este publicano. Llegado a donde estaba, le dice que baje, pues quiere ser su huésped aquel día; Zaqueo, rebosante de alegría, en el colmo de su deseo, le recibe en su casa. Ved aún cómo para sus amigos pone su poder a las órdenes de su amor. Marta y Magdalena lloran ante El a su hermano ya sepultado; El se conmueve; lágrimas, verdaderas lágrimas humanas, pero que son lágrimas de Dios saltan de sus ojos: *Lacrymatus est Iesus*. “¿Dónde le habéis puesto?” pregunta enseguida, porque su amor no puede quedar inactivo, y va a resucitar a su amigo.

Cristo, dice San Pablo, que gusta de emplear este término, es “la benignidad misma de Dios aparecida sobre la tierra”, es Rey, mas Rey “lleno de dulzura”, que manda perdonar y proclama bienaventurados a aquellos que a ejemplo suyo, son misericordiosos. San Pedro, que vivió tres años con El, dice que por doquier donde pasó esparció sus bondades: *Pertransiit benefaciendo*. Como el buen samaritano, cuya caritativa acción describió El tan admirablemente, Cristo ha tomado la humanidad en sus brazos, ha tomado sus dolores en su alma: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit*: “En verdad ha tomado sobre Sí nuestras flaquezas y ha cargado con nuestros dolores”. Viene a “destruir el pecado”, que es

el mal supremo, el único mal verdadero; arroja el demonio del cuerpo de los posesos; empero, sobre todo, lo arroja de las almas, dando su propia vida por cada uno de nosotros.

¿Qué muestra de amor hay superior a ésta? No hay otra: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*: "No hay amor más grande que el dar la vida por sus amigos." — *Jesucristo vida del alma*, pp. 445-447.

Cristo Jesús no cambia. El era ayer, lo es hoy, continúa siendo en el cielo el corazón más amante, el más amable que hallarse puede. San Pablo nos dice, con su fraseología propia, que debemos tener confianza absoluta en Jesús, porque es Pontífice compasivo, que conoce nuestros sufrimientos, nuestras miserias, nuestras enfermedades habiéndose El mismo desposado con nuestras flaquezas, excepto el pecado. Ciertamente, Jesucristo ya no puede sufrir: *Mors illi ultra non dominabitur*: "la muerte no tiene derecho ninguno sobre El", más queda Aquel que se ha movido a compasión, que ha sufrido, que ha redimido a los hombres por amor: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*: "Me amó y se entregó por mí." — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 415.

4. — La Pasión de Cristo, punto culminante de su obra redentora

DESPUÉS de la caída de Adán, el hombre no puede volver a Dios sino por la expiación. Hablando de Cristo, nos dice San Pablo que es un "Pontífice santo, inocente, puro, segregado de los pecadores": *Pontifex sanctus, innocens, purus, segregatus a peccatoribus*. Nuestro jefe Jesús es santo, infinitamente alejado de todo lo que es pecado: El es el propio Hijo de Dios, el objeto de las infinitas complacencias del Padre. — Y, por consiguiente, ha debido pasar por los sufrimientos de la cruz antes de entrar en su gloria.

Recordaréis el episodio de Emaús, contado por San Lucas. El día de la Resurrección, dos discípulos de Jesús van hacia un lugar próximo a Jerusalén. Se comunican su decepción, causada por la muerte del divino Maestro, ruina aparente de todas sus esperanzas por lo que se refiere al restablecimiento del reino de Israel. Mas, he aquí que Jesús, en forma extraña, se junta a ellos y les pregunta cuál es el tema de su conversación. Los discípulos le comunican su tristeza. Y entonces el Salvador, que no se había aún manifestado, les dice en tono de reproche: "¡Oh corazones insensatos y tardos en creer!, ¿no era preciso que Cristo sufriese para entrar luego en su gloria?"

¿Por qué, pues, precisaba que Cristo sufriese? Dios, ¿si hubiese querido, no habría podido perdonar universalmente los pecados sin exigir expiación? Ciertamente, su poder absoluto desconoce los límites, mas su justicia exigía expiación, y nada menos que la expiación de Cristo.

El Verbo encarnado, tomando la naturaleza humana, ha substituído al hombre pecador, impotente para rescatarse; y Cristo se ha hecho víctima por el pecado. Es esto

lo que Nuestro Señor quería dar a entender a sus discípulos, cuando les decía que sus sufrimientos eran necesarios. Necesarios, no solamente en su punto de vista general, sino hasta en sus más ínfimos detalles; pues, si un solo suspiro de Jesús hubiese bastado, y sobradamente, para rescatar al mundo, un libre decreto de la voluntad divina, abarcando todas las circunstancias de la Pasión, habría acumulado con infinita sobreabundancia las satisfacciones. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 230-231.

La Pasión constituye el “santo de los santos” de los misterios de Jesús. Ella es el coronamiento de su vida pública, el punto culminante de su misión aquí en la tierra, la obra hacia la cual todas las otras convergen, o de la cual toman todo su valor.

Cada año, por Semana Santa, la Iglesia conmemora detalladamente sus diversas fases; cada día, en el sacrificio de la misa, renueva su recuerdo y su realidad, aplicándonos sus frutos.

La Pasión marca el punto culminante de la obra que Jesús vino a realizar aquí en la tierra; para El, es la hora en que consume el sacrificio que debe dar gloria infinita al Padre, rescatar la humanidad, y abrir de nuevo a los hombres las fuentes de vida eterna. Por esto, Nuestro Señor, que se ha entregado completamente a la voluntad de su Padre desde el momento de su Encarnación, desea ardientemente ver llegada la que El llama “su” hora, la hora por excelencia. *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur!* “Yo debo ser bautizado con un bautismo — el bautismo de sangre —, y cómo la angustia se apodera de Mí hasta que se realice!” Para Jesús tarda en llegar la hora en la que podrá sumergirse por amor en el sufrimiento y pasar por la muerte, para darnos la vida.

Ciertamente que El no quiere adelantar esta hora: Jesús está completamente sometido a la voluntad de su Padre. San Juan nos hace notar más de una vez que los judíos procuraban sorprender a Jesús y hacerle morir;

siempre Nuestro Señor escapó de ellos, incluso por milagro, "porque su hora no había llegado"; "*Nondum venerat hora ejus*."

Mas, cuando ella suena, Cristo se entrega con el mayor ardor, aunque sabe con anticipación todos los sufrimientos que alcanzarán su Cuerpo y su Alma: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum antequam patiar*: "He deseado ardientemente comer *esta* Pascua con vosotros antes de sufrir mi pasión". Por fin, llegó aquella hora por tanto tiempo esperada.

Contemplemos a Jesús en esta hora. Este misterio de la Pasión es inefable, en él todo es grande hasta en sus más mínimos detalles, como lo fué todo en la vida del Hombre-Dios. Aquí en particular, nos hallamos a las puertas de un santuario, donde no podemos entrar si no es con fe viva y profunda reverencia. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 277-278, 297.

La Pasión de Jesús es su obra por excelencia; casi todos sus detalles han sido predichos; no hay misterio ninguno de Jesús cuyas circunstancias no hayan sido anunciadas con gran diligencia por el Salmista y los profetas. Y cuando uno lee en el Evangelio la Pasión, queda sorprendido del cuidado que pone Jesús en "realizar" aquello que fué anunciado de El. Si consiente la presencia del traidor en la cena, es "para que se cumpla la palabra de la Escritura"; El mismo dice a los judíos que vienen a prenderle que El se entrega a ellos "para que sea cumplida la Escritura": *Ut adimpleantur Scripturae*. En la cruz, "todo se iba a cumplir", dice San Juan, cuando el Salvador recuerda que el Salmista había predicho de El: "En mi sed, me abrevaron con vinagre." Y entonces, para que esta profecía — en su detalle — se cumpliera, Jesús exclama: "Tengo sed." *Postea, sciens Iesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio*. Aquí nada es pequeño, ni despreciable, porque todos estos detalles resaltan la gesta de un Hombre-Dios. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 298-299.

5. — Para que el mundo sepa que yo amo a mi Padre...

EL primer acto del Alma santa de Jesús en la Encarnación fué el arrojarse en el abismo infinito que separa lo creado de lo divino. Descansando en el seno del Padre, contempla cara a cara sus adorables perfecciones. No debemos imaginarnos que esta contemplación haya sido, si es lícito expresarse así, puramente especulativa. Lejos de esto. Como Verbo, Cristo ama a su Padre con amor infinito, activo y que supera toda comprensión.

La humanidad de Jesús es arrastrada por esta corriente impetuosa del amor increado, y el corazón de Cristo arde en el amor más perfecto que jamás pueda existir.

La santa humanidad de Jesús vive de tal forma para gloria del Verbo a quien está unida, que se le entrega en una dependencia absoluta, pero llena de amor, hasta la muerte. Pues, por ella sobre todo, el Verbo posee lo que no se encuentra, ni puede hallarse, en su opulencia divina; el poder sufrir, expiar y morir por los hombres. Ella ha podido decir al Verbo desde el primer instante de su unión con él: "Esposo de sangre Vos sois para mí": *Sponsus sanguinum tu mihi es*. Entregada a El, para realizar, con El y en El, toda la voluntad del Padre, no ha cesado en toda su existencia aquí en la tierra de tender hacia este "bautismo de sangre", que debía consumir la fecundidad maravillosa y siempre más inagotable de esta inefable unión.

Miembro de la raza humana por su encarnación, Cristo caía, por otra parte, bajo el precepto del mayor de los mandamientos: "Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas". Jesús ha cumplido perfectamente este mandamiento. Desde su entrada en este mundo, se entregó por amor: *Ecce venio... Deus meus, volui et legem tuam*

in medio cordis mei: "Yo he puesto, oh Padre, vuestra ley, vuestra voluntad en mi corazón". Toda su existencia se resume en el amor al Padre.

Mas ¿qué forma tomará este amor? La forma de obediencia: *Ut faciam Deus voluntatem tuam*. ¿Y por qué ésto? Porque nada hay que mejor exprese el amor filial que la sumisión absoluta. Cristo Jesús manifestó este amor perfecto y esta absoluta obediencia desde el instante de la Encarnación "hasta el momento de su muerte en la cruz": *Usque ad mortem*.

No sólo no ha dudado jamás un instante en obedecer, sino que el amor le impele, a pesar de la repugnancia sensible que experimenta, hacia la consumación de su obediencia: "Yo debo ser bautizado con bautismo de sangre, y "¿qué angustia no experimento hasta que se realice!" "Con deseo intenso ha deseado comer la Pascua con sus discípulos", esta Pascua que debe iniciar su Pasión. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 370-372; *Sponsa Verbi*, pp. 17-18.

Los dolores e ignominias de la Pasión, la misma muerte no disminuye este anhelo del Corazón de Jesús para la gloria del Padre, al contrario. Precisamente porque busca en todo la voluntad del Padre, "contenida en las Escrituras", se entrega por amor al suplicio de la cruz: *Ut impleantur Scripturae*. Las aguas de un gran río no corren hacia el océano con más impetuosa majestad que aquella con que el alma de Jesús tendía interiormente hacia el abismo de sufrimientos en que le sumergiría la Pasión. "Yo obro de esta suerte, dice, a fin de que se cumpla el mandato que me ha dado mi Padre": *Et sicut mandatum dedit mihi Pater sic facio*. — *Jesucristo ideal del monje*, página 21.

Su obediencia llena de amor se manifiesta particularmente en sus sufrimientos. Contempladle en su agonía. Durante tres horas, el tedio, la tristeza, el temor, las angustias se precipitan sobre su Alma, como torrente, y le invaden hasta tal punto que la sangre escapa de sus venas

sangradas. ¡Qué abismo de dolores en esta agonía! Y ¿qué dice Jesús a su Padre? "Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz". ¿Es, quizás, que Cristo no aceptaba ya la voluntad de su Padre? ¡Oh, ciertamente! Mas esta plegaria es el grito de la sensibilidad de la pobre naturaleza humana abrumada por el pesar y el sufrimiento: en este momento es, sin duda, *Vir sciens infirmitatem*: "hombre que sabe de dolor". Nuestro Señor siente descargar sobre sus espaldas el peso espantoso de la agonía; quiere que nosotros lo sepamos, y he aquí por qué ha hecho esta plegaria.

Pero, escuchad lo que acto seguido añade: "Sin embargo, oh Padre, cúmplase vuestra voluntad y no la mía." He aquí el tiempo del amor. Porque ama a su Padre, pone la voluntad de su Padre por encima de todo, y acepta el sufrirlo todo. Téngase en cuenta que el Padre hubiera podido, si lo hubiese así querido en sus designios eternos, atenuar los sufrimientos de Nuestro Señor, cambiar las circunstancias de su muerte; no lo ha querido. En su justicia, ha exigido que, para salvar al mundo, Cristo se entregase a toda clase de dolores. Esta voluntad ¿hizo disminuir el amor de Jesús? No, ciertamente; El no dijo: "Mi Padre hubiera podido cambiar las cosas"; no, El aceptaba completamente todo lo que el Padre quiere: *Non mea voluntas sed tua fiat*: "Que se cumpla vuestra voluntad y no la mía."

Seguirá adelante hasta el término del sacrificio. Poco después de su agonía, en el momento de su prisión, cuando San Pedro quiere defenderle y da con su espada contra uno de los que venían a detener a su Maestro, ¿qué le dice el Salvador? "Mete la espada en la vaina; ¿acaso no debo beber el cáliz que mi Padre me ha dado?" *Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?*

Pronto queda detenido como un malhechor; podría escapar de sus enemigos, buena prueba es el que con una sola palabra los echa por tierra; podría, si quisiera, "rogar a su Padre que le enviara legiones de ángeles"; más El cuida de que la voluntad de su Padre, manifestada en las

Escrituras, se cumpla al pie de la letra: *Sed ut adimpleantur Scripturae*, y, por esta razón, se entrega a sus mortales enemigos. Obedece a Pilatos, pues, aunque pagano, el gobernador "representa la autoridad de lo alto"; obedece a sus verdugos; en el momento de expirar, para cumplir una de las profecías, dice: "Tengo sed" *Postea, sciens Iesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio*. No muere hasta que no lo "ha cumplido todo" con perfecta obediencia: *Dixit: Consummatum est, et inclinato capite, tradidit spiritum*. El *Consummatum est* es la expresión más veraz y más propia de toda su vida de obediencia: es como el eco al *Ecce venio* del instante de la Encarnación. Estas dos palabras son dos expresiones de obediencia; y toda la existencia de Jesús gira alrededor del eje que se apoya en estos dos polos.—*Jesucristo en sus misterios*, pp. 279-280; *Jesucristo, ideal del monje*, p. 339.

Todas las acciones de Jesús son objeto de las complacencias de su Padre. El Padre contempla a su Hijo con amor, no solamente en el Tabor, cuando Cristo aparece rodeado de gloria, sino también cuando Pilatos lo muestra a la multitud, coronado de espinas y convertido en deshecho de la humanidad; el Padre cubre a su Hijo con miradas de infinita complacencia, lo mismo en las ignominias de la pasión que en los resplandores de la transfiguración: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui*: "Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis complacencias" ¿Y por qué razón?

Porque Jesús, durante su pasión honra y glorifica a su Padre de una manera infinita, no solamente en cuanto es Hijo de Dios, sino también porque El se abandona a todo cuanto la justicia y el amor de su Padre le reclaman. Si ha podido decir durante su vida pública que "El cumplía todo cuanto era agradable a su Padre": *Quiae placita sunt ei facio semper*, esto se realizó particularmente en aquellas horas en que, por reconocer los derechos de la majestad divina ultrajada por el pecado, y para salvar al mun-

do, se entregó a la muerte, y muerte de cruz: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*, "para que el mundo sepa que amo al Padre". — "El Padre le ama con un amor sin límites, porque da su vida por sus ovejas y porque por sus sufrimientos, sus satisfacciones merece para nosotros todas las gracias que nos devuelven la amistad de su Padre": *Propterea me diligit Pater quia ego pono animam meam*. — *Jesucristo en sus misterios*, p. 299.

¿Por qué hemos de perder la confianza, cuando Cristo, Hijo del Padre, solidario de nuestras faltas, hecho propiciación por nuestras maldades, lo ha expiado y saldado todo? ¿Por qué no nos acercamos a este Pontífice, que semejante a nosotros en todas las cosas, excepto el pecado, ha querido experimentar todas nuestras enfermedades, beber el cáliz de todos nuestros sufrimientos, para hallar en la experiencia del dolor la manera de compadecer más intensamente de nuestras miserias? — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 35.

6. — Me amó y se entregó por mí

EL amor a su Padre ha sido el móvil profundo de todos los actos en la vida del Verbo encarnado. En el momento de acabar su obra, Cristo manifiesta a sus apóstoles que “por amor al Padre, va a entregarse”: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*. En aquella plegaria admirable que dirige entonces a su Padre, Jesús dice que ha cumplido su misión, que era glorificarle en la tierra: *Ego te clarificavi super terram; opus consummavi quod dedisti mihi ut faciam*: Yo os he glorificado en la tierra; he cumplido la obra que me encomendasteis”. En efecto, con toda verdad puede afirmar que en todos los instantes de su vida no ha buscado sino el complacer a su Padre: *Quae placita sunt ei facio semper*: “Yo hago siempre lo que le place.”

Mas el amor al Padre no es el único amor que hace latir al corazón de Cristo, nos ama también a nosotros, y de una manera infinita.

Es que, amándonos, ama a su Padre, nos ve y nos halla en su Padre: *Ego pro eis rogo... quia tui sunt*; éstas son sus propias palabras: “Yo ruego por ellos, porque son vuestros.” Sí, Cristo nos ama, porque somos hijos de su Padre, por que le pertenecemos.

Nos ama con amor inefable, que sobrepasa todos nuestros cálculos. — En verdad que por nosotros ha bajado del cielo, para rescatarnos, para salvarnos de la muerte: *Propter nos et propter nostram salutem*; para darnos vida: *Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant*: “Yo he venido para que tengan vida y vida abundante”. Por Sí mismo, no tenía necesidad de satisfacer ni merecer, porque es el propio Hijo de Dios, igual a su Padre, a la derecha del cual está sentado en lo más alto de los.

cielos; mas por nosotros lo ha aceptado todo. Si se encarnó, si nació en Belén, si vivió en la obscuridad de una vida de trabajo, si predicó, hizo milagros, si murió, si resucitó, si subió a los cielos, si envió el Espíritu Santo, si se queda en la Eucaristía, es por nosotros, por amor a nosotros. "Cristo, dice San Pablo, ha amado a la Iglesia, es decir el Reino que debe ser formado por los elegidos, se ha entregado por ella, para purificarla, santificarla y para hacer de ella una conquista inmaculada" — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 11-12; *Jesucristo vida del alma*, p. 48.

En la última cena, cuando va a sonar la hora de acabar su oblación, ¿qué dice El a sus apóstoles reunidos a su alrededor? "No hay mayor amor que el dar la vida por sus amigos", *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis mis*. Y este amor que sobrepasa todo amor, Jesús nos lo va a demostrar, porque, dice San Pablo, "por nosotros se entregó". Ha muerto por nosotros, "que éramos sus enemigos". ¿Qué mayor prueba de amor podía darnos? ninguna.

Este amor humano de Jesús, este amor creado, ¿de dónde manaba? ¿de dónde procedía? Del amor increado y divino, del amor del Verbo eterno al que la naturaleza humana está indisolublemente unida. En Cristo, aunque haya dos naturalezas perfectas y distintas, conservando sus energías específicas y sus operaciones propias, no hay mas que una Persona divina. El amor creado de Jesús no es sino una revelación de su amor increado. Todo lo que el amor creado realiza lo hace en unión con el amor increado y movido por él: el corazón de Cristo iba a tomar su bondad humana en el océano divino.

En el Calvario, vemos morir a un hombre como nosotros, que ha sido presa de la angustia que ha sufrido, que ha sido destrozado por los tormentos, como no lo será jamás hombre alguno: nosotros comprendemos el amor que este hombre nos tiene. Mas este amor que, por extraordinario, sobrepasa nuestra ciencia, es la expresión concreta y tangible del amor divino. El Corazón de Jesús

traspasado en la cruz nos revela el amor humano de Cristo; mas, detrás del velo de la humanidad de Jesús se descubre el amor inefable e incomprensible del Verbo. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 281, 415-416.

Todas las gracias que adornan y hacen dilatarse un alma, tienen su manantial inagotable en el Calvario; es del Corazón y de las llagas de Jesús de donde brota este manantial de vida.

¡Oh! ¿Podemos nosotros contemplar la obra magnífica de nuestro poderoso Pontífice, sin que nuestras almas se deshagan en continua acción de gracias? *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*: "me amó, dice San Pablo, y se entregó por mí". El apóstol no dice, aunque sea la misma verdad: *dilexit nos*: "nos ha amado", sino: "me amó", es decir que su amor ha sido distributivo, apropiado a cada uno de nosotros. La vida, las humillaciones, los sufrimientos, la Pasión de Jesús, todo me pertenece. — Y, ¿hasta qué extremo ha amado? Hasta el último extremo del amor: *in finem dilexit*.

¡Oh Pontífice lleno de dulzura que, por vuestra Sangre, me habéis abierto de nuevo las puertas del Santo de los Santos, que intercedéis continuamente por mí, a Vos sea dado todo honor y gloria, por siempre! — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 37.

7. — Se entregó porque El mismo quiso

Lo que acaba de dar toda su belleza y grandeza a las satisfacciones y a los méritos de Cristo, es que El ha aceptado sus sufrimientos voluntariamente y por amor. La libertad es un elemento esencial del mérito, porque sólo el acto es digno de alabanza, si aquel que lo cumple es responsable: *Ubi non est libertas, nec meritum*, dice San Bernardo.

Esta libertad abarca toda la misión redentora de Jesús. Hombre-Dios, Cristo ha aceptado generosamente sufrir en su carne pasible, susceptible de dolor. — Cuando, a su entrada en este mundo, dijo a su Padre: “Heme aquí”, *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam*: “Yo vengo, oh Dios, para cumplir vuestra voluntad”, El preveía todas las humillaciones, todos los dolores de su pasión y su muerte, y, libremente, del fondo de su corazón, lo aceptó todo por amor a su Padre y a nosotros: *volui*, “sí, lo quiero”, *Et legem tuam in medio cordis mei*: “Y vuestra ley en el fondo de mi corazón está.”

Esta voluntad, la mantiene Cristo firme en toda su vida. — Tiene siempre presente la hora de su sacrificio; la espera con impaciencia; la llama “su hora”, como si sólo contase en su existencia. El anuncia su muerte a sus discípulos, les expone anticipadamente sus detalles, y en términos tan claros que no pueden engañarse. Así, cuando San Pedro, impresionado por la idea de ver morir a su Maestro, quiere oponerse a la realización de sus sufrimientos, Jesús le rechaza: “Tú no tienes el sentido de las cosas de Dios.” Mas El, El conoce a su Padre; por amor a su Padre, por caridad hacia nosotros, se encamina a su pasión con todo el ardor de su santa

alma, pero a la vez con soberana libertad, dueña absoluta de sí misma. Si esta voluntad de amor es tan viva que viene a ser para El como horno ardiente: "Yo ardo en deseos de arrojarme en este bautismo de sangre", sin embargo no habrá quien tenga poder de quitarle la vida; El mismo espontáneamente la dejará. Ved cómo hace resaltar la verdad de estas palabras. Un día, los habitantes de Nazaret quieren arrojarle de lo alto de una peña: Jesús desaparece de entre ellos con admirable tranquilidad; otra vez, en Jerusalén, los judíos quieren apedrearle, porque afirma su divinidad; se esconde y sale del templo: su hora no había llegado aún. Pero cuando esta llegó, El se entrega. — Contempladle en el huerto de los olivos, la víspera de su muerte; los hombres armados avanzan para prenderle y hacerle condenar. "¿A quién buscáis?"—les pregunta—. A su respuesta: "A Jesús de Nazaret", les dice sencillamente: "Soy yo." Esta sola palabra salida de sus labios basta para hacerles caer hacia atrás. Hubiera podido dejarles tendidos; hubiera podido, como El mismo dijo, "pedir al Padre que le enviara legiones de ángeles para ponerle en libertad". Precisamente, en este momento, recuerda cómo cada día le han visto en el templo, y no habían podido poner su mano sobre su persona; no había llegado aún la hora; no les había dado licencia de apoderarse de El; sin embargo, ahora, ha llegado el momento en que debe entregarse a sus verdugos, que no obran sino como instrumentos del poder de las tinieblas, para la salvación del mundo: *Hæc est hora vestra et potestas tenebrarum*: "He aquí vuestra hora y el poder de las tinieblas." La soldadesca le conduce de tribunal en tribunal, El deja que hagan; sin embargo, ante el Sanedrín, tribunal supremo de los judíos, proclama a los delirios de Hijo de Dios, mas luego se abandona al furor de sus enemigos. Contempladle ante Pilatos; reconoce que "el poder que tiene el gobernador romano de condenarle a muerte, solo le viene de su Padre": *Non habeo potestatem ad verum me ullam, nisi tibi datum esset a domino*. Si quisiera

se libraría de sus manos, pero, porque es la voluntad de su Padre, se entrega a un juez inícuo: *Tradebat judicanti se injuste*.

Si se ha entregado a la muerte, es, en verdad, porque ha querido: *Oblatus est quia ipse voluit*. En esta entrega voluntaria, llena de amor, de todo El, sobre la cruz; por esta muerte del Hombre-Dios; por esta inmolación de una víctima sin mancha, que se ofrece por amor y con una libertad soberana, — se da por nosotros a la justicia divina una satisfacción infinita; por Cristo se adquiere para nosotros un mérito inagotable, mientras que la vida eterna es devuelta a la humanidad. “*Et consummatus, factus est omnibus obtemperantibus sibi causa salutis aeternae*; “Porque llevó a cabo, la obra de su mediación, Cristo ha llegado a ser para todos los que siguen “causa meritoria de salud eterna.” Así, San Pablo tenía derecho a decir: “En virtud de esta voluntad, nosotros somos santificados por la oblación que Jesucristo hizo, una vez para siempre, de su Cuerpo”: *In qua voluntate sanctificati sumus per oblationem corporis Jesu Christi semel*.

Pues “es por nosotros, por cada uno de nosotros, por quienes Nuestro Señor murió”: *Pro omnibus mortuus est Christus*. — “Cristo es propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero”: *Ipse est propitiatio pro peccatis nostris; non pro nostris autem tantum, sed etiam pro totius mundi*, de manera que El es “el único mediador entre los hombres y Dios”. *Unus mediator Dei et hominum, homo Christus Iesus*. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 66-68.

Esta libertad soberana con que Cristo Jesús se ha ofrecido realza infinitamente su amor: *Oblatus est quia ipse voluit*.

Esta pocas palabras nos revelan con qué espontaneidad Jesús aceptó su pasión. ¿No había dicho un día, hablando del buen pastor que da su vida por sus ovejas: “Mi Padre me ama porque yo doy mi vida, para recuperarla el día de mi resurrección? Nadie me la arrebatara por fuerza, la

doy por mi voluntad: Yo tengo el poder de darla y el poder de recobrarla."

La voluntad con que Jesús da su vida es íntegra. Precisamente esta es una de las más admirables perfecciones de su sacrificio, uno de los aspectos que conmueven más profundamente nuestro corazón humano. "Hasta tal extremo Dios amó al mundo, que le ha dado a su propio Hijo único"; Cristo ha amado tanto a sus hermanos, que se ha entregado, libre y enteramente, para salvarles. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 281-282.

• -
•
•

8. — Perfección del sacrificio de Cristo

CONTEMPEMOS con fe los dolores que el Verbo sufrió, cuando hubo llegado para El la hora de expiar el pecado: no podemos figurarnos nosotros hasta que abismos de sufrimiento y anonadamiento le hizo bajar el pecado.

Cristo Jesús es el propio Hijo unigénito de Dios; es el objeto de las complacencias del Padre; toda la obra de su Padre es glorificarle: *Clarificavi et iterum clarificabo*: “Yo le he glorificado y le glorificaré más aún”, porque está lleno de gracia, la gracia sobreabunda en El; es un pontífice inocente; es semejante a nosotros, más no conoce ni el pecado, ni la imperfección: “¿Quién, decía El a los judíos, quién me convencerá de pecado?” “El príncipe del mundo, es decir Satanás, no tiene que ver nada conmigo.” Eso es tan cierto que en vano sus más encarnizados enemigos, los fariseos, registraron su vida, examinaron su doctrina, espionaron, como sabe hacerlo el odio, todos sus actos y todas sus palabras: no pudieron hallar motivo para condenarle; y para inventar un pretexto tuvieron que recurrir a falsos testigos. Jesús es la misma pureza, “reflejo de las infinitas perfecciones de su Padre, esplendor fulgurante de su gloria”.

Y he aquí como el Padre trató a su Hijo, cuando llegó el momento para Jesús de saldar, en lugar de nosotros, la deuda debida a la justicia por los pecados; he aquí cómo fué herido este “Cordero de Dios” que ha substituído a los pecadores. — El Padre celestial ha querido, con esta voluntad a la cual no hay quien resista, “aniquilarle en el sufrimiento”: *Vohuit conterere eum in infirmitate*. En el alma santa de Jesús se acumulan mares de tristeza, tedio, temor, languidez, hasta el extremo de que su Cuerpo inmaculado queda bañado en sudor de sangre; de tal forma se siente El “turbado y aplastado por el torren-

te de nuestras maldades" que, en la repugnancia que experimenta su naturaleza sensible, pide a su Padre le libre de beber el cáliz de amargura que se le presenta: *Pater mi, si possibile est, transeat a me calix iste*: "Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz." La víspera, en la última cena, no hablaba El así: *Volo, Pater*, "lo quiero", decía entonces a su Padre, porque El es su igual; mas luego, la vergüenza con que le cubren los pecados de los hombres, que ha tomado sobre Sí, invade su alma, y, lo mismo que un criminal, pronuncia esta plegaria: *Pater, si possibile est*, "Padre, si es posible..." Pero el Padre no quiere; es la hora de la justicia, es la hora en que va a entregar a su Hijo, su propio Hijo, como juguete, al poder de las tinieblas: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum*.

Traicionado por uno de sus apóstoles, abandonado por los demás, negado por su jefe, Jesucristo se convierte, en manos de una canalla, en objeto de burlas y ultrajes; contempladle, a El, Dios todopoderoso, abofeteado; su faz adorable, delicia de los santos, cubierta de esputos; se le azota, se coloca sobre su cabeza una corona de espinas; por burla se le echa un manto de púrpura sobre las espaldas; se le pone en la mano una caña; luego, estos satélites doblan la rodilla ante El, acompañando esta acción de insolentes burlas; ¡qué abismo de ignominia para Aquel, ante quien tiemblan los ángeles! Contemplad al Señor del universo, tratado de malhechor e impostor, puesto en parangón con un ladrón insigne, a quien la plebe prefiere; vedle echado fuera de la ley, condenado, clavado en cruz entre dos ladrones; soportando los dolores de los clavos hundidos en sus miembros, la sed que le atormenta. Ve a aquel pueblo a quien ha colmado de favores levantar la cabeza en señal de desprecio. Oye los rencorosos sarcasmos de sus enemigos: "Ha salvado a otros y no se puede salvar a Sí mismo; que baje de la cruz, y entonces, y solamente entonces, creeremos en El." ¡Qué humillación, cuántos oprobios!

Contemplemos este cuadro impresionante de los sufrimientos de Cristo, descrito siglos antes por el profeta Isaías; no se puede dejar ni un detalle; se le debe leer íntegro, todos sus rasgos impresionan. "Hasta tal extremo quedó desfigurado que muchos, al verle, quedaron estupefactos. Su aspecto no tenía nada de hombre, ni su faz era como la de los hijos de los hombres; no tenía ya ni forma, ni belleza para atraer nuestras miradas, ni apariencia para atraer nuestro amor; estaba despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolor, a quien el sufrimiento ha herido, objeto delante del cual uno tapa su mirada; era objeto de desprecio y ni caso hemos hecho de El. En verdad, se había cargado con nuestros dolores; y nosotros, nosotros le mirábamos como hombre castigado, tocado por la mano de Dios y sujeto a humillación. Ha sido maltratado por causa de nuestros pecados y deshecho por causa de nuestras maldades. El Señor ha descargado sobre El la iniquidad de todos nosotros; se le maltrata; El se somete al sufrimiento y no abre su boca, semejante al cordero conducido al matadero, a la oveja ante el trasquilador; por una condenación injusta ha sido llevado a la muerte, y, entre los suyos, ¿quién pensó que El era arrancado de la tierra de los vivientes, que el dolor le hería a causa de los pecados de su pueblo? Pues el Señor se ha complacido en quebrantarle por el sufrimiento"...

¿Bastará todo esto? No, aún no; nuestro Salvador divino aún no ha llegado al fondo del dolor. — Contémplale, alma mía, contempla a tu Dios pendiente de la cruz; no le queda nada humano, ha llegado a ser "el deshecho despreciado por un populacho" lleno de furor: *Ego sum vermis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis*: "Soy gusano, y no hombre, oprobio de los hombres, deshecho de la plebe." Su cuerpo es una llaga; su alma está como aplastada bajo el sufrimiento y los escarnios. Y, en aquel momento, nos dice el Evangelio, Jesús dió un gran grito: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has des-

amparado?" Jesús es abandonado de su Padre. Nosotros no sabremos jamás que abismo de sufrimiento encierra este abandono de Cristo por su Padre; hay aquí un misterio que nunca alma alguna llegará a profundizar. ¡Jesús abandonado de su Padre! Pues qué, durante toda su vida ¿no ha hecho El la voluntad de su Padre? ¿Ha dejado de cumplir la misión que se le había confiado de manifestar su nombre al mundo? *Manifestavi nomen tuum hominibus?* ¿No es "por amor", *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*, por lo que El se entrega? ¡Oh, si por cierto! — ¿Por qué, pues, oh Padre celestial, castigáis así a vuestro Hijo muy amado? — "A causa del pecado de mi pueblo": *Propter scelus populi mei percussim eum*. Porque, en este momento, Cristo se entregaba por nosotros, para dar una satisfacción plena y completa por el pecado, el Padre no ha visto en su Hijo sino al pecado del cual estaba revestido, hasta el extremo de "parecer que el pecado estaba en él": *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*; y entonces "fué maldito": *Factus pro nobis maledictum*; su Padre le abandona; y aunque, por la sublimidad de su ser, Cristo conserva el gozo inefable de la visión beatífica, sin embargo, este abandono sumerge al alma de Jesús en un dolor tan intenso que le arranca este grito de angustia infinita: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" La justicia divina, dándose libre curso para castigar al pecado de los hombres, "se arroja como torrente impetuoso, sobre el mismo Hijo de Dios": *Proprio Filio suo non pepercit Deus, sed pro nobis omnibus tradidit illum*: "Dios no ha perdonado a su propio Hijo, antes lo ha entregado a la muerte por todos nosotros."

Si queremos saber qué es lo que piensa Dios del pecado, miremos a Jesús en su pasión. — Cuando vemos a Dios castigar a su Hijo, a quien ama infinitamente, con muerte de cruz, entonces comprenderemos un poco lo que es el pecado a los ojos de Dios. Oh, si pudiéramos nosotros comprender, en la oración que durante tres horas Jesús

ha dirigido a su Padre: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz", *Si possibile est, transeat a me calix iste*, y a la cual el Padre ha respondido: "¡No!", que Jesús ha debido pagar nuestra deuda hasta la última gota de su sangre, que, "a pesar de sus gritos de angustia y sus lágrimas", *cum clamore valido et lacrymis*, Dios "no le ha perdonado"; si llegásemos a comprender esto, tendríamos un santo horror al pecado. ¿Qué mejor revelación del pecado, que esta cantidad aplastante de oprobios, ultrajes, humillaciones, bajo las cuales Jesucristo ha sido puesto? ¿Cuál debía ser la ira de Dios contra el pecado para llegar a descargar sin medida sobre Jesús, para tritularle bajo el peso del sufrimiento y la ignominia!

¡El alma que deliberadamente comete un pecado toma parte en los dolores y ultrajes que descargan sobre Cristo! Ha echado su hiel en el cáliz presentado a Jesús durante su agonía; estaba con Judas, para hacerle traición; con la soldadesca, para llenar su faz divina de esputos, para vendarle los ojos y abofetearle; con Pedro, para negarle; con Herodes, para hacerle objeto de burla; con la plebe, para exigir furiosamente su muerte; con Pilatos, para condenarle cobardemente en juicio inícuo; estaba con los fariseos que, cuando Cristo expiraba, le cubrían con el veneno de su ira insaciable; con los judíos, para burlarse de El y colmarle de insultos, y ofrecía a Jesús, en el momento supremo, para apagar su sed, hiel y vinagre... Esta es la obra del alma que se niega a someterse a la ley divina; ella es la causa de la muerte del Hijo único de Dios, de Cristo Jesús. Si alguna vez hemos tenido la desgracia de cometer voluntariamente un solo pecado mortal, nosotros hemos sido esta alma... Nosotros podemos decir: "La pasión de Jesús es obra mía. ¡Oh Jesús, clavado en cruz, vos sois el pontífice santo, inmaculado, la víctima inocente, sin mácula, — y yo, yo soy pecador!" — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 207-212.

Todo es perfecto en el sacrificio de Jesús; el amor que le inspira y la libertad con que lo realiza. Perfecto tam-

bién en el don que ofrece; Cristo se ofrece a Sí mismo: *Semetipsum tradidit*.

Cristo se ofrece completamente a Sí mismo; su Alma y su Cuerpo son destrozados, triturados por los dolores, que no los hay que sean desconocidos de Jesús. Si leéis atentamente el Evangelio, veréis cómo los sufrimientos de Jesús fueron dispuestos de tal suerte que no quedase ni uno solo de sus miembros sagrados sin ser herido; que todas las fibras de su corazón fuesen desgarradas por la ingratitud de la plebe, el abandono de los suyos, los dolores de su Madre; que su santa alma hubiese de soportar todas las afrentas y todas las humillaciones que un hombre es capaz de soportar. Ha cumplido a la letra la profecía de Isaías: "Muchos, al verle, han quedado pasmados; tan desfigurado estaba... no hay forma, ni belleza en El que pueda atraer nuestras miradas... se nos ha presentado como un leproso desconocido..."

Durante su agonía en el huerto de los olivos, Cristo, que no exagera, manifiesta a sus apóstoles que "su alma inocente está de tal modo oprimida por una tan dolorosa y amarga tristeza, que es capaz de causarle la muerte": *Tristis est anima mea usque ad mortem*. ¡Qué misterio! Dios, Poder y Beatitud infinitos, "se halla abrumado de tristeza, miedo y pesar": *Coepit pavere et taedere et maestus esse*! El Verbo encarnado sabía todos los sufrimientos que iban a descargar sobre El en las largas horas de su pasión; esta visión despertaba en su naturaleza sensible toda la repulsión que hubiera experimentado una simple criatura; por su divinidad a la cual estaba unida su alma, veía claramente todos los pecados de los hombres, todos los ultrajes hechos a la santidad y al amor infinitos de Dios.

El había tomado sobre Sí todas esas iniquidades, se había como revestido de ellas, sentía descargar sobre Sí toda la cólera de la justicia divina: *Ego sum vermis, et non homo opprobrium hominum, et abjectio plebis*: "Yo soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres, deshecho

de la plebe." El preveía que para muchos hombres su Sangre sería vertida inútilmente, y esta visión hacia llegar a su colmo la pena de su santa alma. Mas, lo hemos visto, Cristo todo lo aceptó.

El bebió, en verdad, el cáliz hasta las heces; cumplió hasta la última tilde, es decir, hasta el más pequeño detalle todo cuanto estaba predicho de El. Así, cuando se hubo cumplido todo, cuando agotó hasta el fondo todos los dolores y todas las humillaciones, pudo pronunciar su *Consummatum est*. Sí, "todo está consumado"; no le queda más que entregar su alma a su Padre: *Et inclinato capite, tradidit spiritum*: "E inclinando la cabeza, entregó su espíritu."

Cuando la Iglesia, en la semana santa, nos lee la Pasión, al llegar a este punto la interrumpe para adorar en silencio.

Como ella, postrémonos; adoremos a este crucificado, que acaba de exhalar su último suspiro; es, en verdad, el Hijo de Dios: *Deus verus de Deo vero*. — Tomemos parte, sobre todo el Viernes Santo, en la solemne adoración de la cruz, que según el espíritu de la Iglesia, debe reparar los innumerables ultrajes con que fué cubierta la divina víctima por sus enemigos en el Gólgota. Durante esta emocionante ceremonia, pone la Iglesia en labios del inocente Salvador apóstrofes conmovedores; en su sentido literal se aplican al pueblo deicida; nosotros podemos entenderlos en un sentido espiritual; ellos despertarán en nuestras almas vivos sentimientos de compunción: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho y en qué te he contristado?; respóndeme. ¿Qué podía hacer por tí que no haya hecho? Yo te he plantado como una de mis mejores viñas, y tú no tienes para Mí sino excesiva amargura; en mi sed, me has dado a beber vinagre, y con la lanza has traspasado el costado de tu Salvador... Por amor a tí, castigué a Egipto con sus primogénitos, y tú me has flagelado... Para librarte de Egipto, eché a Faraón en el mar Rojo, y tú me has entregado a los príncipes de los sacerdotes... Yo te

abrí paso en medio de las olas, y tú has abierto mi costado con la lanza... Yo he ido delante de tí como columna de luz, y tú me has conducido al pretorio de Pilatos... Yo te alimenté con el maná en el desierto, y tú me has afligido con bofetones y golpes... Yo te dí un cetro real, y tú has puesto sobre mi cabeza una corona de espinas... Yo te he colocado sobre las demás naciones, con el empleo de un gran poder, y tú me has puesto en el patíbulo de la cruz..."

Dejemos que estos lamentos de un Dios sufriendo por los hombres conmuevan nuestros corazones; unámonos a esta obediencia llena de amor, que le ha conducido a la inmolación de la cruz: *Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis*. Digámonle: "Oh Salvador divino, que tanto habéis sufrido por amor nuestro, os prometemos hacer cuanto sea necesario para no pecar más; oh Maestro adorable, haced por vuestra gracia que muramos a todo cuanto es pecado, unido al pecado, a las criaturas, que no vivamos sino por Vos."

Pues, "el amor que Cristo nos ha mostrado muriendo por nosotros, dice San Pablo, nos urge para que los que viven no vivan para sí, sino para Aquel que murió por ellos": *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*. — *Jesucristo en sus misterios*, páginas 282-286.

9. — Del Pretorio al Calvario

LA devoción a los sufrimientos de Cristo en la forma de *Vía Crucis* es la más íntimamente unida al sacrificio del Calvario y al sacrificio eucarístico: ella, como la misa, continúa recordándonos la muerte de Jesús: *Mortem Domini annuntiabitis donec veniat*.

Para percibir en el mayor grado posible la aplicación de la sangre de Jesús, he aquí lo que conviene hacer: cada día, por la mañana, uníos a Jesús para ofrecer al Padre la Sangre de Cristo, que se ofrecerá en todas las misas del día. Pero haced este acto con fe y amor intensos; de esta manera participaréis, en cuanto es posible, del cáliz de Jesús, pues su Sangre se ofrece en todas las misas *pro nostrā omniumque salute*.

Luego, cuando hagáis el *Vía Crucis*, ofreced de nuevo al Padre eterno, en cada estación, la Sangre divina, para que sea aplicada a vuestra alma (1).

Esta contemplación de los sufrimientos de Jesús es muy fecunda. Yo estoy convencido de que, aparte de los sacramentos y de los actos litúrgicos, no hay práctica

(1) Por esto el mismo Dom Marmion, fiel a esta idea, hacía habitualmente el *Vía Crucis*, al terminar su acción de gracias. Le inspiró esta devoción, ya cuando entró en el Colegio, un santo religioso lazarista. Después, él conservó fielmente esta enseñanza, y puede decirse que no dejó un solo día de cumplir este piadoso ejercicio. Hasta de viaje y en los períodos que estuvo más absorbido por la predicación, cuidó de buscar unos momentos para practicarlo. En los últimos años de su vida, este piadoso ejercicio fué para él objeto de un voto. En sus obras espirituales, le dedicó una conferencia entera y no descuidó nunca de hablar sobre este punto en la predicación de ejercicios. En su lecho de muerte, se esforzará para practicarlo, uniendo de esta forma sus últimos sufrimientos a los que señalaron las horas supremas de la vida terrena de Jesús.—Véase *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 494 y siguientes.

más útil para nuestras almas que el *Vía Crucis* hecho con devoción. Su eficacia sobrenatural es extraordinaria. La Pasión es el "santo de los santos" en los misterios de Jesús, la obra por excelencia de nuestro Pontífice supremo; es allí donde revela de una manera especial sus virtudes, y cuando le contemplamos en sus sufrimientos, nos da, según la medida de nuestra fe, la gracia para practicar estas virtudes que El ha revelado en estas horas santas. — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 495-496.

No debéis olvidar nunca que Jesucristo no es un modelo muerto e inerte, sino vivo y que reproduce sobrenaturalmente en aquellos que a El se acercan con las disposiciones convenientes, la perfección que contemplan en su persona.

En cada estación, se presenta nuestro divino Salvador con el triple carácter de mediador que nos salva por sus méritos, de modelo perfecto de virtudes sublimes, de causa eficaz que puede realizar en nuestras almas, por su omnipotencia divina, las virtudes de que nos da ejemplo.

Quizás me diréis que estos caracteres se hallan en todos los misterios de Jesucristo. Ciertamente, mas ¡con cuánta mayor plenitud se hallan en su pasión, que es, por excelencia, el misterio de Jesús!

Por esto, si, cada día, durante unos instantes, interrumpiendo vuestros quehaceres, abandonando vuestras preocupaciones, acallando en vuestros corazones el ruido de las criaturas, acompañáis al Hombre-Dios por el camino del Calvario con fe, humildad y amor, con verdadero deseo de imitar las virtudes que nos enseña en su pasión, podéis estar seguros de que vuestras almas recibirán gracias extraordinarias, que las transformarán poco a poco, asemejándolas a Jesús, y Jesús crucificado. Y ¿no es en esta semejanza en lo que San Pablo hace consistir toda la santidad?

Basta, para recoger los frutos preciosos de esta práctica, como para ganar las indulgencias con que la Iglesia la ha enriquecido, detenernos en cada estación y meditar

la pasión del Salvador (1). No hay prescrita ninguna fórmula particular, no se ha impuesto forma especial de meditación, ni tan sólo la sugerida por el objeto de la "estación". Se ha dejado plena libertad al gusto de cada uno y a la inspiración del Espíritu Santo.

Sigamos ahora juntos el camino del Calvario; las consideraciones que yo os ofrezco para cada estación no tienen otro fin, (huelga decirlo) que ayudar la meditación. Cada uno puede tomar lo que quiera, cada uno puede variar sus consideraciones y afectos, siguiendo las condiciones y necesidades de su alma.

Antes de empezar, recordemos la recomendación de San Pablo: "Tened en vuestros corazones los sentimientos que animaban a Cristo Jesús... El se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz." Cuanto más penetremos en estas condiciones que animaban al Corazón de Jesús en su camino de dolor: amor al Padre, caridad hacia los hombres, odio al pecado, humildad y obediencia, más nuestras almas serán llenas de gracia y de luz, porque el Padre eterno verá en nosotros una imagen más perfecta de su divino Hijo.

(1) Pío XI, por breve de 20 de Octubre de 1931 derogó todas las indulgencias concedidas hasta entonces y las sustituyó por las siguientes: 1) una indulgencia plenaria cada vez; 2) otra indulgencia plenaria, si se ha comulgado el mismo día, o bien cuando, habiendo practicado el *Via Crucis* diez veces, se comulga, mientras sea dentro del mes; 3) Una indulgencia de 10 años por estación, cuando uno se ha visto obligado a interrumpir el *Via Crucis* por causa razonable.—Los enfermos que no pueden seguir las estaciones en una iglesia pueden ganar las mismas indulgencias, si, teniendo en su mano un crucifijo bendecido a este efecto por un sacerdote facultado para ello, rezan 20 Padrenuestros, Ave Marías y Glorias, a saber, uno para cada estación, cinco en honor de las llagas de Jesús y uno a intención del Soberano Pontífice. Que si por causa razonable no puede rezar los 20 Padrenuestros, Aves y Glorias, podrá ganar una indulgencia de 10 años por cada Padrenuestro, Ave y Gloria que recite.—Los enfermos que por la violencia de la enfermedad no pudiesen, sin gran dificultad, recitar 20 Padrenuestros, Aves y Gloria, pueden ganar las sobredichas indulgencias venerando o mirando con sentimientos de piedad y contricción el crucifijo bendecido para este fin y reciten, si les es posible, una jaculatoria en honor de la pasión y muerte de N. S. Jesucristo.

Jesús mío, vos habéis recorrido este camino por amor a mí, llevando vuestra cruz. Yo quiero hacer lo mismo con Vos y como Vos; llenad mi corazón de aquellos sentimientos que rebosaban en el vuestro durante estas horas santas. Ofreced por mí a vuestro Padre la Sangre preciosa que Vos derramasteis entonces por mi salvación y santificación.

I — Jesús es condenado a muerte por Pilatos

“Jesús está de pie ante el gobernador romano”: *Stetit ante praesidem*. Está de pie, porque, como segundo Adán, es el Jefe de toda la raza que va a rescatar con su inmolación. El primer Adán había, “por su pecado, merecido la muerte”: *Stipendia enim peccati mors*. Jesús, inocente, pero cargado con los pecados del mundo, los debe expiar por su sacrificio cruento. Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, su mismo pueblo “le acechan como toros furiosos”. En su griterío chillan nuestros pecados y exigen tumultuosamente la muerte del justo: *Tolle, tolle, crucifige eum!*” El débil gobernador romano “les entrega la víctima para que sea clavada en cruz”: *Tradidit eis illum ut crucifigeretur*.

¿Qué hace Jesús? Si está de pie, porque es nuestro Jefe; si, como dice San Pablo, “da testimonio” de la verdad de su doctrina, de la divinidad de su persona y de su misión; sin embargo, acata interiormente la sentencia pronunciada por Pilatos; le reconoce un poder auténtico: *Non haberes potestatem adversus me ullam, nisi tibi datum esset desuper*. Jesús ve la mejestad de su Padre en este poder terrestre, indigno pero legítimo.

Y ¿qué hace?

“Se entrega, más que es entregado”: *Tradebat iudicanti se injuste*. Se humilla, obedeciendo hasta la muerte; voluntariamente acepta por nosotros, para devolvernos la vida, la sentencia de condenación: *Oblatus est quia ipse*

voluit. “Así como la desobediencia de un solo hombre, Adán, ha sido la causa de la pérdida de muchos, así también la obediencia de uno solo, Cristo Jesús, nos establecerá en la justicia.”

Nosotros debemos adherirnos a Jesús en su obediencia, aceptar todo cuanto nuestro Padre que está en los cielos nos imponga por quien quiera que sea, un Herodes o un Pilatos, desde el momento que su autoridad es legítima.

Asimismo, aceptamos desde ahora la muerte en expiación de nuestros pecados, con todas las circunstancias de que quiera la divina Providencia rodearla; aceptémosla como homenaje rendido a la justicia y santidad divinas, ultrajadas por nuestros pecados; unida a la de Jesús, será preciosa a los ojos del Señor.”

Maestro divino, yo me uno a vuestro Sagrado Corazón en su sumisión perfecta y su abandono completo a la voluntad del Padre. Que la fuerza de vuestra gracia produzca en mi alma este espíritu de sumisión que haga que me entregue sin reserva y sin queja ninguna a la voluntad de lo alto, a todo aquello que os plazca enviarme en la hora que yo deba abandonar este mundo.

II — Jesús es cargado con la cruz

“Pilatos les entregó a Jesús para que lo crucificaran, y ellos se lo llevaron, cargado con su cruz”: *Bajulans sibi crucem.*

Jesús había hecho un acto de obediencia; se había entregado a la voluntad de su Padre, y ahora el Padre le muestra lo que la obediencia le impone: esto es, la cruz. El la acepta como venida de manos de su Padre, con todo lo que lleva consigo de dolores e ignominia. En este momento, Jesús aceptaba el aumento de sufrimientos que añadía esta pesada carga a sus hombros magullados, los tormentos indecibles con que sus sagrados miembros se-

rían afligidos en los momentos de la crucifixión; aceptaba los amargos sarcasmos, las odiosas blasfemias, que sus peores enemigos, triunfantes en apariencia, descargarían sobre El, así que le vieran colgado en el infame patíbulo; aceptaba la agonía de tres horas, el abandono de su Padre... Jamás llegaremos a apreciar la cantidad de aficciones a las cuales ha consentido nuestro divino Salvador, al recibir la cruz.

En este momento también, Cristo Jesús, que nos representaba a todos y que iba a morir por nosotros, aceptaba la cruz por todos sus miembros, por cada uno de nosotros: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit*. Entonces unió a los suyos todos los sufrimientos de su cuerpo místico; y en esta unión les comunicó todo su valor y precio.

Aceptemos, pues, nuestra cruz en unión con El, como El, para ser dignos discípulos de este divino jefe; aceptémosla sin razonar y sin murmurar. Por pesada que fuese para Jesús la Cruz que el Padre le imponía, ¿hizo disminuir su amor, su confianza hacia su Padre? Muy al contrario. "Yo beberé el cáliz de amargura que mi Padre me ofrece": *Calicem quem dedit mihi Pater non bibam illum?* Que sea así también para nosotros. "Quien quiera ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga." No seamos de aquellos a quienes San Pablo llama "enemigos de la cruz de Jesús". Antes bien tomemos nuestra cruz, aquella que Dios nos impone; en la aceptación generosa de esta cruz hallaremos la paz; nada da tanta paz al alma que sufre como este abandono completo al beneplácito divino.

Jesús mío, yo acepto todas las cruces, todas las contrariedades, todas las adversidades que el Padre me ha reservado; que la unción de vuestra gracia me dé fuerzas para llevar estas cruces con el mismo abandono con que Vos habéis aceptado la vuestra por amor a nosotros. "Que no busque otra gloria que la de participar de vuestros sufrimientos."

III — Jesús cae por primera vez

“Será varón de dolores, que sabe de enfermedad”: *Vir dolorum, sciens infirmitatem.*

Esta profecía de Isaías se cumplió al pie de la letra. Jesús, extenuado por los sufrimientos de alma y cuerpo, sucumbe bajo el peso de la cruz; la Omnipotencia cae de debilidad. Esta debilidad de Jesús honra su poder divino. Por ella, expía nuestros pecados, repara las rebeldías de nuestro orgullo, y “levanta al mundo, impotente para salvarse”: *Deus qui in Filii tui humilitate jacentem mundum erexisti...* Además, en este momento nos merecía la gracia de humillarnos por nuestras faltas, de reconocer nuestras caídas, de confesarlas sinceramente; nos merecía la gracia de la fortaleza que sostiene nuestra debilidad.

Con Cristo postrado ante su Padre, detestemos la exaltación de nuestra vanidad y de nuestra ambición; reconozcamos la amplitud de nuestra flaqueza. En tanto Dios abate a los soberbios, en cuanto la humilde confesión de nuestra enfermedad atrae su misericordia: *Quomodo miseretur pater filiorum... quoniam ipse cognovit figmentum nostrum.* Pidamos misericordia a Dios en los momentos en que nos sintamos débiles ante la cruz, la tentación, el cumplimiento de la voluntad divina: *Miserere mei, Domine, quoniam infirmus sum.* Será precisamente cuando reconozcamos humildemente nuestra flaqueza, cuando brillará en nosotros el triunfo de la gracia, la única que nos puede salvar: *Virtus in infirmitate perficitur.*

Oh Cristo Jesús, caído bajo vuestra cruz, yo os adoro. “Fuerza de Dios”, Vos os mostráis abatido de debilidad, para enseñarnos la humildad y confundir nuestro orgullo. “Oh Pontífice lleno de santidad, que habéis pasado por nuestras pruebas, para asemejaros a nosotros y poder, así, compadeceros de nuestras enfermedades”, no me abandonéis a mis fuerzas, porque yo no soy sino debilidad; “que vuestra fuerza se adueñe de mí”, para que no sucumba en el mal; *Ut inhabite in me virtus Christi.*

IV. — Jesús encuentra a su Madre Santísima

Para la Virgen María llegó el día en el que debía realizarse plenamente la profecía de Simeón: "Una espada traspasará tu alma". — De la misma manera que Ella se había unido a Jesús, cuando le ofreció en el templo, en esta hora en que va Jesús a consumir su sacrificio, quiere más que nunca penetrar en sus sentimientos y participar de sus sufrimientos. Se dirige al Calvario, donde sabe que su Hijo va a ser crucificado. En el trayecto, se encuentran. ¡Qué dolor tan inmenso al verle en tan lastimoso estado! Sus miradas se cruzan, y el abismo de los sufrimientos de Jesús llama al abismo de la compasión de su Madre. ¿Qué no haría Ella por El?

Este encuentro fué, a la vez, causa de dolor y principio de alegría para Jesús. De dolor, viendo la inmensa desolación en la cual su triste estado sumergía al alma de su madre; de alegría, al pensar que sus sufrimientos iban a pagar el precio de todos los privilegios de que era y debía estar Ella colmada.

Por esto, apenas se detiene. Cristo tenía el corazón más tierno que hallarse puede; ante el sepulcro de Lázaro, llora; llora la desgracia que va a caer sobre Jerusaleén. Jamás un hijo ha amado tanto a su madre como El, por eso cuando la vió tan desolada en el camino del Calvario, debió sentir cómo se emocionaban todas las fibras de su corazón. Por eso, va más allá, sigue su camino hacia el lugar del suplicio, porque esta es la voluntad de su Padre. María se asocia a este sentimiento, bien sabe Ella que todo debe cumplirse para nuestra salvación; y toma parte en los sufrimientos de Jesús, siguiéndole hasta el Gólgota.

Nada humano debe detenernos en nuestra marcha hacia Dios; ningún amor natural debe poner trabas a nuestro amor a Cristo; debemos ir más allá para quedar unidos a El.

Pidamos a la Virgen nos asocie a la contemplación de los sufrimientos de Jesús y nos haga partícipes de la compasión que Ella le demuestra, a fin de lograr tener odio al pecado que ha exigido tal expiación. Alguna vez plugo a Dios, para manifestar sensiblemente el fruto que produce la contemplación de la Pasión, imprimir en el cuerpo de algunos santos, tal como San Francisco de Asís, los estigmas de las llagas de Jesús. Nosotros no debemos desear estas señales exteriores; pero sí debemos pedir que la imagen de Cristo sufriendo sea impresa en nuestro corazón. Pidamos a la Virgen, esta preciosa gracia: *Sancta mater istud agas, crucifixi fige plagas cordi meo valide.*

Oh Madre, "he aquí tu Hijo"; por el amor que sentís por El, haced que el recuerdo de sus sufrimientos nos siga por doquier; en su nombre es lo pedimos; negárnoslo sería negárselo a El mismo, pues somos sus miembros. Oh Cristo Jesús, he aquí a vuestra Madre; por amor a Ella, concedednos participar de vuestros dolores, para asemejarnos a Vos.

V. — Simón Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

"Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, al cual obligaron a llevar la cruz de Jesús."

Jesús está agotado; aunque sea el todopoderoso, quiere que su santa humanidad, cargada con los pecados del mundo, experimente el peso de la justicia y expiación. Mas quiere que le ayudemos a llevar su cruz. Simón nos representa a todos, y es a nosotros todos a quienes Cristo pide que compartamos sus sufrimientos; sólo con esa condición se es discípulo de El: "Si alguien quiere venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga." El Padre ha dispuesto que parte de los dolores quedaran para el cuerpo místico de su Hijo, que parte de la expiación recayera sobre sus miembros: *Adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus, quod est Ecclesia.*

Jesús lo quiere así, y fué para significar este decreto divino por lo que aceptó la ayuda del Cireneo.

Mas, al mismo tiempo, en este mismo momento nos ha merecido la gracia de la fortaleza para soportar generosamente las pruebas; ha puesto en su cruz la unción que hace a la nuestra tolerable; pues llevando nuestra cruz, es en verdad la suya la que aceptamos. El une nuestros sufrimientos a su dolor, y, por esta unión, les da un valor inestimable, fuente de grandes méritos.

Es lo que San Pablo nos da a comprender en su epístola a los Hebreos, para animarnos a soportarlo todo por amor a Cristo: “Corramos con constancia por el camino que se nos ha abierto, fijos los ojos en Jesús, guía y consumidor de la fe; en vez de la alegría que se le ofrecía, despreciando la ignominia, ha sufrido la cruz, y luego ha merecido estar sentado a la diestra en el trono de Dios. — Contemplad a aquel que ha soportado contra su persona tan gran contradicción por parte de los pecadores, a fin de no dejaros abatir por el desaliento.”

Jesús mío, yo acepto de vuestra mano las partículas de vuestra Cruz que Vos escogéis para mí; yo acepto todas las contrariedades, contradicciones, penas y dolores que Vos permitáis o que os plazca enviarme; las acepto como parte de expiación; unid este poco que yo hago a vuestros indecibles sufrimientos, puesto que de ellos van a recibir los míos todo su mérito.

VI. — Una mujer enjuga la faz de Jesús

La tradición cuenta que una mujer, movida a compasión, se acercó a Jesús y le tendió un lienzo para que enjugara su faz adorable.

Isaías había predicho de Jesús maltratado que, “no tendría ni forma, ni belleza, quedaría desconocido”: *Non est species ei neque decor, nec reputavimus eum*. El Evangelio nos dice que la soldadesca le daba insolentes bofe-

tones, que le escupía en la cara; la coronación de espinas había cubierto de sangre su sagrada faz. Cristo Jesús quiso sufrir todo ésto para expiar nuestros pecados; nos ha querido sanar por los malos tratos que ha sufrido su divina faz: *Livore ejus sanati sumus*.

Siendo nuestro hermano mayor, nos ha devuelto, ofreciéndose en lugar nuestro en su pasión, la gracia que nos hace hijos de su Padre. "Debemos asemejarnos a El, pues tal es la forma misma de nuestra predestinación": *Conformes fieri imaginis Filii sui*. ¿Cómo se realizará ésto? Desfigurado como está por nuestros pecados, Cristo en su Pasión continúa siendo el Hijo muy amado, objeto de todas las complacencias de su Padre. Nosotros somos semejantes a El en esto, si conservamos en nosotros la gracia santificante, que es el principio de nuestra semejanza divina. Además, nos asemejaremos también a El practicando las virtudes que nos enseña en su Pasión, compartiendo el amor que El tiene a su Padre y a las almas, su paciencia, su fortaleza, su mansedumbre, su suavidad.

Oh Padre celestial, en compensación de los insultos que vuestro Hijo Jesús ha querido sufrir por nosotros, glorificadle, ensalzadle, dadle este esplendor que ha merecido, cuando su faz adorable era desfigurada para salvación nuestra.

VII. — Jesús cae por segunda vez

Consideremos a nuestro divino Redentor cayendo otra vez bajo el peso de su cruz. "Dios puso sobre sus hombros los pecados del mundo": *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*. Son nuestros pecados los que le aplastan; El los ve todos en conjunto y en detalle; los acepta como suyos hasta el extremo de aparecer, como dice el mismo San Pablo, pecado viviente: *Pro nobis peccatum fecit*. Como Verbo eterno, Jesús es todopoderoso; mas quiere experimentar en El toda la debilidad de una huma-

nidad abatida; esta debilidad, completamente voluntaria, honra la justicia de su Padre celestial y nos merece la fuerza.

No olvidemos jamás nuestras enfermedades; no nos abandonemos jamás al orgullo; por más progresos que creamos haber realizado, tengámonos siempre por débiles para llevar nuestra cruz en seguimiento de Jesús: *Sine me nihil potestis facere*. Solamente la virtud divina que nos viene de El es nuestra fuerza: *Omnia possum in eo qui me confortat*; más ella no nos será dada, si no la pedimos con frecuencia.

¡Oh Jesús, hecho débil por mi amor, aplastado bajo el peso de mis pecados, dadme la fuerza que hay en Vos, para que Vos seáis glorificado en mis obras!

VIII. — Jesús habla a las mujeres de Jerusalén

“Seguía a Jesús una muchedumbre inmensa del pueblo y mujeres que, golpeándose el pecho se lamentaban de su suerte. Volviéndose Jesús a ellas, les dice: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes bien llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque días vendrán en los que se dirá: Bienaventuradas aquellas que fueron estériles... Y los hombres gritarán a las montañas: caed sobre nosotros... Pues, si esto se hace con el leño verde, ¿qué se hará con el seco?”

Jesús conocía las exigencias inefables de la justicia y santidad de su Padre. Y recuerda a las hijas de Jerusalén que esta justicia y esta santidad son perfecciones adorables del Ser divino. El, es un “Pontífice santo, inocente, puro, segregado de los pecadores”; no hace sino ocupar su lugar; y por tanto, ved con qué rigor le trata la justicia divina. Si esta justicia exige de El una expiación tan grande, ¿con qué fuerza no descargará sus golpes contra los culpables, que obstinadamente habrán rehusado hasta el último día unir su parte de expiación a los su-

frimientos de Cristo? *Horrendum est incidere in manus Dei viventis*. En aquel día, la confusión del orgullo humano será tan intensa, el suplicio de aquellos que no habrán querido estar con Dios tan terrible, que estos desgraciados, apartados para siempre de Dios, llenos de desesperación, rechinarán de dientes; pedirán a "las montañas los sepulte", como si ellas pudiesen apartarles de los dardos inflamados de una justicia de la cual ellos mismos reconocen con evidencia la perfecta equidad...

Imploremos la misericordia de Jesús para el día terrible en el que aparecerá, no como víctima, gimiendo bajo el peso de nuestros pecados, sino como juez soberano "a quien el Padre ha devuelto todo poder".

¡Oh Jesús mío, tened compasión de mí! Oh Vos que sois la viña, concededme la gracia de estar unido a Vos por la gracia y mis buenas obras, a fin de que produzca frutos dignos de Vos; que no sea yo por mis pecados como "rama muerta, buena sólo para ser arrancada y echada al fuego".

IX. — Jesús cae por tercera vez

"Dios, decía Isaías, hablando de Cristo en su Pasión, ha querido quebrantarle por el sufrimiento". *Dominus voluit conterere eum in infirmitate*. Jesús es aplastado por la justicia.

Jamás, ni aun en el cielo, podremos calcular lo que fué para Jesús estar sujeto a las exigencias de la justicia divina. Ninguna criatura, ni aun los mismos condenados, han tenido que aguantar su peso plenamente. Mas la santa humanidad de Jesús, unida a esta justicia divina por íntimo e inmediato contacto, ha experimentado todo su poder y todo su rigor. Por esto, como víctima que se ha entregado, por amor, a todos sus golpes, es quebrantado por el abatimiento que descarga sobre El esta justicia santa.

¡Oh Jesús mío, enseñadme a aborrecer el pecado, que obliga a la justicia a exigir de Vos tan gran expiación; concededme que sepa unir a vuestros sufrimientos todas mis penas, para que así pueda yo borrar todas mis faltas y, ya en este mundo, ofrecer satisfacción por ellas.

X. — Jesús es despojado de sus vestiduras

“Se han repartido mis vestiduras y han echado suerte sobre mi túnica.” Esta es la profecía del salmista.

Jesús es despojado completamente y puesto en la desnudez de una pobreza absoluta, ni siquiera puede disponer de sus ropas; puesto que en cuanto sea levantado en la cruz, los soldados se las repartirán y echarán suerte sobre su túnica. — Jesús, por inspiración del Espíritu Santo, se abandona a sus verdugos, como víctima por nuestros pecados.

Nada hay de tanta gloria para Dios, ni tan útil para nuestras almas, como el unir la ofrenda absoluta e incondicional de nosotros mismos a aquella que hizo Jesús, cuando se abandonó en manos de sus verdugos para ser despojado de sus vestidos y clavado en la cruz, “para devolvernos, por su desprendimiento, las riquezas de su gracia”. Esta ofrenda de nosotros mismos es un verdadero sacrificio; esta inmolación a la voluntad divina es la base de toda la vida espiritual. Mas, para que adquiriera todo su valor, debemos unirla a la de Jesús, pues “por esta oblación nos ha santificado a todos”: *In qua voluntate sanctificati sumus.*

¡Oh Jesús mío, recibid la ofrenda que yo os hago de todo mi ser, unidla a la que Vos hicisteis a vuestro Padre celestial al llegar al Calvario; despojadme de todo apego a las criaturas y a mi mismo!

XI. — Jesús es crucificado

“Y le crucificaron con otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.”

Jesús se entrega a sus verdugos, “como cordero, sin abrir su boca”. No hay palabras para expresar el tormento de la crucifixión de manos y pies. ¿Quién podría, sobre todo, decir los sentimientos del Corazón Sagrado de Jesús en medio de estos tormentos? Sin duda repetiría aquella palabra que dijo cuando entró en el mundo: “Padre, ya no queréis holocaustos de animales; no bastan para reconocer vuestra santidad... Mas Vos me habéis dado un cuerpo: *Corpus autem aptasti mihi*. “¡Heme aquí!” Jesús contempla sin cesar la faz de su Padre y, con un sentimiento incommensurable de amor, entrega su Cuerpo para reparar los insultos hechos a la majestad eterna. Le crucifican entre dos ladrones: *Factus obediens usque ad mortem*. ¿Y qué muerte debe sufrir? Muerte de cruz. *Mortem autem crucis*. ¿Por qué así? Porque está escrito: “Maldito aquel que pende de un patíbulo.” El ha querido ser puesto “entre los malvados”, a fin de reconocer los derechos soberanos de la santidad divina.

Se entrega también por nosotros. Jesús, siendo Dios, nos veía a todos en estos momentos; El se ha ofrecido para rescatarnos, puesto que es a El, pontífice y mediador, a quien el Padre nos ha confiado: *Quia tui sunt*. ¿Qué sublime revelación del amor de Jesús hacia nosotros! *Majorem hac dilectionem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. No podía haber hecho más: *In finem dilexit*. Y este amor, es también el amor del Padre y del Espíritu Santo, porque Ellos son uno.

¡Oh Jesús, que, “obedeciendo a la voluntad del Padre y con la cooperación del Espíritu Santo, habéis dado la vida al mundo por vuestra muerte, libradme, por vuestro Cuerpo infinitamente santo y por vuestra Sangre, de todas

mis faltas y todos mis males: haced que me adhiera sin reserva a vuestra ley y no permitáis que jamás me separe de Vos".

XII. — Jesús muere en la cruz

"Y exclamando con voz potente, dijo Jesús: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho estas palabras, expiró."

Después de tres horas de sufrimientos indecibles, Jesús muere. "La única ofrenda digna de Dios, el único sacrificio que rescata al mundo y santifica las almas se ha llevado a cabo": *Una enim oblatione consummavit in semperiternum sanctificatos.*

Cristo Jesús había prometido que "cuando fuera elevado en la cruz, lo atraería todo a Sí": *Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum.* Nosotros le pertenecemos por doble título: como criaturas sacadas de la nada por El y para El; — como almas "rescatadas con su preciosa Sangre": *Redemisti nos, Domine, in sanguine tuo.* Una sola gota de la sangre de Jesús, Hombre-Dios, hubiera bastado para salvarnos, pues en El todo tiene un valor infinito; pero, entre otras razones, El ha querido derramar hasta la última gota, haciendo que fuera traspasado su Corazón, para manifestar la extensión de su amor.

Y es por todos nosotros por quienes la ha derramado; cada uno puede repetir en verdad aquella ardiente palabra de San Pablo: "Me amó, y se entregó por mí."

Pidámosle nos atraiga a su Corazón sagrado por la virtud de su muerte en cruz; pidámosle "morir a nuestro amor propio, a nuestra voluntad propia, fuente de tantas infidelidades y pecados, y vivir para aquel que murió por nosotros". Ya que es a su muerte a quien debemos la vida de nuestras almas, ¿no es justo que nosotros no vivamos sino para El? *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est.*

¡Oh Padre, glorificad a vuestro Hijo pendiente en el patíbulo. “Puesto que El se anonadó hasta la muerte y muerte de cruz, exaltadle; que toda rodilla se doble ante El; que toda lengua confiese que vuestro Hijo Jesús vive para siempre en la gloria eterna.”

**XIII. — El cuerpo de Jesús es bajado de la cruz
y devuelto a su madre**

El cuerpo martirizado de Jesús es entregado a María.

No podemos imaginarnos el dolor de la Virgen en este momento. Jamás madre alguna amó tanto a su hijo como María ha amado a Jesús; su corazón de madre ha sido formado por el Espíritu Santo para amar a un Hombre-Dios. Jamás corazón humano ha latido con tanta ternura para el Verbo encarnado, como el corazón de María; pues ella estaba llena de gracia, y su amor no encontraba obstáculo a su expansión.

Además, ella lo debía todo a Jesús; su inmaculada concepción, los privilegios que hacen de ella una criatura única le habían sido dados en previsión a la muerte de su Hijo. ¡Qué dolor indecible fué el suyo, cuando recibió en sus brazos el Cuerpo sangriento de Jesús!

Echémonos a sus pies para pedirle perdón de los pecados que fueron la causa de tantos sufrimientos; “¡Oh Madre, fuente de amor, dadme a comprender la fuerza de vuestro dolor, para compartir con Vos vuestra aflicción; haced que mi corazón arda de amor a Cristo, mi Dios. a fin de que no anhele sino complacerle!”

XIV. — Jesús es depositado en el sepulcro

“Habiendo bajado de la cruz el Cuerpo de Jesús José de Arimatea, lo envolvió en un sábana y lo puso en un sepulcro abierto en la roca, donde nadie había aún sido puesto.”

San Pablo decía que Jesús debía ser “semejante a nosotros en todo”; hasta en la sepultura, Jesús es uno de nosotros: “le sepultaron, dice San Juan, a la manera de los judíos, con lienzos y aromas”. Pero el Cuerpo de Jesús, unido al Verbo, “no debía sufrir corrupción”. Apenas quedará tres días en el sepulcro; por su propia virtud, Jesús saldrá triunfante de la muerte, resplandeciente de vida y de Gloria, y “la muerte no tendrá más dominio sobre El.”

El Apóstol añade aún que “por nuestro bautismo, nosotros hemos sido sepultados con Cristo para morir al pecado”: *Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem*. Las aguas del bautismo son como un sepulcro donde debemos dejar el pecado, y de donde salimos, animados de una nueva vida, la vida de la gracia. La virtud sacramental de nuestro bautismo perdura aún. Uniéndonos por la fe y el amor a Cristo depositado en el sepulcro, renovamos esta gracia de “morir al pecado, para no vivir sino para Dios.”

¡Jesús, Señor mío, que yo sepulte en vuestra tumba todos mis pecados, todas mis faltas, todas mis infidelidades; por la virtud de vuestra muerte y vuestra sepultura, concededme, el saber renunciar a todo cuanto me aleja de Vos, renunciar a Satanás, a las máximas del mundo, a mi amor propio; por virtud de vuestra resurrección, haced que como Vos, yo no viva sino para gloria de vuestro Padre! — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 302-317.

10. — Por sus sufrimientos y su muerte, Cristo, nuestro Jefe, santifica la Iglesia, que se convierte en su cuerpo místico

EN Jesucristo, la naturaleza humana, perfecta e íntegra en sí misma, está unida a la persona del Verbo, del Hijo de Dios. Muchas acciones, en Cristo, no pueden ser realizadas sino por su naturaleza humana; si trabaja, si anda, si come, si duerme, si enseña, si sufre, si muere, es en su humanidad, es por su naturaleza humana; mas, todas estas acciones pertenecen a la Persona divina a la que esta humanidad está unida. Es *una persona divina* que hace y actúa por la *naturaleza humana*.

De aquí resulta que todas las acciones realizadas por la humanidad de Jesucristo, por insignificantes, ordinarias, simples y limitadas que sean en su realidad física y su duración terrena, son atribuidas a la Persona divina a la que esta humanidad está unida; son las acciones de un Dios. De este jefe, ellas poseen una belleza y un esplendor trascendentales; adquieren, desde el punto de vista moral, un precio inestimable, un valor infinito, una eficiencia inextinguible. El valor moral de las acciones humanas de Cristo se calcula por la dignidad infinita de la **Persona divina**, en la cual subsiste y obra la naturaleza humana.

Si esto es cierto de las más insignificantes acciones de Cristo, es mucho más verdadero de aquellas otras que constituyen propiamente su misión aquí abajo, o se relacionan a ella; substituirnos voluntariamente a nosotros como víctima sin mancha, para pagar nuestra deuda y devolvernos, por su expiación y satisfacción, la vida divina.

Tal es la misión que debe cumplir, la carrera que debe recorrer. "Dios ha puesto sobre El", hombre como nosotros de la raza de Adán, sin embargo, justo, inocente, sin pecado, "la iniquidad de todos nosotros": *Posuit in eo iniquitatem omnium nostrum*. Puesto que ha llegado a ser, por decirlo así, solidario de nuestra naturaleza y de nuestro pecado, Cristo ha merecido hacernos solidarios de su justicia y de su santidad. Dios, según la expresión tan enérgica de San Pablo, "enviando por causa del pecado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, ha condenado el pecado en la carne", *Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati, et de peccato damnavit peccatum in carne*; y con una energía más admirable aún, añade: "a Cristo, que no ha conocido el pecado, Dios lo ha hecho pecado por nosotros", *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit*. ¡Qué energía hay en esta expresión: *peccatum fecit*! El apóstol no dice: *peccatorem*, "pecador", sino: *peccatum*, "pecado".

Cristo ha aceptado, por su parte, el tomar sobre Sí todos nuestros pecados, hasta el extremo de llegar a ser en cierta manera, sobre la cruz, el pecado universal, el pecado viviente. Voluntariamente se ha puesto en lugar nuestro, y por esto mismo, será herido de muerte: "Nuestro rescate será su sangre". La humanidad será rescatada, "no por cosas perecederas, por el oro o la plata, sino por la preciosa Sangre, aquella sangre del Cordero sin mancha y sin defecto, la Sangre de Cristo, que ha sido destinada desde antes de la creación del mundo."

Oh, no lo olvidemos, "hemos sido rescatados por un gran precio". Cristo Jesús ha derramado por nosotros hasta la última gota de su Sangre. Es cierto que una sola gota de esta Sangre divina hubiera bastado para rescatarnos; el más pequeño sufrimiento, la más ligera humillación de Cristo, incluso un solo deseo salido de su corazón hubiera bastado para expiar todos los pecados, todos los crímenes que se hubieran podido cometer; pues cada

una de las acciones de Cristo, siendo acción de una persona divina, es una acción de un valor infinito. — Mas, Dios, para hacer resaltar más aún a los ojos del mundo entero el inmenso amor que le profesa su Hijo: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*, “y la inefable caridad de este mismo Hijo hacia nosotros”: *Majorem hac dilectionem nemo habet*; para hacernos constatar más vivamente cuán infinita es la santidad divina y cuán profunda la malicia del pecado, y por otros motivos aún que no podemos descubrir, el Padre eterno ha exigido como expiación de los crímenes de la humanidad todos los sufrimientos, la pasión y muerte de su divino Hijo; de hecho, la satisfacción no fué completa hasta que Jesús, desde lo alto de la cruz, con voz agónica, pronunció el *Consummatum est*: “Todo esta consumado”; solamente entonces, su misión personal de redención aquí en este mundo fué completa y su obra de salvación cumplida.

Por sus satisfacciones, como también por todos los actos de su vida, Jesucristo ha *merecido* para nosotros toda gracia de perdón, de salvación y santificación.

En efecto, ¿qué es el mérito?

Es un *derecho* a la recompensa. Cuando decimos que las obras de Cristo son meritorias *para nosotros*, queremos decir que, por ellas, Cristo tiene derecho a que nos sea dado todo cuanto se refiere a la vida eterna, con las gracias que conducen a ella o con ella se relacionan. Es realmente lo que nos dice San Pablo: “Nosotros somos justificados, es decir, hechos justos a los ojos de Dios, no por nuestras propias obras, sino gratuitamente, por un don gratuito de Dios, a saber la gracia, que nos viene por medio de la Redención obrada por Jesucristo.” — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 62-64.

Esta inmolación de un Dios, inmolación voluntaria y llena de amor, ha obrado la salvación del género humano; la muerte de Jesús nos rescata, nos reconcilia con Dios, restablece la alianza de donde derivan para nosotros todos los bienes, nos abre de nuevo las puertas del cielo,

nos devuelve la herencia de la vida eterna. En adelante, este sacrificio nos bastará; por esta razón, cuando Cristo muere, se rasga en dos trozos el velo del templo de Jerusalén, para indicar que los antiguos sacrificios han sido abolidos para siempre y reemplazados por el único sacrificio digno de Dios. En adelante, no habrá salvación ni justificación, sino participando del sacrificio de la cruz, cuyos frutos son inagotables. "San Pablo dice, que por esta oblación *única*, Cristo ha obtenido para siempre la perfección a aquellos que deben ser santificados". — *Jesucristo, vida del alma*, p. 324.

San Pablo no se cansa de enumerar los bienes que nos provienen de los méritos infinitos adquiridos por el Hombre-Dios durante su vida y sus sufrimientos. Cuando habla de ello, el gran apóstol se llena de gozo; no halla otros términos para expresar su pensamiento que los de *abundancia, sobreabundancia, riquezas*, que él declara *insondables*. — La muerte de Cristo "nos rescata", "nos acerca a Dios y nos reconcilia con El", "nos justifica", "nos otorga la santidad y la nueva vida de Cristo"; en resumen, el Apóstol compara a Cristo con Adán, la obra del cual ha venido a reparar; Adán nos ha traído el pecado, la condenación, la muerte; Cristo, el segundo Adán, nos devuelve la justicia, la gracia, la vida. *Translati de morte ad vitam*: "hemos pasado de la muerte a la vida"; "la redención ha sido abundante": *Copiosa apud eum redemptio*. "Pues no es igual el don gratuito (la gracia) a la falta... y si por el pecado de un solo hombre la muerte ha reinado en este mundo, con más razón, los que reciben la abundancia de la gracia reinarán en la vida por Jesucristo; allí donde abundó el pecado, ha sobreabundado la gracia"; y esto porque "no puede haber condenación para los que quieren vivir unidos a Cristo Jesús".

Nuestro Señor, ofreciendo a su Padre, en nombre nuestro, una satisfacción de un valor infinito, ha destruído el obstáculo que existía entre el hombre y Dios; ahora el

Padre eterno vuelve a mirar con amor la raza humana rescatada por la Sangre de su Hijo; por amor a su Hijo, la colma de todas las gracias que necesita para unirse a El, "para vivir por El" de la misma vida de Dios: *Ad serviendum Deo viventi*.

Así, pues, todo bien sobrenatural que se nos da, todas las luces que Dios nos prodiga, todos los auxilios con que envuelve nuestra vida espiritual, nos son otorgados en virtud de la vida, pasión y muerte de Cristo; todas las gracias de perdón, justificación, de perseverancia que Dios da y dará en adelante a las almas de todos los tiempos tienen su único origen en la cruz.

¡Ah! en verdad, si "Dios ha amado al mundo hasta darle su Hijo"; si nos ha "arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo, en quien tenemos la remisión y el perdón de los pecados"; si, añade aún San Pablo, Cristo ha "amado a cada uno de nosotros y se ha entregado por nosotros", para demostrar el amor que sentía por sus hermanos; si El se ha entregado a Sí mismo para rescatarnos de toda iniquidad y "adquirir, purificándonos, un pueblo que le pertenezca", ¿por qué titubear en nuestra fe y confianza en Cristo Jesús? El lo expió todo, lo saldó todo, lo mereció todo; y sus méritos son nuestros; he aquí que "nos hemos vuelto ricos de todos sus bienes", de manera que, si queremos, "nada nos falta para nuestra santificación": *Divites facti estis in illo, ita ut NIHIL vobis desit in ULLA gratia*.

- Nada más cierto que la unión de Cristo con sus escogidos en el pensamiento divino; lo que hace que los misterios de Jesús sean los nuestros es, sobre todo, que el Padre eterno nos ha visto con su Hijo en cada uno de los misterios vividos por Jesús, y que Cristo los ha realizado como Jefe de la Iglesia. Y por esta razón me atreveré a decir que los misterios de Cristo son más nuestros misterios que suyos. Cristo, como Hijo de Dios, no hubiera pasado por las humillaciones de la Encarnación, los sufrimientos y dolores de la Pasión; no le hubiera sido menester

tampoco el triunfo de la resurrección, que siguió a la ignominia de su muerte. El ha pasado por todo esto, como Jefe de la Iglesia; “El cargó sobre sí *nuestras* miserias, *nuestras* enfermedades”: *Vere languores NOSTROS ipse tulit*; ha querido pasar por donde debíamos pasar nosotros mismos, y nos ha merecido, como Jefe, la gracia de seguir en pos de El en cada uno de sus misterios.

Cristo Jesús tampoco nos separa de El en todo cuanto hace. — Dice claramente que “El es la vid y nosotros los sarmientos”. ¿Qué unión cabe más grande que esta, puesto que es la misma savia, la misma vida la que circula por las raíces y por los sarmientos? El quiere que la unión que le vincula a sus discípulos, por la gracia, sea la misma que, por naturaleza, le identifica con su Padre: *Ut unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te*: “Que sean una sola cosa, como Vos, Padre mío, sois en Mí y yo en Vos.” Es éste el fin sublime al cual quiere conducirnos por sus misterios.

Así también todas las gracias que ha merecido por cada uno de sus misterios, las ha merecido para distribuirnoslas. El ha recibido de su Padre la gracia en toda su plenitud: *Vidimus eum plenum gratia*; pero no la ha recibido para El sólo; pues San Juan añade seguidamente que es precisamente de esta plenitud de donde nosotros hemos sacado: *Et de plenitudine ejus nos omnes accepimus*; es de El de quien la recibimos, porque El es nuestro Jefe y a quien su Padre lo ha sometido todo: *Omnia subjecit sub pedibus ejus: et ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam*: “Todo lo ha puesto a sus plantas y lo ha dado como jefe supremo de la Iglesia.”

De manera que su sabiduría, su justicia, su santidad, su fuerza han venido a ser *nuestra* sabiduría, *nuestra* justicia y *nuestra* fuerza: *(Christus) factus est NOBIS sapientia a Deo et justitia, et sanctificatio et redemptio*. Todo lo que es de El, es nuestro; somos ricos de sus riquezas, santos de su santidad. “Oh hombre, dice el Venerable Luis de Blois, si deseas verdaderamente amar a Dios, he aquí que

eres rico en Cristo, por pobre y miserable que seas por ti mismo. Pues puedes humildemente apropiarte lo que Cristo ha hecho y sufrido por ti."

Cristo es en verdad nuestro, porque nosotros somos su cuerpo místico. Sus satisfacciones, sus méritos, sus alegrías, sus glorias son nuestras... ¡Oh condición inefable del cristiano, tan íntimamente unido a Jesús y a sus estados! ¡Oh grandeza asombrosa del alma a la cual no le falta nada de la gracia merecida por Cristo en sus misterios! *Ita ut nihil vobis desit in ulla gratia.* — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 16-17.

11. — *Semper vivens ad interpellandum pro nobis* (1)

EN su valor histórico, material, los sufrimientos de Cristo pasaron ya; pero *su virtud perdura*, y la gracia que nos hace participantes de ella continúa obrando.

Cristo, en su estado glorioso, no puede ya merecer; sólo pudo merecer durante su vida mortal, hasta el momento en que exhaló su último suspiro en la cruz. Pero los méritos que El ha adquirido, no cesa de hacerlos nuestros. Cristo fué ayer, sigue hoy día y vive por todos los siglos: *Christus heri, et hodie, ipse et in saecula*. No olvidemos que Jesucristo *quiere* la santidad de su cuerpo místico; todos sus misterios se reducen a lograr esta santidad: *Dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea, ut illam sanctificaret*.

Pero ¿quién es esta Iglesia? ¿El pequeño número de seres que tuvieron el privilegio de ver vivir al Hombre-Dios sobre la tierra? Seguramente que no. Nuestro Señor no vino para los solos habitantes de Palestina, que vivían en aquel tiempo, sino por todos los hombres de todos los siglos: *Pro omnibus mortuus est Christus*. La mirada de Jesús, siendo divina, abarcaba todas las almas; su amor se extendía a cada una de ellas; su voluntad santificadora permanece en sí misma tan absoluta, tan eficaz como en el día en que derramaba su Sangre para la Salvación del mundo.

Si el tiempo de merecer ha cesado para El, el tiempo de comunicar el fruto de sus méritos dura y perdurará hasta la salvación del último de los elegidos; Cristo vive siempre: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*.

(1) "Viviendo siempre, no cesa de interceder por nosotros ante su Padre."

Trasladémonos con nuestro pensamiento hasta el cielo, hasta el santuario a donde Cristo subió cuarenta días después de su resurrección, y allí contemplemos a Nuestro Señor siempre ante la faz de su Padre: *Introivit in caelum, ut appareat NUNC vultui Dei pro nobis.*

¿Por qué Cristo está constantemente ante la faz de su Padre? Porque es su Hijo, el Hijo unigénito de Dios. "Para El no es injusta pretensión el proclamarse igual a Dios", porque El es en verdad Hijo de Dios. El Padre eterno le contempla y dice: *Filius meus es tu, ego hodie genui te*: "Tú eres mi Hijo, Yo te engendré en el día de la eternidad." En este momento de que yo os hablo, Cristo está ante su Padre y le dice: *Pater meus es tu*; "Vos sois mi Padre", yo soy verdaderamente vuestro Hijo. Y en cuanto Hijo de Dios, tiene derecho a contemplar la faz de su Padre, de tratar con El de igual a igual, como también de reinar con El por los siglos.

Mas San Pablo añade que *por nosotros* usa de este derecho; por nosotros está delante del Padre.

¿Qué es lo que esto significa sino que Cristo se mantiene ante la faz del Padre, no solamente a título de Hijo único, objeto de las complacencias divinas, sino también en calidad de mediador? El se llama Jesús, es decir, Salvador; este nombre es divino, porque viene de Dios y ha sido impuesto por Dios. Cristo Jesús está en los cielos a la diestra del Padre, como representante nuestro, como pontífice nuestro, como mediador nuestro. En calidad de tal, ha cumplido aquí en la tierra hasta lo último en todos sus detalles, la voluntad de su Padre; ha querido vivir todos sus misterios: y en calidad de tal también, ahora vive a la diestra de Dios para presentarle sus méritos y comunicar sin cesar a nuestras almas, para santificarlas, el fruto de sus misterios. Sin cesar, ofrece a su Padre por nosotros su sacrificio ya cumplido, pero que subsiste en su persona; muestra a su Padre sus cinco llagas, de las cuales ha querido conservar las cicatrices, estas llagas que son el testimonio solemne y la prenda absoluta de su

inmolación en la cruz; en nombre de la Iglesia, de la cual es el Jefe, une a su oblación nuestras adoraciones, nuestros homenajes, nuestras plegarias, nuestras súplicas, nuestras acciones de gracias. Sin cesar estamos presentes en el pensamiento de nuestro pontífice compasivo; sin cesar pone en obra para nuestra santificación, -sus méritos, sus satisfacciones, su sacrificio: *Semper vivens ad interpellandum pro nobis.*"

Así, hay en el cielo, y lo habrá hasta el fin de los siglos, un sacrificio celebrado para nosotros por Cristo Jesús, en una forma eminente, sublime, mas en continuidad perpetua con su inmolación en la cruz: *Per hostiam suam apparuit.*

Ahora comprendemos por qué San Pablo, después de haber entrevisto tales grandezas y poder, nos hace la siguiente y muy instante exhortación: "Puesto que tenemos en Jesús, Hijo de Dios, un pontífice excelente que ha penetrado en los cielos, estemos firmes en la profesión de nuestra fe." ¿Y que fe?—La fe en Jesucristo, mediador supremo; la fe en el valor infinito de su sacrificio y de sus méritos, la fe en la extensión ilimitada de su divino crédito. "Acerquémonos pues, continúa el Apostol, acerquémonos con confianza, *Adeamus cum fiducia*, al trono de la gracia para obtener misericordia y ser socorridos en tiempo oportuno."

En efecto, ¿qué gracia puede rehusarnos este pontífice, que sabe compadecerse de nuestras flaquezas, de nuestras enfermedades, de nuestros sufrimientos, pues, para asemejársenos, las ha probado todas; este pontífice tan poderoso que, siendo Hijo de Dios, trata con su Padre de igual a igual: *VOLO Pater*; este pontífice que quiere estar unido a nosotros, como en un cuerpo lo está la cabeza con los miembros? ¿Cuántas gracias de perdón, de perfección, de santidad no puede esperar un alma que busca sinceramente estar unida a El por la fe, la confianza y el amor?

¿Qué otro motivo más poderoso de confianza podemos nosotros tener? Cristo, cuya vida leemos en el Evangelio,

del cual celebramos los misterios, continúa viviendo e intercediendo siempre por nosotros; la virtud de su santidad es siempre activa; el poder que poseía su santa humanidad (como instrumento unido al Verbo) de curar los enfermos, consolar a los afligidos, de dar vida a las almas, es siempre el mismo. Como en otro tiempo, Cristo continúa siendo el camino infalible que conduce a Dios, la verdad que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, la vida que salva de la muerte: *Christus heri, et HODIE, ipse et in saecula*.

¡Jesús, Señor mío, yo lo creo, pero aumentad mi fe! ¡Yo tengo confianza absoluta en la realidad y plenitud de vuestros méritos, pero confirmad esta confianza! ¡Yo os amo a Vos, que nos habéis manifestado vuestro amor en todos vuestros misterios, *in finem*, pero haced que crezca mi amor!... — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 95-96, 19.

12. — Asociación de la Virgen María a la obra de Cristo Jesús, su Hijo

S i Cristo Jesús es Hijo de Dios por su nacimiento inefable y eterno “en el seno del Padre”, *Filius meus es tu, ego hodie genui te*, es también Hijo del hombre por su nacimiento temporal en el seno de una mujer: *Misit Deus Filium suum, factum ex muliere*: “Dios envió a su Hijo, formado de una mujer.”

Esta mujer es María, mas esta mujer es también una Virgen. Es de Ella y de Ella sola, de quien Cristo tiene su naturaleza humana; es a Ella a quien debe el ser Hijo del Hombre; Ella es verdaderamente Madre de Dios. María ocupa, pues, de hecho, en el Cristianismo un lugar único, trascendente, esencial. Y de la misma manera que la cualidad de “Hijo del hombre” no se pudo separar en Cristo de la de “Hijo de Dios”, así también María está unida a Jesús: de hecho, la Virgen María entra en el misterio de la Encarnación por un título que depende de la misma esencia del misterio.

Por su nacimiento temporal, Jesús es verdadero Hijo de María; el Hijo único de Dios es también el Hijo único de la Virgen.

Tal es la inefable unión que existe entre Jesús y María; Ella es su madre y El es su Hijo. Esta unión es insoluble; y como Jesús es al mismo tiempo el Hijo de Dios venido para salvar al mundo, María está, de hecho, íntimamente vinculada al misterio vital de todo el Cristianismo. Este es el fundamento de todas sus grandezas: el privilegio especial de su maternidad divina. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 452, 456.

En el plan divino, María es inseparable de Jesús, y nuestra santidad consiste en entrar tanto cuanto nos sea

posible en la economía divina. — En el pensamiento eterno, María depende de hecho de la esencia misma del misterio de Cristo; Madre de Jesús, es la madre de aquél en quien lo hallamos todo. Siguiendo el plan divino, la vida no es dada a los hombres sino por Cristo, Hombre-Dios: *Nemo venit ad Patrem nisi per me*: “Nadie va al Padre, sino por Mí”; mas Cristo no ha sido dado al mundo, sino por María: *Propter nos homines et propter nostram salutem, descendit de caelis et incarnatus est... ex Maria Virgine*. Tal es el orden divino. Y este orden es inmutable. Observemos, en efecto, que no solamente vige en el día en que la misma Encarnación se realizó; su valor continúa aún en la aplicación a las almas de los frutos de la Encarnación. ¿Por qué ésto? Porque la fuente de la gracia, es Cristo, Verbo encarnado; pero su cualidad de Cristo, de mediador, permanece inseparable de la naturaleza humana, que El ha tomado de la Virgen. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 466-467.

Cristo, después de haber recibido de María la naturaleza humana, ha asociado a su Madre a todos sus misterios, desde la presentación en el templo hasta la inmolación en el Calvario.

Ahora bien ¿cuál es el fin de todos los misterios de Cristo?’

Hacer de El el ejemplar de nuestra vida sobrenatural, el rescate de nuestra santificación y la fuente de toda nuestra santidad; crearle una sociedad eterna y gloriosa de hermanos que se asemejen a El. Por esto, al nuevo Adán se le asocia María, como nueva Eva; pero Ella es, con más razón que Eva, “madre de los vivientes”, madre de los que viven de la gracia de su Hijo.

Esta asociación no ha sido solamente exterior. Cristo, siendo Dios, el Verbo todopoderoso, creaba en el alma de su madre los sentimientos que Ella debía tener hacia aquellos que, naciendo de Ella y viviendo sus misterios quería fuesen sus hermanos; y de su parte, la Virgen, iluminada por la gracia que en Ella abundaba, respondía a

este anhelo de Jesús por un *Fiat* en el cual su alma entera se dilataba sumisamente y en unión de espíritu con su divino Hijo. Dando su consentimiento a las divinas proposiciones de la Encarnación, Ella ha aceptado el tomar parte, con propiedad, en el plan de la redención; ha aceptado no solamente el ser madre de Jesús, sino también de asociarse a toda su misión de redentor. A cada uno de los misterios de Jesús, ha tenido que renovar aquel *Fiat* lleno de amor, hasta el momento en que pudo decir, después de haber ofrecido en el Calvario, para la salvación del mundo, a aquel Jesús, aquel Hijo, aquel Cuerpo que Ella había formado, aquella sangre que era la suya: "Todo está consumado."

Ahora bien, la obra por excelencia de Jesús, el santo de los santos de sus misterios es su pasión: por su sacrificio sangriento en la cruz, acaba de dar la vida divina a los hombres, les devuelve su dignidad de hijos de Dios. Cristo Jesús ha querido hacer tomar parte a su Madre en este misterio de una manera muy especial; María se ha unido tan plenamente a la voluntad de su Hijo Redentor, que participa verdaderamente con El, guardando su categoría de simple criatura, de la gloria de habernos, en aquel momento, dado a luz a la vida de la gracia.

Madre de nuestra cabeza, según el pensamiento de San Agustín, por haberlo llevado en sus entrañas, ha llegado a ser por el alma, la voluntad, el corazón, madre de todos los miembros de esta cabeza divina: *Corpore mater capitis nostri, spiritu mater membrorum ejus*.

Vayamos al Calvario en el momento en que Cristo Jesús va a consumir la obra que su Padre le había encomendado aquí abajo. — Nuestro Señor ha llegado al término de su misión apostólica en la tierra; va a reconciliar con su Padre a toda la humanidad. ¿Quién se halla al pie de la cruz en este supremo instante? María, la Madre de Jesús, con Juan, el discípulo muy amado, y algunas otras mujeres: *Stabat mater ejus*. Ella está allí, de pie; Ella acaba de renovar la ofrenda de su Hijo, que había hecho

cuando lo presentó en el templo; en este momento Ella ofrece al Padre eterno, para el rescate del mundo, "al fruto bendito de sus entrañas". Pocos instantes de vida quedan a Jesús; entonces, el sacrificio será completo, y la gracia divina devuelta a los hombres. El quiere darnos a María por madre. Es esta una de las formas de aquella verdad: que el Verbo se ha unido, en su Encarnación, a toda la humanidad; los elegidos forman el cuerpo místico de Cristo, del cual no se les puede separar. Cristo nos dará su Madre para que sea la nuestra en orden espiritual; María no nos separará de Jesús, su Hijo, nuestra cabeza.

Antes, pues de expirar y "de acabar, como dice San Pablo, la conquista del pueblo de almas con las cuales quiere formar su reino glorioso", Jesús ve al pie de la cruz a su Madre, sumida en un tan gran dolor, y a su discípulo Juan a quien tanto amaba, aquél mismo que oyó y nos transmitió sus últimas palabras. Jesús dice a su Madre: "Mujer, he aquí vuestro hijo"; y luego dice al discípulo: "Y vos, he aquí vuestra madre." — San Juan nos representa a todos aquí: es a nosotros a quienes Jesús agonizante, lega su Madre. ¿No es El por ventura nuestro "hermano mayor"? Por tanto, si Cristo ha llegado a ser nuestro hermano mayor, tomando de María una naturaleza como la nuestra, que le hacía partícipe de nuestra raza, ¿qué tiene de extraordinario que, muriendo, nos haya dado por madre en el orden de la gracia a aquella que fué su Madre según la naturaleza humana?

Y como esta palabra, siendo del Verbo, es todopoderosa y de una eficacia divina, crea en el corazón de San Juan unos sentimientos de hijo dignos de María, de la misma manera que hace nacer en el corazón de la Virgen una ternura especial hacia aquellos a quienes la gracia hace hermanos de Jesucristo. — ¿Podemos dudar un instante de que, por otra parte, la Virgen no haya respondido como en Nazaret con un *Fiat*, silencioso esta vez, pero igualmente lleno de amor, de humildad y de obe-

diencia, en el cual toda su voluntad se identificaba con la de Jesús, para realizar el deseo último de su Hijo?

Santa Gertrudis cuenta que oyendo un día en el canto del oficio divino aquellas palabras del Evangelio, en que se habla de Cristo: *Primogenitus Mariae Virginis*, "Primogénito de la Virgen María", ella se decía entre sí: "Parece correspondería mejor a Jesús el título de Hijo único, al de Primogénito." Y mientras se entretenía en este pensamiento, se le apareció la Virgen María, diciendo a la gran monja: "No, no es el de "Hijo único", sino el de Hijo primogénito" el que mejor corresponde; porque después de Jesús, mi muy dulce Hijo, o mejor dicho y con más verdad, en El y por El, yo os he engendrado a todos en las entrañas de mi caridad, y vosotros habéis pasado a ser mis hijos, los hermanos de Jesús". — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 403-405.

Y porque aquí en la tierra Ella se ha asociado así a todos los misterios de nuestra redención, Jesús la ha coronado en el cielo, no solamente de gloria, sino de poder; El ha colocado a su Madre a su diestra, para que Ella pueda disponer, por su título único, como lo es de Madre de Dios, de los tesoros de la vida eterna: *Adstitit regina a dextris tuis*. Es esto lo que expresa la piedad cristiana cuando proclama a la Madre de Jesús, "Omnipotencia suplicante", *Omnipotentia supplex*.

¡Oh! Digámosle, pues, con la santa Iglesia, y llenos de confianza: "Mostradnos que sois madre; madre de Jesús por vuestro poder cerca de El, madre nuestra por vuestra misericordia hacia nosotros; que Cristo acepte por Vos nuestras plegarias, este Cristo que, nacido de Vos para darnos la vida, ha querido ser vuestro Hijo":

*Monstra te esse Matrem,
Sumat per te preces
Qui pro nobis natus
Tulit esse tuus,*

Ibid. pp. 469-471.

Yo he visto hoy (Viernes Santo) que María fué perfecta en su fe sublime al pie de la cruz. ¡Oh! que Ella nos obtenga esta gracia tan insigne de una fe perfecta, incluso en la desnudez de la prueba!

Nada glorifica tanto al Padre como esta fe inquebrantable en Cristo en el mismo Calvario. — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 474-475.

SEGUNDA PARTE

NUESTRA PARTICIPACION EN LA PASION DE CRISTO

A. — NECESIDAD DE NUESTRA PARTICIPACION EN LA PASION DE CRISTO

**“Si alguien quiere ser mi discípulo,
que tome su cruz y me siga”**

SEGÚN el plan divino trazado para nosotros, el Padre eterno dispone que nosotros no vayamos a El sino siguiendo a su Hijo, Cristo Jesús. Nuestro Señor nos ha dado la fórmula de esta verdad fundamental: “Yo soy el camino; nadie va al Padre sino por Mí”: *Nemo venit ad Patrem nisi per me.*

El legó también a sus discípulos esta máxima: “Si alguien quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga.”

Si nuestro divino Salvador ha sufrido para rescatarnos, es también para darnos la gracia de unir nuestra expiación a la suya y hacerla meritoria. Porque, dice San Pablo, “aquellos que quieren ser de Cristo deben crucificar su carne con sus vicios”: *Qui sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis suis.* La expiación reclamada por la justicia divina no atañe solamente a Jesucristo; se extiende a todos los miembros de su cuerpo místico. “Nosotros no participaremos de la gloria de nuestro Jefe, sino después de haber tomado parte en sus sufrimientos”; es el mismo San Pablo quien nos lo dice: *Si tamen compatimur ut et conglorificemur.*

Solidarios de Cristo en el sufrimiento, sin embargo estamos sujetos a él por una razón muy diferente. El no ha tenido más que expiar los pecados de los demás: *Propter*

scelus populi mei percussi eum: “Yo le he castigado por causa de los pecados de mi pueblo.” Nosotros, por el contrario, estamos cargados de nuestras propias iniquidades: *Digna factis recipimus, hic vero nihil mali gessit*: “Nosotros recibimos lo que han merecido nuestras faltas; mas El, El nada malo ha hecho.” Para las almas que han ofendido a Dios, hay una falta de delicadeza sobrenatural si quieren pasar al estado de unión antes de haber satisfecho su parte de expiación. ¿Podría un alma pretender la íntima familiaridad con Dios, antes de haber dado pruebas con sus obras de que su conversión es sincera? Porque todo pecado personal, aunque haya sido perdonado, debe ser expiado. Por el pecado, contrajimos una deuda con la justicia divina; y, cuando el delito está perdonado, queda aún la deuda por pagar. Tal es el objeto de la satisfacción. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 229-232.

Nosotros nos asociamos a la Pasión soportando, por amor a Cristo, los sufrimientos y contrariedades, que, según los designios de la Providencia, nos da a sufrir.

Hay una verdad capital que debemos meditar.

El Verbo encarnado, cabeza de la Iglesia, ha tomado su parte, la más notable, de dolores; pero quiere dejar para la Iglesia, su cuerpo místico, una parte del sufrimiento. San Pablo nos lo da a comprender por una palabra de profundo sentido, a pesar de su apariencia un poco extraña: “Yo acabo en mi propia carne, en su cuerpo que es la Iglesia, lo que falta a los sufrimientos de Cristo.”

¿Qué significan estas palabras? ¿Falta, acaso, algo a los sufrimientos de Cristo? ¡Oh, no!; nosotros sabemos que por sí mismos han sido sin medida; sin medida en su intensidad, porque se han arrojado como torrente sobre Cristo para anegarle, sin medida, sobre todo, en su valor, valor propiamente infinito, porque son los sufrimientos de un Dios. Por otra parte, Cristo, habiendo muerto por todos, se ha hecho, por su Pasión, “propiciación por los pecados del mundo entero”. ¿Qué significa, por tanto, el texto del Apóstol? San Agustín nos lo explica:

para comprender el misterio de Cristo, no se le debe separar de su cuerpo místico; Cristo no es "total", según la expresión del gran Doctor, si no es considerándolo unido a la Iglesia; El es la cabeza de la Iglesia que forma su cuerpo místico. Por tanto, puesto que Cristo ha dado su parte de expiación, corresponde al Cuerpo místico dar la suya: *Adimpletae fuerunt passionis in capite, restabant adhuc passionis in corpore.*

De la misma manera que Dios había decidido que, para satisfacer la justicia y llevar hasta el colmo el amor, Cristo debía soportar una cantidad de sufrimientos y expiaciones, así también designó para la Iglesia, a quien San Pablo tan pronto llama el cuerpo místico como la Esposa de Cristo, una parte de sufrimientos a distribuir entre sus miembros, a fin de que cada uno de ellos coopere a la expiación de Jesús, lo mismo que se trate de la expiación debida por sus propias faltas, o de la expiación sufrida, a ejemplo del divino Maestro, por las faltas del prójimo. Un alma que ama de veras a Nuestro Señor desea darle con sus mortificaciones esta prueba de amor por su cuerpo místico. He aquí el secreto de las "extravagancias" de los santos, de esta sed de mortificaciones que les caracteriza casi a todos: "acabar en sí mismos lo que falta a la Pasión de su divino Maestro". — *Jesucristo en su misterios*, pp. 292-294; *Jesucristo, ideal del monje*, páginas 235-236.

Contemplad a Cristo Jesús, subiendo al Calvario, cargado con su cruz; desfallece bajo el peso de esta carga. Si El lo quisiera, su divinidad sostendría su humanidad, pero no lo quiere. ¿Por qué? Porque quiere, para expiar el pecado, experimentar en su carne inocente el abatimiento causado por el pecado. Mas los judíos temen que Jesús no llegue con vida al lugar de la crucifixión; y entonces obligan a Simón Cireneo a ayudar a Cristo a llevar su cruz y Jesús acepta esta ayuda.

Simón, en esto, nos representa a todos; miembros del cuerpo místico de Cristo; debemos ayudar a Jesús a lle-

var su cruz. Damos una prueba cierta de que le pertenecemos, si, a ejemplo de El, nos renunciemos a nosotros mismos y llevamos nuestra cruz: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me.* ¿No es ésto lo que buscaba San Pablo? ¿No escribía él que “quería renunciar a todo, para ser admitido en la comunión de los sufrimientos de Cristo y llegar a ser semejante a El hasta en la muerte”, *Ad cognoscendum illum, et societatem passionum illius, configuratus morti ejus.* — *Jesucristo, vida del alma*, p. 249.

El cristianismo es un misterio de muerte y de vida, mas la muerte no existe sino para salvaguardar la vida divina en nosotros: *Non est Deus mortuorum sed viventium.*: “Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.” “Cristo, muriendo, ha destruído la muerte, y resucitando, nos ha devuelto la vida”: *Mortem nostram moriendo destruxit et vitam resurgendo reparavit.* La obra esencial del cristianismo, como el objeto final al cual tiende por naturaleza, es obra de vida: el cristianismo es la reproducción de la vida de Cristo en el alma. — Pues bien, se puede resumir la existencia de Cristo en este doble aspecto: “Se entregó a la muerte por nuestros pecados, resucitó para que tengamos la vida de la gracia”: *Traditus est propter delicta nostra et resurrexit propter justificationem nostram.* El cristiano muere a todo lo que es pecado, para vivir más intensamente la vida de Dios. — La penitencia no sirve, por tanto, sino de medio para lograr este fin de la vida.

Es lo que San Pablo recomendó siempre: “Llevemos siempre, dice, en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nosotros.” Que la vida de Cristo, que tiene su principio en la gracia y su perfección en el amor, se desarrolle en nosotros; he aquí el objetivo; no hay otro. Para llegar a este objetivo, la mortificación es necesaria; por esto San Pablo dice: “Los que pertenecen a Cristo — y nosotros pertenecemos a Cristo por nuestro bautismo —, mortifiquen su carne

con sus vicios y sus malos deseos", *Qui sunt Christi, crucifixerunt carnem suam cum vitiis et concupiscentiis suis*. Y en otra parte dice más explícitamente: "Si vivís según los instintos de la carne, haréis morir en vosotros la vida de la gracia; pero si mortificáis las tendencias depravadas de la carne, viviréis la vida divina". — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 244-245.

Que Nuestro Señor os haga "toda" suya, y os dé fuerzas para soportar las pruebas tan necesarias para los que quieren unirse a un crucificado. En esta vida, Nuestro Señor se nos presenta en la cruz; el crucifijo es su imagen oficial, y la unión con El es imposible, si no queremos sentir los clavos que le traspasan.

¿Recordáis las pruebas de Jesús a los dos discípulos que acompañó en el camino de Emaús: "No era necesario que Cristo sufriese antes de entrar en su gloria?" Nosotros somos su miembros y nos es imposible entrar en su gloria sin haber sufrido con El. Cuanto más se está unido con Jesucristo, tanto más se vive su vida, y esta vida, aquí, en este mundo, es vida de sufrimiento. San Pablo nos dice: "Nosotros no tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestros sufrimientos, porque El mismo ha sido *tentado como nosotros*, excepto en el pecado, para asemejarse a nosotros. Mirad a su santa Madre, jamás nadie ha sufrido tanto como Ella, porque nadie ha estado tan unido a El como Ella.

Por tanto, buen ánimo, estáis en buen camino, y día llegará que lo comprenderéis más claramente.

Yo me alegro de que estéis bien decidida a no negar nada a Nuestro Señor, que, no hay duda, os llama a una gran unión con El. Para llegar a esta unión, debemos pasar por muchas penas y pruebas, y sobre todo la de darnos cuenta de cuán débiles somos nosotros mismos.

Es imposible lograr una unión íntima con un amor crucificado, sin experimentar de vez en cuando las espinas y los clavos; es esta la condición de tal unión. No hay por qué desanimarse, si Nuestro Señor os deja ver un poco de vuestra miseria. El la soporta siempre y os la esconde, pero vos debéis verla y sentirla mientras no se manifiesta. Esto es humillante y doloroso para una irlandesa. — *Cartas de dirección*, pp. 79, 83-84.

El amor de Dios es tan incomprensible, tan misterioso como Dios mismo. En efecto, "Dios es amor", *Deus caritas est*. Cuando uno se entrega a este amor, cuando uno se arroja en su seno paternal, se encuentra en un horno infinito. *Ignis consumens Deus noster*, "Nuestro Dios es un fuego que consume", y este fuego, en contacto con la imperfección, produce el sufrimiento, porque este fuego es *consumens*, tiende a consumir todo cuanto se opone a esta unión.

Jesús, cargado con los pecados de todos los hombres (*Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit*: "Verdaderamente llevó todos nuestros desfallecimientos y cargó con nuestros dolores") llegó a ser por nosotros "pecado" y "maldito": *Factus pro nobis maledictum, quia scriptum est: maledictus omnis qui pendet in ligno*, "Por amor nuestro llegó a ser maldito, pues está escrito: maldito aquel que pende de una cruz." Desde el primer momento de su Encarnación, se arrojó con un amor y abandono perfecto en el seno del Padre; y este Padre le amó con un amor perfecto: *Pater enim diligit Filium et omnia dedit ei in manu*", "El Padre, en efecto, ama al Hijo y le ha puesto todas las cosas en su mano." Cristo es "el Hijo de su amor". Y sin embargo, ¡ved cómo Dios (el Amor) ha tratado a Jesús! Lo ha entregado a los esputos, a los azotes, a las espinas, a las angustias del Calvario.

Así será con nosotros, si nos entregamos al Amor. Pero Jesús nos ha precidido. El ha llevado buena parte de nuestras cruces. El no deja para nosotros sino la pequeña parte que su sabiduría y la justicia de su Padre exigen,

“para completar en nuestra carne, por nuestros sufrimientos, aquello que falta a la Pasión de Cristo”.

La dependencia del beneplácito del Padre es el homenaje debido a su cualidad de *primer principio de todas las cosas*. Dios no necesita de nadie, puede crear instrumentos para la realización de sus designios, pero nuestra dependencia absoluta en todos sus deseos y en todas sus *permisiones* le honra; es lo único que pide. — *Mélanges Marmion*, pp. 83-84.

Todos los que buscan sinceramente a Dios, tarde o temprano, pasan por la prueba. Es *necesario* para lograr un progreso real, sea el que sea. “Quien permanece en Mí y yo en él, da mucho fruto.” — “Si alguien da fruto, mi Padre le podará, para que dé más fruto aún”. — “Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere queda sólo; pero si muere, da mucho fruto”.

Ocurre como con la naturaleza, que cada año debe morir en cierto modo y quedar sumida bajo la capa glacial del invierno. *Parece* que muere; mas esta muerte es necesaria antes de la primavera... Lo mismo ocurre con vuestra alma, porque ha sido hallada agradable a Dios... Yo rogaré todos los días para que Dios os dé la *sumisión* y humilde abandono en sus manos, para poder realizar en vuestra alma los designios de su amor y sabiduría.—*Mélanges Marmion*, p. 113.

B. — DISPOSICIONES BASICAS DEL ALMA QUE QUIERE PARTICIPAR DIGNAMENTE DE LA PASION DEL SALVADOR (1)

1. — La paciencia silenciosa

NUESTRO adorable Salvador Jesús es el ejemplar más perfecto de paciencia admirable. Quiere que sepamos bien que es “dulce de corazón”; el Evangelista le aplica aquel hermoso texto de Isaías: “El no quebrará la caña hendida, ni extinguirá la mecha aún humeante.”

Lejos de extinguir la mecha, El soporta, espera la hora de la gracia, la hora en que de esta mecha vacilante saldrá una llama magnífica de puro amor. Así lo vemos con la Magdalena, la Samaritana y tantos otros. ¡Qué bondad tan condescendiente ha manifestado para toda clase de miserias, incluso para la más repugnante a su mirada divina, la del pecado! ¡Y con sus discípulos, qué infatigable paciencia demostró! Ve y les oye cómo disputan entre sí, cómo manifiestan sus ambiciones; ve la debilidad de su fe; es testigo de su impaciencia: un día, querían alejar de Jesús a los pequeñuelos; más de una vez, incluso después de su resurrección, tuvo que reprenderles por

(1) Se pueden reducir a tres las disposiciones básicas que Dom Marmion exige del alma que halla la cruz: la aceptación silenciosa, el amor generoso, el abandono filial: tres disposiciones que se enlazan entre sí, y de las cuales el abandono, forma suprema del amor, constituye el punto culminante. A estas tres disposiciones esenciales pueden reducirse todas las demás.

su dureza de corazón, por su lentitud en creer en El, a pesar de tantas obras y de tantos milagros realizados en su presencia. Es modelo de paciencia admirable, hasta el extremo de soportar junto a Sí a aquel que sabía le había de traicionar el día de su Pasión.

Tal es nuestro modelo. Tengamos siempre nuestros ojos fijos en El. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 541-542.

Si nos parece muy difícil de lograr una paciencia tan admirable, miremos a Jesús durante su Pasión. El es Dios, el Todopoderoso, y su alma, rica de toda perfección. Y he aquí que le escupen en la cara; y no la aparta: *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me*; calla ante Herodes, que le trata de insensato: *At ipse nihil illi respondebat*; se somete a Pilatos, que le condena a una muerte infamante; se somete, porque siendo Pilatos el gobernador legítimo de Judea, representaba, aunque pagano, a la autoridad que dimana de Dios: *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper*: “No tendrías potestad alguna sobre mí, si no te hubiese sido dado de lo alto.” ¿Por qué Jesucristo sufre sin quejarse todos estos ultrajes?

Por reverencia y amor a su Padre, que ha señalado las circunstancias de su Pasión.

Nosotros también debemos aguantar con firmeza y pacientemente, hasta que llegue la hora de Dios: *Viriliter age et sustine Dominum*: “Obra virilmente y espera en el Señor” (1). Dios nunca está tan cerca de nosotros como cuando coloca la cruz de su Hijo sobre nuestros hombros; nunca como en estos momentos damos a nuestro Padre

(1) (Podría parecer que la paciencia es cosa de un alma pasiva, sin energía. Siguiendo a Santo Tomás, Dom Marmion ha demostrado (*Jesucristo ideal del monje*, pp. 190-196) que la fuerza es el principio de dos actos: “de la agresión” *aggredi* y de “la resistencia” *sustinere*. La “resistencia”, la paciencia, exige más fortaleza de alma que “la agresión”; constituye el acto principal de la virtud de la fuerza. Dom Marmion cita el texto de la Sagrada Escritura: “El hombre paciente vale más que el hombre valiente”).

del cielo la gloria que El obtiene de nuestra paciencia: *Afferunt fructum in patientia*: "Darán fruto por la paciencia." — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 307, 241.

Estáis en el mejor camino hacia Dios, camino que conduce siempre a El: las contrariedades, la flaqueza. Es el camino del deber, cumplido *sin dejar de amar*, a despecho de los obstáculos. Jesús es nuestra fuerza: *nuestra flaqueza aceptada por El* se convierte en *flaqueza divina*, y ésta es más fuerte que toda la fuerza del hombre. *Quod infirmum est Dei fortius est hominibus*: "Lo que es flaqueza de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres." Esta es una muy grande y profunda verdad. La Pasión de nuestro amado Salvador no es más que el triunfo de la divina flaqueza sobre toda la fuerza y maldad de los hombres. Más para esto nos es menester mucha paciencia y la amorosa aceptación, en todo momento, de la voluntad de Dios. Pues *Passionibus Christi per patientiam participamus*. Por la paciencia participamos de sus sufrimientos." Pensad mucho esto en vuestra oración, y haréis grandes progresos. — *Cartas de Dirección*, p. 112.

Aceptemos, pues, con paciencia y de buen grado las mortificaciones que la Providencia nos envía: el hambre, el frío, el calor, tantas pequeñas circunstancias o incomodidades de lugar, tiempo, personas, que nos contrarían. Esto son pequeñeces, me repetiréis; cierto, pero pequeñeces que forman parte del plan divino sobre nosotros. ¿Se necesita algo más para hacérnoslo aceptar con amor?

Aceptemos, en fin, si Dios nos la envía, la enfermedad o, lo que es muchas veces más doloroso, un estado enfermizo, una enfermedad que no nos deje ya más; las adversidades, las aridēces, la sequedad espiritual; aceptar todas estas cosas puede resultar muy mortificante para la naturaleza. Si nosotros lo hacemos con amorosa sumisión, sin relajar en nada el servicio que debemos a Dios, a pesar de que el cielo quede frío y parezca sordo, nuestra alma se abrirá más y más a la acción divina. Porque, según la palabra de San Pablo, "todo sirve para bien de aquellos

a quienes Dios llama a participar de su gloria". OMNIA cooperantur in bonum iis qui secundum propositum vocati sunt sancti.—Jesucristo, ideal del monje, p. 247.

Cuando el precursor anuncia al mundo la venida del Salvador, ¿en qué términos lo hace? "He aquí el cordero de Dios": *Ecce agnus Dei*. Jeremías lo había predicho: "Yo soy como manso cordero conducido al matadero". San Pedro nos dice: "somos rescatados por la sangre del cordero inmaculado y sin mancha". En el Apocalipsis, Cristo es representado como el cordero inmolado. Es, pues, una de las figuras escriturísticas de Cristo víctima. Pues bien, ¿cuál es la característica del cordero? Dejar hagan con él lo que quieran, dejarse inmolarse sin resistencia. Esta es también la imagen que en otra parte había dado del Salvador el profeta Isaías.

¡Y con qué justeza Jesucristo lo ha realizado! Contempladle desde el primer instante de su encarnación; El se abandona a todo el querer, a todos los deseos del Padre: "Heme aquí, oh Padre, para cumplir vuestra voluntad": *Ecce venio... ut faciam, Deus, voluntatem tuam*. Es el primer movimiento de su Sagrado Corazón; no es solamente una palabra de obediencia; es un anuncio y un acto de abandono a todas las humillaciones, a todos los sufrimientos que le esperan. Acto que no ha retractado jamás, cuyo esplendor exterior es sobre todo admirable durante la Pasión: "Padre, si es posible, apártese de mí este cáliz, mas hágase vuestra voluntad y no la mía". El se entregó a los verdugos: y, ¿cuál fué su actitud? "Yo no me aparté de aquellos que golpeaban y escupían mi rostro": *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me*. Le insultan, le dan bofetones, le llenan de burlas; y El no cuida para nada de escapar al trato inaudito de que es objeto, El, la sabiduría eterna y soberana de todas las cosas. "Calla": *Iesus autem tacebat*:

como "calla el cordero ante el que le esquila": *Quasi agnus coram tondente se obmutescet*.

Pero, en el santuario de su alma santa, ¡qué plegaria de abandono al Padre! Qué entrega más completa de sí mismo a la justicia y al amor! Así sus últimas palabras son de perfecto abandono: "Todo está consumado... En vuestras manos, oh Padre, entrego mi espíritu." — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 519-520; *Un maestro de la vida espiritual*, p. 463.

Como dirección espiritual, yo deseo que procuréis, con la gracia de Dios, *sufrir en silencio*. Jesús, la Sabiduría eterna, tratado como un insensato, escarnecido por los soldados de Herodes, *calla*. Es en la paciencia, cuando *uno es señor de su alma*; es una gran cosa y una gran fuerza el poseer su alma. — *Cartas de dirección*, p. 290.

Recordemos lo que nos enseña nuestra experiencia. ¿No es cierto que cuando uno abre su corazón al de los otros hombres, al primero que encuentra, o bien cuando uno revuelve en sí mismo las dificultades, uno se enerva, se debilita, cada vez encuentra más vacío en su corazón? Mientras que si uno dirige a Dios sus "gemidos respetuosos, o con un dolor sumiso los expone ante El, para dejarlos morir a sus plantas", o bien si uno confía sus dificultades a aquél que representa al Señor para nosotros, halla luz, fuerza y paz. Evidentemente, a veces uno puede abrir su corazón a un amigo fiel y discreto; ¿no lo hizo así nuestro mismo divino Salvador, modelo de todas las virtudes, en el huerto de los olivos? ¿No confió a sus apóstoles las angustias supremas de su Corazón sagrado? "Mi alma está triste hasta la muerte": *Tristis est anima mea usque ad mortem*. Esta conducta no está prohibida; lo que deja a nuestro corazón pobre y desamparado es el ir a mendigar de las criaturas lo que ellas no pueden darnos; en cambio, no hay luz, ni fuerza que no podamos hallar en Cristo Jesús. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 518.

Distingamos la queja de la murmuración. Aquella no es en sí de ninguna manera una imperfección, puede in-

cluso ser una plegaria. Vedlo en Cristo Jesús, modelo de toda santidad. En la cruz ¿no se queja Nuestro Señor a su Padre de estar abandonado?

¿En qué consiste, pues, la diferencia entre estas dos actitudes? La murmuración implica evidentemente una oposición, una malevolencia (aunque pasajera) en la voluntad; de todas maneras, procede formalmente del espíritu es un pecado del espíritu, deriva del espíritu de resistencia. Es una manifestación contenciosa. La queja, al contrario, si se la supone pura, viene solamente del corazón; es el grito de un alma torturada que experimenta el sufrimiento, pero que sin embargo, lo acepta enteramente y con amor. Podemos sentir las dificultades, incluso experimentar movimientos de disgusto; esto puede suceder al alma más perfecta; no hay en esto ninguna imperfección, mientras la voluntad no se adhiera a estos movimientos de rebelión que trastornan a veces la naturaleza sensible. ¿No ha querido Nuestro Señor experimentar en Sí mismo tales turbaciones interiores? *Coepit taedere et pavere maestus esse*; “comenzó a experimentar tedio, miedo y tristeza”. ¿Y qué decía en estos momentos tan terribles, Aquel que es en todo nuestro ideal?: *Pater, si possibile est, transeat a me calix iste*: “Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz.” ¿Qué queja, salida de las entrañas de un Dios, frente a la más terrible obediencia que haya sido propuesta jamás en este mundo! Mas a la vez ¡cómo este gemido profundo de la sensibilidad abrumada queda apagado por el grito, más profundo aún, del entero abandono a la voluntad divina: *Verumtamen fiat voluntas tua, non mea*: “Que se haga vuestra voluntad y no la mía.”

Por el contrario, el amor está lejos de la murmuración; a la vez la murmuración “aleja de Dios”; destruye este “Amén” de todos los instantes, este “fiat” amoroso que sale más del corazón que de los labios; en una palabra, esta sumisión perpetua e incesante de todo nuestro ser a la voluntad divina, por el amor a Cristo. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 383, 384.

En estos días he recibido luz muy útil sobre las palabras de la Escritura: *Revela Domino viam tuam et spera in eo, et ipse faciet*: "Revela al Señor tu camino y confía en El; y El hará." ¿Por qué "revelar" alguna cosa a Dios? Porque El quiere que nosotros obremos con El, como niños buenos que van a contar sus dificultades a su padre con toda confianza. San Pablo dice lo mismo: *In omni oratione et obsecratione cum gratiarum actione petitiones vestrae INNOTEScant apud Deum*: "En toda circunstancia hacced conocer vuestros deseos a Dios con plegarias y súplicas acompañadas de acción de gracias." El salmista revela todo su "camino", es decir todas sus penas, las persecuciones de que es objeto, sus tentaciones (Salmo XXXVII). Cuando pasamos penas, deseamos revelarlas, contarlas a nosotros mismos o a los demás; lo que no nos sirve para nada, sino para afligirnos o faltar a la caridad. Mientras que si lo contamos todo a Dios, es una plegaria que nos abre el corazón y nos llena de luz y ánimo, sobre todo si, apoyados en Jesucristo, vamos a Dios con *espíritu de adopción*, y esto, a pesar de nuestros pecados, a semejanza del hijo pródigo. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 441.

Es de una *gran* perfección el unirse al Cordero en este ofrecimiento y aceptar con El, sin murmurar, todos los sufrimientos y todas las pruebas que permite nuestro Padre celestial, diciendo: *Dominus est*: "Es el Señor" (1). *Ibid.*, p. 463.

(1) En un viaje a Roma en 1912, Dom Marmion fué recibido en audiencia por su Santidad Pío X. Estos dos grandes corazones, tan sobrenaturales, estaban hechos para comprenderse. Así pues, al final de la entrevista, Dom Columba pidió al Papa quisiera darle, como decía él, "un texto para su alma". Pío X reflexionó un instante, cogió una estampa y escribió en el dorso estas palabras: *In cunctis rerum angustis, hoc cogita: Dominus est. Et Dominus tibi erit adiutor fortis*: En todas las circunstancias difíciles, pensad: es el Señor. Y el Señor será para vos auxilio poderoso. Estas líneas del Vicario de Jesucristo respondían demasiado bien a los sentimientos íntimos de Dom Columba para no impresionarle muy particularmente. El vió en ellas como una confirmación del camino de abandono que había adoptado.

En esta última temporada he meditado estas palabras del rezo de la Pasión: *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me. Domine Deus auxiliator meus, IDEO NOM SUM CONFUSUS*: "Yo no he apartado mi rostro de los que me ultrajaban y me escupían. El Señor es mi amparo, por esto no quedaré confundido." He aquí el secreto del silencio, de la paz del alma de Jesús en su Pasión: *la visión de su Padre*. Yo procuro imitarle encontrando en esta *visión* toda mi fuerza.

Penetrad más y más en este *gran silencio*. Silencio: a) de la lengua; b) de los movimientos de las pasiones; c) de los razonamientos y reflexiones sobre la manera de obrar del prójimo. Dejad esto a nuestro Padre celestial. Yo he hallado gran paz en mi alma desde que me he prohibido, en cuanto mi cargo de superior me lo permite, ocuparme de la manera de obrar de los demás. *Yo se lo digo al Padre celestial*, como lo hacía constantemente el salmista. Entonces se convierte en una plegaria que produce una paz y silencio muy profundos. — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 474-475.

En los momentos de prueba, en las horas de sufrimiento, miremos a Cristo Jesús en la agonía, clavado en una cruz, y digámosle del fondo de nuestro corazón: *Diligam te et tradam meipsum pro te*: "para demostraros más y más mi amor, yo acepto vuestra voluntad". Entonces, la paz divina — esta paz que sobrepasa todo sentimiento — descenderá a nuestra alma con la unción de la gracia celestial: sólo ella puede darnos la fuerza y la paciencia para soportarlo todo en el silencio del corazón y de la boca: *Tacita conscientia patientiam amplectatur*. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 373-374.

Con frecuencia meditaba estas palabras, y en sus cartas espirituales se halla su eco directo, como en la cita misma a que se refiere esta nota.—Véase *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 458-466.

2.— El amor generoso

CONTEMPLÉMOS de nuevo a nuestro divino Salvador en su Pasión. Sabemos que la aceptó por amor a su Padre y que este amor era inmenso: "A fin de que conozca el mundo que yo amo al Padre": *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*. A pesar de este amor, ¿no sufrió El? ¡Oh! realmente; ¿qué sufrimiento ha igualado al suyo, a aquel que había aceptado al entrar en este mundo? Escuchad el grito que escapa de su corazón atormentado por la agonía: "Padre, todo os es posible, apartad de Mí este cáliz... Sin embargo, que se cumpla vuestra voluntad y no la mía." El amor a su Padre ha superado la repugnancia de su naturaleza sensible. Y sin embargo, su agonía era espantosa, sus dolores indecibles; su alma, dice el salmista, se ha derretido completamente bajo la intensidad del sufrimiento. Pero, por haber quedado clavado en la cruz por amor, El ha dado a su Padre una gloria infinita, digna de las divinas perfecciones.

Así también para nosotros, el amor resolverá todas las dificultades que puedan surgir en nuestra vida. Dificultades, contrariedades, contradicciones, de esto vamos a hallar siempre y en cualquier parte del mundo donde estemos. Es tan imposible escapar de ellas, cuanto dependen, más que de las circunstancias, de la misma condición humana. Si amamos verdaderamente a Jesucristo, no buscaremos evitar las dificultades y sufrimientos que se presentan en el fiel cumplimiento de nuestros deberes de estado; nosotros los abrazaremos como nuestro Jefe divino abrazó su cruz cuando le fué ofrecida. Unos tendrán una cruz más pesada que otros; por pesada que sea, el amor la hace llevadera; la unción de la gracia hace que uno se abraza a ella, y no busque desprenderse de la mis-

ma; uno llega a tomarle afecto, como medio de testificar continuamente su amor: *Aquae multae non potuerunt extinguere caritatem* "las grandes aguas no pueden apagar el amor". — *Jesucristo, ideal de monje*, pp. 240-241.

No temamos, pues, las pruebas; podemos pasar grandes dificultades, sufrir duras contrariedades, haber de soportar graves penas; pero desde el momento en que nos ponemos a servir a Dios por amor, estas dificultades, estas contrariedades, estas penas sirven para fomentar el amor. Cuando se ama a Dios se puede sentir la cruz; Dios mismo nos la hará sentir más a medida que adelantemos; porque la cruz nos hace mucho más semejantes a Cristo; y entonces se ama, sino precisamente la misma cruz, por lo menos la mano de Jesús que la coloca sobre nuestros hombros; pues esta mano nos da también la unción de la gracia para aguantar nuestra carga; el amor es un arma poderosa contra las tentaciones y una fuerza invencible en las adversidades. — *Jesucristo, vida del alma*, página 310.

Cuando Jesús se dirigía al Calvario, doblado bajo su pesada cruz, cayó bajo la carga; a Aquel a quien la Escritura llama "la fuerza de Dios", *Virtus Dei*, le vemos humillado, débil, caído en tierra. Es incapaz de llevar su cruz. Es un homenaje que su humanidad tributa al poder de Dios. Si quisiera, podría Jesús, a pesar de su debilidad, llevar su cruz hasta el Calvario; pero, en este momento la divinidad quiere que, para salvación nuestra, la humanidad experimente, sienta su flaqueza, a fin de que nos merezca la fuerza para soportar nuestros sufrimientos.

A nosotros también Dios nos da una cruz para que la llevemos, y cada uno piensa que la suya es la más pesada. Debemos aceptarla sin razonar, sin decir: "Dios hubiera podido cambiar tal o tal circunstancia de mi existencia." Nuestro Señor nos dice: "Si alguien quiere ser mi discípulo, que tome su cruz y me siga."

En esta aceptación generosa de *nuestra* cruz, nosotros hallaremos la unión con Cristo. Porque, fijaos bien, lle-

vando nuestra cruz, nosotros tomamos en verdad parte de la de Jesús. Considerad lo que nos cuenta el Evangelio. Los judíos, viendo tan débil a su víctima, temiendo no llegara al Calvario, paran a Simón Cireneo, que por allí pasaba, y le obligan a ayudar al Salvador. Cristo, si hubiese querido, habría podido sacar de su divinidad la fuerza necesaria; pero consiente en ser ayudado. Quería indicarnos con ello que cada uno de nosotros debe ayudarle a llevar su cruz. Nuestro Señor nos dice: "Aceptad esta parte que, en mi presciencia divina, para el día de mi Pasión, yo os he reservado de mis sufrimientos". ¿Cómo podríamos negarnos a aceptar de manos de Cristo este dolor, esta prueba, esta contradicción, esta adversidad?, ¿de beber algunas gotas del cáliz que El mismo nos presenta, y del que El ha bebido primero? Digámosle, pues: "Sí, divino Maestro, de todo corazón acepto yo esta parte, porque me viene de Vos." Tomémosla, pues, como Cristo tomó su cruz, por amor a El y en unión con El. A veces, notaremos que nuestros hombros ceden bajo la carga; San Pablo confiesa que había pasado momentos de su vida tan llenos de hastío y de contrariedades que "la misma vida se le hacía pesada": *Ut taederet nos etiam vivere*. Pero, a imitación del gran Apóstol, miremos a Aquel que nos ha amado hasta entregarse por nosotros; en estas horas en que el cuerpo está atormentado, en que el alma está abatida, en que el espíritu vive en las tinieblas, en que la acción profunda del Espíritu Santo se hace sentir en su operación purificadora, unámonos a Cristo con más amor que nunca. Entonces la virtud y la unción de su cruz se comunicarán a nosotros, y nosotros hallaremos, con la fuerza, la paz y esta alegría interior que sabe sonreír en medio del sufrimiento: *Superabundo gaudium in omni tribulatione nostra*: "Reboso de alegría en medio de todas nuestras tribulaciones."

Aquí están las gracias que Nuestro Señor nos ha merecido. Cuando, en efecto, Jesucristo, Hombre-Dios, subía al Calvario ayudado por el Cireneo pensaba en todos aque-

llos que, en el transcurso de los siglos, le ayudarían a llevar su cruz aceptando la suya; En aquel momento El merecía para ellos gracias inagotables de fuerza, de resignación, de abandono, que les haría repetir como El: "Padre, que se cumpla vuestra voluntad y no la mia." — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 292-293.

Las almas amantes siguen a Jesús por doquier, lo mismo, y hasta con más gusto, al Gólgota que a la montaña de la Transfiguración. ¿Quiénes son los que quedaron con Jesús al pie de la cruz? La Virgen, su Madre, que le amaba con un amor en el que no cabía el más insignificante deseo de buscarse a sí misma; Magdalena, a quien Jesús había perdonado mucho porque había amado mucho; San Juan, que guardaba los secretos del Corazón divino. Los tres quedaron allá, al lado de Jesús. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 413.

Dios se sirve con frecuencia del sufrimiento en la vida espiritual para desarrollar nuestro amor, porque, en aquellos momentos, el alma debe vencerse más a sí misma, y esto es una prueba de la firmeza de su caridad (1). Mirad

(1) En este párrafo, como en los dos que siguen, expone Dom Marmion una doctrina importante. El mérito de un acto se calcula por el grado de caridad que posee el alma en el momento que realiza este acto. De una manera general, la *señal* de esta caridad es la bondad, la excelencia misma de la obra que se ha de realizar, bondad que se deduce sobre todo de la conformidad de esta obra con la voluntad divina. En cuanto a la dificultad que uno puede experimentar en el cumplimiento de esta obra, si esta dificultad es *inherente a la misma obra*, se confunde con la misma, y, si es *vencida* testifica una caridad (amor de Dios) actual más viva, dicho en otras palabras, la dificultad *vencida* es *señal de la caridad* que uno ha puesto para triunfar, pero, sola esta caridad es fuente inmediata de mérito; la dificultad es solamente fuente indirecta en el sentido de que ella ha excitado la caridad a desplegarse, o ha sido para ésta ocasión de que se manifestara con más esplendor. Si la dificultad que uno experimenta proviene de las *disposiciones subjetivas desfavorables* en aquél que debe obrar (cobardía ante el deber, negligencia, amor propio, voluntad propia, susceptibilidad, etc.) lejos de ser fuente de mérito, no es con frecuencia sino señal de un amor de Dios mediocre. Lo que se dice aquí de las dificultades, puede aplicarse a las pruebas, y sufrimientos.—Se ve, por tanto, que conforme a la doctrina de San Pablo y de Santo Tomás de Aquino, como a toda la tradición teológica y ascética, Dom Marmion hace depender de la caridad (amor de Dios)

a Nuestro Señor, El no hizo otro acto de amor más intenso que cuando aceptó en la agonía el cáliz de amargura que le era presentado, y cuando hubo terminado su sacrificio abandonándose a su Padre en la cruz. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 441.

Yo deseo os apliquéis con constancia y atención a obrar *únicamente* por amor de Dios en todo lo que hagáis. Cada acción hecha por puro amor es un acto de amor puro hacia Dios, y cuanto más este acto os haya costado, más grande y meritorio será el amor. Así es como en la Cruz Nuestro Señor ha demostrado el mayor amor. Lo que no cuesta nada no vale nada. — *Cartas de dirección*, p. 55.

El valor de toda nuestra vida depende del móvil que nos hace obrar (1). Ahora bien, es cierto que el móvil más

el valor sobrenatural de todas nuestras acciones, comprendida la aceptación del sufrimiento. Este no tiene ningún valor meritorio para el cielo sino en cuanto es aceptado por un alma en estado de gracia, movida por motivo de amor de Dios: "Aunque entregara mi cuerpo a las llamas, decía San Pablo a los de Corinto, si no tengo caridad, de nada me sirve". Dom Marmion escribía: "Una verdad sobre la cual debe insistirse es que, aunque el sufrimiento sea medio indispensable de perfección, no tiene en sí mismo, en el plan propio del cristianismo, ningún valor. ¿De dónde le viene, pues? De su unión, por la fe y el amor, a los sufrimientos y a la expiación de Cristo Jesús. (*Jesucristo ideal del monje* pp. 248. Se recomienda leer todo este pasaje). Se debería insistir mucho en este principio esencial de la vida sobrenatural "Poner como base de la santidad el sufrimiento, escribe un excelente teólogo, no temo afirmar que es poner la vida espiritual en un camino falso y lleno de peligros" (P. A. Lemonnyer, O. P., *Notre vie divine*, p. 245). Véase también en *Jesucristo vida del alma* las conferencias: *La verdad en la caridad*, *Nuestro crecimiento espiritual*, donde Dom Marmion ha señalado, como verdadero maestro, la verdadera jerarquía de los valores en el orden espiritual. Las páginas que siguen acaban de revelar toda esta idea.

(1) Está por demás hacer notar que para Dom Marmion, como para todos los moralistas, la primera fuente de moralidad es la bondad de la acción en sí misma. Esta bondad es doble: la de la obra considerada en sí, de manera absoluta; la de la obra considerada en su conformidad actual con la voluntad divina. Es esta la que interesa por de pronto. La asistencia al santo sacrificio de la misa es una obra en sí excelente, pero dejaría de serlo, muy al contrario, si una madre de familia se fuese a misa entre semana y descuidara, por este motivo, sus deberes de estado. Véase *La verdad en la caridad* en *Jesucristo, vida del alma*.—En el pasaje citado y en los que siguen, Dom Marmion, escribiendo a almas que buscaban a Dios

elevado, es el del amor. San Pablo decía: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*: "Me amó y se entregó a Sí mismo por mí." Esta convicción del amor de Cristo hacia él impulsaba al Apóstol a darse él también a Cristo. Su respuesta era: *Impendam et superimpendar*. "Yo también me entregaré y me consumiré sin miramientos." Una vez el alma se ha entregado así por amor, nada le detiene, ni las penas, ni las dificultades, ni nada de aquello que nos mortifica, porque *ubi amatur non laboratur*: "Donde hay amor, no hay pena ninguna." Procurad, pues, entregaros a Cristo sin reserva, para siempre y por amor; entonces todo andará bien; vuestra vida será en extremo agradable a Dios y muy meritoria. — *Cartas de dirección*, página 20.

Hacedlo todo únicamente por amor a Nuestro Señor y, por amor a El aceptad cuanto El permite; entregaos al amor, sin mirar ni a derecha, ni a izquierda. Aceptad, sin turbaros, las contradicciones y dificultades por las que pasáis actualmente; no os preocupéis por saber si están contentos de vos o si os critican, si os aman o no. Os debe bastar el ser amado por Nuestro Señor.

Sólo una cosa debéis tener presente: Amar a Nuestro Señor y agradarle en todo. Dios se acercará a vos, se quedará en vos, viviréis en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Decid con frecuencia a Dios: "Dios mío, bien merecéis que yo os ame únicamente a Vos y no busque sino a Vos." *Ibid.* p. 21.

Esta alegre generosidad del alma que se ofrece enteramente al benaplácito divino, Dios la recompensa con un aumento de alegría. "Dios ama a aquel que da con faz alegre", dice San Benito, haciendo suya la expresión del Apóstol. Y como Dios es la fuente de toda felicidad y nosotros no queremos adherirnos a otro sino a El, he aquí

y cuyas acciones poseen regularmente esta bondad básica, debía insistir con razón sobre la pureza de los motivos de acción y sobre la primacía del amor como móvil.

lo que nos dice: "Yo mismo seré tu recompensa, recompensa magnífica hasta el exceso: *Ego merces tua magnanimis*. EGO: Yo mismo. Yo no dejaré para otro el cuidado de saciarte, dice Dios al alma; porque tú eres mi hostia, porque eres toda para Mí, Yo mismo seré todo para ti, tu herencia, tu posesión, tú hallarás en mí la felicidad: *Ego merces tua!*

¡Si, Señor, así es! "¿Qué hay, en efecto, para mí, sea en el cielo sea en la tierra, que haya deseado, sino Vos? Vos sois el Dios de mi Corazón, y la parte de mi herencia para siempre": *Quid enim mihi est in caelo, et a te quid volui super terram? Deus cordis mei et pars mea Deus in aeternum*. — *Jesucristo, ideal del monje*, pág. 154.

Haciendo el Vía-Crucis esta mañana, he visto que Jesús ha hecho para mí *todo* lo que la justicia y santidad de su Padre exigen, pero nos invita a tomar nuestra pequeña parte, como a Simón Cireneo. Por esto, llevo mi cruz con alegría. — *Un maestro de la vida espiritual*, página 464.

Como práctica interior, cada día me siento más inclinado a *perderme en Jesucristo*. Que El piense y quiera en mí, y me conduzca a su Padre. En el *Pater*, la única petición que nos ha enseñado dirigir a Dios para nuestras almas es, *Fiat voluntas tua sicut in caelo*. Yo procuro *amar* su santa voluntad en las mil pequeñas contrariedades de cada día. *Ibid.*, p. 168.

Yo intento salir, con una sonrisa, al encuentro de todo cuanto me contraría. — *Ibid.*, p. 461.

3. — Abandono filial (1)

La voluntad de Dios, fundamento del abandono

EL fundamento objetivo del abandono es la voluntad divina. "Todo lo que Dios decide, todo cuanto El decreta es absolutamente perfecto": *Judicio Domini vera, justificata in semetipsa*. Ahora bien, Dios *quiere* nuestra santidad y nuestra felicidad, mas esta santidad y felicidad no son cualquier cosa. Hay dos palabras divinas, — y estas dos palabras divinas se completan la una a la otra — que nos dan a conocer los destinos providenciales en nosotros, y a la luz de las cuales podemos comprender el por qué del espíritu de abandono.

Jesucristo pronunció la primera de estas palabras: "Sin Mí nada podéis hacer": *Sine me, nihil potestis facere*. Nuestra santidad es de orden esencialmente sobrenatural. Todos los esfuerzos juntos de la naturaleza no pueden producir un acto sobrenatural, un acto proporcionado a nuestro fin, que es la visión beatífica de la adorable Trinidad.

Dios que realiza todas sus obras con infinita sabiduría, nos ha dado con la gracia el medio de realizar en nosotros sus designios divinos. Sin la gracia — y esta gracia no viene sino de Dios — somos incapaces de hacer nada absolutamente para llegar a nuestro fin sobrenatural; San

(1) La doctrina del abandono es familiar a Dom Marmlon. Véase, sobre este importante tema, que él ha tratado con doctrina segura y no acostumbrada, su conferencia (una de las más hermosas) en *Jesucristo ideal del monje*, y el capítulo *El abandono*, en *La unión con Dios*. De estas dos conferencias hemos entresacado los fragmentos que siguen y que no hemos dudado en citar extensamente por razón de la importancia intrínseca de esta doctrina para la vida espiritual y porque ponen de manifiesto una de las características de la espiritualidad de Dom Marmlon,

Pablo nos dice que “sin ella no podemos tener ni un buen pensamiento que nos sea contado como digno de la felicidad eterna”: *Non quod sufficientes simus cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis*. Es el eco de la palabra de Cristo: “Sin Mí nada podréis hacer”, no podréis lograr el fin supremo; no podréis llegar a ser santos. Jesucristo mismo nos ha comentado esta verdad: nos ha dicho que El era la viña y nosotros los sarmientos; para poder producir frutos, es necesario que estemos unidos a El por la gracia, a fin de que, sacando de El la savia sobrenatural, podremos ofrecer a su Padre frutos que le sean agradables.

De aquí podéis deducir qué necesidad tiene el alma de no apartarse de Dios, fuente de la gracia, sin la cual nada podríamos. Así, pues, debemos entregarnos a El sin reserva, porque “con esta gracia todo nos es posible”: y esta es la segunda de las dos palabras que nos dan la razón de ser del abandono: *Omnia possum in eo qui me confortat*: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta.” No hay obra honesta, por pequeña y ordinaria que sea, que, hecha bajo la inspiración de la gracia, no pueda contribuir a hacernos llegar a esta exaltación suprema que es la visión beatífica; porque todo coopera al bien de aquellos a quienes Dios llama a vivir en unión con El”: *Omnia cooperantur in bonum, iis qui secundum propositum vocati sunt sancti*. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 500-502.

La voluntad de Dios es amor

La voluntad de Dios por lo que se refiere a las almas es todo amor: “Dios es caridad”: *Deus caritas est*. El no posee solamente el amor: El es amor, un amor sin límites, sin debilidad, indefectible. El corazón del hombre no ha llegado a comprender lo que es el amor infinito. Ahora bien, “el peso de este amor infinito mueve a Dios a darse”: *Bonum est diffusivum sui*. Todo cuanto Dios hace por nos-

otros tiene por móvil el amor; y como Dios no es solamente Amor, sino Sabiduría eterna y Omnipotencia, las obras que el amor hace realizar a esta sabiduría y esta potencia son inefables. El amor es la base de la creación y de todos los misterios de la redención.

Además, este amor está revestido de un carácter particular: el de ser el amor de un padre para sus hijos: *Videte qualem caritatem... ut filii Dei nominemur et simus*: "Mirad qué amor nos ha demostrado el Padre, que nos llamamos hijos de Dios y que lo somos en verdad". Dios nos ha amado como hijos suyos. El es el Padre por excelencia; "toda paternidad deriva de la suya": *Ex quo OMNIS paternitas in caelis et in terra nominatur*. ¡Y no son palabras vanas! Y como en Dios todo es activo, esta paternidad hacia nosotros es lo que tiene de más grande, más digno de atención, más constante; Dios obra con nosotros como con hijos suyos, y nos guía durante toda nuestra vida a la luz de su incomparable amor de Padre. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 502.

Dios nos ama en su Hijo

Las maravillas y manifestaciones del amor de Dios hacia nosotros son inagotables. El amor divino se manifiesta no tan sólo en el *hecho* de nuestra adopción, sino también en el admirable *camino* escogido por Dios para realizarlo en nosotros.

Dios nos ama con un amor infinito, con amor paternal; Dios nos ama *en su Hijo*. Para hacernos hijos suyos, Dios nos da a su Hijo Jesucristo: este es el don supremo del amor. "Hasta tal punto ha amado Dios al mundo, que le ha dado a su Hijo único": *SIC Deus DILEXIT mundum ut Filium suum unigenitum DARET*. Y ¿por qué nos lo da? Para que sea nuestra sabiduría, nuestra santificación, nuestra redención, nuestra justicia; nuestra ley y nuestro camino; nuestro alimento y nuestra vida: en una pa-

labra, para que sirva de mediador entre El y nosotros. Jesucristo, Verbo encarnado, llena este abismo que separaba al hombre de Dios.

Es "en su Hijo" y por su Hijo, en quien "Dios derrama desde el cielo sobre nuestras almas todas las bendiciones divinas" de la gracia, que nos hacen vivir como hijos dignos de este Padre celestial: *Qui benedixit nos IN OMNI benedictione spirituali in caelestibus IN CRISTO*. Todas las gracias nos vienen por Jesús; por El todo bien nos viene del Cielo; así, pues, Dios nos ama según la medida con que nosotros amamos a su Hijo Jesús y creemos en El. Nuestro Señor mismo nos dice esta palabra tan consoladora: "El Padre os ama porque vosotros me amáis y creéis que yo he salido de Dios": *Ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis et credidistis quia ego a Deo exivi*. Cuando el Padre ve a un alma llena de amor por su Hijo la colma de sus más abundantes bendiciones.

Tal es el orden, el plan establecido desde toda una eternidad: Jesús ha sido constituido Jefe y Rey de toda la herencia de Dios, porque es El quien, por su Sangre, nos ha devuelto los derechos a esta herencia: "El Padre le ha puesto todo en sus manos"; *OMNIA dedit Pater in manu ejus*. Nosotros permanecemos en El por la fe y el amor; El permanece en nosotros por su gracia y sus méritos; El nos ofrece a su Padre y su Padre nos halla en El.

Entonces ¿por qué no nos abandonamos con toda confianza a esta voluntad todopoderosa, que es el mismo amor, y que no solamente ha señalado las leyes de nuestra perfección, sino que es su mismo principio y fuente? La gracia previene, acompaña y corona todos los actos que nosotros realizamos. Porque, dice el Apóstol: "Todo lo puedo en aquel que me conforta": *OMNIA possum in eo qui me confortat*. Este *qui me confortat* significa que el abandono no consiste en no hacer nada; guardémonos de esta "falsa quietud" de este "farniente", honrado falsamente, de esta "pasividad mística". "Por la gracia de Dios soy

lo que soy, añade aún el Apóstol, pero esta gracia no ha sido estéril en mí". La gracia obra poderosamente, ella conduce al más alto grado de santidad, pero esto tan sólo allí donde no halla obstáculos a su acción y hace obrar; el Espíritu de Dios obra poderosamente, pero sólo allí donde no ha sido contrariado, "contristado", según expresión de San Pablo, allí donde las fuerzas creadas se le entregan. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 503-505.

Voluntad de Dios manifestada

El abandono es, en principio, la consagración de todo mi ser, en la fe y el amor, a la voluntad de Dios. En realidad, la voluntad de Dios no se distingue de El mismo; es Dios intimándonos sus deseos; es tan santa, tan poderosa, tan adorable, tan inmutable como Dios mismo.

Respecto a nosotros, esta voluntad es, en parte, manifiesta, y en parte, desconocida.

La voluntad de Dios se revela, se nos manifiesta a nosotros por Cristo. "Escuchadle": *Ipsium audite*; es la palabra del Padre enviándonos a su Hijo. Por su parte, Nuestro Señor nos dice que "nos ha dado a conocer todo cuanto su Padre le había encargado revelar": *Omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis*. Esposa de Cristo, la Iglesia ha recibido el depósito de estas revelaciones, de estos preceptos, a los cuales deben añadirse para las almas religiosas la voz de los superiores, las prescripciones de la Regla: otras tantas manifestaciones de la voluntad divina.

¿Cuál debe ser la actitud de un alma amante frente a esta voluntad?

El alma debe sentirse fuego y llama para cumplirla. Todas las energías de nuestro ser deben emplearse con fidelidad y constancia en realizar esta voluntad. Nosotros debemos decir de las intenciones divinas aquello que decía de ellas Jesucristo, nuestro modelo soberano: "Ni una til-

de, ni una letra de la ley quedará sin cumplirse”: *Iota unum aut unus apex non praeteribit a lege*; no quiero dejar pasar nada de lo que Dios me pide; quiero hacer todo lo que le sea agradable. Cuanto más intimidad tenemos con alguien, tanto más cuidado ponemos en no desagradarle; con respecto a Dios, nuestra fidelidad debe ser absoluta: “Siempre hago lo que le es agradable”: *Quae placita sunt ei, facio SEMPER*. Tal debe ser la pasión de un alma que busque únicamente a Dios: “sus ojos, como dice el salmista, siempre están fijos en el Señor”: *Oculi mei SEMPER ad Dominum*, para espiar su voluntad y ejecutarla.

El amor sirve de medida a este abandono, y cuanto más profundo, intenso, activo es el amor, tanto más completo y absoluto hace al abandono. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 509-510.

Voluntad de Dios escondida

El alma que ama no se adhiere solamente a la voluntad de Dios manifestada; se entrega también, y sobre todo a la voluntad de Dios escondida: ésta abarca nuestra existencia natural y nuestra vida sobrenatural, lo mismo en su conjunto que en su detalle. El estado de salud o de enfermedad, los acontecimientos en que nos veamos complicados, el éxito o el fracaso de nuestros trabajos, la hora y circunstancias de nuestra muerte; el grado de nuestra santidad, los medios muy particulares de que Dios quiere servirse para conducirnos a ella; tantas cosas que ignoramos, que Dios nos quiere tener escondidas.

Frente a esta voluntad de Dios, nuestra actitud será el abandono, entregarnos a Dios, poner en sus manos nuestra personalidad, nuestro parecer, para aceptar el suyo con toda humildad; tal será nuestro programa. En esta materia, la verdadera sabiduría consiste en no tener

ninguna y confiarse enteramente a la palabra infalible, a la sabiduría eterna y a la inefable ternura de un Dios que nos ama.

Dios me oculta al presente algunas de sus voluntades: yo debo hallar acertado el que me las oculte, sin preocuparme del por qué. No sé si viviré mucho tiempo o si moriré pronto; si conservaré la salud, o la enfermedad me abatirá; si conservaré mis facultades, o si se me apagarán mucho antes de mi muerte; no sé si Dios me conducirá a El por tal camino particular o por tal otro. Sobre todos estos dominios, Dios no cede en absoluto su señorío; conserva su derecho soberano de disponer, lo mismo de mi existencia natural que de mi perfección sobrenatural, como mejor le parece, pues es el alpha y el omega de todas las cosas.

Y yo ¿qué debo hacer? Abismarme en la adoración. Adorar a Dios como principio, como sabiduría, como justicia, como bondad infinita; echarme en su brazos, como niño en brazos de su madre, dejándose llevar por todos los movimientos que a ella le place. ¿Tendríais miedo de echaros en brazos de vuestra madre? Sin duda que no, porque ¿qué madre, a menos de ser un monstruo, ha hecho jamás traición a la confianza de su hijo? Ahora bien, ¿de dónde ha sacado la madre su ternura, su bondad, su amor? De Dios, o quizás sea mejor decir, que las virtudes de la madre no son sino pálidos reflejos de las perfecciones de bondad, de amor, de ternura que hay en Dios. ¿No se ha comparado El mismo a una madre? "Si una madre puede olvidarse de su hijo, yo no me olvidaré." Sea que esta voluntad divina me conduzca por anchos caminos sembrados de rosas, o que me arrastre por senderos pedregosos, erizados de espinas que lastimen mis carnes, será siempre la voluntad adorable y llena de amor de Dios, de mi Dios.

Mas "yo sé" que esta voluntad quiere mi santidad, que trabaja para lograrlo, y siempre, y poderosamente, y guiada por el amor: Además de los medios que Dios ha

establecido oficialmente para conducirme a la perfección, como son los sacramentos, la oración, el ejercicio de las virtudes, el Señor posee mil medios particulares para realizar poco a poco en mí la forma especial de santidad que quiere ver en mi alma. En este dominio escondido, lo interesante para mí será abandonarme enteramente a su acción, dejarme conducir con fe, con confianza, con amor. Todo cuanto viene de Dios: alegrías y penas, luz y tinieblas, consuelos y sequedades, me es saludable, porque "todo coopera al bien de aquellos a quienes Dios llama a la santidad". — Eso es lo que decía Nuestro Señor a su fiel sierva, santa Gertrudis: "Haz un acto de abandono a mi beneplacito, dejándome en plena posesión de todo lo que te atañe, con aquel espíritu de obediencia que me dictó esta plegaria: "Padre, no se haga mi voluntad, sino la vuestra." Está decidida a recibir la adversidad o la prosperidad de manos de mi amor, que te lo envía para tu salvación. Une, en todas las cosas, tus sentimientos a los de mi Corazón. Es mi amor quien te concede días de expansión y de alegría, para condescender a tu flaqueza, y para que levantes tus ojos y esperanzas al cielo; acoge estas alegrías con agradecimiento y une tu agradecimiento a mi amor. Es también mi amor quien te da días de pesar y tristeza, para hacerte adquirir tesoros eternos; acéptalos uniendo tu resignación a mi amor. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 511-514.

Cuando un alma se entrega *enteramente* por amor, con los ojos cerrados, a ser guiada por la Sabiduría, Omnipotencia y Amor, es decir por Dios, *todo* coopera a su bien: *His qui diligunt Deum omnia cooperantur in bonum*: "Todo coopera al bien de los que aman a Dios." Jesús nos asegura que el amor del Padre es tan tierno, tan cuidadoso, que ni un solo cabello de nuestra cabeza cae sin su consentimiento.

Cuando uno se entrega enteramente a la dirección divina, todos los acontecimientos cooperan en bien suyo. Santa Catalina de Sena, por su gusto, hubiera quedado toda su vida sola en su celda, mas Nuestro Señor la quería en medio de las muchedumbres, de los ejércitos, en relación con los papas; y, como en todo esto no hacía sino obedecer al llamamiento divino, Nuestro Señor la mantenía muy cerquita de Sí.

Dios tendrá cuidado de vos según la medida exacta en que vos os echéis con todas vuestras preocupaciones en el seno de su Amor paternal y de su Providencia.

Abandonaos ciegamente en manos de este Padre celestial, que os ama *mejor y más* que os amáis vos misma.

Abandonaos ciegamente al amor; él cuidará de vos a pesar de todas las dificultades. Nada honra tanto a Dios como esta entrega de sí en sus manos. — *Cartas de dirección*, pp. 159, 162.

La mejor forma de mortificación es el aceptar de todo corazón, a pesar de nuestra repugnancia, todo cuanto Dios envía o permite, bueno o malo, la alegría y el sufrimiento. Yo procuro hacerlo así. Procuremos hacerlo juntos ayudándonos el uno al otro para llegar a este abandono absoluto en manos de Dios. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 464.

En la sumisión absoluta a la voluntad de Dios hallo yo un gran remedio en la tribulación, y cuando considero que, en realidad, la voluntad de Dios es Dios mismo, veo que esta sumisión no es sino la suprema adoración que debemos a Dios, sea cual sea la manera en que ella se manifieste.

Una vez se ha comprendido que la voluntad de Dios es la misma cosa que Dios mismo, se ve que debe preferirse esta adorable voluntad a toda otra cosa, y aceptarla en lo que ella hace, en lo que ella ordena, en lo que ella *permite*, como única norma de la nuestra. Tener los ojos fijos en esta santa voluntad, y no en las cosas que nos apenan o turban. — *Ibid.*, pp. 95, 170.

El abandono es un acto de fe

¿No es creer en la palabra de Dios, el confiarse a El?, ¿estar seguros de que escuchándole llegaremos a la santidad, de que abandonándonos a El, nos conducirá a la felicidad? Esta fe es cómoda y fácil, cuando no se halla dificultad ninguna, cuando se anda con luz y consolación; es un caso parecido un poco al de los que leen la narración de las expediciones al Polo Norte, cómodamente sentados cerca del hogar. Mas, cuando uno está atacado por la tentación, con sufrimientos, con pruebas, con aridez de corazón, en tinieblas de espíritu, entonces se necesita, para abandonarse a Dios, para permanecer firmemente unidos a su voluntad santa, una fe fuerte en su palabra. Cuanto más difícil es el ejercicio de esta fe, tanto más agradable será para Dios el homenaje que de El se deriva. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 521.

Si sabemos escuchar al Señor, que nos dice: "Yo, que conozco los secretos divinos; Yo, que veo todo lo que mi Padre hace, Yo os digo que no cae ni un solo cabello de vuestra cabeza sin el permiso de vuestro Padre celestial. Salomón, en todo el esplendor de su gloria, no iba revestido con esplendor comparable al de los lirios de los campos. Las aves del cielo no siembran, ni siegan, y vuestro Padre no las deja sin alimento. Y vosotros, con vuestras almas inmortales, que han costado el precio de mi Sangre, ¿creeréis que el Padre no se preocupa de vosotros? *Modicae fidei*, hombres de poca fe, ¿qué teméis? Todos los sufrimientos, todas las humillaciones, las contrariedades que os pueden abatir, vienen de manos de vuestro Padre, que sabe lo que os es más útil. El, El sabe por qué caminos, por qué rodeos os conducirá a la bienaventuranza; El sabe la forma y medida de vuestra predestinación; entregaos a El, porque es un Padre lleno de bondad y sabiduría, que quiere conducirnos a la unión más íntima consigo."

No nos espantemos, pues, jamás de los sufrimientos, humillaciones, tentaciones, desolaciones que nos abrumen; procuremos “aguantar a Dios”: *Sustine Dominum*, es decir, aceptarlo todo, absolutamente todo lo que El quiera de nosotros. “El Padre es el viñador que poda la viña, ha dicho el mismo Cristo, para que produzca más frutos; quiere ensanchar nuestra capacidad; quiere hacernos comprobar nuestra flaqueza, nuestra insuficiencia, a fin de que, convencidos de nuestra impotencia para rogar, para trabajar, para avanzar, pongamos toda nuestra confianza en El. Mantengámonos solamente, dóciles, generosos, fieles: *Viriliter age*: “Ten ánimo y que tu corazón sea fuerte” (1), llegará el momento en que, habiendo producido en nosotros el vacío de nosotros mismos, “Dios nos colmará de toda su propia plenitud”: *Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei*. — *Jesucristo, ideal del monje*, páginas 515-516.

Nosotros somos miembros de Jesucristo, y de tal manera *unidos* a El, de tal forma *solidarios* con El, que todas nuestras penas, todas nuestras languideces, nuestros pesares, nuestras pruebas de cuerpo, alma y corazón son *asumidas* por El y claman sin cesar misericordia ante el Padre. Es a su Hijo, a su Hijo muy amado, a quien ve en nosotros, y su misericordia nos inunda sin cesar de gracias para nosotros y para los demás. Decid del fondo de vuestro corazón: *Nos credidimus caritati Dei*: “Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en este amor.” Yo creo en el amor de Jesús a mí, amor tan grande, que sus sufrimientos y sus méritos se vuelven míos. ¡Oh, que ricos somos en El! — *Cartas de dirección*, p. 150.

El buen Dios me sostiene. A pesar de grandes tentaciones y de pruebas interiores, estoy muy unido a su santa voluntad. A veces, parece me quiere rechazar, y bien lo merezco, pero me obstino en esperar en El.. Veo que el

(1) La advertencia que hicimos anteriormente, página 119, al tratar de la paciencia, acto de la virtud de fortaleza, se aplica con más razón al abandono.

verdadero camino para ir a Dios es postrarse con frecuencia ante El con profundo sentimiento de nuestra indignidad, y después, *creyendo* en su bondad: *nos credidimus caritati Dei*, arrojarse entre su brazos sobre su corazón de Padre. — *Un maestro de la vida espiritual*, página 443.

El abandono, acto de esperanza

Algunas veces, nos puede parecer que Dios no cumple sus promesas, que nos hemos equivocado confiándonos a El; sepamos, sin embargo, esperar con mucha paciencia. Digamos al Señor: "Dios mío, yo no veo adónde me conducís, mas estoy seguro de que si no me alejo de Vos, que si yo continúo siendo generosamente fiel a todo lo que me pedís, tendréis cuidado de mi alma y de mi perfección. Así, aunque pase entre sombras de muerte, aunque todo me parezca perdido no quiero temer nada, porque Vos estáis conmigo, y Vos sois fiel". Acto admirable, heroico, de confianza en Dios, sugerido por el espíritu de abandono; acto que glorifica la omnipotencia de Dios y arranca de El, por decirlo así, las mejores gracias. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 522.

Cuando Dios quiere unirse estrechamente a un alma, la hace pasar por muchas pruebas. Mas, si esta alma se entrega sin reserva en sus manos, todo lo arregla para su mayor bien, según la palabra de San Pablo: "Para los que aman a Dios, todo contribuye a su bien." La gloria de Dios pide que esperemos en El en las circunstancias difíciles. Esperar en Dios, descansar en sus brazos, cuando todo nos sale bien, no demuestra mucha virtud, y da poca gloria a Aquel a quien gusta ser servido en la fe y *contra toda esperanza humana*. Pero estar plenamente convencidos de que Dios no nos abandonará jamás, a pesar de las dificultades, aunque parezcan invencibles, de que su Sabiduría, su Amor y su Poder sabrán abrirse camino,

aquí está la verdadera virtud. — *Cartas de dirección*, páginas 170-171.

Cuando Dios nos descubre el abismo de nuestra miseria, se necesita toda la fuerza del Espíritu Santo, toda nuestra confianza en el amor de nuestro Padre celestial, toda nuestra fe en la Sangre de Jesucristo para no quedar aplastados por el peso de nuestra flaqueza. Y por tanto, lo que da gloria a Dios es que, con pleno conocimiento de nuestra miseria, nos obstinamos en esperar en su amor. — *Ibid.*, p. 132.

Para vos, no habrá jamás paz sino en el *abandono* completo de vos misma en manos de vuestro Padre celestial. Conviene insistir en este punto, porque Nuestro Señor exige de vos este testimonio de vuestra confianza y de vuestro amor. Siempre, pues, que os sintáis turbada, desconfiada, conviene procuréis suavemente, por la oración y unión con Jesús, conducir vuestra voluntad a esta *sumisión absoluta*, a este abandono completo de vos misma, de vuestro porvenir, de todo, en manos de Dios. — *Ibid.*, p. 161.

Habiéndolo dejado todo por Dios, no debéis esperar ni gozo ni satisfacción hasta que estéis con El por siempre. Dios os da *tantas* pruebas de ternura y solicitud paternales, que debéis corresponderle con un abandono completo. Nada honra tanto a Dios como esta entrega de sí mismo en sus manos. — *Cartas de dirección*, p. 162.

Cuando uno se entrega todo entero a Nuestro Señor, le hace una gran injuria turbándose por cualquier cosa. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 177.

El abandono, acto de amor

El amor que el abandono supone es tan grande, que honra perfectamente a Dios. Equivale a esta declaración: "Yo os amo tanto, oh Dios mío, que no quiero sino a Vos; sólo quiero conocer y cumplir vuestra voluntad; yo pongo

mi voluntad en la vuestra, sólo quiero ser dirigido por Vos; yo os dejo toda iniciativa en la guía de mi vida; incluso si me dejáis escoger entre vuestras gracias, me dejáis la libertad de arreglar las cosas a mi gusto, yo os diría: No, Señor, prefiero entregarme completamente a Vos; disponed de mí completamente en las vicisitudes de mi vida natural, en las etapas de mi peregrinación hacia Vos; disponed de mí según os plazca, a gloria vuestra. No deseo otra cosa, sino que todo en mí os esté plenamente sometido, y esto, cualquiera que sea vuestra voluntad, bien me conduzca por un camino sembrado de flores, bien me haga pasar por los sufrimientos y las tinieblas." Tal lenguaje es la traducción del amor perfecto; así el espíritu de abandono que se basa en tales disposiciones de amor y complacencia y hace de ellas la norma de nuestra conducta, es a la vez fuente de un homenaje continuo de todos nosotros a la sabiduría y poder de Dios. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 523-524.

El abandono es una de las formas más puras y más absolutas del amor; se coloca en la cumbre del amor; es el amor entregando a Dios, sin reserva, todo nuestro ser con todas sus energías y toda su actividad, a fin de que seamos para Dios verdadero holocausto. Así es como este abandono conduce el alma a la santidad. ¿Qué es, en efecto, la santidad? Es, en substancia, la conformidad de todo nuestro ser a Dios; es el *amen* pronunciado por todo el ser y sus facultades a todos los derechos de Dios; es el *fiat* lleno de amor, con el cual la criatura entera responde sin cesar y sin desfallecimiento a toda voluntad divina; y lo que nos hace decir este *amen*, lo que nos hace pronunciar este *fiat*, lo que entrega, en oblación perfecta, el ser a Dios, es el espíritu de abandono, espíritu que resume a la vez la fe, la confianza y el amor. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 499-500.

Abandono total y sincero

Lo que da simplicidad y paz a nuestra vida, es el abandono sincero y completo de sí a Dios, por su gloria. Abandonarse es dar a Dios todo cuanto somos y todo cuanto tenemos, para ser *algo suyo*, de lo que puede disponer a su gusto.

Jesús dice: "Padre, *todo* cuanto tengo es tuyo", y el Padre le ha cogido la palabra, y le ha entregado a sufrimientos inauditos. Muchos hablan de abandono, pero pocos guardan fidelidad a Dios. Se entregan a Dios para ser su propiedad, mas así que Dios empieza a disponer de esta propiedad para su gloria y según los designios de su Sabiduría, claman, murmuran, demuestran que su abandono no era sincero, sólo eran palabras.

Cada vez veo mejor que lo que Jesucristo desea de vos es que os abandonéis sin reserva a su voluntad y a su amor. No os reservéis nada, ni pongáis condición. Pues Jesús no se da enteramente sino a los que se le dan sin regateos.

Mas, hija mía, no os hagáis ilusiones, es mucho más fácil *decir* a Nuestro Señor: "Yo me entrego a Vos sin reserva", que hacerlo de veras. Son muy pocos los que le aman *por Sí mismo*. La mayor parte se aman más a sí mismos que a Jesús, pues basta que les imponga alguna cosa que estorbe sus cosas o que contrarie sus gustos, para que no quieran saber más de El. Considerad como un gran mal, una gran falta (1) el decir a Nuestro Señor: "Señor, yo sé que deseáis esto de mí; sé que os sería más agradable que yo hiciese tal cosa, pero yo no puedo consentirlo." Porque, cuando uno se permite decir un "no" a Nuestro

(1) Es evidente que Dom Marmion no quiere decir que esta "falta", este "mal" sea mortal (excepto si se tratase de un precepto grave); quiere decir, como lo indica el contexto, que tal negativa *plena-mente* deliberada, incluso en materia leve, constituye un acto que deshace esta "perfecta comprensión", de la cual deriva "la verdadera unión".

Señor, comerciar con El, esta inteligencia perfecta, este abandono mutuo que constituye la verdadera unión, resultan imposibles. — *Cartas de dirección*, pp. 163, 90.

Las almas a quienes Dios destina para una unión íntima con El no deben poner reserva ninguna a su *abandono*. Conviene arrojarse en sus brazos, con los ojos cerrados. Conviene que se haga un acto de abandono completo; darse a El, de una vez, sin reserva. Se debe considerar esta condición como esencial. Yo comprendo que tal o tal cosa os haga sufrir, pero todo ésto es accidental. Lo esencial es que vos seáis de Dios. Consideraos como *cosa* de Dios, y no os retractéis jamás. Cuando hayáis comulgado, decid a Nuestro Señor que vos aceptáis, como El, toda la voluntad de su Padre; decid al Padre que Vos queréis ser suyo, como lo es el Verbo que poseéis. — *Ibíd.*, página 158.

Cuanto más contemplo a Dios con los ojos de Jesús que vive en mi corazón, tanto más claramente veo que nada puede ser tan elevado, tan *divino*, como el entregarse *totalmente* a Dios. No hay duda de que el Creador tiene derecho a disponer de la criatura que ha sacado de la nada, no hay duda, de que, en su Sabiduría infinita, sabe lo que mejor podemos hacer para realizar sus designios; no hay duda de que su Amor sin límites es el lugar de descanso más seguro para nuestra ceguera y nuestra debilidad. — *Cartas de dirección*, p. 166

El abandono en la prueba

Es sobre todo en los días de tedio, de enfermedad, de impaciencia, de tentación, de aridez espiritual, de prueba, en las horas de angustias, a veces terribles, que oprimen a un alma, cuando el abandono de esta es agradable a Dios.

Hay una serie de sufrimientos, humillaciones, penas, que Dios ha previsto para los miembros del cuerpo mis-

tico de Cristo "a fin de completar lo que falta a la Pasión de sú Hijo." No lograremos una unión perfecta con Cristo Jesús. si no es aceptando esta parte del cáliz que Nuestro Señor quiere darnos a beber con El y cerca de El: *Si quis vult pos me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me*: "Si alguien quiere venir en pos de Mí, que se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga." Nuestro Señor sabía todo cuanto había de hallar en el camino que su Padre iba a hacerle recorrer; ¿dudó El en aceptar la voluntad divina? ¿Se negó a cumplirla? No, la aceptó: "Heme aquí, oh Padre, Yo he puesto en mi corazón esta ley del sufrimiento y la acepto por amor a Vos." Cristo, Verbo de Dios, Sabiduría eterna ha previsto también la parte que deberíamos tener en su Pasión. ¿Qué mejor que entregarnos con El a nuestro Padre, para aceptar esta participación en los sufrimientos y humillaciones de su Hijo Jesús? "Oh Padre, yo acepto todas las penas, todas las humillaciones, todos los sufrimientos que os plazca enviarme, todas las equivocaciones a las que os guste someterme, todas las obediencias costosas que os pluguiere imponerme; y todo esto, por amor a Vos, en unión con vuestro amado Hijo."

Si pudiéramos mantenernos siempre en estas disposiciones interiores y no pararnos en estas causas segundas, no preguntarnos con murmuración en las contradicciones y contrariedades: ¿Por qué sucede esto? ¿Por qué se obra conmigo de tal forma?, antes elevarnos a esta voluntad divina que lo permite todo, y sin el consentimiento de la cual nada acontece; si pudiéramos siempre mirar por encima de las criaturas, "con los corazones en lo alto", *sursum corda*, para ver solamente a Dios, abandonarnos a El, viviríamos constantemente en paz. Una gran monja, la bienaventurada Bonomo, escribía a su padre en una época en que ella era blanco de vivas persecuciones de parte de un confesor poco ilustrado: "Yo digo al Señor: todo es vuestro, yo no quiero turbarme: *Fiat voluntas*

tua in aeternum: "Que vuestra voluntad se cumpla eternamente." Lo dejo pasar todo, como pasa el agua que vuelve a la mar, si las cosas son de Dios, las devuelvo 'acto seguido a Dios; y yo vivo en la paz; si soy tentada, me entrego a Dios y espero su ayuda y su luz; y así todo va bien. Vuestra Señoría no se apene por mí, aun si oyera decir que estoy enferma y con angustias; pues yo no sé lo que es turbación, porque todo es amor, y yo sólo temo una cosa: morir sin sufrir." — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 514-515.

Nada hay más perfecto y más agradable a Dios que el abandonarse sin reserva a su beneplácito, incluso y, sobre todo, cuando este beneplácito coloca la cruz sobre nuestras espaldas. Dios gusta de escoger lo que es débil y pequeño para realizar sus obras, a fin de que *todo* sea *divino*.

Tengamos siempre fijas nuestras miradas en la faz (= beneplácito) del Padre por los ojos de Jesucristo: *Quaerite faciem ejus semper*: "Buscad siempre la faz de Dios." — *Cartas de dirección*, páginas 5-7.

C. — MEDIOS PARA PRODUCIR EN NOSOTROS LAS DISPOSICIONES INTERNAS

1. — La mirada en Cristo doliente

EL alma de Nuestro Señor posee todas las virtudes, mas la ocasión de manifestarlas, fué sobre todo en su Pasión. Su amor inmenso hacia su Padre, su caridad para con los hombres, el odio al pecado, el perdón de las injurias, la paciencia, la suavidad, la fuerza, la obediencia a la autoridad legítima, la compasión, todas estas virtudes brillan de una forma heroica en estos días dolorosos.

Cuando contemplamos a Jesús en su Pasión, vemos al ejemplar de nuestra vida, al modelo, — admirable, pero accesible a la vez — de estas virtudes de compunción, de abnegación, de paciencia, de resignación, de abandono, de caridad, de suavidad que debemos practicar para llegar a ser semejantes a nuestro Jefe divino.

Además, cuando fijamos nuestra mirada en los sufrimientos de Jesús, el nos da, en proporción a nuestra fe, la gracia de practicar las virtudes que El ha revelado en esas horas santas. Y eso, ¿cómo?

Cuando Cristo vivía en la tierra, “una fuerza omnipotente emanaba de su divina persona, que curaba los cuerpos”, iluminaba los espíritus y vivificaba las almas: *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.*

Algo parecido sucede, cuando por la fe nos ponemos en contacto con Jesús. A aquellos que con amor le seguían

en el camino del Gólgota o asistían a su inmolación, sin duda les concedió Cristo gracias especiales. Aún ahora conserva El este poder; y, cuando en espíritu de fe, para compadecerse de su sufrimientos e imitarle, le seguimos del pretorio al Calvario, y permanecemos al pie de su cruz, nos da estas mismas gracias, nos hace participantes de los mismos favores. — *Jesucristo en sus misterios*, páginas 300-301.

No me cansaría de repetiros cuán eminentemente útil es para vuestras almas el permanecer unidas a Nuestro Señor por la mirada de la fe.

Nuestro Señor ha dicho: "Cuando sea levantado de la tierra, todo lo atraeré hacia Mí." Puesto que nos ha merecido toda clase de gracias por el sacrificio de su cruz, Jesucristo se ha convertido para nosotros en fuente de toda luz y de toda fuerza. — Y por ésto la mirada humilde y amorosa del alma sobre la santa humanidad de Jesús es tan fecunda y tan eficaz.

Nunca pensaremos bastante en el poder de santificación que posee la humanidad de Cristo, incluso aparte de los sacramentos.

El medio de ponernos en contacto con Cristo, es la mirada llena de fe en su divinidad, en su omnipotencia, en el valor infinito de sus satisfacciones, en la inextinguible eficacia de sus méritos. — En uno de sus sermones a los fieles de Hipona, se pregunta San Agustín cómo podemos "tocar a Cristo", que ha subido ya a los cielos. *In caelo sedentem quis mortalium potest tangere?* Y responde: Por la fe; toca a Cristo, el que cree en El. *Sed ille tactus fidem significat; tangit Christum qui credit in Christum.* Y el santo Doctor recuerda la fe de aquella mujer que tocó a Jesús para obtener su curación: *Fide tetigit et sanitas subsecuta est.* Hay, dice él, muchos hombres carnales que sólo han visto en Cristo a un hombre, y nada han comprendido de la divinidad velada por su humanidad. No han sabido tocar, porque su fe no era lo

que hubiera debido ser. ¿Queréis tocar con provecho a Jesucristo? Creed en su divinidad que, como Verbo, comparte con el Padre desde toda la eternidad. *Vis bene tangere? Intellige Christum ubi est Patri coaeternus, et tetigisti.*

¿Por qué, pues, dudar de que cuando nos acercamos a El, incluso fuera de los sacramentos, *por la fe*, con humildad y confianza, una fuerza divina emana de El para iluminarnos, fortalecernos, ayudarnos, socorrernos? Jamás alguien se ha acercado con fe a Jesucristo sin haber sido alcanzado por los rayos bienhechores que salen sin cesar de este foco de luz y calor: *Virtus de Illo exibat... Salía de El una virtud que los curaba a todos.*

Jesucristo, que vive siempre, *semper vivens*, cuya humanidad permanece indisolublemente unida al Verbo divino, se convierte así para nosotros — y esto según la medida de nuestra fe, de la viveza de nuestro deseo de imitarle — en luz y fuente de vida; y poco a poco, si somos fieles en contemplarle de esta forma, imprimirá en nosotros su semejanza, revelándonos más íntimamente, haciéndonos participar de los sentimientos de su divino Corazón, dándonos fuerza, para poner nuestra conducta de acuerdo con sus sentimientos. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 96-99.

Si contempláis con fe, con piedad, los sufrimientos de Cristo Jesús, tendréis la revelación del amor y de la justicia de Dios; reconoceréis, más que por todos los razonamientos, la malicia del pecado. Esta contemplación es como un sacramental que hace participar al alma de esta tristeza divina que inundó el alma de Jesús en el huerto de los olivos, de sus sentimientos de religión, del celo y del abandono a la voluntad de su Padre.

En la noche de la Pasión, Pedro, el príncipe de los Apóstoles, al cual Cristo había revelado su gloria en el Tabor, que acababa de recibir de manos de Jesús la Santa Comunión, Pedro, a la voz de una criada, niega a su Maestro. Muy pronto la mirada de Jesús, abandonado al

capricho de sus enemigos mortales, se cruza con la de Pedro. El apóstol comprende, sale, y lágrimas muy amargas saltan de sus ojos: *Flevit amare*.

Algo semejante sucede con el alma que contempla los sufrimientos de Jesús con fe: ella también ha seguido a Jesús, con Pedro, en la noche de la Pasión; también ella cruza su mirada con la del divino crucificado, y eso es para ella una verdadera gracia. Acomodémonos con frecuencia, al practicar el *Via Crucis*, al paso de Cristo paciente. "Mira, nos dirá Jesús, lo que Yo he sufrido por tí: yo he reportado una agonía de tres horas, he sufrido el abandono de mis discípulos, los esputos en mi cara, los falsos testigos, la cobardía de Pilatos y la burla de Herodes, el peso de la cruz bajo la cual Yo he caído, la desnudez de patíbulo, los amargos sarcasmos de mis más mortales enemigos, la sed que han querido mitigar con hiel y vinagre, y, por encima de todo esto, el abandono de mi Padre. Por ti, por amor a ti, para expiar tus faltas y pecados, lo he soportado todo; con mi Sangre lo he pagado todo; he pasado por las terribles exigencias de la justicia, para que se use contigo de misericordia." ¿Podríamos quedar insensibles a estas evocaciones? La mirada de Jesús en la Cruz penetra hasta el fondo de nuestra alma y la mueve a arrepentimiento, porque hace que comprenda que el pecado es la causa de todos estos sufrimientos. Entonces nuestro corazón se duele de haber realmente contribuido a la divina Pasión. Cuando Dios ilumina así a un alma en la oración, le otorga una de las mejores gracias que darse pueden (1).

Por otra parte, este arrepentimiento está lleno de amor y de confianza. Porque el alma no cae desesperada

(1) La lectura de la Pasión de Jesús es particularmente eficaz para conmover a un alma. Entre las obras más a propósito para acompañar esta lectura, indicamos la de Dom E. Vandeur, *Jésus, quand se fait lourde notre croix*. Son meditaciones sobre el texto de la Pasión según San Juan, meditaciones llenas de piedad muy fervorosa y que termina con una plegaria.

bajo el peso de sus faltas; la compunción va acompañada de unción y consuelo; la idea de la redención le evita la vergüenza y pesar, que podría degenerar en desaliento. ¿No ha pagado Jesús muy sobreabundantemente nuestro perdón? *Et copiosa apud eum redemptio*. La vista de sus sufrimientos, a la vez que hace nacer la contricción, aviva en nosotros la esperanza en el valor infinito de la satisfacción divina y nos da una paz inefable: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima* — *Jesucristo, ideal del monje*, páginas 224-226.

Cuando consideramos los sufrimientos de Jesús, ¿cuál de sus perfecciones vemos brillar más particularmente? — El amor.

El amor ha realizado la encarnación: *Propter nos... descendit de caelis, et incarnatus est*; es el amor quien ha hecho que Cristo naciera en carne pasible y mortal, quien le ha inspirado la obscuridad de la vida oculta y alimentado el celo de la vida pública. Si Jesús se entrega por nosotros a la muerte, es porque cede “al exceso de un amor sin límites”; si resucita, es “para nuestra justificación”; si sube a los cielos, es “para, como precursor, prepararnos lugar” en su mansión beatífica.

Es preciso que nuestra fe en este amor de Cristo Jesús sea vivo y constante. ¿Y por qué? Porque es uno de los más sólidos apoyos de nuestra fidelidad.

Considerad a San Pablo: jamás hombre alguno ha trabajado ni se ha gastado tanto como él por Cristo. Un día en que sus enemigos atacan la legitimidad de su misión, se ve obligado, para defenderse, a dibujar él mismo el cuadro de sus obras, de sus trabajos y de sus sufrimientos. Sin duda, conocéis ya este cuadro tan vivo, pero siempre es agradable releer esta página, única en los anales del apostolado. “Con frecuencia, dice el gran Apóstol, he visto la muerte de cerca; cinco veces he pasado por el suplicio de la flagelación; tres veces he sido apaleado, una vez apedreado; tres veces he naufragado; una noche y un día

pasé en el fondo del mar. Y mis innumerables viajes, llenos de peligros, peligros en los ríos, peligros por parte de los malvados, peligros de mis correligionarios, de parte de los infieles; peligros en las ciudades, en los desiertos, en los mares; mis trabajos, mis sufrimientos, mis desvelos tan prolongados; los tormentos de hambre y sed, muchos ayunos, el frío y la desnudez; y, sin hablar de otras mil cosas, recordaré mis preocupaciones diarias, la solicitud por todas las iglesias por mí fundadas. Por eso se aplica las palabras del salmista: "Por tu amor, oh Señor, hemos sido entregados a la muerte, se nos considera como ovejas destinadas a la muerte..." Y como consecuencia, ¿qué añade él enseguida? "Mas, en todas estas vicisitudes, somos más que vencedores": *Sed in his omnibus superamus*. Y, ¿dónde halla él el secreto de esta victoria? Preguntadle, ¿por qué lo soporta todo, incluso, "el hastío de la vida"; por qué en todas sus pruebas permanece tan inquebrantablemente unido a Cristo, que "ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni el hambre, ni la espada pueden separarle de Jesús? El os responderá: *Propter eum, qui dilexit nos*: "por aquel que nos amó". Lo que le sostiene; fortifica, anima, estimula, es la convicción profunda del amor que Cristo le tiene: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*.

Y, en efecto, el sentimiento que despierta en él esta fervorosa convicción es "que no quiere vivir para sí" — que ha blasfemado el nombre de Dios y perseguido a los cristianos — "sino para Aquel que le ha amado hasta dar su vida por él". *Caritas Christi urget nos...* "El amor de Cristo nos obliga", exclama: Por esto yo me entregaré por El, me prodigaré muy a gusto, sin reserva, sin medida"; me consumiré por las almas que son su conquista: *Libentissime impendam et superimpendar!*

Esta convicción de que Cristo da verdaderamente la razón de toda la obra del gran Apóstol.

Nada estimula tanto al amor, como el saberse y sen-

tirse amado. "Cuántas veces pensemos en Jesucristo, dice Santa Teresa, recordemos el amor con que nos ha colmado de sus beneficios. El amor llama al amor." — *Jesucristo, en sus misterios*, pp. 406-408.

Durante su vida mortal, Jesús decía a los judíos, y nos lo repite ahora a nosotros: *Ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*: "Cuando sea levantado en la cruz, mi poder será tal que yo podré atraer a Mí a todos los que tienen fe en Mí." Todos los que en el desierto, miraban la serpiente de bronce levantada por Moisés eran curados de las heridas con que habían sido atacados por causa de sus pecados; así, todos los que me contemplan con fe y amor merecen ser atraídos por Mí y yo los levantaré hasta el cielo. Yo, que soy Dios, he consentido por amor a vosotros, ser clavado en una cruz, "como un maldito"; en pago de esta humillación, tengo el poder de atraeros, purificaros, adornaros con mi gracia, de elevaros al cielo, donde yo me hallo ahora. Yo vine del cielo; Yo he vuelto a subir, después de haber ofrecido mi sacrificio; tengo el poder de hacer que entréis conmigo, pues en esto soy vuestro precursor; tengo la potestad de unirlos a Mí de una forma tan íntima "que nadie puede arrancar de mis manos a aquellos que mi Padre me ha dado", y a los que he rescatado con mi preciosa Sangre. *Et ego vitam aeternam do eis; et non peribunt in aeternum, et non rapiet eas quisquam de manu mea*.

"Levantado de la tierra, todo lo atraeré a Mí." Pensemos en esta promesa infalible de nuestro pontífice supremo, cuando contemplamos el crucifijo; esa es la fuente de la confianza más absoluta. "Si ha muerto por nosotros, cuando éramos sus enemigos" ¿qué gracias de perdón y de santificación puede rehusarnos, ahora que detestamos el pecado, busquemos desprendernos de la criatura y de nosotros mismos, para no agradar sino a El?

¡Oh Padre, atraedme al Hijo!... ¡Oh Cristo Jesús, Hijo de Dios, atraedme todo a Vos!... — *Jesucristo, en sus misterios*, pp. 289-290.

2. — La Oración

Si ante el sufrimiento nuestra naturaleza experimenta alguna repugnancia, pidamos al Señor nos conceda la fuerza de imitarle siguiéndole hasta el Calvario.

Según el hermoso pensamiento de San Agustín, Cristo inocente, como médico compaciente, ha guardado para Sí la hez del cáliz de sufrimiento y de renunciamiento, del cual debemos beber nosotros algunas gotas: *Sanari non potes nisi amarum calicem biberis; prior bibit medicus sanus, ut bibere non dubitaret aegrotus*. Porque Cristo, dice San Pablo, sabe, por haberlo probado, lo que es el sacrificio. "El pontífice que ha venido a salvarnos, no es de aquellos incapaces de compadecer nuestros sufrimientos; para asemejarse a nosotros, los ha probado todos." Os he dicho hasta qué extremo Nuestro Señor los ha compartido con nosotros. Pues bien, no lo olvidemos nunca, participando así de nuestros dolores y de todas aquellas miserias nuestras que eran compatibles con su divinidad, Cristo ha santificado nuestros sufrimientos, nuestras enfermedades, nuestras expiaciones; por ello nos ha merecido, el poder tener la fuerza de soportarlas y ver cómo son agradables a su Padre.

Pero, para ello, conviene nos unamos a Nuestro Señor por la fe, por el amor, aceptando llevar nuestra cruz cerca de El. Es de esta unión de donde sacan todo su valor nuestros sufrimientos y nuestros sacrificios; en sí mismos nada valen para el cielo, pero unidos a los de Cristo, son en extremo agradables a Dios y muy provechosos para nuestras almas.

Esta unión de nuestra voluntad a Nuestro Señor en el sufrimiento, se convierte también para nosotros en fuente de alivio. — Cuando sufrimos y sentimos la pena,

la tristeza, el tedio, la adversidad, las dificultades, y entonces nos acercamos a Cristo Jesús, no quedamos libres de nuestra cruz, porque “el discípulo no debe ser inferior a su Maestro”, pero sí confortados. Es Cristo mismo quien nos lo dice; quiere que llevemos nuestra cruz: es condición indispensable para ser verdadero discípulo suyo; — mas El promete, a la vez, aliviar a aquellos que vayan a El para encontrar un bálsamo a sus sufrimientos. El mismo nos invita: “Venid a Mí, todos los que sufrís y lleváis el peso de la aflicción, y yo os aliviaré”. Su palabra es infalible: si vais a El con confianza, no dudéis, El se inclinará hacia vosotros, porque, según la palabra que le aplica el Evangelio, será “movido de misericordia”, *misericordia motus*. ¿No fué El atormentado por el sufrimiento hasta el punto de exclamar: “Padre, apartad de mí este cáliz de amargura”? San Pablo nos dice expresamente que una de las razones por las cuales Cristo ha querido experimentar el dolor ha sido para hacer en Sí mismo experiencia de él, y así poder aliviar mejor a los que a El irían. Es el buen samaritano que se inclina sobre la humanidad que sufre, y le da, con la salud, la consolación del Espíritu de amor. Es de El de donde nace toda verdadera consolación para nuestras almas. San Pablo nos lo repite: “Así como los sufrimientos de Cristo abundan en nosotros, de la misma manera, *por Cristo* abunda nuestra consolación.” Mirad cómo identifica sus tribulaciones con las de Jesús, puesto que es miembro del cuerpo místico de Cristo, — y, como es de Cristo, también de El recibe consolación. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 250-251.

Se cuenta de Santa Matilde que en sus tristezas tenía costumbre de refugiarse cerquita del Señor, y se abandonaba a El con toda sumisión. El mismo Jesucristo la había enseñado a obrar así: “Si alguien quiere ofrecirme algo que me sea agradable, que procure en la tribulación no buscar refugio sino en Mí; a no confiar sus pesares a nadie, sino sólo confiarme con abandono todas las inquietudes que apenan su corazón. Yo no abandonaré jamás a

quien obre así." Debemos acostumbrarnos a decirlo todo a Nuestro Señor, a confiarle lo nuestro. "Manifestad al Señor vuestro camino, es decir, vuestros pensamientos, preocupaciones, angustias, y El mismo os guiará": *Revela Domino viam tuam, et spera in eo, et ipse faciet*. ¿Qué hacen la mayor parte de los hombres? Cuentan todo cuanto les pasa a ellos mismos o a los demás. ¿Qué pocos van y abren su alma a los pies de Jesucristo! ¡Y, sin embargo, es una plegaria tan agradable a Dios! ¡Es una práctica tan provechosa para el alma! Mirad al Salmista, el cantor inspirado por el Espíritu Santo. Descubre a Dios todo cuanto le ocurre; le muestra todas las dificultades con que tropieza, las aflicciones de que es objeto por parte de los hombres, las angustias que llenan su alma. "Mirad, Señor, mis tedios, mis miserias, mis sufrimientos. ¿Por qué se aumentan los que me hacen sufrir? *Domine, quid multiplicati sunt qui tribulant me?*... Miradme, Señor, tened compasión de mí, porque estoy abandonado y en la miseria; han crecido las angustias de mi corazón: ¡sacadme de mi apuro!... Señor, inclinad vuestro oído, apresuraos a socorrerme... Sed para mí fortaleza donde halle mi salvación... Señor, yo estoy encorvado, abatido en extremo... La turbación de mi corazón me arranca gemidos, Señor, no apartéis de mí vuestra misericordia, porque infinidad de males me rodean... Yo soy pobre y miserable, mas el Señor cuidará de mí..."

Cuando el alma está en la turbación, en el apuro, cuando la tentación la acecha, cuando la tristeza la abate, cuando el desaliento se apodera de ella, no tiene más que abrir el libro inspirado: "Oh Señor, venid en mi ayuda, apresuraos a socorrerme: ¡Señor, qué numerosos son mis enemigos! ¿Qué multitud se levanta contra mí! La mayor parte dicen de mí: ¡No hay salvación para él de parte de su Dios! Pero, Vos, Señor, Vos sois mi protector y mi gloria, Vos levantáis mi cabeza... Levantaos, Señor, salvadme!" "Que se alegren todos los que esperan en Vos;... porque Vos nos rodeáis con vuestra bondad como de un es-

cudo": *Et lactentur omnes qui sperant in te... Scuto bonae voluntatis tuae coronasti nos*: "Yo he puesto mi confianza en Dios ¿por qué, pues, me decís: Huye a la montaña? Atended, Señor, a la voz de mis súplicas, cuando levanto mis manos a vuestro santo templo... Salvad a vuestro pueblo, Señor, y bendecid vuestra herencia; sed su pastor y guardadle siempre."

¿Tiene el alma necesidad de luz, de fuerza, de ánimo? Se agolpan a nuestros labios las fórmulas para invocar a Dios: "Mi alma, oh Señor, sin Vos es como tierra árida que pide agua del cielo. Enviad vuestra luz y vuestra verdad; ellas me guiarán y conducirán a vuestra montaña santa, a vuestros tabernáculos, y subiré al altar de Dios, del Dios que es la alegría de mi juventud, y yo os celebraré con mi arpa, oh Dios, mi Dios": *Confitebor tibi in cithara Deus, Deus meus*.

Si las contrariedades vienen de parte de los hombres, del demonio, o brotan de nuestra naturaleza enfermiza, de las circunstancias, debemos confiarlo todo a Dios en nuestra plegaria. — *Jesucristo, ideal del monje*, páginas 419-420.

No hay luz o fuerza que no podamos hallar en Jesucristo; El es el amigo más fiel; El es, como lo decía El mismo a Santa Matilde, "la fidelidad esencial". Digámosle, pues: "Señor Jesús, heme aquí con tal pena, tal dificultad, tal sufrimiento, tal aflicción; yo la uno a las que Vos habéis soportado aquí, cuando estabais en Getsemani; yo me abandono a Vos, seguro de que "aceptaréis este sacrificio en expiación de mis faltas": *Vide humilitatem meam et laborem meum, et dimitte universa delicta mea*. En cambio, Vos me daréis fuerza, constancia y alegría." Esta confianza no quedará defraudada; de Cristo Jesús, a quien nos unimos de tal suerte, "sale una virtud que cura todas las heridas": *Virtus de illo exibat et sanabat omnes*. En efecto, dice Santa Teresa, "este divino Maestro dirigirá hacia vosotros sus ojos llenos de lágrimas; pero, en esta mirada, ¿qué divina hermosura, qué tierna compa-

sión! El olvidará sus dolores para consolar los vuestros, y esto, únicamente porque habréis ido a buscar en El consuelo, e inclináis vuestra cabeza hacia El para contemplarle. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 516-519.

Sería una blasfemia creer a Dios indiferente a nuestras necesidades, nuestros sufrimientos. *Dios nos mira siempre con una mirada infinita*. Esta mirada sobre nosotros es infinitamente intensa, penetra hasta lo más profundo de nuestra alma y conoce todas sus penas, todas sus necesidades.

Y digamos que cada día, cada hora, cada instante de sufrimiento, soportado con Jesús y por amor a El, será un nuevo cielo para toda la eternidad y una nueva gloria dada a Dios para siempre.

¡Oh! procuremos no olvidarlo jamás: solo Dios es necesario; nos puede faltar todo, pero El no nos faltará nunca y El sólo nos basta.

Acudamos a Jesús por la oración en todas las vicisitudes; El es nuestra paz, nuestra fuerza, nuestra alegría, El es todo entero para nosotros. — *Inédito*.

Cuando, por la plegaria, el alma se retira al fondo de sí misma, allí encuentra a Dios, a la Trinidad adorable, a Cristo Jesús que habita en nosotros por la fe. Cristo nos une a El; nosotros vivimos con El *in sinu Patris*; y allá nos unimos con las personas divinas; nuestra vida se convierte en una conversación con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y en esta unión encotramos la fuente de nuestra alegría. Se encuentran a veces almas muy probadas, pero que, por una vida de oración, se han hecho en su interior como un santuario donde reina la paz de Cristo. Basta preguntarles: ¿“Os gustaría tener alguna diversión en vuestra vida”? para que ellas os respondan en el acto: “¡oh! no; yō deseo estar sola con Dios”. ¡Dichoso estado el de un alma que vive la vida de oración! En todo halla a Dios, — y Dios le basta, porque Dios, bien infinito, la llena. — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 494.

Por amor, soportad el trabajo, el sufrimiento a pesar de su monotonía, tal como Jesús en la Cruz.

Si Jesús os pide algo no se lo rehuséis jamás; mas si la petición os parece algo dura, rogad, rogad mucho, hasta que El os dé su gracia.

Quiera Dios bendeciros, amaros y hacer de Vos un holocausto de amor unido a un Dios crucificado. — *Cartas de dirección*, pp. 24-25.

Durante mi oración, me gusta postrarme a los pies de Jesucristo y decirle: Yo soy muy miserable, no soy nada, pero Vos lo podéis todo; Vos sois mi sabiduría, mi santidad. Vos veis a vuestro Padre, Vos le adoráis, Vos le decís cosas inefables. ¡Oh Jesús mío! lo que Vos le decís, quiero decírselo yo; decídselo Vos en mi nombre. Vos veis en vuestro Padre todo cuanto quiere de mí; Vos veis en El si yo estaré enfermo o sano, si tendré consuelo o sufrimiento; Vos veis cuándo y cómo debo morir. Aceptadlo todo por mí, yo lo quiero con Vos, puesto que Vos lo queréis. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 180.

3.—Ofrecernos al Padre con Cristo inmolado sobre el altar

LA pasión de Jesús ocupa lugar tan importante en su vida; es de tal forma su obra, ha puesto tal valor en ella, que ha querido que su recuerdo perdurara entre nosotros, no solamente una vez al año, durante la semana santa, sino cada día; ha creado El mismo un sacrificio para perpetuar a través de los siglos la memoria y los frutos de su oblación en el Calvario; es el sacrificio de la Misa: *Hoc facite in meam commemorationem*.

Una participación íntima y muy eficaz en la pasión de Jesús consiste en asistir a este santo Sacrificio, u ofrecerlo con Cristo.

En efecto, sobre el altar, como sabéis, se reproduce el mismo sacrificio del Calvario; es el mismo pontífice, Jesucristo quien se ofrece a su Padre por manos del sacerdote; es la misma víctima; sólo se diferencia en la manera de ofrecerlo. Con frecuencia decimos: “¡Oh, si hubiese podido estar en el Gólgota con la Virgen, San Juan, la Magdalena!” Mas la fe nos sitúa ante Jesús inmolándose en el altar; El renueva, de una manera mística, su sacrificio, para hacernos participantes de sus méritos y de sus satisfacciones. No le vemos con nuestros ojos corporales, mas la fe nos dice que El está allí, con los mismos fines por los que se ofrecía sobre la cruz. Si tenemos una fe viva, doblaremos nuestras rodillas a los pies de Jesús que se inmola, nos unirá a El, a sus sentimientos de amor hacia el Padre y hacia los hombres, a sus sentimientos de horror al pecado; nos hará decir con El: “Padre, heme aquí, para hacer vuestra voluntad”: *Ecce venio, ut faciam, Deus voluntatem tuam*. — Jesucristo en sus misterios, pp. 290-291.

Debemos estar unidos a Cristo en su inmolación, ofrecernos con El; entonces nos une a El, nos inunda con El,

nos coloca ante su Padre *in odorem suavitatis*. Somos nosotros mismos los que debemos ofrecernos con Jesucristo. Si los fieles participan por el bautismo del sacerdocio de Cristo, es, dice San Pedro, "para ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo": *Sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum*. Eso es tan cierto, que en más de una de las oraciones que siguen a la oblación que acaba de hacer a Dios, esperando el momento de la consagración, la Iglesia hace notar esta unión de nuestro sacrificio con el de su Esposo. "Dignaos, Señor, dice, santificar estos dones, aceptando la ofrenda de esta hostia espiritual, haced de nosotros mismos una oblación eterna a gloria vuestra, por Jesucristo Nuestro Señor", *Propitius, Domine, quaesumus, haec dona sanctifica, et hostiae spiritualis oblatione suscepta, NOSMETIPSOS tibi perfice manus aeternum*.

Mas para que seamos aceptados por Dios, conviene que la ofrenda de nosotros mismos sea unida a la que Jesús hizo de su persona sobre la cruz, y que renueva sobre el altar. Nuestro Señor nos ha suplido en su inmolación; El nos ha reemplazado a todos, y, por esto, el golpe que fué de gracia para El nos ha hecho morir a todos con El: *Si unus pro omnibus mortuus est, ergo omnes mortui sunt*: "Si uno ha muerto por todos, todos, por tanto, han muerto". Por nosotros, nosotros no morimos con El sino uniéndonos a su sacrificio del altar. Y, ¿cómo nos uniremos a Cristo en concepto de víctima? Entregándonos, como El, al cumplimiento perfecto del beneplácito divino.

Dios debe poder disponer plenamente de la víctima que se le ofrece: debemos permanecer en esta actitud básica de darlo *todo* a Dios de llevar a cabo nuestros actos de renunciamiento y de mortificación, de aceptar los sufrimientos, las pruebas y las penas de cada día por amor a El, de manera que podamos decir como Jesucristo en los momentos de su Pasión: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, sic facio*: "Obro así, para que el mundo sepa que amo al Padre." Esto es ofrecerse con Jesús. Cuando

ofrecemos al Padre eterno su divino Hijo, y nosotros nos ofrecemos a nosotros mismos "con la Hostia santa", con las mismas disposiciones que animaban el Corazón Sagrado de Cristo sobre la cruz, es decir: amor intenso a su Padre y a nuestros hermanos, deseo ardiente de salvar las almas; abandono completo a la voluntad de lo alto, sobre todo en aquello que encierra algo de penoso o contrario para nuestra naturaleza, entonces es cuando ofrecemos a Dios el homenaje más agradable que puede recibir de nosotros.

Dice muy bien San Gregorio que sólo entonces será Cristo nuestra hostia, cuando nos ofrezcamos a nosotros mismos, para compartir, por nuestra generosidad y nuestros sacrificios, su vida de inmolación; *Tunc ergo vere pro nobis hostia erit Deo, cum nos ipsos hostiam fecerimus.* — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 337-338; *Jesucristo en sus misterios*, p. 398.

Nuestro Señor ha querido que la inmolación del altar renovase, reproduciéndola para aplicar sus frutos a todas las almas, la inmolación de la cruz. Es el mismo Cristo quien se ofrece a su Padre "como perfume agradable": *cum odore suavitatis*; esta oblación incruenta es tan agradable a Dios como el sacrificio del Calvario; Jesús es hostia, como lo fué en la cruz, como lo fué al venir a este mundo. En el altar, Jesucristo reaparece en este mundo todos los días, como hostia; cada día renueva su oblación y su inmolación por nosotros. Sin duda, El quiere que nosotros le ofrezcamos al Padre; pero, infatigablemente también, nos urge para que nosotros nos ofrezcamos a su Padre en unión con El, y así seamos aceptados, a fin de que, habiendo participado aquí en la tierra de su sacrificio, participemos asimismo de su gloria eterna.

En eso, como en todas las cosas, Jesucristo es nuestro modelo, modelo de todos los que le siguen, de todos los que son sus miembros. Si el Jefe se ha ofrecido a Dios, ¿no deben ofrecérsele igualmente los miembros? Fijaos en que nuestra posición de criaturas nos obliga ya a ofre-

cernos a Dios porque su dominio sobre nosotros es soberano: "La tierra con todo lo que contiene, el universo con todos sus habitantes pertenecen al Señor", *Domini est terra et plenitudo eius, orbis terrarum et universi qui habitant in eo*. Debemos reconocer, por nuestra adoración y el sacrificio de nuestra sumisión a la voluntad de Dios, su suprema perfección y nuestra dependencia absoluta.

Mas, nuestra calidad de miembros de Jesucristo nos obliga también a imitar a nuestro Jefe divino. Por esto, San Pablo, que tanto desea que los cristianos permanezcan unidos a Cristo, les dirige estas palabras: "Yo os suplico, hermanos, por la misericordia de Dios, es decir, por la bondad infinita de Dios hacia vosotros os ofrezcáis como hostia viva, santa, agradable a Dios, como sacrificio espiritual", *Obsecro vos, fratres, per misericordiam Dei ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile obsequium vestrum*.

¡Oh Dios mío, ser infinito, que sois la misma felicidad, qué gracia inmensa e inestimable hacéis a las pobres criaturas, llamándolas a ser, con el Hijo de vuestro amor, hostias agradables, que estén consagradas totalmente a la gloria de vuestra divina Majestad! — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 146-147, 149.

Unamos el sacrificio de nosotros mismos al de Jesucristo. Ofrezcámonos con El, "en espíritu de humildad y con corazón contrito, a fin de que nuestro sacrificio sea agradable a los ojos del Señor": *In spiritu humilitatis et in animo contrito suscipiamur a te, Domine, et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat tibi, Domine Deus*. ¡Oh Padre eterno! aceptad no sólo a vuestro divino Hijo, sino también a nosotros con El y por El; de vuestro divino Hijo decimos que es "hostia pura, santa e inmaculada": *Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam*; nosotros, por nosotros, no somos sino pobres criaturas; mas, por miserables que seamos, no nos rechazaréis, por vuestro Hijo Jesús que es propiciación nuestra y a quien nos queremos unir, para que por El, con

El y en El os sean dados todo honor y gloria, oh Padre todopoderoso, en unión de vuestro Espíritu: *Per ipsum, et cum ipso, et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti, in unitate Spiritus Sancti, omnis honor et gloria.* — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 158.

Cada mañana, unámonos a Jesucristo en su obediencia, en el abandono que hizo de Sí mismo en el momento de la Encarnación. Digamos, como El lo hizo, al Padre: "Heñe aquí, oh Dios mío, yo me entrego a Vos, a vuestro beneplácito, para cumplir hoy, en todas las cosas, en unión de vuestro Hijo muy amado, lo que os sea agradable": *Quae placita sunt ei facio semper.* Porque os amo, quiero daros este homenaje que consistirá en someter todo mi ser a vuestra voluntad, cualquiera que sea. — *Ibíd.*, página 387.

Señor Jesús, en unión con aquella intención y aquel amor por los que Vos, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, cumplisteis todo cuanto era agradable a nuestro Padre, yo quiero hacer todas las cosas del día de hoy en vuestro nombre y en espíritu de humildad, de obediencia y de sumisión. — *Un maestro de la vida espiritual*, página 174.

Padre eterno, de la misma manera que vuestro Hijo divino, nuestro Señor Jesucristo, se ofrece a vuestra Majestad en holocausto y como víctima por el género humano, así también yo me ofrezco a Vos en cuerpo y alma; haced de mí lo que queráis; con este fin, yo acepto todas las penas, mortificaciones, aflicciones que tengáis a bien enviarme en este día. Lo acepto todo de vuestra santa voluntad; ¡oh Dios mío, que mi voluntad sea siempre conforme con la vuestra! — *Ibíd.*, p. 465.

Pensemos, durante el día, en nuestra misa de la mañana. Nos hemos unido a la inmolación de Jesús; nos hemos puesto sobre el altar con la divina víctima; aceptemos, pues, generosamente los sufrimientos, las contrariedades, el peso del día y del calor, las dificultades y las renunciaciones inherentes a nuestro estado. Es así cómo prácticamente

viviremos nuestra Misa. ¿No es en realidad nuestro corazón un altar del cual debe elevarse sin cesar a Dios el incienso de nuestro sacrificio, de nuestra sumisión a sus deseos adorables? ¿Qué altar puede ser más agradable a Dios que un corazón lleno de amor que se ofrece sin cesar a El? Porque sobre este altar podemos siempre ofrecer sacrificios, ofrecernos con el Hijo de sus complacencias para gloria suya y bien de las almas.

Es esta misma doctrina la que el mismo Señor enseñaba a Santa Matilde. “Un día que ella pensaba en que su enfermedad la hacía inútil y que sus sufrimientos quedaban sin fruto, el Señor le dijo: “Coloca todas tus penas en mi corazón, y yo les daré la perfección más absoluta que puede tener el sufrimiento. Así como mi Divinidad ha atraído a Sí los sufrimientos de mi Humanidad y los ha hecho suyos, así Yo atraeré tus penas a mi Divinidad, las uniré a mi Pasión y te haré participar de esta gloria que Dios Padre ha otorgado a mi Santa Humanidad, por todos sus sufrimientos. Confía, pues, cada una de tus penas al amor, diciendo: “Oh amor, yo te las doy con la intención que tú has tenido al dárme las del Corazón de Dios, y te ruego las devuelvas allá, perfeccionadas por un agradecimiento inmenso...” “Mi Pasión, añadía Jesucristo, ha dado frutos infinitos al cielo y a la tierra, así tus penas, tus tribulaciones, remitidas a Mí y unidas a mi Pasión, serán tan fructíferas que darán más gloria a los elegidos, a los justos un nuevo mérito, a los pecadores el perdón, a las almas del purgatorio alivio en sus penas. ¿Qué hay, en verdad, que mi Corazón divino no pueda mejorar, puesto que todo bien en el cielo y en la tierra deriva de la bondad de mi Corazón?”—*Jesucristo, ideal del monje*, pp. 250-251.

Jesús está siempre en vuestro corazón, poned cien veces al día *todo* vuestro ser a sus pies, dejándole en todo la libre disposición. Y entonces, cuando acepta vuestra palabra, cuando corta en carne viva, estremeceos, sí, pero besad la mano de Dios que os dispone para la unión divina con el crucificado. — *Ibid.*, p. 97,

El sacrificio de Jesús no cesa jamás, porque El está siempre inmolado sobre un altar, y permanece siempre hostia en el tabernáculo. Nuestra vida debería estar siempre unida a esta vida de sacerdote de Jesucristo (1). — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 188.

(1) (A muchos enfermos les es materialmente imposible asistir a la misa, pero, como lo indica aquí Dom Marmion, pueden siempre, en cualquier momento del día y de la noche, unirse en espíritu y con su corazón, al sacrificio de Cristo).

4. — Unirnos a Cristo por la Comunión Eucarística

LA Eucaristía no es solamente sacrificio, el sacrificio de la Cruz recordado y renovado, es también sacramento, el sacramento de unión, como lo indica la palabra *comu-nión*; para unirse a nosotros, Jesucristo Nuestro Señor viene a nosotros. Unir, es hacer de dos cosas una sola cosa. Pero nosotros no nos unimos a Cristo tal cual es. Toda comunión supone el sacrificio del altar, y, por consiguiente, la inmolación de la Cruz. En el ofertorio de la Misa, Cristo nos asocia a su estado de Pontífice; en la Comunión, nos hace partícipes de su condición de víctima. El Santo sacrificio supone esta oblación interior y completa que hizo Nuestro Señor a la voluntad del Padre, al entrar en el mundo, oblación que renovó con frecuencia durante su vida, y completó con su muerte sangrienta en el Calvario.

Todo esto, dice San Pablo, nos lo recuerda la Comunión. “*Cada vez que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, anunciaréis, es decir, recordaréis la muerte del Señor*”: *QUOTIESCUMQUE enim manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat*. Jesucristo se nos da, pero después de haber muerto por nosotros; se da en comida, pero después de haberse ofrecido como víctima; víctima y alimento son en la Eucaristía sacrificio y Sacramento, dos caracteres inseparables.

Por esto, es tan importante esa disposición habitual del don total de sí mismo. Cristo se da a nosotros en la medida que nosotros nos damos a El, a su Padre, a nuestros hermanos que son los miembros de su cuerpo místico; esta disposición básica nos identifica con Cristo, pero Cristo víctima; establece una simpatía entre los dos términos de la unión — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 358-359,

La comunión en sí misma supone el sacrificio. Por esto, ya nos asociamos al misterio del altar asistiendo al sacrificio de la Misa.

Lo daríamos todo por haber podido estar al pie de la cruz con la Virgen, San Juan y la Magdalena. Pues bien, la oblación del altar reproduce y renueva la inmolación del Calvario, para perpetuar su recuerdo y aplicar sus frutos.

Durante la santa Misa, debemos unirnos a Cristo, mas a Cristo inmolado. El es en el altar *Agnus tamquam occisus*, el cordero ofrecido como víctima, y es a este su sacrificio al que Jesús quiere asociarnos”.

Considerad después de la consagración: el sacerdote apoyando en el altar sus manos juntas — gesto que significa la unión del sacerdote y de todos los fieles con el sacrificio de Cristo — recita esta plegaria: “Oh Dios todopoderoso, os suplicamos hagáis llevar estas cosas a vuestro altar, en presencia de vuestra divina Majestad.”

La Iglesia pone aquí en relación a dos altares: el de la tierra y el del cielo, no que haya en los cielos un altar material, pero la Iglesia quiere indicar que no hay sino un sacrificio; la inmolación que se verifica místicamente sobre la tierra es una misma con la ofrenda que Cristo nuestro Pontífice hace de Sí en el seno del Padre, al cual ofrece por nosotros las satisfacciones de su pasión.

“Estas cosas” de que se trata, dice Bossuet, son en verdad el Cuerpo y la Sangre de Jesús, pero son este Cuerpo y esta Sangre con todos nosotros, con nuestros votos y nuestras plegarias, y todo junto forma una misma oblación.

Así, en este momento solemne, somos introducidos *ad interiora velaminis*: “al interior del velo” en el santuario de la divinidad, pero lo somos por Jesús y con El; y allí, ante la majestad infinita, en presencia de toda la corte celestial, somos presentados con Cristo al Padre, para que el Padre “nos colme de toda gracia y de toda bendición de lo alto”: *omni benedictione caelesti et gratia repleamur*.

Pero nosotros no somos colmados sino de suerte y con la condición de que “nos unamos a este sacrificio por la recepción del Cuerpo y la Sangre” de Jesús: *Quotquot ex hac altaris participatione sacrosanctum Filii tui corpus et sanguinem sumpserimus.*

Solamente, pues, por la Comunión entramos perfectamente en los pensamientos de Jesús, realizamos plenamente los deseos que llenaban su Corazón el día en que instituyó la Eucaristía; “Tomad y Comed”; “si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, no tendréis vida en vosotros”. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 297, 298.

La vida que Cristo nos da por la Comunión, es *toda* su vida, que se comunica a nuestras almas para ser el ejemplar y la forma de la nuestra, para producir en nosotros los diversos sentimientos del Corazón de Jesús, para hacernos imitar todas las virtudes que El practicó en esos estados y derramar en nosotros las gracias especiales que nos ha merecido, viviendo por nosotros sus misterios.

Sin duda, y no debemos olvidarlo: bajo las especies eucarísticas no hay sino la substancia del Cuerpo *glorioso* de Jesús, tal cual está ahora en el cielo, y no tal cual estaba, por ejemplo, en el pesebre de Belén.

Pero, cuando el Padre contempla a su Hijo Jesús en los esplendores celestiales, ¿qué ve en El? Ve a Aquél que vivió por nosotros sobre la tierra durante treinta y tres años, ve todo cuanto esta vida mortal ha contenido de misterios, las satisfacciones y los méritos de que han sido fuente estos misterios; ve la gloria que le ha dado el Hijo, viviendo cada uno de ellos. En cada uno de ellos, ve al mismo Hijo de sus complacencias, aunque actualmente Jesucristo sólo esté sentado a su diestra en su estado glorioso.

Así también, Aquél a quien recibimos es Jesús, nacido de María, el que vivió en Nazaret, el que predicó a los judíos de Palestina; es el buen Samaritano; el que curó a los enfermos, libró a Magdalena del demonio y resucitó a Lázaro; el que, fatigado, dormía en la barca; el que

agonizaba, deshecho por la angustia; es el que fué crucificado en el Calvario; el que resucitó glorioso del sepulcro, es el misterioso peregrino de Emaús, que se dió a conocer "en la fracción del pan"; es el que subió a los cielos, a la diestra del Padre; es el Pontífice eterno, siempre vivo, que ruega sin cesar por nosotros.

Todos estos estados de la vida de Jesús nos lo da en substancia la comunión, con sus propiedades, su espíritu, sus méritos y su virtud: bajo la diversidad de estados y la variedad de misterios, se perpetúa la identidad de la Persona que los ha vivido y que al presente vive eternamente en el cielo.

Cuando, por consiguiente, recibimos a Cristo en la Sagrada mesa, le podemos contemplar y ocuparnos con El de cualquiera de sus misterios; aunque esté actualmente en su vida gloriosa, encontramos en El a aquél que ha vivido por nosotros y que nos ha merecido la gracia que ellos contienen; recibido por nosotros, Cristo nos comunica esta gracia para realizar poco a poco esta transformación de nuestra vida en la suya, que es el efecto propio del sacramento.

Está en nosotros, realmente presente, Aquél que estaba presente en el pesebre, en Nazaret, en las montañas de Judea, en el cenáculo, en la cruz. Es aquel mismo Jesús que decía a la Samaritana: "¡Si conocieras el don de Dios! Tú, que tienes sed de luz, de paz, de alegría, de bienestar, si supieras quién soy Yo, me pedirías agua viva.., esta agua de la gracia divina, que se convierte en manantial inextinguible hasta la vida eterna."

Está realmente presente en nosotros aquél que dijo: "Yo soy el camino, la verdad, la vida... El que me sigue no anda en tinieblas... Nadie va al Padre sino es por Mí... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; aquél que permanece en Mí y Yo en él, sólo éste puede dar frutos, porque sin Mí nada podéis hacer... Yo no rechazo al que viene a Mí... Venid a Mí todos los que estáis abrumados y Yo os aliviaré... Vuestras almas no hallarán reposo sino en Mí."

Está en nosotros el mismo Cristo que curaba a los leprosos, que calmaba las olas embravecidas y prometía al buen ladrón un puesto en su reino. Hallamos en nosotros a nuestro Salvador, nuestro amigo, nuestro hermano mayor, en la plenitud de su omnipotencia divina, en la virtud siempre fecunda de sus misterios, con la infinita sobreabundancia de sus méritos y la inefable misericordia de su amor.

Está en nuestros corazones, no solamente para recibir nuestros homenajes, sino para comunicarnos su gracias. Si nuestra fe en su palabra no es un sentimiento vano, permanezcamos unidos a su Santísima humanidad. Estad seguros de que “una virtud saldrá de El”, como en otros tiempos, para colmaros de luz, de paz y de alegría. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 394-395, 401-402.

Cuando recibimos a Nuestro Señor en la Santa Comunión, tenemos en nosotros aquel Corazón divino que es una hoguera de amor. Pidámosle con insistencia que El mismo nos dé a comprender este amor, porque, en eso, es más eficaz un rayo de luz de lo alto que todos los razonamientos humanos; pidámosle encienda en nosotros el amor a su persona. “Si, por gracia del Señor, dice Santa Teresa, su amor llega un día a penetrar en nuestro corazón, todo nos será fácil; muy rápidamente y sin el menor esfuerzo lo demostraremos en las obras.”

Si este amor a la persona de Jesús radica en nuestro corazón, nuestra actividad brotará de él. Podremos encontrar dificultades, estar sujetos a grandes pruebas, sufrir violentas tentaciones, si amamos a Cristo Jesús, estas dificultades, estas pruebas, estas tentaciones nos hallarán fuertes: *Aquae multae non poterunt extinguere caritatem*, “las muchas aguas no podrán extinguir el amor.” Porque, cuando “el amor de Cristo nos presiona, no queremos ya más vivir para nosotros, sino para Aquel que nos ha amado y se ha entregado por nosotros”: *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*. — *Ibid.*, p. 430.

Yo acostumbro a medio día después de una corta visita al Santísimo, recogerme y decir a Nuestro Señor: "Jesús mío, mañana os recibiré en mi corazón, y deseo recibirlos perfectamente. Pero soy completamente incapaz de ello. Vos mismo habéis dicho: sin Mí nada podréis hacer. Oh Vos, Sabiduría eterna, preparad Vos mismo mi alma para que sea digno templo vuestro, yo os ofrezco a esta intención mis actos y mis sufrimientos de este día, a fin de que los hagáis agradables a vuestra divina mirada, y así realcéis vuestra palabra: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*: "El Altísimo ha santificado su tabernáculo."

Una plegaria en estos términos es excelente; el día se orienta para la unión con Cristo; el amor, principio de unión, envuelve nuestras acciones; lejos de murmurar de aquello que nos sobreviene desagradable, penoso, lo ofrecemos a Jesús, en un acto de amor, y el alma se hallará, así, con toda naturalidad, preparada, cuando venga el momento de recibir a su Dios. — *Un maestro de la vida espiritual*. p. 491.

Nosotros somos infinitamente ricos en Jesucristo si estamos unidos a El por la gracia, si nos apoyamos en El. Procurad, pues, llegar a ser santa, reconociendo toda la extensión de vuestras miserias y apoyándoos, al mismo tiempo, con la confianza más absoluta, en los méritos infinitos de Jesús: "Por El, con El y en El", como lo repetimos todos los días en la santa Misa, "sea dada toda gloria a la bienaventurada Trinidad". Las mismas alabanzas de los ángeles no se elevan hasta Dios sino por Jesucristo, tal como lo decimos diariamente en el Prefacio de la Misa: "...Por quien los ángeles alaban vuestra Majestad." He aquí por qué los actos de alabanza, de ofrecimiento, de adoración, de aceptación de las humillaciones y menosprecios, hechos en unión con Jesús, sobre todo, después de la Santa Comunión, son infinitamente agradables a la Santísima Trinidad. — *Cartas de dirección*, página 118.

Todos los días, en la santa Comunión, Cristo se entrega a nosotros completamente; nos toma y nos entrega al Verbo. Si nuestra jornada entera pudiera derivar de nuestra Comunión de la mañana, poquito a poco, Cristo nos transformaría y nos elevaría a una santidad sublime. Lo que vosotros no podéis, Jesús lo hace por vosotros. Cuanto más débiles seáis, miserables, impotentes, más se convierte Cristo en vuestra fuerza, más suple El por vosotros... Cuando no acertáis a decir las plegarias, Jesús las dice por vosotros.

En cuanto a mí, si se me preguntara en qué consiste la vida espiritual, yo diría: Es muy sencillo, se resume en una palabra: Cristo. En la epístola a los Gálatas, San Pablo, después de habernos dicho lo que Cristo es para nosotros, resume su pensamiento en este hermoso texto: *Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos et misericordia*. Sí, los que buscan a Cristo, logran la paz y la misericordia.

Dios ha derramado todos los tesoros de su Sabiduría y de su Ciencia sobre la Humanidad sagrada de Jesucristo, por la unión de aquella con el Verbo, y *la medida de los dones que El nos hace, está en proporción con nuestra unión con el mismo Verbo*. Pues bien, esta unión con el Verbo se realiza por el poder y virtud de la santa Humanidad, sobre todo, en la Comunión. Lo que debemos hacer es mantenernos, por la santa Humanidad de Jesús, en un estado habitual de adoración y de *sumisión* al Verbo que reside en nosotros. Nuestra vida debe ser un *Amen*, como eco perpetuo de los deseos y designios de este Verbo que vive en nosotros (1). Una vez ha llegado un alma a este punto, Dios la colma de sus mejores dones. — *Cartas de dirección*, pp. 53-54.

(1) Por estas palabras, indica Dom Marmion cómo, a falta de la Comunión sacramental que muchos enfermos no pueden recibir la comunión espiritual, sin tener los mismos efectos, produce, sin embargo, en el alma frutos preciosos, tanto más que, como insinúa Dom Marmion, esta Comunión espiritual se puede renovar con frecuencia.

TERCERA PARTE

DE LA MISERIA HUMANA Y DE ALGUNAS FORMAS DE PRUEBA Y SUFRIMIENTO

1. — Miseria humana y Misericordia divina (1)

NOSOTROS no podemos conocer todos los caminos del Señor; nos es imposible comprenderlos perfectamente. "Mis pensamientos, dice el Señor, sobrepasan toda inteligencia creada, y mis maneras de obrar difieren mucho de las vuestras; pues, así como los cielos distan tanto de la tierra, así mis caminos se diferencian de los vuestros": *Sicut exaltantur caeli a terra, sic exaltatae sunt viae meae a viis vestris.*

Sin embargo, nuestra fe debe procurar ilustrarse y nuestra alma debe estar deseosa de darse cuenta de las maneras de obrar de Dios con nosotros. El pensamiento de Dios es el de la Sabiduría infinita; si lo aceptamos plenamente, y poniendo aparte nuestras pobres concepciones humanas, esta aceptación nos permitirá recibir más am-

(1) Este tema de la misericordia divina, inclinándose sobre la miseria humana es el favorito de Dom Marmion. A la luz de la fe, tan viva en él, Dom Marmion entreveía, según su manera original tan atrevida y penetrante, el plan divino bajo el aspecto de la misericordia. Ya lo manifestó desde su noviciado en 1888 (cf. *Un maestro de la vida espiritual*, p. 79.; y también p. 477, etc.); treinta y cinco años más tarde, quince días antes de su muerte, en Enero de 1923, lo escogía como tema de su última conferencia a las Carmelitas de Lovaina. (Ibid. pp. 531-532). Preciosos desarrollos de este pensamiento se hallan en *La unión con Dios*. Sobre esta doctrina escribía una religiosa inglesa del Sagrado Corazón (15 Mayo 1935): "Me gusta muchísimo la doctrina de Dom Marmion — expuesta, sobre todo, en *La unión con Dios* — sobre las misericordias del Señor y los tesoros que poseemos en Cristo Jesús y en sus méritos. No podéis imaginaros lo consoladores que son tales pensamientos, que unción y qué paz despiertan." Otra religiosa escribía en esta misma época: "Los parajes sobre la misericordia divina resuenan en mi alma con particular intensidad." — Recientemente (18 Febrero 1941), un sacerdote distinguido por su saber y que por mucho tiempo ha tenido que tratar la miseria humana, nos escribía: "Yo medito actualmente *Paroles de vie en marge du Missel*. Veo con qué insistencia habla Dom Marmion de la misericordia de Dios, es el principio de una vida nueva para muchas personas."

plamente su gracia, glorificar a Dios como El lo concibe, y elevar mejor nuestras almas hacia la vida eterna, porque el esfuerzo de nuestra vida estará perfectamente de acuerdo con el plan de la Sabiduría divina.

El plan divino es distribuir entre los hombres los tesoros de la misericordia; la gloria especial que Dios quiere recibir es la alabanza de su bondad misericordiosa, por la cual, inclinándose sobre nuestra miseria humana, quiere aliviarla, elevarla y unirla a El.

Cuando estemos en el cielo, veremos que en los resplandores eternos de Dios ha querido levantar un monumento admirable de misericordia, *in aeternum misericordia aedificabitur in caelis*. De este edificio, nosotros, los hombres, con el alma y el cuerpo tan cargados de miserias, seremos las piedras vivas que darán sin cesar testimonio de las bondades infinitas de nuestro Dios.

¿Qué es, pues, la misericordia?

Es la bondad o el amor que, ante la miseria, se mueve a compasión. En Dios, la misericordia no es otra cosa que el amor sin límites de la bondad infinita, que, a la vista de las miserias de la criatura, se inclina hacia ella para aliviarla, ayudarla, perdonarla y hacerla feliz.

Todos los caminos de Dios respecto a nosotros son caminos de misericordia. Sin nuestras miserias que aliviar, Dios no habría podido revelar las insondables riquezas de su condescendencia amorosa.

Dios, al crear al primer hombre, lo había puesto en la gracia sobrenatural de adopción, que hacía de él un hijo de Dios, heredero de la gloria eterna. Este plan divino fué deshecho por el pecado. Abusando del privilegio de su libertad, Adán, hecho jefe de su linaje, ha prevaricado. De golpe, perdió, para sí y todos sus descendientes, todo derecho a la vida y a la herencia divinas. Todos los hijos de Adán comparten esta desgracia. Desde que el hombre entra en este mundo, está como destinado a toda suerte de males: todos nacemos pecadores, privados de la justicia original, expuestos a los asaltos de la concupiscencia y de

la enfermedad, cargados de toda suerte de debilidades y flaquezas físicas y morales. He aquí como aparecemos a los ojos de Dios.

La actitud del Señor respecto a nosotros es completamente de compasión misericordiosa. *Quomodo misereatur pater filiorum, misertus est Dominus*: "Se compadece de nosotros, como un padre se compadece de su hijos, porque conoce de qué arcilla hemos sido hechos." Por de pronto, Dios basa su gloria en manifestar su misericordia; nuestras debilidades, nuestras mismas faltas, si nos arrepentimos de ellas, le dan ocasión de ejercer esta perfección divina, incluso corrigiéndonos. Ved como el autor inspirado de la epístola a los Hebreos nos hace comprender esta gran verdad: "Habéis olvidado aquellas palabras de consuelo dichas a vosotros que sois hijos de Dios: hijo mío, cuida de no despreciar las correcciones del Señor; no te desanimes, cuando te reprenda. Porque el Señor castiga a los que ama, da con la vara a los que adopta por hijos suyos. Para vuestra instrucción sois probados. Dios os trata como un padre trata a sus hijos, porque ¿cuál es el hijo a quien su padre no castiga?... Dios nos corrige para hacernos capaces de participar de su santidad." Y ved en lo que sigue cómo el mismo Espíritu Santo, el Espíritu creador y consolador, comprende bien el corazón humano: "En verdad, toda corrección, en un principio, es motivo de tristeza, no de alegría, pero luego produce, en los que así ha ejercitado, un fruto delicioso de paz y de justicia."

Os decía, al empezar, que los pensamientos de Dios — es El mismo quien lo dice. — Sobrepan infinitamente nuestros pensamientos. Además, El ha dicho claramente: "Yo conozco los pensamientos que tengo para vosotros; pensamientos de paz y no de aflicción; pues quiero poner fin a vuestro males y daros paciencia."

Creando Dios contempla el mundo, se conmueve ante las miserias que ve, no solamente por nuestras miserias morales, sino también por todos los sufrimientos de las criaturas. Recordemos aquella palabra del Evangelio: *Non-*

ne duo passeret asse veneunt? Et unus ex illis non cadet super terram sine Patre vestro: "Mirad esos pajaritos, casi sin valor ninguno, y sin embargo, dice Jesús, no cae uno de ellos sin el consentimiento de mi Padre", y nosotros podemos añadir: ni sin su compasión. La bondad del Creador se extiende a cada una de las criaturas: Nihil odisti eorum quae fecisti. Después de la obra de la creación, halló que todo lo que había salido de sus manos "era excelente": *valde bona*; ahora que, por causa del pecado, las miserias han entrado en la creación, ninguna de las criaturas sufre sin que el corazón de Dios no se sienta movido a compasión.

Mas esto no es propiamente misericordia, es solamente piedad del autor de la naturaleza por todo lo que El ha creado; la misericordia es la bondad de Dios, como autor de la gracia, gozándose en aliviarnos y perdonarnos en vista de nuestras miserias morales, de las cuales la más profunda es el pecado.

Esta misericordia divina abarca nuestra vida entera. Cada vez que Dios nos otorga su perdón, cada vez que nos concede alguna gracia, es efecto de su amor misericordioso. En el cielo veremos con evidencia cómo le somos deudores de todos los beneficios de que nos ha colmado, de la felicidad de que gozaremos eternamente. Con los escogidos del Apocalipsis, echaremos nuestras coronas ante el trono de Dios, para reconocer que las tenemos gracias a su bondad, y por siempre cantaremos su misericordia: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.*

Gocémonos, pues, en repetir con el salmista: *Deus meus misericordia mea* (1). "Sí, Señor", no solamente sois misericordioso, sino que "Vos sois *mi* misericordia." Vos sois "compasivo y lleno de bondad, vuestra misericordia se

(1) Dom Marmion "gustaba mucho" de repetir aspiración. En su lecho de muerte, su confesor, para animarle, creyó deber recordarle el bien que había hecho con sus escritos, con conversiones logradas. Mas él con un gesto negativo protestó decididamente, y murmuró: *Deus meus, misericordia mea.*

extiende a todas vuestras criaturas": *Miserator et misericors Dominus... Et miserationes ejus super omnia opera ejus*. Sednos propicio; "para gloria de vuestro nombre", perdonad nuestras culpas, "por las cuales somos justamente castigados", ayudad nuestra flaqueza, aliviad nuestra miseria: *Ut qui juste pro peccatis nostris affligimur, pro tui nominis gloria misericorditer liberemur*.

Sabemos que nuestras miserias son inmensas, pero no ignoramos que nuestras misericordias las sobrepasan infinitamente; no tememos agotarlas, "vuestra bondad es un tesoro sin límites": *Deus cujus misericordiae non est numerus et bonitatis infinitus est thesaurus*. Queremos conservar bien arraigada en el fondo de nuestras almas esta convicción, deseamos vivir de ella, a fin de que la confesión continua de nuestra indignidad y de nuestra miseria abra nuestra alma a la acción de vuestra gracia y os glorifique, oh Dios mío, elevándose hacia Vos como himno perpetuo a vuestros caminos de infinita misericordia. — *Mélanges Marmion*, pp. 2-6 et 15.

2. — Cristo, tomando sobre Sí nuestras miserias, se ha convertido en el “gran miserable”

EL pensamiento de Dios se nos descubre admirable, sobre todo en la manera como ha realizado sus planes de misericordia.

Hemos hablado de este monumento eterno de misericordia que el Señor ha construido en el cielo.

¿Cuál es la piedra fundamental de este edificio?

Cristo Jesús.

Todos somos seres cargados de miserias, todos podemos aplicarnos las palabras del salmo: “Yo soy pobre y necesitado”: *Egenus et pauper, sum...*

Sin embargo, no temamos decirlo, el pobre, el hombre más cargado de miserias, es nuestro divino Salvador. Y, ¿cómo así? Sin duda, su alma santísima: *Tu solus sanctus, Jesu Christe*, no conoció jamás el pecado, ni la imperfección, y su humanidad, unida hipostáticamente al Verbo, gozó sin cesar, incluso en medio de sus dolores, de las delicias infinitas de la visión de Dios.

Pero, habiéndose convertido, por su Encarnación, en nuestro hermano mayor y nuestro jefe, ha querido asumir todas las miserias, los sufrimientos de sus miembros; se ha desposado con nuestra naturaleza humana, con toda la carga de flaquezas que le acompañan; ha aceptado “el tomar sobre Sí las iniquidades de todos los hombres sus hermanos”: *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum*.

Contemplemos a Cristo durante su existencia aquí en la tierra. ¿No es en verdad “el que supo del dolor y de la flaqueza?” *Vir dolorum et sciens infirmitatem?* Nace en la más extremada pobreza; pasa treinta años en el humilde taller de un obrero, sujeto a la dura ley del trabajo.

Después, siguen las fatigas y andanzas de la vida pública, las luchas con los fariseos, el odio implacable de sus enemigos. Finalmente, los sufrimientos indescriptibles de su pasión y muerte. Contemplemos a Jesús en el huerto de los olivos, en su terrible agonía. San Pablo nos revela que oró "con lágrimas y gemidos"; que pidió: "con grande voz", *cum clamore valido et lacrymis*, misericordia para Sí mismo y para aquellos que venía a rescatar.

Este pobre, este hombre de dolor, hecho tal por culpa nuestra, pide por tres veces a su Padre, que le aleje este cáliz. Obtendrá la salvación de la humanidad, pero a condición de sufrir la muerte y muerte de cruz.

Cuando Jesús está clavado en esta cruz, víctima de los más atroces tormentos, abandonado de los suyos, dejado de su Padre, de sus labios moribundos escapa este grito de angustia: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" ¿No es este el grito de un desdichado abrumado de miseria? ¿Quién fué jamás digno de mayor compasión?

Dios, para salvar al mundo, ha exigido de su Hijo esos excesos de sufrimiento y esta muerte del Cavario. Cristo "por amor a su Padre, lo ha aceptado todo"; nosotros sabemos que este amor a su Padre fué el primer motivo que indujo a Jesús a sufrir su pasión: *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem... sic facio*. Nuestro Señor ha realizado, en un movimiento de supremo amor y de libertad soberana, todo cuanto Dios ha querido de El, y, en cambio, El le pide que tenga piedad de nosotros: "Padre, mis miembros tienen necesidad de vuestra misericordia; lo que Vos hagáis por ellos lo habréis hecho por Mí; sus miserias son mías, Yo he saldado todas sus deudas." Entonces Dios se llena de misericordia para los miembros de su Hijo, tiene compasión de sus miserias que así se le presentan; nos perdona, nos abre su corazón paternal y nos llena de sus gracias. Así es como paga a su Hijo todo el amor del que El ha dado pruebas en su sacrificio.

Todas las misericordias del Señor hacia nosotros son respuesta a las voces de su Hijo. Cuando los miembros de

Cristo imploran la misericordia de Dios, es su Hijo Jesús quien la pide por su boca; es su voz sola la que da valor a las nuestras. Recordémoslo bien, que si toda la raza humana hiciese subir a Dios acentos de angustia, se entregase siglos enteros a las más terribles maceraciones, todo esto, sin Jesús, no llegaría a Dios. Cristo sabía que, sin El, nuestros pecados no podían tener perdón, El se hizo rescate nuestro, y es por El por quien deben pasar todas las misericordias de Dios para llegar hasta nosotros.

Si, pues, queremos participar de los efectos saludables, permanezcamos estrechamente unidos a Nuestro Señor; nosotros somos objeto del amor misericordioso de Dios en la medida en que nos ve en su Hijo. Los que voluntaria y deliberadamente se colocan lejos de Jesucristo se apartan de los rayos de la misericordia divina.

El Calvario es el centro luminoso de las misericordias hacia el cual se dirigen las miradas de Dios. Antes de la Encarnación, las misericordias de Dios caían sobre el mundo en atención al sacrificio divino que debía realizarse; después de la muerte de Cristo, es aún hacia el Calvario donde se dirigen sin cesar las miradas de nuestro Padre celestial. Si nos perdona, si nos da sus gracias, es únicamente en virtud de este sacrificio que, a la par que nos da la salud, da a Dios una gloria infinita.

Cada día, el drama del Gólgota se reproduce y remueva en nuestros altares; el santo sacrificio de la Misa es esencialmente el mismo que el de la cruz; sólo "difiere el modo de la oblación": *sola offerendi ratione diversa*. El mismo Cristo, que en la cruz se ofreció de una manera sangrienta, se ofrece por ministerio del sacerdote, de una manera incruenta. Dios recibe la misma gloria, y nosotros obtenemos las mismas gracias. En aquel momento todos los sufrimientos de Jesús son presentados al Padre eterno: *Mortem Domini annuntiabit*; Cristo repite la misma apelación a la misericordia. Entonces Dios perdona y se muestra clemente hacia los hombres, a las innumerables miserias, porque ellos son los miembros de su Hijo.

Sí, Dios es verdaderamente admirable en sus obras. ¡Cuánta razón tenía el salmista para exclamar: *Quam magnificata sunt opera tua. Domine! Omnia in sapientia fecisti!* “¡Oh Señor, Vos habéis marcado todas vuestras obras con el sello de la magnificencia y sabiduría!” En su sabiduría y bondad adorables, Dios ha sabido combinar tan perfectamente las cosas, que saca gloria de nuestra propia miseria. Aún más, esto le da ocasión de ejercer su misericordia, y como Cristo Jesús tomó sobre Sí nuestras faltas y nuestras flaquezas y las expió en su persona, cada vez que Dios nos tiene misericordia, glorifica a su Hijo y hace valer los méritos de su Sangre preciosa.

De las satisfacciones de Cristo se eleva continuamente hacia “el Padre de las misericordias” un incienso de adoración y de gloria infinita. — *Mélanges Marmion*, pp. 7-10.

Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit: “Cristo realmente ha tomado sobre Sí nuestras flaquezas, y ha llevado El mismo nuestros dolores.” Este texto tiene una significación verdaderamente profunda:

1.— Jesús ha tomado sobre Sí todos los pecados actuales deliberados y los ha expiado en su Persona. “El Señor cargó sobre El la iniquidad de todos nosotros”: *Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum*.

2. — Como Jefe de la Iglesia, Jesús acepta en nuestro nombre (sus miembros) todas nuestras miserias, nuestras flaquezas, nuestro dolores; El las ha sufrido en nombre nuestro; las ha santificado y deificado en su Persona. Ninguna pena, ni sufrimiento, ni flaqueza de sus miembros le quedó oculta; El las tomó *voluntariamente* sobre Sí.

3. — Tomándolas sobre El, ha hecho desaparecer el aguijón y nos ayuda a soportarlas. — *Cartas de dirección*, pp. 148-149.

San Juan nos cuenta que, al principio de su vida pública, nuestro divino Salvador, pasando por Samaria, llegó a una ciudad llamada Sicar, cerca del pozo de Jacob. Entre los detalles de la escena narrados con gran cuidado

por el Evangelista, hay uno que conmueve particularmente nuestros corazones. *Jesús fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem*: "Jesús, fatigado del camino, se sentó sencillamente sobre el brocal del pozo." ¡Qué emocionante revelación de la realidad de la humanidad de Jesús!

Precisa leer el admirable comentario que San Agustín escribió sobre estos detalles, con esta oposición de términos y de ideas en la que él es maestro, sobre todo, cuando quiere poner en relieve la unión y el contraste de lo divino y de lo humano en Jesús. "Cede a la fatiga, dice él, aquel mismo que repara las fuerzas de los que están agotados, aquel cuya ausencia nos abate y cuya presencia nos fortifica": *Fatigatur per quem fatigati recreantur; quo deservente fatigamur, quo praesente firmamur*. "Es por vosotros por quienes Jesús se ha fatigado en el camino. Nosotros encontramos a Cristo lleno de fuerza y de flaqueza. ¿Por qué lleno de fuerza? Porque El es el Verbo eterno y todas las cosas han sido criadas por su sabiduría y su poder. ¿Por qué lleno de flaqueza? Porque este Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros. La fuerza divina de Jesucristo os ha creado, su venida en la flaqueza de nuestra humanidad os ha rescatado." *Fortitudo Christi te creavit; infirmitas Christi te recreavit*.

Y el santo concluye: "Jesús es débil en su humanidad; pero vosotros, guardaos de quedar en vuestra flaqueza; antes bien, venid a tomar la fuerza divina en Aquel, que, siendo por naturaleza Todopoderoso, ha querido hacerse débil por amor vuestro": *Infirmus in carne Jesus; sed noli tu infirmari, in infirmitate illius tu fortis es!* — *Jesucristo, en sus misterios*, pp. 77-78.

3. — Para que habite en mí la fuerza de Cristo

Si pudiéramos tener la profunda convicción de que somos impotentes sin Cristo, pero que en Él todo lo tenemos. *Quomodo non etiam cum illo OMNIA nobis donavit?*: “¿Cómo, con Cristo, no nos dará Dios todos los dones?” — Por nosotros mismos, somos débiles, muy débiles; en el mundo de las almas, caben mil debilidades; pero, eso no es motivo para desalentarnos; estas miserias, mientras no son voluntarias (1), son más que nada motivo para obtener la misericordia del Señor. Mirad los pobres que quieren mover a compasión a aquellos de quienes piden una limosna; lejos de esconder su pobreza, muestran sus andrajos, enseñan sus llagas, allí está su derecho a la compasión y a la caridad de los transeuntes. Para nosotros también, como para los enfermos que le presentaban, cuando vivía en Judea, es nuestra miseria, reconocida, confesada, expuesta a los ojos de Cristo, lo que nos atrae su misericordia. San Pablo nos dice que Jesucristo ha querido probar nuestras flaquezas — excepto el pecado —, para aprender a compadecerse; y, de hecho, leemos muchas veces en el Evangelio que Jesús se “movía a compasión” a la vista de los sufrimientos de que era testigo: *misericordia motus*. San Pablo añade expresamente que este sentimiento de compasión, Cristo lo conserva en su gloria; y saca la conclusión: “Acerquémonos con confianza, *cum fiducia*, al trono” de Aquel que es la fuente de

(1) No hay casi necesidad de hacer notar que Dom Marmion tiene mucho cuidado en distinguir las infidelidades de las debilidades. Tanto como era compasivo para las debilidades y flaquezas, tanto más, cuidaba de apartar a las almas de toda negligencia, por insignificante que fuera y de toda infidelidad en sus más insignificantes detalles. Cf. *La unión con Dios*, p. 28. *Sponsa Verbi*, p. 97. *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 183-185.

“toda gracia”; porque, si lo hacemos con estas disposiciones, obtendremos su misericordia.— *Jesucristo, vida del alma*, pp. 73-74.

Apoyémonos; pues, en Jesucristo, no solamente en la oración, sino en todo aquello que hagamos. Y seremos fuertes. Si “sin El nada podemos”: *Sine me, nihil potestis facere*, “con El lo podemos todo”; *Omnia possum in eo qui me confortat*. Nosotros hallamos en El, además de fuente de gran confianza, el motivo más eficaz de la paciencia y de la fidelidad en medio de las tristezas, contrariedades, pruebas, sufrimientos por los que debemos pasar aquí abajo hasta el fin de nuestro destierro.

Cuando está para terminar su vida mortal. Jesús dirige a su Padre por sus discípulos que pronto va a dejar, una emocionante plegaria. “Padre, mientras estaba con ellos, Yo mismo los guardaba; ahora que voy a volver a Vos, os ruego, no que los saquéis de este mundo, sino que los guardéis del mal”; *Cum essem cum eis, ego servabam eos; nunc autem ad te venio; non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo*.

¡Qué solicitud tan divina revela esta plegaria! Nuestro Señor la hizo para todos nosotros. — *Jesucristo en sus misterios*, p. 359.

Un pensamiento que debe ayudaros y animaros es que todo cuanto Dios hace por nosotros es efecto de su misericordia: *In aeternum misericordia aedificabitur in caelis*: “Dios construye un monumento eterno a su misericordia en el cielo.” Las piedras de este monumento son los *miserables*, que atraen la misericordia por su miseria. Porque la misericordia es la bondad en presencia de la miseria. La piedra fundamental de este monumento es Cristo, que se ha desposado con todas nuestras miserias: *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit*: “En verdad eran nuestros sufrimientos los que El llevaba y nuestros dolores con los que El cargó.” El los diviniza y les da un mérito y valor inmensos a los ojos de su Padre. Si todas las mañanas, unís vuestras fa-

tigas, vuestras languideces, vuestros sufrimientos de toda clase a los de Jesucristo, El los *recogerá* y los hará suyos. Sufriendo con paciencia las penas y fatigas de nuestra vida, nosotros participamos en la pasión de Jesucristo. Entonces, su fuerza, su virtud reina en nosotros: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi*: "Con gusto me gloriaré de mis debilidades, para que la fuerza de Cristo viva en mí."

¡Oh!, querida hija, es una *gran gracia* llegar a comprender esto y seguir a Jesús en sus dolores. Nada puede recabar tan poderosamente los favores y misericordias divinos como esta *unión paciente* de nuestras penas y de nuestras flaquezas con las de Cristo.

Como objeto de vuestro examen, tomad la *aceptación paciente y llena de amor* de las fatigas, contrariedades y de las penas de vuestra vida. De esta manera, vuestra vida se convertirá en un clamor continuo cerca del corazón del Padre Celestial. — *Cartas de dirección*, páginas 108-109.

Jesús, viviendo en vos, es vuestro *todo*: *Factus est nobis sapientia a Deo et justitia et sanctificatio et redemptio*; "Nosotros hemos obtenido en El, de Dios y ante Dios nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención." El es nuestro suplemento, de manera que, cuando obramos en su nombre, el Padre no ve en nosotros más que un miembro de su Hijo, y nuestras flaquezas son las flaquezas de su Hijo. De vez en cuando, como le pasó al mismo Hijo en el huerto de los Olivos, el Padre nos deja sentir todo el peso de nuestras cargas y de nuestras flaquezas. Pues bien, seguid adelante con un perfecto abandono en Jesucristo. — *Ibid.*, p. 145.

No hay cruz más pesada en esta vida que este estado de agotamiento y de cansancio, fruto del clima y de la vida que uno debe llevar. Pero, creedme, no hay nada que obre la verdadera vida divina en nosotros como *el unirse a la flaqueza divina de Jesús*.

Desposándose con nuestra naturaleza en la Encarnación, ha tomado sobre Sí todas nuestras flaquezas, toda nuestra impotencia, todos nuestros sufrimientos, los ha hecho suyos: *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit*: “En verdad, eran nuestros sufrimientos los que El llevaba y nuestros dolores los que cargaba.” En la Encarnación, el Verbo tomó no un cuerpo glorioso como el del Thabor, no un cuerpo impasible como el de la resurrección, sino *in similitudinem carnis peccati*: “... en carne semejante a la de pecado”, un cuerpo de pecador, semejante al nuestro en todo, salvo el pecado personal. Ha engrandecido, hecho *divinas* nuestras debilidades, asumiéndolas, y desde entonces, ellas claman en nosotros al Padre como las del mismo Jesucristo.

Esto se realiza por la fe *pura*, por el amor sin sentimiento, y, en lugar de nuestras flaquezas, recibimos *inmensamente la fuerza de Jesucristo*.

¡Deseo tanto enseñaros esta gran verdad y ayudaros a ponerla en práctica! Para eso conviene entregarse sin reserva alguna a Jesucristo, aceptando con *fe pura* todo lo que El os envía o permite. Sabed, hija mía, que en un alma como la vuestra, que todo lo ha dejado por El, que en el fondo no busca más que a El, hay una plegaria: *inconsciente*, no sentida, *pero muy real*, que se eleva hacia Dios en medio de vuestros desfallecimientos, pues nuestros deseos son verdaderas plegarias para Aquel “que escruta los riñones y los corazones”. *Desiderium pauperum exaudivit auris tua*: “Vuestro oído, Señor, ha recogido la plegaria de los pobres.” Mas, para esto, la gran virtud en Vos ha de ser la *paciencia*. *Patientia vobis NECESSARIA est*: “La paciencia os es necesaria.” Por la paciencia, la ausencia de toda murmuración, aunque interna, la sonrisa a toda contrariedad, Jesús os hace participar de su Pasión.

Cristo diviniza nuestros sufrimientos y les da un mérito y valor inmensos a los ojos de su Padre. Si cada día por la mañana, unís vuestras fatigas, vuestras languideces, vuestros sufrimientos de toda clase a los de Jesucris-

to, El los *asumirá* y los hará suyos. — *Cartas de dirección*, pp. 107-108.

Por el momento, sólo os daré dos o tres principios que deberán ser la norma de *vuestra* vida espiritual:

1. — Dios hace todas las cosas para gloria de su Hijo Jesús. Pues bien, Jesús es especialmente glorificado por aquellas almas que, convencidas de su extrema incapacidad, se apoyan en El, le contemplan para lograr luz, ayuda, todo.

2. — Tendríais que procurar realizar de la manera más real, que siendo miembro de Jesús por vuestro bautismo, y más y más por cada Comunión, vuestras necesidades, vuestras flaquezas, vuestras faltas sean, en verdad, las necesidades, flaquezas y faltas de Jesús: *Vere languores nostros ipse tulit et dolores nostros ipse portavit. Posuit in eo Dominus iniquitatem omnium nostrum*: “En verdad, El ha cargado con nuestros sufrimientos, lleva nuestros dolores. El Señor ha puesto sobre El la iniquidad de todos nosotros.” *Factus est pro nobis peccatum*: “Dios le ha hecho pecado por nosotros.”

3. — Cuando sintáis vuestra flaqueza y vuestra *miseria*, presentaos vos mismo sin temor ante los ojos de vuestro Padre celestial en nombre y en la persona de su divino Hijo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi*: “De buena gana me gloriaré de mis flaquezas, para que la fuerza de Cristo habite en mí.” — *Ibid.*, pp. 147-148.

Vos sois rica en flaquezas, y si vos queréis apoyaros en El sólo, haciéndolo todo, sufriendolo todo, unida a su nombre, El os hará más y más agradable a su Padre. Os conducirá con El a Aquel santuario que El llama *Sinus Patris*: “El seno del Padre”, y entonces, bajo la mirada de Dios, os esforzaréis constantemente en agradarle, haciéndole aquello que comprendáis serle más agradable. Sólo permanecen en el seno de Dios aquellos que tienen una confianza inmensa en su bondad paternal y su

misericordia amplia e infinita, que hacen los posibles para agradarle en todas las cosas.

He aquí vuestro programa por el momento. Yo siento cómo Nuestro Señor os ha confiado a mí, como a un niño a í que le debo presentar para que sea uno de los trofeos de su misericordia, pues San Pablo dice: "Dios ha escogido las cosas flacas y débiles, las cosas de nada, a fin de que ninguna carne se gloríe en su presencia."

Yo he pensado en vuestra alma. A pesar de vuestros defectos muy reales y vuestras miserias, que, sin duda, son aun mayores de como nosotros las vemos, Dios os ama mucho, y El desea suplir con su grandeza vuestra pequeñez, con su opulencia vuestra vileza, con su gran sabiduría vuestra insuficiencia. El puede hacer todo esto, si vos le dejáis sencillamente hacer. *Confiteor tibi, Pater, Domine caeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus et revelasti ea* PARVULIS: "Yo os doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habéis escondido estas cosas a los sabios y las habéis revelado a los pequeños." Vos sois uno de esos pequeños, sobre los cuales el Señor se digna poner su mirada.

Procurad mirar mucho más a Dios que a Vos misma; *gloriaros* en vuestras miserias, como que son objeto y motivo de las misericordias divinas; amar la virtud más que teméis el vicio; exaltar los méritos y el poder infinitos de Jesús, nutriéndoos de ellos apasionadamente para socorrer vuestras necesidades.

He aquí un programa para todo un año, incluso para toda una vida.

Vuestra última carta casi me ha contristado, porque veo permitís a la vista de vuestras miserias — que son muy *limitadas* — esconder las riquezas que son vuestras en Jesucristo, y que son *infinitas*. Es una gran gracia darse cuenta de nuestras miserias y de nuestra pequeñez. Pero este reconocimiento es un veneno real, si no tiene por triaca una fe *inmensa* y confianza en "la suficiencia absoluta" de los méritos de nuestro amado Señor, de su

riqueza y de sus virtudes, que son todas nuestras: *Vos estis Corpus Christi et membra de membro*: "Vos sois su cuerpo y los mismos miembros de sus miembros." Los miembros poseen realmente, como *suyos*, toda la dignidad y el mérito de la persona de la cual son miembros. Y he aquí lo que glorifica a Jesús: que tengamos un tan alto aprecio de sus méritos y una tan grande convicción *de su amor en dárnoslos* (*Et nos credidimus caritati Dei*: "Hemos creído en el amor que Dios tiene para con nosotros") que nuestra miseria y nuestra indignidad no nos desaniman.

Hay dos clases de personas que dan poca gloria a Jesucristo:

1. — Las que no ven su miseria, ni se dan cuenta de su indignidad, y, por consiguiente, *ni sienten la necesidad de Jesucristo*.

2. — Las que ven su miseria, pero no tienen esta fe firme en la divinidad de Jesucristo, por la cual son, por decirlo así, dichosas de ser débiles a fin de que Jesús pueda ser glorificado en ellas. ¡Qué lejos estáis de gloriaros en vuestras flaquezas!

Esforzaos en tener *una intención muy pura* en todo cuanto hagáis. Unid vuestras intenciones a las de vuestro divino Esposo, y no tengáis en cuenta los resultados. Dios no da el premio a los éxitos. — *Cartas de dirección*, página 151-154.

A pesar de nuestras miserias, mejor dicho a causa de nuestras miserias, debemos apoyarnos sin temor en Nuestro Señor. Cada día me doy más cuenta de que, cuando nos presentamos ante el Padre celestial en calidad de miembros de su Hijo muy amado — "Sois el cuerpo de Cristo, miembros de sus miembros" — la vista de nuestras miserias no hace más que atraer las miradas de su misericordia — *Ibid.*, p. 149.

En la cruz, cuando todas las potencias inferiores del alma de Jesús fueron sumergidas en un mar de tristeza y

tinieblas, la fina punta de su espíritu miraba siempre la faz del Padre.

Yo rogaré por Vos para que en medio de vuestras pruebas la fina punta de vuestra alma quede adherida a la faz (= santa voluntad) del Padre celestial. No os espantéis de vuestras flaquezas. En la flaqueza se perfecciona la virtud. Cuanto más sintáis vuestra flaqueza, vuestra incapacidad, tanto más debéis apoyaros en El, — tanto más sobrenatural y agradable a Dios es vuestra virtud. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 448.

Antes de llegar a Dios, conviene que el alma *vea, sienta, conozca que todo viene de El*, y que son nuestra miseria, nuestra pobreza, nuestra flaqueza las que, *asumidas* por su santa Humanidad, son elevadas en El a un valor divino. Este es un gran secreto que pocos comprenden. San Pablo lo expresa así: “De buena gana me gloriaré en mis flaquezas a fin de que habite en mí la virtud y la fuerza de Cristo. Por esto, me alegro en mis flaquezas.” — *Ibid.*, p. 529.

He sufrido mucho durante mi estancia en... Las pruebas que Nuestro Señor me ha enviado no tienen número. La convicción que he sacado, es que Dios quiere ser glorificado por la unión de nuestra flaqueza con la fuerza infinita de Cristo. Cristo es la *Virtus Dei*: “la fuerza de Dios”, pero se ha dignado revestirse de nuestra flaqueza humana, y toda la vida terrena de Jesús es la revelación de esta flaqueza. Esta unión de la flaqueza humana con la fuerza divina da gloria a Dios. De aquí, la gran exclamación del Apóstol San Pablo: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis ut inhabitet in me virtus Christi*: “De buena gana me gloriaré de mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo.” Este pensamiento me ha seguido siempre y me ha sostenido en todas mis contrariedades y dificultades, y actualmente está ya tan gravado en mi alma que, por decirlo así, llega a formar parte de mí mismo. Estoy convencido de que yo no soy nada ni puedo nada, pero que, por otra parte, debo tener una confianza

ilimitada en la fuerza de Cristo y que en El lo puedo todo. — *Ibid.*, p. 212.

Toda la historia de Jesús es el triunfo de la *Virtus Verbi*, la “fuerza del Verbo” apoyando la flaqueza de su Humanidad.

Jesús está siempre ante la *faz* de Dios y escondido en El. Su plegaria, mientras contempla la faz de su Padre, se vuelve nuestra. ¡Comprendo tan bien la palabra de San Pablo: *Libenter gloriabor...*!

Cuanto más pobre es uno, tanto más las riquezas inefables de Cristo hallan su lugar en nosotros. Nuestra miseria, reconocida y confesada, atrae sus riquezas. — *Cartas de dirección*, pp. 154-156.

4. — El estado de enfermedad

No debe extrañaros si en el estado de decaimiento en que os halláis ahora, no sentís siempre aquel fervor y ardor que deseáis tener en vuestras plegarias. La pobre alma depende de tal manera del cuerpo, que, cuando éste sufre o languidece, ella no puede gran cosa. La misma gran Santa Teresa, a pesar de su ardor y generosidad, se lamentaba amargamente de cómo la debilidad de su cuerpo impedía a su alma elevarse a Dios en la oración. Cuando soportamos este estado con paciencia, somos *mucho* más agradables a Dios y estamos mucho más cerca de su corazón que cuando nos sentimos llenos de fervor y consuelo, porque en el primer caso tenemos el mérito del sacrificio, y nuestro amor da pruebas más ciertas de que es puro y sin interés propio.

Me he apenado mucho al saber que estáis tan débil, tan enferma, o, como Vos misma decís, una florecilla que se marchita en su tallo. Todo los días pido a Nuestro Señor os dé ánimo para sufrir, soportar este estado penoso, por su amor y en unión con su decaimiento y sus sufrimientos en su Pasión. ¡Oh! si, querida hija, sufrir con Jesús es la verdadera felicidad; ¡si pudiéramos comprenderlo, porque aquel que sufre está tan cerca de su Sagrado Corazón! Conviene, pues, que con frecuencia os unáis a El por el amor y aceptéis *con El* y *por El* todo lo que Dios quiera daros. — *Cartas de dirección*, páginas 101-102.

Vuestra hermosa carta ha sido de gran alegría para mí, porque he comprendido que poseéis la verdadera felicidad de esta vida, que consiste en entregarse a la divina voluntad y hallar alegría en el cumplimiento de nuestros deberes de cada día. Sí, la vida es seria, pues se pro-

longa hasta la eternidad, y el espectáculo de la gente que parece no viven sino por el placer, es bien triste.

Ninguna felicidad hay aquí abajo sin sombra, y si vuestra salud a veces os falla, es que Dios no quiere os peguéis demasiado a esta tierra, porque nuestro verdadero *home* está en el cielo, con nuestro Padre celestial. — *Cartas de dirección*, p. 292.

No quiero pasar sin deciros una palabra, ya que estáis enferma. Cuando uno se entrega a Dios sin reserva y con *plena confianza*, cae en manos de la Sabiduría y Amor infinitos. Desde este instante, ni un cabello de nuestra cabeza cae sin su conocimiento, ni permiso. El lo ordena *todo* a este gran fin: nuestra unión con El. Por eso yo no puedo desear otra cosa, sino lo que el Amor disponga. Nosotros debemos amar en El, y con El, y como El. Yo ruego por Vos con todo mi corazón, a fin de que esta prueba os conduzca a la unión perfecta.

Yo sufro por lo que Vos sufrís, pero no quisiera desclavaros de esta cruz, sobre la cual halláis a vuestro Esposo: El es para Vos un *Sponsus sanguinis*. Estad segura de que yo no me aparto de Vos en la oración, y frecuentemente, cada día, os coloco en su Sagrado Corazón.

Me he enterado de que habéis estado muy enferma. Pido al Sagrado Corazón de Jesús que tome sobre Sí vuestros sufrimientos y los haga suyos. El ha dicho: "Todo cuanto hagáis al más pequeño de los míos a Mí lo habréis hecho." Porque nosotros somos los miembros de Jesús, y vos, sois un miembro enfermo. El Padre, contemplándoos, ve a su Hijo crucificado en vos. Vuestro *estado* es una *plegaria* continua. Pido a Jesús que una lo *más posible* vuestros sufrimientos y vuestras penas a los suyos.

Siento gran compasión por vos, según la naturaleza, pero cuando os miro *en Dios*, en quien sólo os deseo hallar, no puedo separarme de su adorable voluntad respecto a vos.

Que vuestra fuerza sea Cristo. Quiero que seáis débil, a fin de que vuestra flaqueza atraiga su compasión y os

colme de su fuerza: *Ut inhabitet in me virtus Christi* "A fin de que la fuerza de Cristo habite en mí."

...Unidos a Jesús, entramos con pleno derecho en el *sanctuarium exauditionis* (1), donde todas las peticiones son atendidas. Hija mía, cuando estáis débil y enferma, estáis como Jesús *in sinu Patris*: "en el seno del Padre", pero en la cruz. Jesús en la cruz, en la agonía, en la flaqueza, abandonado del Padre, estaba siempre *in sinu Patris*, y jamás fué tan querido del Padre, jamás tan cerca del Padre. Yo os dejo allí. En el cielo cantaréis: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuae lactificaverunt animam meam*; "Vuestros consuelos, oh Dios, me han alegrado en proporción a la grandeza de los sufrimientos que me han afligido."

Ya que no sabéis rezar mucho, lo hago yo por vos; en la Santa Misa, en el Oficio Divino, yo estoy en la boca de nuestros dos corazones, para cantar las alabanzas a la Santísima Trinidad y para abogar en favor vuestro.

¡Animo! *His qui diligunt Deum, OMNIA cooperantur in bonum*: "Todo coopera al bien de aquellos que aman a Dios." — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 277-279.

Cuando cada día, al hacer el Vía-Crucis, contemplo a Dios, el Infinito, el Todopoderoso sucumbiendo a la flaqueza y temblando en Getsemaní, comprendo que en vez de haber tomado, al encarnarse, un cuerpo glorioso, tomóse un cuerpo mortal como el nuestro *para hacer divina en El a nuestra flaqueza*. — *Un maestro de la vida espiritual*, p. 529.

Jesús me ha dado a entender que cuando dijo: *Corpus autem aptasti mihi*: "Vos me habéis dado un cuerpo", su Padre no le había dado un cuerpo glorioso o exento de flaquezas. El ha tenido, dice San Juan Damasceno, todas

(1) "El santuario donde las demandas son atendidas", y que es "el seno del Padre". No se halla esta frase en la Sagrada Escritura, pero la idea está sacada de San Pablo, Hebreos V, 6-7, VI, 19-20, VII, 25 y IX, 11-12. Este pensamiento es uno de los favoritos de Dom Marmon.

las flaquezas que no eran indignas de su divina Persona: *Vere languores nostros ipse tulit*: "En verdad ha tomado sobre Sí nuestros sufrimientos." Por esto, nos invita a participar de ellos, El los *asume*, los diviniza, y se convierten en el manantial de esta *virtus Christi*, de que nos habla San Pablo. — *Ibid.*, p. 465.

Cosa excelente es aceptar de manos del Señor sin quejarse, el cuerpo que habemos recibido, con sus flaquezas, sus pesadeces, sus sufrimientos, y decir como Cristo: *Corpus autem aptasti mihi*: Oh Padre, yo quiero este cuerpo tal como lo habéis querido para mí, con todo lo que puede acarrearle de penoso. — *Ibid.*, p. 461.

Soportar vuestros sufrimientos, vuestro estado de pesadez, con dulzura, en unión con los sufrimientos de Jesús, es *desear* mucho. — *Cartas de dirección*, p. 105.

5. — La tentación

¿Por qué permite Dios la tentación y la prueba?

HAY espíritus que se imaginan que la vida interior de las almas no es sino una ascensión dulce, agradable, sin sobresaltos, a lo largo de un camino sembrado de flores.

Ya sabéis que generalmente no es así, aunque Dios, Señor soberano de sus dones, pueda conducirnos por un camino semejante, si le place. Hace mucho tiempo que el Señor dijo en la Escritura: "Hijo mío, si quieres dedicarte al servicio de Dios, prepárate para la tentación": *Fili, accedens ad servitutem Dei, praepara animam tuam ad tentationem*. De hecho, no es posible, dadas las condiciones de nuestra actual humanidad, hallar plenamente a Dios sin ser atacado por la tentación. Y con frecuencia el demonio se ensaña contra aquellos que buscan a Dios sinceramente, y en los cuales ve una imagen más viva de Jesucristo.

Pero, me diréis, ¿no es la tentación un peligro para el alma? ¿No sería preferible en gran manera, no ser nunca tentado? Espontáneamente nos sentimos movidos a envidiar a aquel que no sufriera jamás tentación alguna: "¡Bienaventurado el hombre, diríamos gustosamente, que no tiene que sufrir tales ataques!"

Realmente, tal puede ser la apreciación de nuestra sabiduría humana. Mas Dios, que es verdad infalible, fuente de nuestra santidad y de nuestra bienaventuranza, nos dice todo lo contrario: "*Bienaventurado el hombre que sufre la tentación*": *BEATUS VIR qui suffert tentationem...* ¿Por qué el Espíritu Santo proclama a este hombre "feliz", cuando nosotros no inclinaríamos a pensar de muy

diferente manera? ¿Por qué el Angel decía a Tobías que, “*porque era agradable a Dios, convenía que estuviese sujeto a la prueba*”: *QUIA acceptus eras Deo, NECESSE FUIT ut tentatio probaret te?* ¿Será a causa de la tentación en sí misma? Evidentemente que no, sino porque Dios se sirve de ella para tener una prueba de nuestra fidelidad: nuestra fidelidad — sostenida naturalmente por la gracia — se fortalece y se manifiesta en la lucha, y la corona de la vida se otorga en fin a su victoria: *Cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae.*

La tentación que el alma soporta con paciencia es para ella una fuente de méritos y es gloriosa para Dios. Por su constancia en la prueba, el alma es un vivo testimonio de la fuerza de la gracia: “mi gracia te basta, pues es en la flaqueza donde mi poder se manifiesta plenamente”: *Sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur.* Dios espera de nosotros que le rindamos este homenaje y esta gloria.

Mirad el santo Job. La Escritura atribuye a Dios como una arrogancia por la perfección de este gran justo. Un día — el escritor sagrado ha dramatizado esta escena — que el demonio comparecía ante El, Dios le dijo: “¿De dónde vienes?” Y el demonio respondió: “De recorrer el mundo, de pasearme por él.” Y el Señor: “¿No te ha llamado la atención mi siervo Job? No hay otro igual en la tierra, íntegro, recto, lleno de temor, alejado de todo mal.” Satanás replica: “¿Qué mérito tiene en realidad mostrarse perfecto, si todo le es próspero, todo le sonríe? Mas, añade, extiende la mano, toca sus bienes, y se verá si no os maldice en vuestra misma presencia.” Dios da licencia a Satanás para que pruebe a su servidor en sus riquezas, en su familia, en su misma persona. He aquí a Job, despojado poco a poco de todos sus bienes, cubierto de lepra, tendido sobre estiércol, y obligado, por añadidura, a sufrir los sarcasmos de su mujer y de sus amigos que le incitan a blasfemar. Pero él permanece inmovible, fiel a su Dios. Ni un sentimiento de rebelión llega a su cora-

zón, ni una murmuración escapa de sus labios: *¡El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, bendito sea su santo nombre!...* Recibimos de Dios los bienes, *¡“por qué no deberemos también aceptar los males de su mano”?* *¡Qué constancia más heroica!* *¡Y cuánta gloria da a Dios este hombre abrumado de tantos males, y que, sin embargo, bendice la mano del Señor!* Sabemos que Dios, después de la prueba, dió testimonio de su lealtad, y le devolvió y multiplicó todos sus bienes. La tentación sirvió para poner en relieve la figura de Job.

La tentación realiza, además, en más de una alma, un trabajo que nada puede reemplazar.

Hay almas rectas, pero envanecidas, que no llegarían a la unión con Dios si no fuesen derribadas y abatidas. Conviene que ellas hayan como tocado con su mano el abismo de su flaqueza, y experimentado su dependencia absoluta de Dios, a fin de que no cuenten consigo mismas. Sólo la tentación les deja medir su impotencia. Cuando estas almas son zarandeadas por la tentación, sienten la necesidad de humillarse, porque se ven al borde del abismo; en estos momentos brota de ellas una gran oración que se eleva al Señor. Es la hora de la gracia. La tentación mantiene a estas almas atentas sobre su flaqueza, y conserva en ellas un continuo espíritu de dependencia hacia Dios. Para ellas, la tentación es la mayor escuela de santidad.

A otras almas les sirve la prueba para librarlas de la tibieza. Sin la tentación, se abandonarían a una dejadez espiritual; la tentación es para ellas como un estímulo; por la lucha se aviva el amor y les da ocasión de manifestarlo. Contemplad a los Apóstoles en el huerto de los Olivos. A pesar de la advertencia del Señor, su divino Maestro, de velar y rogar, duermen; no sintiendo el peligro, se dejan sorprender por los enemigos de Jesús, y huyen, abandonando a su Maestro, sin acordarse de sus protestas anteriores. *¡Qué diferente es esta manera de obrar de cuando en el lago luchaban contra la tempestad!*

tad! Ved como en presencia del peligro que les acecha y del cual se dan cuenta, despiertan a Jesús con voces llenas de angustia y le dicen: "Señor, salvadnos, que perecemos": *Domine salva nos, perimus!*

En fin, la tentación nos da la gran formación de la experiencia.

Es este un fruto precioso, porque nos hace capaces de ayudar a las almas, cuando se acercan a nosotros para buscar luz y auxilio. ¿Cómo se puede ayudar eficazmente, instruir a un alma tentada, si uno mismo ignora lo que es la tentación? San Pablo dice de Jesucristo que si "ha querido experimentar en Sí todas nuestras flaquezas, excepto el pecado, es para poder compadecerse de nuestras debilidades": *Tentatum per omnia absque peccato; in eo enim in quo passus est ipse et tentatus, potens est et eis qui tentantur, auxiliari.*

No nos espantemos, pues, del hecho de la tentación, ni de su frecuencia, ni violencia. No es otra cosa que una prueba; Dios sólo la permite para nuestro bien. Por obsesionante que sea, no es pecado, mientras no nos expongamos voluntariamente a sus dardos y no *consintamos* en ella. Se pueden *sentir* sus mordiscos o sus encantos; pero mientras se mantenga bien cerrada para ella esta fina punta del alma que es la voluntad, debemos estar tranquilos. Jesucristo está con nosotros y en nosotros: ¿quién es más fuerte que El? — *Jesucristo, ideal del monje*, páginas 215-219.

Apoyarse en Cristo en la tentación

La aceptación de la prueba, la resistencia a la tentación, se suceden continuamente durante nuestra existencia aquí en la tierra; la lucha contra las seducciones corruptoras, la paciencia en las contradicciones, queridas o permitidas por la Providencia, es cosa de todos los días: *Militia est vita hominis super terram*: "La vida del hombre en la tierra es un combate."

El primer hombre fué sometido a la prueba. Titubeó, cayó, prefirió la criatura y su propia satisfacción a Dios. En su rebelión, en su caída y en su castigo, arrastró a todo su linaje.

Por eso, ha convenido que el segundo Adán, Jesucristo, que representaba a todos los predestinados, tuviese una conducta contraria. En su sabiduría adorable, quiso Dios Padre que Cristo Jesús, nuestro Jefe y nuestro modelo, tuviese que enfrentarse con la tentación, saliendo victorioso, para enseñarnos a hacer lo mismo.

Si Cristo, Verbo encarnado, Hijo de Dios, ha querido entrar en lucha con el espíritu maligno, ¿qué tiene de extraordinario que los miembros de su cuerpo místico tengan que seguir el mismo camino?

Jesucristo, nuestro modelo en todo, ha sido tentado antes que nosotros, y no solamente tentado, sino tocado por el espíritu de las tinieblas; ha permitido al demonio poner mano sobre su santa humanidad (1).

No olvidemos que no solamente como Hijo de Dios ha vencido al diablo, sino también como Jefe de la Iglesia; en El y por El hemos triunfado y triunfaremos aún nosotros de las sugerencias del espíritu rebelde.

Esta es, en efecto, la gracia que nos ha merecido nuestro divino Salvador por este misterio; allí hallamos la fuente de nuestra confianza en las pruebas y tentaciones. *Jesucristo en sus misterios*, pp. 205-206; 210-211.

“Dios, nos dice San Pablo, no permite seamos tentados más de lo que consienten nuestras fuerzas; pues con la tentación nos proporcionará, por su gracia, un feliz éxito, dándonos fuerza para soportarla.” El mismo gran Apóstol es ejemplo de ello. Nos dice que, para que no se enorgullezca de sus revelaciones, Dios le ha enviado lo que El llama “aguijón en su carne”, símbolo de tentación; le ha “dado un ángel de Satanás que le abofetea”. “Por tres

(1) Ver la conferencia X de *Jesucristo en sus misterios*; *La tentación de Cristo*. pp. 206-219.

veces, añade, he rogado al Señor que me librara de él, y el Señor me ha dado por respuesta: Mi gracia te basta, porque es precisamente en la flaqueza del hombre (es decir, haciéndolo triunfar por mi gracia) donde se muestra mi poder.”

En efecto, es la gracia divina el medio que debe ayudarnos a superar la tentación; pero debemos pedirla. En la plegaria que nos enseñó Cristo, nos hace suplicar a nuestro Padre celestial que “no nos deje caer en la tentación, mas que nos libre del mal.” Repitamos con frecuencia esta plegaria, ya que Jesús la ha puesto en nuestros labios; repitámosla, apoyados en los méritos de la pasión del Salvador.

Nada hay tan eficaz contra la tentación como el recuerdo de la cruz de Jesús. — ¿Para qué vino Cristo a este mundo sino, en resumen, “para deshacer la obra del diablo?” Y ¿cómo la ha deshecho, cómo ha “arrojado fuera al demonio”, sino, como dice El mismo, por su muerte en la cruz? Durante su vida mortal, Nuestro Señor expulsó los demonios de los cuerpos de los posesos; los arrojó asimismo de las almas, cuando perdonaba los pecados a la Magdalena, al paralítico y a tantos otros; pero, sobretodo, como ya sabéis, por su Pasión bendita redujo a ruinas el imperio del demonio; precisamente cuando, naciendo morir a Jesús en manos de los judíos, el demonio creía triunfar definitivamente, recibió su golpe mortal. Pues la muerte de Cristo ha destruído el pecado, y ha dado derecho a todos los bautizados a la gracia de morir al pecado.

Apoyémonos, pues, por la fe en la cruz de Jesucristo; su virtud no se ha agotado; nuestra condición de hijos de Dios y nuestra calidad de bautizados nos dan este derecho. Por el Bautismo, hemos sido signados con el sello de la cruz, hemos sido hechos miembros de Cristo, ilustrados por su luz, participando de su vida y de la salvación que nos otorga. Por tanto, unidos a El, ¿qué podemos temer? *Dominus illuminatio et salus mea; quem timebo?*

El acudir a Cristo Jesús es el medio más seguro para vencer la tentación; el demonio teme a Cristo y tiembla ante su cruz. ¿Nos sentimos tentados contra la fe? Digamos al momento: "Cuanto Jesús nos reveló, lo recibió de su Padre: El es el Hijo único que, del seno del Padre, ha venido para revelarnos los secretos divinos que El sólo puede conocer; El es la verdad. Sí, Señor Jesús, yo creo en Vos, aumentad mi fe" — Si nos sentimos tentados contra la esperanza, miremos a Cristo en la Cruz: ¿no se ha convertido en propiciación por los pecados del mundo entero? ¿No es El el Pontífice Santo, que ha penetrado por nosotros en el cielo e interpela sin cesar a su Padre en favor nuestro? *Semper vivens ad interpellandum PRO NOBIS*. Y el ha dicho: "Si alguno viene a Mí, no le rechazaré": *Et eum qui venit ad me non eiiciam foras*. — ¿Intenta la desconfianza en Dios penetrar en nuestro corazón? Mas ¿Quién nos ha amado más que Dios, más que Cristo?: *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me*. — Cuando el demonio nos inspire sentimientos de orgullo, contemplemos a Jesucristo: Era Dios, y se anonadó y humilló hasta la muerte ignominiosa del Calvario. ¿Puede el discípulo ser menos que su maestro? — Cuando el amor propio herido nos sugiere vengarnos de las injurias que se nos hacen, miremos también a Jesús, nuestro modelo, en su Pasión: "No apartó su faz de los que le escupían y abofeteaban": *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me*. — Si el mundo, cómplice del demonio, quiere hacer brillar ante nuestros ojos las alegrías insensatas, vanas y pasajeras, refugiémonos cerca de Cristo, a quien Satanás prometía la gloria y el universo, si quería adorarle: "¡Jesús mío, sólo a Vos quiero seguir: no permitáis que me aparte de Vos!" — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 221.

Tentaciones contra la fe y la esperanza

Atravesáis una de estas terribles pruebas que debe pasar toda alma llamada a una unión íntima con Jesús: "Porque erais agradable a Dios, dijo el Angel Tobías, ha sido preciso que la tentación os probase." Hijo mío, vos no podéis ir a Dios sino en unión con Jesús: "Yo soy el camino, *nadie* va al Padre sino por Mí." Pues bien, Jesús ha ido a su Padre pasando por Getsemaní y el Calvario, y toda alma unida a El debe pasar por el mismo camino.

Estas tentaciones contra la fe son una verdadera crucifixión, y, sin embargo, vos creís realmente, pero inconscientemente, y es porque vuestro amor subsiste y parece que precede vuestra fe. El demonio hace todos los imposibles para arrojaros en la desesperación, porque día vendrá en que estaréis íntimamente unido a Aquel que él odia; por eso, arroja la obscuridad y la turbación en vuestra alma, pero este es el camino por el cual deben pasar todas las almas interiores para lograr la unión perfecta: "Bienaventurado el hombre que sufre tentación, porque después de la prueba recibirá la corona de la vida."

El Espíritu Santo dice: "Bendito sea el hombre que es tentado" y Santiago escribe: "Hermanos queridos, llenaos de gran gozo, cuando paséis por muchas pruebas."

Las tentaciones contra la fe y la esperanza son las más angustiosas y una verdadera agonía, pero muy saludables. El secreto subconsciente que desea a Dios es la señal cierta de la presencia del Espíritu Santo en vuestra alma.

Esto es la visión de la hermosura de Dios en la obscuridad de la fe. Pero, de la misma manera que la visión beatífica, de la cual disfrutaba siempre el alma de Jesús, no disminuyó su agonía, ni impidió a su alma estar triste hasta la muerte, así pasa con la vuestra. Es vuestro purgatorio, y Nuestro Señor mantiene vuestra alma en estas llamas hasta que hayan desaparecido todo el egoísmo y

el buscaros a vos mismo, luego entraréis en la incomparable grandeza de Dios.

La verdadera naturaleza de la prueba por la que pasáis está en la terrible incertidumbre en que deja al alma por lo que se refiere a su estado. Le *parece* haber perdido toda su fe y su amor, porque no *siente* nada. Es la fe pura, desnuda. Este deseo de Dios es una plegaria poderosísima y constante, porque Dios lee los más íntimos pensamientos de nuestros corazones: y esta sed de El es un camino que nos conduce al corazón de su Padre: "Tu oído ha entendido el deseo del pobre", y nadie es tan "pobre" como el que sirve a Dios en medio de las pruebas de una fe pura.

Así pues, ánimo. Estáis en el verdadero camino, y de lo que tenéis necesidad, es de una *gran* paciencia y una confianza absoluta en la solicitud llena de amor de Nuestro Señor. Vos le sois muy querida, aunque podáis creer lo contrario. El desea que veáis lo miserable e indigna que sois, y que es por pura misericordia suya por lo que os estrecha sobre su Corazón. En la eternidad, Dios se os dará con todo el esplendor de su belleza inmutable. Aquí abajo, su gloria exige el ser servido *por la fe*. Procuremos, pues, servirle en la fe, tal como si le contempláramos en visión.

Prácticamente, adorad profundamente a Dios; luego decidle que aceptáis *todo* cuanto El ha revelado *según su sola palabra*, y, como la Iglesia habla en su nombre, que aceptáis su voz y sus enseñanzas como la suya. Haced estos actos por amor, aunque no experimentéis ningún sentimiento. — *Cartas de dirección*, pp. 123-126. (1).

Pasáis por el invierno, pero es para llegar a una unión más grande. Por el momento, permaneced *unida* (a Jesús) por *la fe*. Pero la fe tiene sus tinieblas como sus claridades, y Dios es tan bueno cuando se manifiesta en las tinieblas de la fe, como cuando aparece en el Thabor de la consolación. — *Ibíd.*, p. 121.

(1) Ver otros puntos tratados en *L'Union à Dieu dans le Christ*, ch. IV *La Foi*, pp. 134-138.

Adorar los designios de Dios en los acontecimientos que nos desorientan (1)

En medio de los dolorosos acontecimientos de la guerra, más que nunca, busquemos nuestro apoyo en las palabras de la Sagrada Escritura, en las comunicaciones íntimas con Dios. A veces, cuando se vive unido de esta manera con el Señor, El eleva nuestra alma por encima de los acontecimientos terrestres, y uno se encuentra seguro. No hay duda de que no podemos dejar de interesarnos por los graves acontecimientos que se desarrollan ante nuestra vista, ni nos podemos absorber en una contemplación que nos abstraiga de lo demás. No. Mirad a Jesucristo. Derramó lágrimas sobre Jerusalén, su patria. Y ¿por qué? Porque previó males idénticos a los que actualmente nos afligen. El estoicismo no es piedad, es una afectación. Permanezcamos unidos al Señor, adoremos los designios de su Providencia; tiene sus planes y los realizará. Y recordemos que todo nuestro apoyo, toda nuestra confianza descansa en Dios: "Que los demás, como dice el Salmista, pongan su confianza en sus carros y sus caballos; nosotros invoquemos el nombre del Señor nuestro Dios; que El salve al Rey y que nos atienda el día en que le invoquemos." — *Un maestro de la vida espiritual*, páginas 206-207.

Tentaciones de desaliento

Para vos, el único peligro real, actualmente, es que cedáis a la tentación de desaliento. Todo nubarrón oscuro tiene un fondo de plata, y, después de la tempestad, viene la calma. Y estoy seguro de que, cuando esta prueba haya

(1) Palabras dirigidas en Agosto de 1914 a las Benedictinas de Maredret.

realizado su obra en vuestra alma, cesará, y gozaréis de una paz y unión con Dios como jamás habréis tenido. Uno de los frutos principales que pretende el Señor dar a vuestra alma por esta cruz es el de una *resignación* y una *sumisión* ABSOLUTAS a su santa voluntad. Procurad lograr esta disposición en vuestra alma, y esto apresurará el fin de la prueba. — *Cartas de dirección*, p. 89.

Tenemos conciencia de nuestras flaquezas, las sentimos profundas, a veces abrumadoras; ¿será esto motivo para desanimarnos? Muy al contrario. El Señor se complace ir en busca de lo más débil: *Infirmi mundi elegit Deus*. Y ¿para qué? *Ut non gloriëtur omnis caro in conspectu ejus*. “A fin de que ningún ser se gloríe de sí mismo.”

Si los gemidos por nuestra miseria acaban en una confianza inmensa en Dios, son saludables, y el Señor los escucha favorablemente.

Pero, si nos causan desaliento, son más bien una injuria a Dios, un olvido de sus bondades; demuestran que nada hemos comprendido de los caminos del Señor. Entonces nos parecemos a los judíos, que, a pesar de tantos beneficios de que les había colmado el Señor, “se olvidaban de la multitud de sus misericordias”: *Non fuerunt memores multitudinis misericordiae tuae*. ¿Que no se os deba hacer nunca semejante reproche! — *Mélanges Marmon*, pp. 11 et 14.

El desaliento no puede penetrar en un alma completamente entregada a Dios, ni causarle turbación; ella sabe algo de los “tesoros insondables de Cristo”, *investigabiles divitias Christi*. Sin duda, de por sí, nada puede, ni tan sólo tener un buen pensamiento meritorio para el cielo, pero se somete al orden querido por Dios, autor de la vida sobrenatural, y sabe que, en este orden, está comprendida el poder que posee de apropiarse las riquezas de Jesús: “Todo lo puedo en Aquel que me conforta”: *Omnia possum in eo qui me confortat*; ella sabe que, con El, por El y en El, es “rica con las riquezas mismas de Cristo. de manera que de hecho nada le falta”: *Divites facti estis...*, *ita*

ut nihil vobis desit in ulla gratia. Su confianza es inquebrantable, porque pertenece a Aquel que para ella es camino, luz y vida; Aquel que es el Maestro por excelencia, el Buen Pastor, el Samaritano caritativo, el amigo fiel. Nuestro Señor manifestó a un alma que una de las razones de su generosidad con Santa Gertrudis era la confianza absoluta que esta gran monja tenía en su bondad y en sus tesoros. — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 591.

6. — Dificultades y pruebas en el cumplimiento de los deberes de estado (1)

Es imposible ir al cielo por otro camino que el seguido por Cristo: el camino de la cruz. Esta cruz, la encontraréis cada día en una u otra forma. La gracia está en aceptarla *en unión con Jesús*. Porque es esto lo que le da todo su mérito.

Dios no nos ha dado esta vida como un paraíso. Es tiempo de prueba, seguido de una eternidad de alegría y de descanso. Cristo sufrió toda su vida, porque la sombra de la cruz le seguía por doquier, y aquellos a quienes El ama participan un poco toda su vida de esta cruz. Las contrariedades, las equivocaciones, las penas del corazón y del cuerpo, las dificultades de la casa, todo esto es porción de vuestra cruz, y, cuando las aceptáis, estas penas se convierten en santas y divinas por su unión con las de Jesucristo. La virtud que yo deseo, sobre todo, hallar en vos hacia nuestro prójimo es la *paciencia*. La paciencia nos une estrechamente a Cristo doliente, como María estuvo unida a Jesús al pie de la cruz.

Que Jesús os bendiga por haber llevado por su amor las penas, molestias, las preocupaciones de la maternidad a fin de darle almas que le alaben eternamente. María también os bendecirá por haber compartido con ella su maternidad divina (2). San Beda nos dice que cada vez que enseñamos a un alma a conocer y amar a Jesús, engendramos a Cristo en ella. Así vos seréis doblemente madre de vuestros hijos.

(1) Para no alargar excesivamente esta sección, nos limitamos a los deberes de estado de las personas que viven en el mundo.

(2) Estas líneas fueron escritas al final de una felicitación de Navidades; de ahí esta alusión a la maternidad de la Virgen María.

Es muy natural que de vez en cuando estéis cansada y en un estado de aridez y de tedio. Todas las almas que aspiran a la unión con Jesucristo deben pasar por aquí. Este sentimiento de incapacidad, de flaqueza, de tedio es necesario para que nuestro orgullo no se atribuya lo que nos viene de Dios. El sentimiento de paz que casi inconscientemente notáis en el fondo de vuestro corazón es la señal de la presencia del Espíritu Santo en el fondo del alma.

Jesús es el *Cordero de Dios*, y su inmolación consiste precisamente en que se *entregó* como un corderito a todos los sufrimientos que su Padre quiso permitir para El. No apartó su faz de los que le escupían en pleno rostro. No abrió su boca. Si queremos estar unidos a este Cordero divino, debemos entregarnos *con fe desnuda* en manos de Dios que nos aflige, a todos los sufrimientos que permiten su amor y su sabiduría. Esta es la mejor y más sublime de las inmolaciones. Jesús pasó por el tedio, el miedo, la fatiga. El comprende todo esto.

Tengo la convicción de que una mujer como vos, esposa fiel, madre de numerosa familia, con todas sus responsabilidades, es muy agradable al Corazón de Jesús. El es el amigo fiel que conoce a fondo todas vuestras dificultades y que en su amor cuida de suplir lo que falta en vuestras acciones.

Estamos llenos de miseria, pero tenemos el insigne honor de ser miembros de Cristo; es esto lo que nos hace merecedores de las caricias de nuestro Padre celestial. Vivid unida a Jesucristo, y, en El, entregada al Padre.

Vuestra alma está en manos de Dios; El la ama, la mira continuamente y la hace pasar por los estados que, en su sabiduría, ve le son necesarios. Así como la tierra debe pasar por la muerte del invierno y el grano de trigo debe morir antes de dar los frutos de la cosecha, así nuestra alma debe pasar por la prensa de la tentación y de la flaqueza para ser revestida, por Cristo, de su virtud y de su vida divina. Cuanto más conozcamos nuestra flaque-

za y este fondo de maldad que hay en nuestro corazón, tanto más honraremos al Señor creyendo en la grandeza de su bondad y de su misericordia.

Cada vez veo más claro, querida hija, que no hay virtud sólida sino tiene por base la compunción y el conocimiento *verdadero* de nuestra miseria. Según el plan divino, Dios debe ser glorificado por el poder de su gracia. Los que no *sienten*, los que no *ven* su miseria, desconocen la necesidad que tienen de la gracia. Por esto, San Pablo se alegra en el reconocimiento de su debilidad, a fin de que toda su fuerza le venga de Cristo: "Yo me glorío de mis *flaquezas*, a fin de que habite en mí la fuerza de Cristo." He aquí por qué Dios nos conduce por este camino. — *Cartas de dirección*, pp. 145-147.

Vuestra cariñosa carta me ha satisfecho mucho, porque veo buscáis a Dios sinceramente. Os lo digo con toda franqueza, creo que Dios os ama mucho, y que las pequeñas molestias de esta vida son esta porción de la cruz de Jesús que os debe unir a El. Dios no pide a una mujer casada y ligada al mundo las austeridades y mortificaciones que pueden practicar las almas en el claustro. Pero le envía otras pruebas adaptadas a su estado y que la hacen tan agradable a su divina Majestad.

Nuestro Señor os pide:

1. — Aceptar cada día las penas, los deberes y las alegrías que os envía, como Jesús aceptaba todo cuanto le venía de su Padre. Cuando San Pedro quería apartarle de su Pasión, por el gran afecto que le tenía, Jesús le replica: "¿Es que acaso no debo beber el cáliz *que mi Padre me presenta?*". He aquí, hija mía, la respuesta que debéis dar cuando os parece estáis abatida por el sufrimiento.

2. — El perfecto cumplimiento de vuestros deberes:

a) *Respecto a Dios*. — La oración, la misa, la Sagrada Comunión. No muchas oraciones, sino una gran fidelidad en recitar aquellas que se han ofrecido a Dios como un deber, sobre todo la oración en familia.

b) *Respecto del prójimo.* — Respecto de vuestro marido. El matrimonio, dice San Pablo, es la imagen de la unión de Cristo y de la Iglesia y el sacramento del matrimonio os da *una participación continua* de la unión de Jesús y de su Iglesia. Hasta tal extremo amó Jesús a su Iglesia que murió por ella, y Ella, en cambio, le ama como a su Dios y su Esposo. Es así como debéis amar a vuestro esposo como representante para vos de Cristo.

Respecto a vuestros hijos. La gracia de la maternidad es una prolongación del corazón de Dios, que El pone *en el corazón de la madre*, a fin de que ame y guíe a sus hijos según el beneplácito divino.

c) *Respecto a vos misma.* — Ahora, no os convienen otras mortificaciones que las que Dios os envía todos los días. Pero conviene santificarlas, uniéndolas a los sufrimientos de Jesucristo.

Estad alegre y contenta, natural y recta como sois, y Dios os bendecirá. — *Cartas de dirección*, pp. 61-63.

Estoy abrumadísimo de trabajo, pero no puedo dejar mi pobre hija en la tristeza y amargura (1). La tristeza es mala para el cuerpo, el corazón y el alma. Pues bien, hija mía, conviene hacer un gran esfuerzo para animarse.

...En la prueba, se halla a Dios, se comprueba lo falso y poca cosa que es el mundo. Conviene aprovecharse para volveros más y más a Dios, pero, como vuestra vocación es la de ser madre de familia en el mundo, no debéis encerraros en negra tristeza, sino empezar a pensar en lo venidero. Yo ruego por vos todas las mañanas en la Santa Misa, a fin de que Nuestro Señor os conceda la gracia de realizar el ideal de la perfecta cristiana.

Jesús es el modelo de todos sus discípulos. Pues, Jesús es Dios perfecto y hombre perfecto. Para imitarle, debéis procurar que la vida divina reine en vos por la gracia y la unión con Dios. Procurad que *la humanidad* llegue a ser

(1) Lo que sigue hasta el fin del capítulo fué escrito a la misma persona.

perfecta en vos, por la práctica de todas las virtudes que adornan la naturaleza humana. Estas virtudes son humanas en su manifestación, pero divinas en su fuente y en su raíz.

Pobre hija mía, siento todas vuestras penas, pero sé que con frecuencia la prueba nos echa en brazos del Padre celestial que es el único que nos ama eficazmente.

Deseo que os abandonéis ciegamente en las manos de Dios. El os conducirá con seguridad a Sí y todo lo dispondrá de la mejor manera, según la fidelidad de vuestra confianza en El.

Pido (1) de todo corazón que Jesús encuentre en vuestro hogar la imagen de su unión con su esposa la Iglesia; eso os merecerá su protección y todas las gracias y favores que necesitáis.

Veo que Nuestro Señor os da la luz y fuerza para ver la obra sagrada de la maternidad desde su verdadero punto de vista. Vuestros sufrimientos son la prueba más cierta de la bendición divina para el niño que lleváis, y un manantial fecundo de méritos y de santificación para vos.

Vuestra amable carta ha sido para mí de gran alegría, porque he comprendido que poseáis la verdadera felicidad de esta vida que consiste en entregarse a la divina voluntad y encontrar la alegría en el cumplimiento de nuestros deberes cotidianos. Sí, la vida es seria, porque se prolonga hasta la eternidad, y el espectáculo de la gente que parece sólo vive para el placer es muy triste. Estoy contento de que hayáis hallado en vuestro querido N... el compañero de vuestra vida, de vuestras alegrías y de vuestras penas.

Aquí abajo no hay felicidad sin sombra, y si a veces vuestra salud os flaquea, es que Dios no quiere que os apeguéis demasiado a esta tierra, porque nuestro verdadero *home* está en el cielo, con nuestro Padre celestial.

(1) En vísperas de la boda de su correspondiente.

...Bendigo a Dios que os da la santa fecundidad y el honor de preparar corazones puros que le alaben eternamente

Yo estaba *tan, tan* contento de vuestro gozo y, he aquí que viene la prueba. Todas las grandes obras de Dios se basan en la cruz, y así vuestra vida de esposa y de madre debe comenzar por la cruz.

Nuestro descanso perfecto es el paraíso. Aquí abajo debemos permanecer cerca de Jesús, y en la tierra Jesús se manifiesta sobre todo en la cruz. Es su retrato oficial. Nos da pequeños gozos para que podamos soportar la vida y merecer nuestro cielo, pero mezcla con ello la cruz. El hará *ciertamente* que se arreglen vuestros asuntos, si confiáis en su amor. No penséis demasiado en lo venidero. Vivid el presente. Lo venidero llevará sus gracias, cuando llegue la prueba — *Cartas de dirección*, p. 289 y sig.

7. — Humillaciones

JESUCRISTO quiere sobre todo que aprendamos “que es dulce y humilde de corazón”. En Cristo no existía defecto moral o imperfección que pudiese ser motivo de humillación. ¡Muy al contrario! Su humanidad es la humanidad de un Dios: *Non rapinam arbitratus est esse se aequalem Deo*: “No creyó fuese usurpación el creerse igual a Dios”; en ella hay contenidos “todos los tesoros de ciencia y sabiduría”, porque en El “habita la divinidad corporalmente”; su perfección es admirable; no solamente “nadie ha podido convencer al Señor de pecado”, antes bien El “ha hecho siempre lo que era agradable al Padre”. ¿Qué perfección puede compararse a ésta? Ninguna flaqueza moral alcanza “a este pontífice santo, inmaculado, más alto en santidad que las cumbres del cielo”.

Pero esta humanidad era creada, y, como criatura, se anonadaba ante Dios con reverencia infinita. Para reconocer los derechos soberanos de su Padre, Jesús se le ofreció en una sumisión perfecta que llegó hasta la muerte: *Exinanivit semetipsum factus obediens usque ad mortem*: “Se anonadó, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz.” Por nosotros ha pasado por todas las humillaciones; los judíos le han llamado “poseído del demonio”; le han acusado, cuando obraba los milagros, de obedecer las inspiraciones de Belzebú, príncipe de las tinieblas; han intentado apedrearle. Llegó luego la hora de la Pasión. El, que es el Eterno, Hijo de Dios, Todopoderoso y Sabiduría infinita, El, ha sido “saturado”, — “embriagado”, según el término expresivo empleado por Bosuet, — “de oprobios”: *Saturabitur opprobriis*. Atado como un malhechor, es abrumado con falsos testimonios; es abofeteado por un criado en pleno tribunal, cubierto de

esputos. Conducido ante Herodes, es cubierto de una ropa que atrae sobre El el insulto, rodeado de una soldadesca grosera y brutal, delante de un hombre que sólo tiene para El "desprecio": *Sprevit illum*. ¿Quién hubiera podido pensar en tales humillaciones? Un Dios, que gobierna por su sabiduría y su poder el cielo y la tierra, tratado como un insensato, como un rey de farsa con el cual se divierte... Suponed que es a nosotros a quienes se dirige la más pequeña de las humillaciones, ¿qué diríamos nosotros? ¿Sabríamos mantener la grandeza de ánimo necesaria "para abrazar la paciencia y guardar silencio"? San Benito, al escribir estas palabras, tendría seguramente en su pensamiento el ejemplo de Cristo abrumado con insultos en los días de su Pasión: *Jesus autem tacebat*. Cristo, exteriormente, callaba; mas, en su Corazón repetía los versos proféticos que el salmista había pronunciado, refiriéndose a El: "Ya no soy hombre, sino gusano de la tierra, oprobio del mundo, deshecho del pueblo": *Ego autem sum vernis et non homo, opprobrium hominum et abjectio plebis*.

¿Por qué todas estas humillaciones? ¿Por qué bajar a estos abismos? Para expiar nuestro orgullo y nuestro amor propio. Para enseñarnos lo que debe ser nuestra humildad. "Cristo no dijo: aprended la humildad de los apóstoles, aprended la de los ángeles; no, dice: aprendedla de Mí, mi majestad es bantante grande para que mi humildad llegue al abismo." — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 326, 327-328.

Yo he rogado desde el fondo de mi corazón para que Dios y su Santo Espíritu se dignen daros la luz y fuerza para que sepáis hallar en la prueba que os ha mandado no la amargura, sino una santa alegría, en unión con la de Jesús en su Pasión. Bien cierto es que nuestro Padre de los cielos nos ama tanto que no cae un sólo cabello de nuestra cabeza sin su permisión. Estoy convencido de que todo cuanto os ha sucedido, hasta en los más ínfimos detalles, era conocido y querido por El para vos... Deseo ar-

diariamente que os unáis a Jesús en su aceptación de las humillaciones que pasó por nosotros: *Saturabitur opprobriis*: "Fué saturado de oprobios." Mientras no hayáis abrazado no solamente su cruz, sino sus humillaciones, no seréis *toda suya*; y no podréis gozar de su paz y alegría. El ha llegado hasta lo más profundo del abismo; lo ha sentido más vivamente que ninguno de los mortales puede sentirlo — ¡era tan noble, tan veraz! — pero se abrazó a la prueba y la amó, porque era la voluntad de su Padre. He aquí lo que yo deseo de Vos — lo que El desea de Vos. Que Dios os bendiga y os ame. — *Mélanges Marmion*, páginas 111-112.

Ha llegado la hora del sacrificio. Ya Jesús os asocia a sus sufrimientos, a sus ignominias. Herodes le trató de insensato, a El, Sabiduría eterna; Pilatos le trató de seductor, el pueblo prefirió a Barrabás. Y vos, que aspiráis a una unión tan íntima con El, empezáis a ser despreciado y desconocido por este mundo que os habría llenado de adulaciones, si le hubieseis querido sonreír. ¡Animo! Es señal evidente de que Nuestro Señor os quiere unir muy íntimamente a El y asociaros a las obras que ha hecho a gloria de su Padre... ¡Que os desprecien, que os traten de egoísta e ingrato, básteos que Jesús vea vuestro corazón! — *Cartas de dirección*, pp. 89-90.

Para vos, escribe admirablemente a una de su hijas espirituales, Dios os deja vuestras pequeñas miserias. Os convienen:

1. — Para manteneros en esta humillación que os causan, y donde el Señor os vendrá a buscar *siempre*.

2. — Para que déis gloria a Jesús, que obra en vos, y no os atribuíáis alguna cosa buena que podríais creer ser hecha por vos misma. — *Ibíd.*, p. 84.

En cuanto a lo que se refiere a vuestras debilidades, vuestros desfallecimientos, el Señor los permite para manteneros en la humildad y el sentimiento de vuestra nada. El Señor puede sacar bien de nuestras miserias, y cuando hayais sido infiel, cuando os haya faltado la confianza

y el abandono en su santa voluntad, si os humilláis profundamente, no saldréis perdiendo, antes bien adelantaráis en la virtud y en el amor de Dios. Si todo os saliera como queréis, si tuvieseis siempre una salud robusta, si todos vuestros ejercicios de piedad se hicieran a satisfacción vuestra, si no tuvieseis dudas, la incertidumbre del porvenir, etc., con vuestro carácter, pronto estaríais llena de suficiencia y de secreto orgullo; y en vez de mover la bondad del Padre de las misericordias y atraer su compasión para su pobre, débil criatura, seríais abominación a los ojos de Dios: *Abominatio Domino est omnis arrogans*: "Toda persona *arrogante* es abominable a los ojos del Señor." Dejaos, pues, trabajar. Nuestro Señor os ama, penetra hasta el fondo de vuestra alma, hasta los repligues desconocidos por vos misma, y sabe lo que os conviene; dejadle obrar, y no intentéis imponer vuestra manera de ver a Nuestro Señor, antes bien seguid la suya con toda sencillez.

Las incertidumbres, las angustias, los disgustos son remedios muy amargos necesarios a la salud de vuestra alma. Sólo hay un camino que conduce a Jesús: es el del Calvario; y el alma que no quiere seguir a Jesús por este camino debe renunciar a la unión con Dios: "El que quiera seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame."

¡Animo, pues! Yo tengo tanta necesidad como vos de estas consideraciones, porque a la naturaleza no le gusta el sacrificio, pero el premio del sacrificio—el amor de Dios—es tan grande, que debemos estar dispuestos a soportar mucho más para lograrla. — *Cartas de dirección*, pp. 84-86.

8. — Pruebas interiores

CUANDO Dios quiere conducir un alma a la cumbre de la perfección y de la contemplación, la hace pasar por grandes pruebas. Nuestro Señor lo ha dicho: Cuando una rama unida a Mí, que soy la vid, lleva fruto, mi Padre la poda: *Purgabit eum*. ¿Y para qué? Para que dé más fruto: *Ut fructum plus afferat*. Son duras pruebas, que consisten sobre todo en tinieblas espirituales, en sentimientos de abandono de Dios, por las cuales el Señor cava en el alma para hacerla digna de una unión más íntima y más sublime. — *Jesucristo en sus misterios*, p. 181.

Si no supiera que vuestra alma está en manos de Jesucristo y que *nada* puede sucederos sin haber pasado por su Sagrado Corazón, estaría ansioso desde que he recibido vuestra carta. Porque nuestras almas están tan unidas en Jesucristo que vuestros sufrimientos son los míos, y yo sé *por experiencia* qué sufrimiento más cruel es ese por que pasáis. Santa Teresa tuvo pruebas semejantes, como Sor María de la Encarnación y tantas otras. Estoy convencido de que es una parte de la crucifixión por la cual quiere Nuestro Señor que paséis.

Mediante el desprendimiento sucesivo (de la criatura) Dios acaba por ser *nuestro todo*, y, por el momento, esta privación de todo consuelo humano es casi como la muerte. Yo he pasado por ello, y creo que la pobre flaqueza humana no podría soportar tal prueba si debiera alargarse; pero, poco a poco Dios llega a ser nuestro *Todo*, y en El encontramos aquello que nos parecía haber perdido.

He rogado mucho por vos, precisamente porque creo que Dios os ha confiado a mí para cultivaros y prepararos a la unión íntima con El, y, además porque yo *siento* cuanto vos sufrís. Semejantes pruebas son con frecuen-

cia, para almas como la vuestra, punto de partida de una vida muy perfecta Dios quiere estas almas *enteramente*: *Deus meus et omnia*: "Mi Dios y mi todo", pero durante todo el tiempo que continúen apoyándose en el auxilio humano, por legítimo y santo que sea, no podrá El ser su todo. Esta es la perfección de la virtud de la pobreza: es una esperanza perfecta de haber perdido todo consuelo creado y de apoyarse sólo en Dios. — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 278-281.

Os habéis dado enteramente a Nuestro Señor y El os ha tomado la palabra. No es poca cosa el darse al Señor sin reserva ninguna. El ve hasta lo más profundo de nuestro corazón. Ve allí las miserias, flaquezas, la posibilidad de caer que vos no prevéis, y, en su misericordia y sabiduría infinitas, os hace seguir un tratamiento que produce excelentes frutos en vuestra alma, aunque su gusto sea amargo. No conviene nunca mirar atrás, sino abandonarnos absolutamente en manos de Dios. Es imposible llegar a una unión íntima con Dios sin pasar por estas pruebas interiores. No os desaniméis porque sentís tan gran repugnancia a los sufrimientos. Nuestro Señor mismo sintió esta misma repugnancia y el Espíritu Santo inspiró a los Evangelistas el describirnos con todo detalle esta terrible agonía de Nuestro Señor en el Huerto de los Olivos, para que las almas atribuladas pudiesen consolarse a la vista de su Dios abatido por el dolor y el tedio. Por esto, San Pablo nos dice: "No tenemos un Pontífice que no sepa compadecerse de nuestras flaquezas, antes bien, ha sido probado en todo como nosotros, menos en el pecado."

¡Buen ánimo, pues! De parte de Dios os aseguro que estáis en buen camino, y que, sufriendo con paciencia y amor, dais gloria a Nuestro Señor y cumplís su Santa voluntad. — *Cartas de dirección*, pp. 86-87.

Siento intensa compasión por vos, y ruego por vos *de todo mi corazón*, pues sé la prueba por la que atravesáis. No, hija mía, esto no es orgullo, — sin duda, hay orgullo en nosotros — pero esta no es la razón de esta soledad, de

este terrible aislamiento y deseo y hambre del amor de Dios, no; ésto es obra del mismo Dios. El purifica vuestra alma para disponerla a la unión con su divino Hijo. "Si alguien lleva frutos, mi Padre lo podará, para que los dé más abundantes." Ahora, yo deseo que confiéis en mí y creáis mis palabras. No es nuestra perfección lo que atrae a Dios, que está rodeado de miles de ángeles. No, son nuestra miseria y pobreza, *reconocidos* lo que atrae su misericordia. Todas las obras de Dios respecto a nosotros son consecuencia de su *misericordia* (la misericordia es la bondad movida a compasión a la vista de la miseria), y por esto, el gran San Pablo dice: "Dejad que los demás vayan a Dios fiados en la perfección de su vida (como los fariseos), para mí, yo me glorío en mis flaquezas, para que mi fuerza pueda derivarse de su gracia." Si llegaseis a comprender que no sois nunca tan amado de Dios, que nunca le dais tanta gloria, como cuando, en la plena comprensión de vuestra miseria e indignidad, contempláis su *infinita* bondad y os arrojáis en su seno, creyendo por la fe que su misericordia es *infinitamente mayor* que vuestra *miseria*. San Pablo nos dice que Dios ha hecho todas las cosas *in laudem gloriæ gratiæ suæ*: "Para alabanza de la gloria de su gracia." Pues bien, el *triunfo* de su gracia tiene lugar cuando levanta a los miserables y los impuros y los hace dignos de la unión divina. Contemplad a María Magdalena. Era *pecadora de profesión*, tenía siete demonios en su cuerpo, que Jesús expulsó, y, sin embargo, no sólo le permite tocar sus pies divinos, sino que fué la primera a quien se apareció en el amanecer de Pascua. Es un esposo infinitamente rico y poderoso, y cuando escoge a una pequeña y pobre criatura, como vos, para unirla a Sí, su alegría consiste en enriquecer su pobreza y revestirla de su propia belleza. Actualmente, pasáis por un período de prueba, pero Jesús os *ama mucho* ¡Es tan feliz al ver que vos deseáis ser amada de El! Esto no es amor propio, es el deseo de aquello que Dios desea que vos queráis. ¡Cómo desearía poder metéroslo en vuestra cabeza y

mantener vuestros ojos fijos en El — en su bondad — y no en vuestro pequeño “yo”! “Buscad al Señor, buscad continuamente su faz.” — *Cartas de dirección*, pp. 138-140.

Vos pasáis precisamente lo que *todas* las almas llamadas a una unión íntima con el “Crucificado” deben sufrir. A veces, Dios permite que toda clase de pruebas — mala salud, tedio, tentaciones, etc., — inunden el alma, para purificarla. Ella debe *experimentar* su absoluta dependencia de El. Las almas unidas a Nuestro Señor, cuya vida entera tiene su principio en El, sufren más que las otras cuando El las abandona. Este invierno sólo sirve para preparar un verano más fructífero. Lo que podéis hacer es inclinar la cabeza y aceptar la prueba, y esperar al Señor hasta que vuelva. Jesús nos da ejemplo; en el huerto de los olivos, está escrito, empezó a temer, a sentir tedio, decaimiento y tristeza. Yo ruego por vos con todo mi corazón. — *Ibid.*, pp. 137-138.

De todo mi corazón compadezco vuestra prueba interior. Yo lo sé por experiencia. Es *muy penoso*. A veces Dios nos lleva hasta el precipicio; nos parece que estamos a punto de deshacernos en blasfemias de odio contra El. Es el demonio que actúa en la *superficie* de nuestra alma. Jesús mismo ha sido entregado al furor del demonio. *Haec est hora vestra el* POTESTAS TENEBRARUM: “Es vuestra hora y el poder de las tinieblas.” A partir de este momento, el alma y el Corazón de Jesús han sido objeto de ataques terribles del infierno. *Vere languores nostros ipse tulit*: “En verdad, ha cargado sobre Sí nuestras flaquezas.” Nada purifica tanto al alma como esta prueba íntima. La dispone a la unión divina. Entonces, la *virtus Christi* se convierte en su única fuerza. — *Cartas de dirección*, p. 167.

Al leer vuestra carta, veo que vuestra alma pasa por el estado del *amor en la noche oscura*. San Francisco de Sales describe perfectamente vuestro estado, cuando describe el suyo propio en los últimos años de su vida. Un príncipe tenía un músico que le era muy fiel. Su alegría

consistía en alegrar el corazón de su maestro por sus bonitos cantos y la armonía de su música, mientras él mismo sentía a la vez un placer inmenso al escuchar su propia melodía. Al fin, quedó completamente sordo. Ya no podía encontrar *para sí mismo* placer ninguno en su música y su canto, pero continuó tocando y cantando *con toda su alma*, sólo para dar gusto a su príncipe amado.

Es vuestro caso. Yo conozco vuestro corazón y sé que amáis mucho a Dios, y El os ama. Pero, lo mismo que sucedió a Jesús en la cruz, El sólo debe ver este amor y gozar de su perfume. Debéis ser inmolado en la obscuridad de este Calvario. Tened esto por *cierto*.

Yo sé de tal manera que estáis en brazos de Dios que no puedo desear para vos sino el cumplimiento perfecto de su santa voluntad. Ruego *mucho* por vos, pero únicamente para que os ofrezcáis sin reserva a la acción de Dios. — *Ibid.*, pp. 167-168.

Vuestra alma es muy amada de Dios, pero El quiere un *abandono* más perfecto en sus manos, y permite sintáis toda vuestra impotencia hasta que acudáis a El para todas las cosas.

Vuestro estado actual es, en parte, debido a la flaqueza física, y, en parte, es una prueba. Cuando todo haya pasado, hallaréis que os habéis acercado más a Dios, aunque os parecía que la corriente os apartaba de El.

La señal de que vuestro estado actual no es debido *principalmente* a vuestras infidelidades — aunque es natural que hayan influido en algo, — es que sentís profundamente en vuestra alma gran necesidad de Dios, lo cual es un verdadero tormento, puesto que os parece estar sin esperanza lejos de El. Es El quien despierta este doble sentimiento, en apariencia contradictorio. El quiere que le deseéis vivamente, — y que a la vez veáis que, por vos mismo, sois completamente incapaz de hallarle. El acabará por venir: *Desiderium pauperum exaudivit Dominus*: "El Señor atiende el deseo de los pobres." Por el momento,

vos sois uno de estos pobres. — *Cartas de dirección*, páginas 169-170.

Dios quiere de vos una gran pobreza y *desnudez* de espíritu. Jesús, despojado de *todo*, separado de todo, levantado en la cruz y viviendo y muriendo para su Padre, he aquí vuestro modelo. Cuanto más Dios os una a El, y más, sea vuestra vida sólo Jesucristo, — tanto más se acrecerán vuestra pobreza y vuestro sufrimiento en los momentos que Dios se retire.

El alma inmolada a Dios en la desnudez de la fe pura, de la esperanza y de la unión perfecta hace más para la Iglesia en una hora que otras (más mediocres y menos generosas) en toda su vida — *Ibid.*, p. 122.

No pidáis nada, no neguéis nada, ni deseéis nada sino lo que Dios desee para vos, es decir vuestra perfección. Todo lo demás no es *El*. Una sola cosa es necesaria: *El*.

Poned todo vuestro consuelo en Dios, no precisamente en el sentido de que tengáis que deshacer toda otra alegría, pero sí que ningún consuelo humano sea *necesario* a vuestra paz. — *Ibid.*, pp. 79-80.

CUARTA PARTE

FECUNDIDAD DEL SUFRIMIENTO ACEPTADO CRISTIANAMENTE

Fecundidad del sufrimiento aceptado cristianamente

El Cristianismo, doctrina de Cristo

EN el cristianismo, la muerte es el preludio de la vida. “El grano de trigo, dice Nuestro Señor mismo, debe morir en la tierra antes de germinar y de dar la espiga de la cosecha que el Padre de familias guardará en sus graneros.” Esta vida puede llegar a ser tanto más fecunda, la gracia puede abundar tanto más cuanto la renuncia haya reducido, debilitado y disminuído los obstáculos que se oponen a su libre desarrollo.

Porque, recordad siempre esta verdad capital: nuestra santidad es de orden esencialmente sobrenatural, y Dios es su fuente; cuanto más el alma, por la mortificación y el desprendimiento, se libre del pecado y se vacía de Sí misma y de las criaturas, tanto más poderosa es en élla la acción divina.

Es Cristo quien nos lo dice: incluso nos dice que su Padre emplea el sufrimiento para hacer más fecunda la vida del alma: “Yo soy la viña; mi Padre es el viñador, vosotros los sarmientos. Toda rama que lleva fruto, mi Padre la poda, para que dé más. Porque esta es la gloria de mi Padre, que vosotros llevéis mucho fruto”: *Omnem palmitem qui fert fructum purgabit eum ut fructum plus afferat. In hoc clarificatus est Pater meus ut fructum plurimum afferatis*. Cuando el Padre eterno ve que un alma, unida ya a su Hijo por la gracia, desea resueltamente darse completamente a Cristo, quiere hacer abundar la vida en ella, aumentar su capacidad. Para esto, ayuda El mis-

mo a la obra en el trabajo de renuncia y desprendimiento puesto que es la condición previa de nuestra fecundidad. El poda todo aquello que dificulta a la vida de Cristo producir todos sus efectos, todo lo que es obstáculo a la acción de la savia divina. Nuestra naturaleza corrompida contiene raíces que tienden a producir malos frutos; por los sufrimientos múltiples y profundos que El permite o envía, por las humillaciones y contradicciones, Dios purifica el alma, la cava, la labra, por decirlo así, la despega de la criatura, la vacía de ella misma, a fin de hacerla producir muchos frutos de vida y de santidad. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 255-256.

No nos dejemos abatir por las pruebas, las contradicciones. Ellas serán tanto más grandes y profundas, cuanto Dios nos llame a mayor perfección. ¿Por qué esta ley?

Porque es el camino por donde pasó Jesús; y cuanto más queramos estar unidos a El, tanto más debemos asemejárnosle en el más profundo e íntimo de sus misterios. San Pablo, ya lo sabéis, reduce toda la vida interior al *conocimiento práctico de Jesús y de Jesús crucificado*. Y nuestro Señor mismo nos dice que el "Padre, que es el divino viñador, poda la rama para que lleve más frutos": *Purgabit eum ut fructum plus afferat*. Dios tiene mano poderosa, y sus operaciones purificadoras llegan a profundidades que sólo los santos conocen; por las tentaciones que permite, por las adversidades que envía, por los abandonos y soledades espantosas que a veces produce en el alma, intenta deshacerla de lo creado; la cava para vaciarla de ella misma; "la persigue", la "persigue para poseerla"; penetra hasta los tuétanos, "rompe los huesos", como dice Bossuet en alguna parte, "a fin de reinar solo".

¡Feliz el alma que se abandona en manos del obrero eterno! Por su Espíritu, todo fuego y amor, que es "el dedo de Dios", el artista divino cincelará en ella los rasgos de Cristo, a fin de que se parezca al Hijo de su amor, según el designio inefable de su sabiduría y de su misericordia. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 451-452,

Hay almas que tienen mucha actividad; hacen oración, se dan a la mortificación, se dedican a obras: adelantan, cojeando, empero, un poco, porque su actividad es en parte humana. Hay otras almas que Dios ha tomado de su mano, y que adelantan mucho, porque es El mismo quien obra en ellas. Pero, antes de llegar a este segundo estado, se debe sufrir mucho, porque conviene que antes haya dejado sentir el Señor al alma que no es nada, ni puede nada; conviene que llegue a decir con toda sinceridad: *Ut jumentum factus sum apud te: ad nihilum redactus sum et nescivi*: "Yo soy estúpido, sin inteligencia, como bestia de carga ante el Señor."

Querida hija mía, es esto lo que el Señor está dispuesto a hacer en vos, y tendréis que sufrir mucho mientras no logréis este resultado; pero no os espantéis si sentís que todo hierve en vos; no os desaniméis, si, luego, sentís vuestra incapacidad, porque Dios, después de haber como anulado vuestra actividad humana, vuestras energías naturales, tomará El mismo al alma y la conducirá a la unión consigo. Cuando hagáis el Vía-Crucis, uníos a los sentimientos que tenía nuestro divino Salvador; esto no puede dejar de agradar al Padre Eterno, si le ofrecemos la imagen de su Hijo. En la XIV estación, vemos el Cuerpo de Nuestro Señor *exinanitum*, "inanimado", pero, tres días después sale del sepulcro, lleno de vida, de una vida magnífica... Lo mismo acaecerá con nosotros; si dejamos que Dios obre en nosotros, después que El haya destruido todo lo que en nosotros se opone a la gracia, nos llenará de su vida; será la realización de esta palabra: *Christus mihi vita*: "Cristo es mi vida."

A esto debéis aspirar: El Padre eterno solo desea ver en vos a su Hijo. Acordaos de la palabra de San Pablo: *Ut inveniar in illo*: Yo deseo ser hallado en Cristo, (no con mi propia justicia), he aquí vuestro camino. Vuestra personalidad es aún demasiado fuerte: mantened ante los ojos de vuestra alma el ideal que hallamos en Cristo, donde todo venía del Verbo, sin que hubiese personalidad hu-

mana en Cristo. Yo os aconsejo que pongáis todas las mañanas cada una de vuestras facultades a los pies de Cristo, a fin de que todo salga de El y que vos nada hagáis sino por amor a El. — *Cartas de dirección*, pp. 49-50.

No hay duda alguna de que vuestras penas interiores forman gran parte del plan de Dios misericordiosísimo para la santificación de vuestra alma. Todos hemos pasado por este invierno, porque "si el grano de trigo que cae en la tierra *no muere*, queda solo; pero si muere da mucho fruto". Era necesario que vuestra alma fuese surcada por el sufrimiento; que experimentáseis que el sentimiento del entero abandono por parte de Dios es el mayor de todos los sufrimientos: "¿Dios mío, Dios mío, por qué me habéis abandonado?" Siempre seríais un ser débil, sino no hubieseis pasado por tales sufrimientos. Porque erais agradable a Dios, era necesario que la prueba os visitara... Después del invierno vendrá la primavera, luego, el verano... — *Mélanges Marmion*, p. 114.

El sufrimiento purifica y desprende el alma

Después que el sacerdote, ministro de Cristo, nos ha impuesto en el sacramento de la penitencia la satisfacción necesaria, y, por la absolución, ha lavado nuestra alma en la sangre divina, añade estas palabras: "Que todos los esfuerzos que hagas para cumplir el bien, que todo cuanto sufras sirva para el perdón de tus pecados, aumento de la gracia y recompensa en la vida eterna." Esta plegaria no es esencial al sacramento, como sea, empero la Iglesia quien la ha señalado, además de la enseñanza que en sí contiene, enseñanza que, no hay duda, la Iglesia desea que la pongamos en práctica, tiene un valor de sacramental.

Por esta plegaria, el sacerdote da a nuestros sufrimientos, a nuestros actos de satisfacción, de expiación, de mortificación, de reparación, de paciencia, que de esta manera une al sacramento, una eficacia particular, que

nuestra fe no puede olvidar de poner a luz. "En remisión de tus pecados." — El Concilio de Trento enseña a este propósito una verdad muy consoladora. Nos dice que Dios tiene tal munificencia en su misericordia, que, no sólo las obras de expiación que el sacerdote nos impone, o que nosotros mismos escogemos, sino también todas las penas inherentes a nuestra condición humana, todas las contrariedades temporales que Dios envía o permite, y que nosotros soportamos con paciencia, sirven, por los méritos de Jesucristo, de satisfacción cerca del Padre celestial. Por esto, — y yo no sabría encarecéroslo bastante, — es una práctica muy excelente y fecunda, la de que cuando nos presentamos ante el sacerdote o, mejor aún, ante Jesucristo, para acusar nuestras faltas, aceptemos, en expiación de ellas, todas las penas, todas las contrariedades, todas las contradicciones que nos pueden sobrevenir; y más aún, de señalarnos en este momento tal o cual acto de mortificación, por insignificante que sea, para irlo cumpliendo hasta la confesión siguiente.

La fidelidad a esta práctica, que encaja muy bien con el espíritu de la Iglesia, es extraordinariamente fecunda.

Por de pronto, evita el peligro de la rutina. Un alma que se sumerge de tal modo, por la fe, en la consideración de la grandeza de este sacramento por el que se nos aplica la sangre de Jesús, y que, por una intención llena de amor, se ofrece a soportar con paciencia, en unión con Cristo en la cruz, todo cuanto se presente de duro, difícil, penoso, contrario en su vida, una alma así es refractaria al orín que se pega, en muchas personas, a la frecuente confesión.

Además, esta práctica representa un acto de amor en gran manera agradable a Nuestro Señor, porque indica la voluntad de participar de los sufrimientos de su Pasión, el más santo de su misterios. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 253-255.

Hay renunciias que, por decretos de la Providencia, trae consigo el curso de la vida y que debemos aceptar como verdaderos discípulos de Jesucristo; tales son el su-

frimiento, la enfermedad; la muerte de seres amados; los reveses y adversidades; las contrariedades y contradicciones que dificultan la realización de nuestros planes; el fracaso de nuestras empresas; nuestras decepciones; los momentos de tedio, las horas de tristeza; el “peso del día”, que abatía ya entonces tan fuertemente a San Pablo, hasta el extremo de que “la existencia, lo dice él mismo, le era pesada”: *Ut etiam taderet vivere*, — tantas miserias que nos despegan de nosotros mismos y de las criaturas, no sin *mortificar* nuestra naturaleza, y “haciéndonos morir” poco a poco, “cada día”; *Quotidie morior*.

Esta era la frase de San Pablo; pero, si “él moría cada día”, era para vivir más, cada día también, la vida de Cristo. — *Jesucristo, vida del alma*, p. 248.

Yo siento mucha compasión de vos, por la prueba que Dios os envía en estos momentos. Es un martirio. Sin embargo, yo me conformo enteramente con la santa voluntad de nuestro amado Señor, que os envía esta cruz tan íntima de su Corazón sagrado. Creedme, y os lo digo en nombre de Dios, esta prueba os ha sido enviada por el amor de Nuestro Señor, y ella debe realizar una obra en vuestra alma, que ninguna otra cosa podría llevarla a cabo. Será la destrucción de vuestro amor propio, y, cuando salgáis de esta prueba, seréis mil veces más querida de su Sagrado Corazón que antes. Pues, aunque os tengo mucha compasión, no quisiera por nada del mundo que dejarais de pasarla, porque veo que Jesús, que os tiene un amor mil veces mayor que el que os podáis tener vos misma, permite que os alcance esta prueba. Estad segura de que, durante todo este tiempo, os encomendaré mucho en mis oraciones y sacrificios, para que Dios os dé fortaleza para saber aprovecharos bien de esta gracia.

Ya sabéis que Dios se complace en conducirnos por el camino de la perfección a la luz de la obediencia, y con frecuencia nos priva de toda otra luz, y nos conduce sin dejarnos comprender sus caminos. Conviene mantenerse durante pruebas semejantes, en una sumisión completa y

en una convicción inquebrantable,—a pesar de lo contrario que os puedan inspirar vuestra razón o el demonio—, de que sabrá sacar su gloria y vuestro adelantamiento espiritual de manera muy diferente de la que habríais escogido por vuestra cuenta. Yo os digo de parte de Dios que esta prueba es una *gran gracia* para vos, y estoy tan convencido, que, desde que me dí cuenta de su comienzo, sabía que duraría una temporada; es muy dolorosa, es la mayor de las cruces que Dios puede enviar a un alma que le ama, pero, mientras seáis obediente, no hay peligro ninguno. — *Cartas de dirección*, pp. 87-88.

La sumisión a Dios en el sufrimiento, fuente de paz

Cuando uno se somete completamente a Jesucristo, cuando uno se abandona a El; cuando nuestra alma no hace sino responder, como la suya, con un perpetuo *amen* a todo lo que El pide de nosotros en nombre del Padre; cuando, a ejemplo suyo, permanecemos en esta actitud de adoración ante todas las manifestaciones de la voluntad divina, ante las más insignificantes permisiones de su Providencia, entonces Jesucristo nos da su paz: “su paz, no la que el mundo promete, sino la paz verdadera que no puede venirnos más que de El”: *Pacem meam do vobis: non quomodo mundus dat ego do vobis*.

Y es que, en efecto, una adoración así produce en nosotros la unidad de todos los deseos. El alma sólo aspira a una cosa: al establecimiento en ella del reino de Cristo. Jesucristo, en cambio, colma este deseo con gran plenitud: el alma vive ordenada, y posee, por la satisfacción de sus deseos sobrenaturales llevados a la unidad, la satisfacción completa de sus tendencias más profundas; está en orden: vive en paz.

Feliz el alma que de tal manera ha comprendido el orden establecido por el Padre, el alma que no busca sino conformarse por amor a este orden admirable, en el que

todo se dirige a Jesucristo: ella disfruta de la paz, aquella paz de la que dice San Pablo que "sobrepasa todo sentimiento", y que no halla manera de expresar. Sin duda, aquí abajo, la paz no es siempre sensible, sentida; estamos en este mundo en condición de prueba, y casi siempre la paz es el premio de la lucha. Cristo no nos ha devuelto aquella justicia original que establecía la armonía en el alma de Adán; pero el alma que se apoya únicamente en Dios participa de la estabilidad divina; la tentación, los sufrimientos, las pruebas, no rozan más que el exterior del ser, las profundidades donde reina la paz son inaccesibles a la turbación. La superficie de la mar puede ser violentamente agitada por las olas durante la tempestad; las aguas profundas quedan tranquilas. Se nos puede despreciar, contrariar, perseguir, ser injustos respecto a nosotros, no comprender ni nuestras intenciones ni nuestras obras; la tentación nos puede zarandear, el sufrimiento puede caer sobre nosotros; pero hay un santuario interior donde nadie puede penetrar; allí está la mansión de nuestra paz, porque es en esta intimidad donde se mantiene la adoración, la sumisión y el abandono a Dios. "Yo amo a mi Dios, dice San Agustín, nadie me lo arrebatara: nadie me quita lo que yo debo darle, porque ésto está encadenado en mi corazón... Despojado de todo, Job quedó solo; pero en él quedaba la voz de alabanza que debía dar al Señor... ¡Oh riquezas interiores que nadie ni nada puede robar!"

En el centro del alma que ama a Dios se levanta la *civitas pacis*, "la ciudad de la paz", que ningún ruido del mundo puede turbar, que ningún ataque puede sorprender. Decimos bien, que nada de lo exterior, que está fuera de nosotros, no puede, si nosotros queremos, dañar a nuestra paz interior; esta sólo depende de una cosa; nuestra posición respecto de Dios. Es en El en quien debemos confiar. "El Señor es mi salvación, ¿qué puedo temer?" Si el viento de las tentaciones y de las pruebas se levanta, sólo debo acudir a El: "Señor, salvadme, porque sin Vos,

perezco." Y Nuestro Señor, como en otro tiempo con la barca agitada por las olas, apaciguará de un solo gesto la tempestad; y "habrá gran calma": *Et facta est tranquillitas magna.*

Si buscamos realmente a Dios en todo, por los pasos de Cristo, que es el único camino que lleva al Padre; si procuramos desprendernos de todo, para no desear sino el gusto del Maestro; si no hay en nosotros, cuando el Espíritu de Jesús nos habla, ninguna dureza de alma, ninguna resistencia a sus inspiraciones, sino un sentimiento de docilidad, de adoración, estemos seguros de que la paz reinará en nosotros profunda y abundante; porque, Señor "la paz llena el corazón de los que aman vuestra ley", *Pax multa diligentibus legem tuam.* — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 587.

La aceptación cristiana del sufrimiento honra a Dios, atrae sus gracias sobre el alma y sobre la Iglesia, cuerpo místico de Cristo.

Dios colma de bendiciones especiales al alma poseída del espíritu de abandono. Se siente uno incapaz de decir lo que Dios hace en esta alma, cómo adelanta en santidad. La conduce por caminos seguros a la cumbre de la perfección. A veces, es cierto, puede parecer que estos caminos contrarían el fin, pero "Dios logra su fines, guiando todas las cosas con fuerza y dulzura: *Attingit ergo a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter.* "Todo" decía Jesús a su fiel servidora Gertrudis, tiene su hora en los adorables designios de mi providente Sabiduría." — *Jesucristo, ideal del monje*, p. 525.

¡Felices las almas a quienes Dios llama a vivir sólo de la desnudez de la cruz! Esta es para ellas un manantial inagotable de preciosas gracias.

Los sufrimientos son el precio y la señal de los verdaderos favores divinos... Las obras y las fundaciones basadas en la cruz y el sufrimiento son las únicas durables.

Los sufrimientos que habéis soportado son para mí señal de una bendición especial de aquel que, en su sabiduría, ha querido basarlo todo en la cruz. — *Cartas de dirección*, p. 258.

Hay en vuestra carta una frase que me satisface mucho, porque en ella adivino una fuente de gran gloria de Dios. Decís: “En mí no hay nada, absolutamente nada en que yo pueda tener un poco de seguridad. Así, pues, no ceso de abandonarme con confianza en el corazón de mi maestro.” Esta es, hija mía, la verdadera alegría, porque todo lo que Dios hace por nosotros es *efecto de su misericordia*, movida por el reconocimiento de esta miseria; y un alma que ve su miseria y que la presenta continuamente a los ojos de la misericordia divina, da mucha gloria a Dios, dándole ocasión de mostrar su bondad al alma. Continúad siguiendo este atractivo, y dejaos conducir, en medio de las tinieblas de la prueba, a la unión que Dios os prepara con Cristo.

En cuanto vos, Nuestro Señor me obliga a rogar mucho para que permanezcáis con gran generosidad sobre el altar de la inmolación con Jesús. Un alma, por miserable que sea, unida así a Jesús en su agonía, pero, como Abrahán, “esperando contra toda esperanza”, da una gloria “inmensa” a Dios y ayuda a Jesús en su obra de la Iglesia. — *Cartas de dirección*, p. 143.

Veo que habéis sufrido, yo he sufrido también: ¡estamos tan *unidos*! Pero, sin embargo, no podía desear otra cosa. Yo os he depositado con Jesús, como su *Amen*, en el fondo del seno del Padre. El os ama infinitamente más e infinitamente mejor que yo. Yo os entrego a El, como María entregó a Jesús, y si El quiere clavaros en la cruz con vuestro Esposo, si quiere para vos la vergüenza, el sufrimiento y equivocaciones, si quiere para vos la *inmolación*, yo lo quiero también, como lo quiero para mí mismo. No hemos sido hechos para gozar aquí abajo, nuestra felicidad está arriba: *Sursum corda*. En el plan divino,

todo bien viene del Calvario, del sufrimiento. San Juan de la Cruz ha dicho que Nuestro Señor no da casi nunca el don de la contemplación, de la unión perfecta, más que a aquellos que han trabajado *mucho* y sufrido mucho por El. Pues bien, mi anhelo sobre vos, es esta unión perfecta, tan fecunda para la Iglesia y las almas. San Pablo nos dice: *Libenter gloriabor in infirmitatibus meis UT inhabitet in me VIRTUS Christi*: "De buena gana me gloriaré de mis flaquezas, a fin de que la fuerza de Cristo habite en mí." Yo os deseo ver muy débil en vos misma, pero llena de la *virtus Christi*. Jesús ha prometido que por la Santa Comunión, no solamente nosotros moraríamos en El, sino sino que *El morará en nosotros*. Es esta la *virtus Christi*. Cuanto más nuestra vida proceda de El, tanto más tendremos la *virtus Christi*, — más nuestra vida glorificará al Padre: *In hoc clarificatus est Pater meus ut FRUCTUM PLURIMUM afferatis; qui manet in me et ego in eo, hic fert fructum multum*: "La gloria de mi Padre está en que déis mucho fruto; aquel que mora en Mí y Yo en él éste da mucho fruto." — *Cartas de dirección*, pp. 98-99.

El Señor es dueño de sus dones, y, *sin mérito ninguno de su parte*, llama a ciertas almas a una unión más íntima con El, a compartir sus penas y sus sufrimientos, para gloria de su Padre y bien de las almas: *Adimpleo in corpore meo quae desunt passionum Christi pro corpore ejus quod est Ecclesia*: "Yo completo en mi propio cuerpo lo que falta a los sufrimientos de Cristo para su cuerpo místico que es la Iglesia." "Nosotros somos el cuerpo de Cristo y miembros de sus miembros." Dios hubiera podido salvar los hombres sin que estos hubiesen tenido que sufrir o merecer, como lo hace con los niños pequeños que mueren después del Bautismo. Pero, por decreto de su adorable sabiduría, había decidido que la salvación del mundo dependiera de una expiación, de la cual su Hijo Jesús sufriría *la mayor parte*, pero a la que se asociarían sus miembros. Muchos hombres se olvidan de dar su parte de sufrimientos *aceptados* en unión con Jesucristo.

Por esto, Nuestro Señor escoge a algunas almas que se asocian a la gran obra de la redención. Son almas selectas, víctimas de expiación y de alabanza. Estas almas hacen mucho por la gloria de Dios y salvación de las almas. Son queridas de Jesús mucho más de lo que se puede imaginar, y las delicias de Jesús están en hallarse en ellas. Pues bien, hija mía, estoy persuadido de que vos sois una de estas almas. Sin mérito ninguno de vuestra parte, Jesús os ha escogido. Si sois fiel, llegaréis a una estrecha unión con Nuestro Señor, y una vez unida a El, perdida en El, vuestra vida será muy fecunda para su gloria y la salvación de las almas. El día de las bodas místicas, no veáis sino las flores de la corona que Dios colocó sobre vuestra cabeza. Pero, hija mía, no olvidéis jamás que la esposa de un Dios crucificado es una víctima. Os digo esto, porque preveo que sufriréis y os hace falta mucho ánimo, mucha fe, mucha confianza. Se tendrá que atravesar desiertos, tinieblas, oscuridades, desalientos, abandonos. Sin esto, vuestro amor no sería nunca profundo, ni fuerte. Pero, si sois fiel y *abandonada*, Jesús os tendrá siempre la mano: "Aunque tenga que pasar por las tinieblas de la muerte, nada temeré, pues Vos estáis conmigo."

Pues, querida hija mía, daos sin regateos, entregaos sin temor. No *pidáis* sufrimientos, pero *entregaos* a la sabiduría y al amor de Jesucristo, para que obre en vos todo cuanto convenga a los intereses de su gloria. Cada día vendrá a vos en el Santo Sacramento *para cambiaros en El*. Que esta vida eucarística de Jesús sea modelo continuo para vos. Allí, Jesús es víctima inmolada a la gloria de su Padre, y dada en alimento a sus hermanos, incluso a aquellos que le reciben con frialdad e ingratitud, o que le ultrajan. Vos también, hija mía, sed cada día más *víctima* inmolada a la gloria de la Santísima Trinidad, en la oración, oficio divino, mortificación, y *víctima de caridad* inmolada, a las almas por la expiación, y a vuestras hermanas por la paciencia, la bondad, la condescendencia.

Sed una gran alma, que se olvide de ella misma para pensar en los intereses de Jesús y de las almas. No os paréis en las bagatelas que absorben el pensamiento y la vida de tantas almas consagradas. Ayudémonos también mutuamente para llegar a este ideal sublime que yo deseo para mí, como para vos: — *Cartas de dirección*, pp. 93-95.

No solamente de las obras realizadas en ella por el Señor puede el alma alegrarse; su vida toda de unión con Jesús extiende su influencia sobre la Iglesia entera.

Nuestro Señor daba a comprender esta verdad a Santa Catalina de Sena: “¡Qué dulce es esta permanencia (del alma en Mí), más dulce que toda dulzura, es esta perfecta unión del alma conmigo! La misma voluntad ya no es simple intermediaria entre el alma y Yo, puesto que ha llegado a ser una misma cosa conmigo.” Y, como si, habiendo sentado el principio, pasara inmediatamente a las conclusiones, añadía seguidamente: “Por todas partes, en todo el mundo, se esparce, como perfume, el fruto de sus humildes y continuas plegarias. El incienso de su deseo se eleva hacia Mí en súplica constante por la salvación de las almas. Es una voz sin palabra humana, que siempre clama ante mi divina Majestad.”

¿Nos sorprenderemos de un poder tan amplio, nosotros que vivimos de la fe? ¿No es Dios el único guardián de la ciudad de las almas? ¿El único sostén del edificio de la Iglesia? ¿No están en sus manos los destinos eternos de las almas? Y Cristo ¿no es para todo hombre que viene a este mundo el único camino, la sola verdad, la verdadera vida? Pero, ¿de qué crédito, de qué poder goza cerca de El un alma que es toda suya? Es omnipotente sobre el Corazón de Cristo, puesto que conoce los secretos de este Corazón Sagrado; y toda su vida es un llamamiento continuo a las gracias y bendiciones del Señor en favor de su pueblo (1).

(1) San Gregorio el Magno ya presentaba a las vírgenes santas de Roma, protegiendo, por decirlo así, solas, durante muchos años, por

Aquí se descubre uno de los aspectos más profundos del dogma de la comunión de los santos. Cuanto más un alma se acerca a Dios, autor y principio de todo don que adorna y alegra los corazones, tanto más viene a ser bienhechora de sus hermanos. ¡Cuántas gracias puede reclamar, obtener de Cristo, arrancarle para toda la Iglesia! ¡Cómo coopera a la conversión de los pecadores, a la perseverancia de los justos, a la salvación de los agonizantes, a la entrada de las almas del Purgatorio en el cielo! ¡Qué fecundidad más admirable la suya! La fecundidad de la naturaleza es limitada; ésta no tiene límites. Sale de esta alma como un resplandor que irradia; los que a ella se acercan sienten la fragancia del "buen olor de Cristo", sale de ella como una fuerza divina para alcanzar las almas, obtenerles perdón, ayudarlas, consolarlas, fortificarlas, levantarlas, pacificarlas, alegrarlas, dilatarlas para gloria de Cristo. Y es que, en efecto, Cristo vive en ella; y, como, vive siempre, no está jamás inactivo, y, como su acción es amor, por ella El ilumina, vivifica y salva los corazones. Ella es su verdadera cooperadora de redención. No se puede calcular el alcance de una acción tal, la extensión de tal fecundidad. Esta acción es como la de las nieves que cubren las altas cumbres y que, tocadas de más cerca por los calientes rayos del sol, se derriten y se esparcen en aguas vivas para fecundar los valles y las llanuras.—*Sponsa Verbi*, pp. 66 y 70.

sus lágrimas y su vida de renuncia, contra los lombardos invasores, la ciudad angustiada *Harum talis vita est, atque in tantum lacrimis et abstinentia stricta, ut credamus quia, si ipsae non essent, nullus nostrum jam per tot annos in loco hoc subsistere inter Bongobardorum gladios potuisset.* (Epistol. 26, lib. VII).

QUINTA PARTE

FRENTE A LA MUERTE, PRUEBA SUPREMA

Frante a la muerte, prueba suprema

LA víspera misma de su muerte, Jesús decía a sus discípulos: *Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis*: Vosotros habéis permanecido a mi lado en mis pruebas"; y añadía seguidamente: "Y Yo, en pago, os preparo un reino, como mi Padre lo ha preparado para Mí": *Et ego dispono vobis sicut disposuit mihi Pater meus regnum*.

Esta promesa divina nos atañe también a nosotros. Si hemos "permanecido con Jesús en sus pruebas", si hemos contemplado frecuentemente, con fe y amor, sus sufrimientos, Cristo vendrá, cuando llegue nuestra última hora, para llevarnos con El y hacernos entrar en el reino de su Padre.

Llegará el día, antes de lo que pensamos, en que la muerte estará cerca; estaremos tendidos en nuestro lecho, sin movimiento; los circunstantes nos mirarán silenciosos ante la imposibilidad de ayudarnos; no tendremos ningún contacto vital con el mundo exterior; el alma estará sola con Cristo.

Entonces comprenderemos lo que significa "haber estado con El en sus pruebas; oíremos cómo nos dice, en esta agonía que es ahora la nuestra, suprema y decisiva: "Vosotros no me habéis abandonado en mi agonía, vosotros me habéis acompañado cuando iba al Calvario a morir por vosotros; heme aquí ahora; Yo estoy a vuestro lado para ayudaros, para llevaros conmigo; no temáis, tened confianza, soy Yo" *¡Ego sum, nolite timere!* Entonces podremos decir con toda certeza las palabras del salmista: *Etsi ambulavero in medio umbrae mortis, non timebo mala; quoniam tu mecum es*: "Oh Señor, ahora que las tinieblas de la muerte ya me rodean, estoy sin temor,

porque estáis conmigo" — *Jesucristo en sus misterios*, página 296.

La muerte no puede turbar el alma que sólo ha buscado a Dios ¿No se ha confiado a Aquel que ha dicho: "Quien cree en Mí, aunque le llegue la muerte, vivirá eternamente": *Qui credit in me, etiamsi mortuus fuerit, vivet?* Nuestro Señor es la verdad; es también la vida; El nos trae, El nos da la vida que no tiene fin. Pues bien, "aunque la sombra de la muerte se extienda, sobre ella", ésta permanecerá en paz. "¿Deja de saber, acaso, quién es aquel en quien ha confiado?": *Scio cui credidi?* Y esta presencia de Jesús la tranquiliza de todo temor.

En uno de sus "Ejercicios", Santa Gertrudis deja desbordar estos sentimientos de confianza que le inspiran los méritos infinitos de Jesús. Al pensar en el tribunal divino cuya imagen se levanta ante su espíritu, hace un muy emocionante llamamiento a aquellos méritos. "Pobre de mí, Señor, exclama ella, pobre de mí, si compareciendo ante Vos, no tuviese un abogado que respondiera por mí. ¡Oh caridad, ven en mi disculpa, responde por mí, obténme perdón! Si tú te dignas encargarte de mi causa, gracias a Tí, yo conservaré la vida. Ya sé lo que voy a hacer: Yo tomaré el cáliz de salvación, sí, el cáliz de Jesús. Lo colocaré en el platillo vacío de las balanzas de la verdad. Por este medio atenderé a todo lo que me falta; cubriré todos mis pecados. Este cáliz levantará todas mis ruinas; por él yo supliré, y con creces, mi indignidad..." "Venid conmigo a juicio, dice Gertrudis al Salvador. Estemos juntos. Juzgad, tenéis todo el derecho; pero Vos sois también mi abogado. Para que yo quede justificada, basta expliquéis lo que habéis llegado a ser por amor a mí, el bien que habéis resuelto hacerme, el precio considerable que habéis pagado por mí. Vos habéis tomado mi naturaleza para que no muera; habéis tomado la carga de mis pecados, habéis muerto por mí, para que no pereciera en una muerte eterna; queriendo enriquecerme con méritos, me lo habéis dado todo. Juzgadme, pues, en la hora de mi muerte,

según esta inocencia y esta pureza que me habéis confiado, cuando pagasteis toda mi deuda, siendo juzgado Vos mismo y condenado en lugar mío, a fin de que, por pobre y miserable que sea por mí misma, gozara yo de la abundancia de todos los bienes.”

Para las almas animadas de tales sentimientos, la muerte es solo un tránsito; Cristo mismo les viene a abrir las puertas de la Jerusalén celestial; que, con mucha más razón que la de otros tiempos, merece ser llamada “dichosa visión de paz”: *Beata pacis visio*. Allá no hay más tinieblas, ni turbación, ni lágrimas, ni gemidos; sino la paz, una paz infinita y perfecta. “Iniciada en el alma desde la hora en que empezó a desear y buscar a Dios, la paz se acaba en la plena visión y eterna posesión del Bien Inmutable”: (San Agustín) — *Jesucristo, ideal del monje*, pp. 591-593.

He sabido que habíais recibido la Extremaunción. Todo vuestro cuerpo ha sido santificado y consagrado a Dios por este Sacramento, y habéis sido puesta en sus manos paternas para que El os guarde y consuele. La gracia de este sacramento dura toda la enfermedad, y os obtiene a cada momento nuevas gracias actuales.

Querida hija mía, es muy penoso y muy duro para la naturaleza el ser así, a vuestra edad, tan enferma e impotente. Y, sin embargo, si se os pudiera ver como los ángeles os ven, ¡qué envidia os tendríamos! Habiendo sido bautizada y habiendo recibido la santa Comunión, vos sois la imagen de Jesucristo, y ahora que estáis tendida en el lecho del sufrimiento, sois la de Jesucristo en la cruz. Cada vez que os unáis a Nuestro Señor crucificado, por actos de paciencia y de conformidad con la santa voluntad de Dios, seréis más y más amada del Corazón de Jesús. Vuestro estado de sufrimiento aceptado con amor y en unión con Jesucristo es tan agradable a Dios como el de una religiosa, y si sois fiel, si no perdéis ninguna de las gracias que recibís ahora, podréis aventajar a vuestra

hermana, a pesar de sus sandalias y su toca de carmelita. — *Cartas de dirección*, p. 104.

Acabo de celebrar la santa Misa por vos y por mí esta mañana, sin saber si aún estabais con vida o ya *in sinu Patris*: "en el seno del Padre". He rezado *mucho* por vos, después de haber recibido la carta en que anunciaban la recepción de los últimos sacramentos. Como yo os amo en el Padre, os dejo en su Corazón, sabiendo que El os ama más y mejor que yo. Yo no quiero y no pido para vos sino lo que El desee.

Aunque parezca que todo anuncia un próximo fin y yo os he dejado ya en manos del Padre celestial que os ama, no sé persuadirme de que sea ya el fin: *Deducit ad inferos et reducit*: "El Señor conduce a la tumba y hace volver." Nosotros somos nada en sus manos y El puede hacer de nosotros cuanto le place. Si le parece bien unirnos a su Hijo, como hostias que El sacrifica, es muy gran honor para nosotros. Permaneced en un abandono completo lleno de fe y de amor, y, si la angustia oprime vuestro corazón, decid con Job: "Aunque me mate, esperaré en El". — *Un maestro de la vida espiritual*, pp. 279-280.

Yo no sabría deciros lo que es pasar por estos momentos; sólo la experiencia puede hacernos comprender lo que uno siente cuando se ve a punto de comparecer ante Dios. Cuando yo me ví así a las puertas de la eternidad (1), me sentí lleno de miedo y resolví, si Dios me dejaba con vida, ser tal en el momento de la muerte, que no pudiera tener este temor.

Es una gran cosa la muerte, esta hora es solemne. San Benito nos dice que la tengamos siempre presente ante nuestros ojos: *Mortem quotidie ante oculos suspectam habere*. En cuanto a mí, os aseguro que la tengo constantemente presente.

(1) En 1915, cuando por una grave enfermedad se vió Dom Marmon a dos pasos de la muerte.

Por la gracia de Dios, empiezo hoy mis 60 años; es decir que las sombras de las cumbres eternas empiezan a proyectarse sobre mi vida. Pido vuestras oraciones, a fin de que pueda emplear dignamente para Dios los años que me queden, si años quedan...

Nosotros andamos juntos hacia esta eternidad, donde todo será consumido en el amor de nuestro Dios.

Dios es muy bueno para mí. Me prueba de todos modos, pero al mismo tiempo me une más y más a El. El pensamiento de Dios, de la eternidad, de la muerte no me abandona nunca, antes me deja en la alegría y una gran paz. Tengo gran temor de la majestad, santidad y justicia de Dios, y, al mismo tiempo, una seguridad fundada en el amor, de que nuestro Padre celestial lo arreglará todo *perfectamente*.

También tengo mucho miedo a la muerte. Es el castigo *divino* del pecado: *merces peccati mors*, y este temor de la muerte honra a Dios; y si va acompañada de la esperanza, honra aún más a Dios. Con frecuencia, los que más han temido la muerte durante su vida, no sienten ya más este temor cuando llega la muerte. Para mí, al hacer el Vía-Crucis todos los días, encomiendo a Jesús y María el momento de mi agonía y del juicio, y tengo la convicción de que ellos vendrán en mi ayuda.

Siento un grande y ardiente deseo del cielo. Sin embargo, noto que mi obra no está terminada. Temo el juicio, pero me arrojo en el seno de Dios con todas mis miserias y responsabilidades, y *espero* en su misericordia. Ninguna otra cosa nos puede salvar, porque nuestras pobres obras no son dignas de ser presentadas a Dios, y solo su amor paternal se digna aceptarlas: *Non aestimator meriti sed veniae quaesumus largitor admitte*, como decimos en la Misa. Pensemos en lo que nos sucederá al entrar en la eternidad, lo que se nos dará entonces. Hay una palabra de la Escritura que me ha llamado mucho la atención estos días: *Demudabit absconsa sua illi*. Conviene me-

ditar estas palabras: "Dios se mostrará al alma sin secreto", tal cual es: *denudabit*. Le "descubrirá sin velos" las *abacosa*, los "abismos" de su divinidad, será para ella todo abierto, se mostrará en la luz, en el pleno día de su verdad esencial.

Estamos llenos de miserias, debilidades, pero Cristo ha querido cargar sobre Sí todas estas flaquezas, a fin de darnos su fuerza. En la medida que reconozcamos nuestra miseria, en que aceptemos el participar de la Pasión de Jesús, de la flaqueza de que se ha querido revestir, en esta misma medida participaremos de su fuerza divina: *Glorior in infirmitatibus meis... Cum infirmor tunc potens sum*: "Me glorío de mis flaquezas... cuando soy débil, soy fuerte." Entonces somos objeto de la misericordia divina y de las complacencias del Padre celestial, que nos ve en su Hijo.

Será, sobre todo, en la hora de la muerte cuando experimentaremos este misterio y nos beneficiaremos de él. Cristo ha abolido la pena de muerte, nuestra muerte ha sido sepultada en la suya. En adelante, es su muerte la que clama misericordia por nosotros, y el Padre ve en nuestra muerte la reproducción de la muerte de su Hijo. Por esto, "la muerte de los justos es preciosa a los ojos del Señor": *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*. Desde hace algún tiempo, imploro a Cristo cada mañana en la Santa Misa, y le pido preste su propia muerte a todos los moribundos. Haciendo esta plegaria, podemos estar seguros de que Cristo cumplirá por nosotros, en el momento de la agonía y de nuestra muerte, lo que le hayamos pedido para los demás. — *Un maestro de la vida espiritual* (1), pp. 523-527.

(1) En esta obra se hallarán los últimos días de Dom Marmion.

SEXTA PARTE

PARTICIPACION EN LA GLORIA ETERNA DE CRISTO

Nuestra participación en la gloria eterna de Cristo

A la pasión de Jesús sigue su glorificación

HABIÉNDONOS obtenido la gracia de llevar nuestra cruz con El, Jesucristo nos concederá participar de su gloria, después que hayamos sido asociados a sus sufrimientos: *Si tamen compatimur, ut et conglorificemur.*

La gloria de Jesús es infinita, porque en su pasión, siendo Dios, ha llegado hasta el abismo del sufrimiento y de la humillación. Y “porque se anonadó tan profundamente, Dios le ha dado tanta gloria”: *Propter quod et Deus exaltavit illum.*

La Pasión de Jesús, en efecto, por importante que sea en su vida, por necesaria que sea a nuestra salvación y santificación, no pone fin al ciclo de sus misterios.

Leyendo el Evangelio, habréis notado que cuando Nuestro Señor habla de su pasión a los apóstoles, siempre añade que “resucitará al tercer día”: *Et tertia die resurget.* Esos dos misterios se enlazan igualmente en el pensamiento de San Pablo, sea que hable de Cristo sólo, sea que haga alusión al cuerpo místico. Pues bien, la resurrección señala para Jesús la aurora de su vida gloriosa.

Por eso, la Iglesia, cuando conmemora solemnemente los sufrimientos de su Esposo, mezcla a sus sentimientos de compasión acentos de triunfo. Los ornamentos de color negro o morado, la denudación de los altares, las “lamentaciones” tomadas de Jeremías, el silencio de las campanas atestiguan la amarga desolación que embarga su co-

razón de Esposa en estos días aniversarios del gran drama. —¿Y qué himno hace resonar entonces? Un canto de triunfo y de gloria: *Vexilla Regis prodeunt*: “Avanza el estandarte del Rey, he aquí como brilla el misterio de la cruz. Tú eres hermoso, brillante, árbol cubierto de la púrpura real... ¡Dichoso eres por haber llevado, colgado en tus brazos, a Aquel que fué el precio del mundo!... ¡Vos nos dais, oh Dios, la victoria por la cruz; dignaos salvarnos, y regirnos siempre”! “¡Canta, oh lengua mía, los laureles de una acción gloriosa! Sobre el trofeo de la cruz, proclama el gran triunfo; Cristo, Redentor del mundo, sale vencedor del combate, entregándose a la muerte”. “Por la cruz, Cristo es vencedor”: *Regnavit a ligno Deus*. La cruz representa las humillaciones de Cristo; pero, después que Jesús fué clavado en ella, ocupa el sitio de honor en nuestras Iglesias. Instrumento de nuestra salvación, la cruz ha venido a ser por Cristo el precio de su gloria: *Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam meam?*: “¿No era preciso que Cristo sufriese todas estas cosas, para entrar en su gloria?”

Lo mismo es para nosotros. El sufrimiento no es la última palabra en la vida cristiana. Después de haber participado de la pasión del Salvador, participaremos también de su gloria. — *Jesucristo en sus misterios*, páginas 294-296.

Una de las razones de la suprema glorificación de Cristo en su Resurrección y su Ascensión es el ser una recompensa de las humillaciones que Jesús ha pasado por amor a su Padre y por caridad para con nosotros.

Con frecuencia os lo he dicho: Al entrar en este mundo, Cristo se entregó completamente al beneplácito del Padre: *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam*; aceptó el realizar hasta su pleno cumplimiento el programa de las humillaciones predichas, de beber hasta el fondo el amargo cáliz de los sufrimientos y de las ignominias sin nombre; se anonadó hasta la maldición de la cruz. ¿Y

por qué todo esto? *Ut cognoscat mundus quia diligo Patrem*: "Para que el mundo sepa que amo a mi Padre", sus perfecciones y su gloria, sus derechos y sus voluntades.

Y he aquí el por qué: *Propter quod* — fijaos bien en estas palabras, tomadas de San Pablo, que indican la realidad del motivo — "he aquí por qué Dios Padre ha glorificado a su Hijo, por qué lo ha exaltado por encima de todas las cosas, en el cielo, sobre la tierra, en los infiernos". *Propter quod et Deus exaltavit illum*.

Después del combate, los príncipes de la tierra recompensan en su alegría a los bravos capitanes que han defendido sus prerrogativas, conseguida la victoria sobre el enemigo y ensanchado, por sus conquistas, las fronteras del reino.

¿No es ésto lo que se realiza en los cielos el día de la Ascensión, pero con una magnificencia extraordinaria? Con soberana fidelidad, Jesús había realizado la obra que su Padre le exigía: *Quae placita sunt ei facio semper... Opus consummavi*; abandonándose a los golpes de la justicia, como un víctima santa, había descendido hasta abismos incomprensibles de dolores y oprobios. Ahora que todo está expiado, saldado y rescatado; que el poder de las tinieblas está deshecho; que las perfecciones del Padre están reconocidas y sus derechos vengados, que las puertas del reino celestial están abiertas de nuevo a la raza humana, ¡qué alegría fué para el Padre celestial — si osamos hablar así de tales misterios, — el coronar a su Hijo después de la victoria lograda sobre el príncipe de este mundo! ¡Qué satisfacción divina la de llamar a la santa humanidad de Jesús a disfrutar de los esplendores, felicidad y poderío de una exaltación eterna!

Tanto más que, al acabar su sacrificio, Jesús en persona había pedido a su Padre esta gloria, que debía aumentar la del mismo Padre: "Padre, ha llegado la hora; glorificad vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique!"

Sí, Padre, la hora ha llegado. Vuestra justicia ha sido satisfecha por la expiación; que también lo sea por los honores que recaen sobre vuestro Hijo Jesús, por el amor que os ha manifestado en sus sufrimientos. ¡Oh Padre, glorificad a vuestro Hijo! Consolidad su reino en los corazones de los que le aman; recoged bajo su cetro las almas que se han separado de El; atraed a aquellas que, envueltas en las tinieblas, no le conocen aún. ¡Padre, glorificad a vuestro Hijo, para que a su vez vuestro Hijo os glorifique, manifestándonos vuestro Ser divino, vuestras perfecciones, vuestros deseos! *Pater, clarifica Filium tuum ut Filius tuus clarificet te.*

Mas, el Padre nos ha respondido ya: "Le he glorificado y le glorificaré": *Clarificavi et iterum clarificabo.* — Y nosotros oímos al mismo Cristo repetir aquellas palabras solemnes predichas por el salmista: "Tú eres mi Hijo... Pídemelo y te daré las naciones en herencia... por dominios, los confines de la tierra... Siéntate a mi diestra, hasta que haya reducido a tus enemigos a servir de escabel de tus pies"...

Las obras divinas resplandecen con inefables y secretas armonías, cuyo carácter único entusiasma las almas fieles.

Considerad: ¿Dónde comenzó Jesucristo su pasión? Al pie del monte de los olivos. Allí, durante largas horas, su alma santa — que preveía en la luz divina el conjunto de aflicciones y afrentas en que debía consistir su sacrificio, — ha sido blanco de la tristeza, del tedio, del disgusto, del miedo y de la angustia. Nunca llegaremos a comprender la atroz agonía que pasó el Hijo de Dios en el huerto de los olivos; allí sufrió Jesús anticipadamente y como recopilados, todos los dolores de la Pasión: "¡Padre, si es posible que este cáliz se aleje de Mí!"...

Y ¿dónde inició nuestro divino Salvador las alegrías de la Ascensión? La Sabiduría eterna, Jesús — que, en esto, no lo olvidemos, es una sola cosa con el Padre y el Espíritu Santo — ha querido escoger para subirse a los

cielos la cumbre de esta misma montaña que había sido testigo de sus dolorosas humillaciones. Allí mismo donde se había arrojado sobre Cristo como torrente devastador la justicia divina, le corona de honor y gloria; allí mismo donde El fué iniciado, en el horror de las tinieblas, para los terribles combates, allí se levantó la radiante aurora de un triunfo incomparable.

¿No hay razón, pues, para que la Iglesia, nuestra Madre con todo derecho exalte como "admirable" la glorificación de su divino Jefe? *Per admirabilem ascensionem tuam.* — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 342-344.

Extensión de nuestra glorificación

Nuestra gloria y nuestra felicidad, participación de la de Jesús, serán inmensas. "No os desaniméis en vuestras tribulaciones, escribe San Pablo; al contrario, precisamente cuando nuestro ser exterior, sujeto a la decadencia, se va debilitando sin cesar, el hombre interior se renueva de día en día, hasta que alcance el fin bienaventurado; porque nuestra ligera aflicción del momento es causa para nosotros, por encima de todo cálculo, de un peso eterno de gloria." "Así mismo, añade, si somos hijos de Dios, somos sus herederos y coherederos de Cristo, si sufrimos con El, es para ser con El glorificados." Y añade: "Pues yo creo que los sufrimientos del tiempo presente no tienen proporción con la gloria que más adelante se manifestará en nosotros." Por esto, en la medida que "participemos de los sufrimientos de Cristo, debemos alegrarnos, porque, cuando se manifieste la gloria de Jesús en el último día, tomaremos parte en su alegría": *Communicantes Christi passionibus, gaudete, ut ei in revelatione gloriae ejus gaudeatis exultantes.*

¡Animo, pues! os diré con San Pablo. "Ved, decía él, haciendo alusión a los juegos públicos de su tiempo, ved a qué régimen más austero se sujetan los que quieren.

tomar parte en las corridas de la arena para ganar el premio." Y ¿qué premio? Una corona de un día. Mientras que nosotros llevamos nuestra cruz por una corona inmarcesible — y esta corona consistirá en participar para siempre de la gloria y felicidad de nuestro Jefe. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 256-257.

Por eso, Nuestro Señor, cuando habla de esta felicidad, nos enseña que Dios hace entrar al servidor fiel "en el gozo de su Señor". Este gozo, es el gozo de Dios mismo, el gozo que Dios posee al conocer sus perfecciones infinitas, la felicidad que Dios experimenta en la inefable sociedad de las tres divinas Personas: "su gozo será nuestro gozo": *ut habeant gaudium meum impletum in semetipsis*; su felicidad y su descanso, nuestra felicidad y nuestro descanso; su vida, nuestra vida; vida perfecta, en la cual todas nuestras facultades serán plenamente saciadas.

Allí se halla esta participación completa en el *bien inmutable*, como le llama muy exactamente San Agustín: *Plena participatio incommutabilis boni*. Hasta tal punto Dios nos ha amado ¡Oh, si supiéramos lo que Dios reserva a los que le aman!...

Y, puesto que esta felicidad y esta gloria son las de Dios mismo, serán para nosotros eternas. — No tendrán fin, ni término. "La muerte no existirá ya; dice San Juan; no habrá más llanto, ni gritos de dolor, ni sufrimientos; Dios mismo secará las lágrimas de los ojos de aquellos que entren en su gozo." No habrá ya ni pecado, ni muerte, ni temor de muerte; nada nos privará de este gozo: por siempre jamás estaremos con el Señor: *Semper cum Domino erimus*.

Oíd en qué términos, llenos de fuerza, Jesús nos ha dado esta certeza: "Yo doy a mis ovejas la vida eterna, y ellas no perecerán ya más, y nadie las arrancará de mis manos. Mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos, y nada puede arrebatárselas de manos de mi Padre; mi Padre y Yo somos una misma cosa." ¡Qué seguridad nos da Jesucristo! Estaremos siempre con El, sin que

nadie pueda ya en adelante separarnos; y en El gozaremos una alegría infinita, que nadie podrá quitarnos, porque es la misma alegría de Dios y de su Cristo. “Ahora, decía Jesús a sus discípulos, aquí abajo, estáis en la aflicción, pero os volveré a ver. Yo mismo vendré para daros asiento conmigo en mi reino. Vuestro corazón se alegrará, y nadie podrá quitaros vuestro gozo”: *Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis*.

¡Oh promesa divina, dada por la Palabra increada, por el Verbo en persona, por la Verdad infalible; promesa llena de suavidad: “Vendré Yo mismo!...” Nosotros estaremos con Cristo, y, por El, con el Padre, en el seno de la beatitud. “En este día, dice Jesús, vosotros conoceréis, no ya *in umbra fidei*, bajo las sombras de la fe, sino en la plena claridad de la luz eterna, *in lumine gloriae*, que Yo estoy en el Padre, y vosotros en Mí y Yo en vosotros”; veréis “mi gloria de Hijo único”, y esta visión bienaventurada será para vosotros la fuente siempre viva de una alegría eterna.

Digámosle, pues: “Oh Señor Jesús, Maestro divino, Redentor de nuestras almas, Hermano mayor, dadnos de esta agua que nos saciará para siempre, que nos hará vivir; concedednos el estar unidos a Vos aquí abajo por la gracia, afin de que podamos un día estar “allí donde Vos estáis”, para que podamos ver por siempre jamás, como Vos lo habéis pedido para nosotros a vuestro Padre, la gloria de vuestra humanidad y gozar de Vos eternamente en vuestro reino.” — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 482-483; *Jesucristo, en sus misterios*, p. 60.

Medida de nuestra felicidad eterna

Nosotros gozaremos de Dios en la misma medida a que haya llegado la gracia en nosotros, en el momento de nuestra salida de este mundo.

No perdamos de vista esta verdad: el grado de nuestra felicidad eterna es y quedará fijado para siempre por el grado de caridad que hayamos logrado con la gracia de Cristo, cuando Dios nos llame a El. Cada momento, pues, de nuestra vida es infinitamente precioso, porque sirve para adelantar un grado en el amor de Dios, para elevarnos mucho más en la beatitud de la vida eterna.

Y no digamos que un grado más o menos importa poco. — ¿Qué es lo que importa poco, cuando se trata de Dios, de una felicidad y de una vida sin fin, de la cual Dios mismo es la fuente? Sí, según parábola expuesta por Nuestro Señor mismo, habemos recibido cinco talentos, no es para que los enterremos, sino para hacerlos fructificar. Y, si Dios mide la recompensa según los esfuerzos que hemos hecho para vivir de su gracia, para aumentar esta gracia en nosotros, ¿no es verdad que todo será poco para poder dar al Padre celestial una buena medida? Jesús mismo nos lo ha dicho: “Mi Padre de los cielos halla su gloria en veros abundar, por mi gracia, en frutos de santidad, que serán para vosotros, en el cielo, frutos de felicidad”: *In hoc clarificatus est Pater meus ut fructum plurimum afferatis*. Tanto es así, que Cristo compara a su Padre a un viñador que nos poda, por el sufrimiento, para que demos más frutos: *Ut fructum plus afferat*. ¿Amamos tan poco a Cristo Jesús, que tenemos en poco el ser, en la Jerusalén celestial, un miembro más o menos resplandeciente de su cuerpo místico? Cuanto más santos seamos, más gloria daremos a Dios por toda la eternidad, más grande será nuestra parte en este cántico de acción de gracias que los elegidos cantan a Cristo Redentor: *Redimisti nos, Domine*: “Sois vos, Señor, quien nos habéis rescatado.”

Procuremos, pues, apartar continuamente los obstáculos que pueden disminuir nuestra unión con Jesucristo; dejar que la acción divina nos penetre tan profundamente, dejar que la gracia de Jesús obre tan libremente en nosotros que nos haga “llegar a la plenitud de la edad de

Cristo". Escuchad las insistentes exhortaciones que San Pablo, que había sido arrebatado al tercer cielo, hacía a sus amados Filipenses: "Para vosotros, decía él, a quienes yo amo tiernamente en las entrañas de Jesucristo, pido a Dios, que vuestra caridad abunde más y más... a fin de que seáis hallados puros e irreprochables en el día del Señor, llenos de frutos de justicia por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios": *Et hoc oro ut caritas vestra magis ac magis abundet ut sitis... repleti fructu justitiae per Jesum Christum, in gloriam et laudem Dei.*

Y ved, sobre todo, como él mismo se muestra admirable ejemplo en el cumplimiento de este precepto. El gran Apóstol había llegado al fin de su carrera; la cautividad que sufre en Roma ha suspendido el curso de numerosos viajes, emprendidos para esparcir la buena nueva de Cristo; toca al término de sus luchas y sus trabajos. Vive tan profundamente del misterio de Jesús, que él ha revelado a tantas almas, que puede decir a estos mismos Filipenses: "Cristo es mi vida, y la muerte no es para mí sino ganancia."

Sin embargo, sigue diciendo, "si, viviendo más tiempo aquí abajo, debo sacar más fruto, no sé qué escoger. Me veo apremiado por dos lados: deseo morir y estar para siempre con Cristo, lo cual sería lo mejor; pero es más necesario que permanezca más tiempo en la tierra por causa vuestra... para el adelanto y gozo de vuestra fe. Nuestra patria está en los cielos, donde esperamos a Nuestro Señor Jesucristo, quien transformará nuestro cuerpo tan miserable, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, por la potente virtud a que están sujetas todas las cosas". Y el Apóstol, tan lleno de caridad, aunque esté prisionero, termina con esta salutación tan conmovedora y apremiante: "Por ésto, mis queridos y amados hermanos; mi gozo y mi corona, debéis estar firmes en el Señor." — *Jesucristo, vida del alma*, p. 487 y sig.

Cuanto más es uno querido de Dios, más debe sufrir en este mundo. Jesús, el Hijo predilecto de Dios, ha sufrido como jamás ha sufrido hombre alguno. María, nuestra Madre, es Madre de dolores. ¿Por qué? Porque Dios es tan bueno. El da a los incrédulos, a los malvados que no tendrán la suerte de gozar de su hermoso paraíso, los bienes de este mundo, bienes que duran algunos años, y después acaban para siempre. Mas, a sus amigos, les da bienes *eternos*, porque cada pequeño sufrimiento soportado por Dios y en unión con Jesús, tendrá una recompensa *inefable* por toda la eternidad. Por eso fué María tan pobre; por eso fué toda su vida un martirio, desde que el santo viejo Simeón le predijo los sufrimientos de su Hijo.

Procurad, pues, querido hijo mío, unir todas vuestras penas de cuerpo y de *corazón* al Sagrado Corazón de Jesús, pues es esta unión lo que les da todo su mérito.—*Cartas de dirección*, p. 101.

¡Habéis estado tan *enferma*! Si no hubiese más que este mundo con sus pruebas, sus separaciones y sus tristezas, tendría mucho pesar por esta noticia, porque amo mucho a mi querida hija. Pero tengo puestos mis ojos en este hermoso paraíso, donde estaremos todos un día, y donde cada día de sufrimiento de esta vida de aquí abajo, soportado *con Jesús y por El*, tendrá una recompensa, una alegría, un descanso eterno. Si, querida hija mía, Jesús os trata como ha tratado a su Madre, y como trata a los que ama especialmente. ¡Buen ánimo! Yo ruego por Vos todos los días, a fin de que Nuestro Señor os dé una completa sumisión a su santa voluntad... Un solo día de debilidad y enfermedad, sufrido con alegría por Jesús, vale por dos meses (de salud ordinaria). — *Ibíd.*, pp. 102-103.

Cierto, esta vida está llena de tristeza y de lágrimas, puesto que uno debe constantemente ver sufrir a los que ama y separarse de los que le son más queridos. Pero hay una patria allá arriba, la casa de nuestro Padre celestial.

Allí, no habrá lágrimas, ni separación, allí estaremos siempre con aquellos que amamos. Pero, para eso, se debe sufrir aquí abajo, y por esto con frecuencia, los más grandes amigos de Dios sufren mucho en esta tierra, a fin de que no se apeguen a las cosas de este mundo, ya que tendrán un bienestar *infinito* por toda la eternidad. — *Ibid.*, página 100.

¡Gracias por vuestra hermosa carta! Yo os habría escrito, pero no sabía bien dónde os encontrabais. Ruego mucho y todos los días por vos. Me alegro de vuestros gozos y sufro por vuestras penas, como si fuesen las mías propias. Mientras tanto, levantad los ojos hacia Dios y mirad las cosas a la luz de la eternidad y de la verdad. Esta tierra no es nuestro *home*. El cielo es nuestra verdadera *patria*, y nuestro Padre celestial arregla las cosas de manera que no nos aficionemos demasiado a lo que *debe* pasar. Nos da alegrías, para que nuestro paso por este tiempo, por esta vida, sea soportable, pero envía la cruz a todos, porque para ir al cielo *se debe* llevar la cruz con Jesús.

Del fondo de mi corazón doy gracias a Dios por la protección que os envía y las gracias que os da. Yo sé que habéis sufrido mucho, y pido a Nuestro Señor todos los días que os guarde, os consuele, venga en vuestra ayuda. Sin embargo, a medida que me acerco a las colinas eternas, veo que nuestra vida aquí abajo es sólo un paso, una prueba, y que todos los que están unidos a Jesucristo deben esperar el participar de su cruz. Aceptar esta cruz tal como se presenta, he aquí *la verdadera santidad*.

Cuanto más adelante en la vida, más veo que esta vida no es sino una corta aparición entre dos eternidades, una que precede y otra que sigue. Esta vida es una prueba que precede a la eternidad, una expiación, una participación de la Pasión de Jesucristo, Dios es tan bueno, que echa en

esta copa algunas gotas de alegrías (bien efímeras), para hacer la vida soportable, pero de ninguna manera es su intención que nos paremos en estos goces. San Benito tiene una palabra que nos muestra nuestra verdadera actitud respecto a los goces que Dios nos da: *Delicias non amplecti*: No abrazarlas, no entregarse. No dice que no gocemos. Dios mismo nos envía los goces, y los permite, quiere a veces que los aceptemos, pero no quiere que nos entreguemos a ellos, pues hay peligro de abandonar a Dios y entregarse a la criatura. Las diferentes pruebas, y tan duras, por las que habéis pasado estos últimos años, son lecciones de vuestro Padre celestial, para apartaros de las criaturas. — *Cartas de dirección*, pp. 292-294.

Resurrección del cuerpo

Dios es tan espléndido en lo que hace para su Cristo, que quiere que el misterio de la resurrección de su Hijo se extienda no solamente a nuestras almas, sino también a nuestros cuerpos. Nosotros resucitaremos, sí, nosotros. Es un dogma de fe. Nosotros resucitaremos corporalmente como Cristo, con Cristo. ¿Podría ser de otra manera?

Cristo, os he dicho con frecuencia, es nuestra cabeza: nosotros formamos con El un cuerpo místico. Si Cristo ha resucitado — y resucitó en su naturaleza humana, — conviene que nosotros, sus miembros, compartamos la misma gloria. Porque no solamente por nuestra alma, sino también por nuestro cuerpo, es decir por todo nuestro ser, somos miembros de Cristo. La unión más íntima nos liga a Jesús. Si, pues, El ha resucitado glorioso, los fieles que, por la gracia santificante, forman parte de su cuerpo místico le estarán unidos hasta en su resurrección.

Escuchad lo que nos dice San Pablo a este propósito: "Cristo ha resucitado y constituye las primicias de los que han muerto"; El representa los primeros frutos de una cosecha; después de El debe seguir la cosecha. "Por un

hombre, Adán, entró la muerte en la tierra; pero también por un hombre vendrá la resurrección de los muertos; como todos mueren en Adán, así todos serán vivificados en Cristo." "Dios, añade con más energía aún, nos ha resucitado en su Hijo": *Conresuscitavit nos... in Christo Jesu*. ¿Cómo así? Es que, por la fe y la gracia, somos miembros vivos de Cristo, participamos de sus estados, somos unos con El. Y, como la gracia es el principio de nuestra gloria, aquellos que, por la gracia, están ya salvados en esperanza, son también ya, en principio, resucitados en Cristo.

Esta es nuestra fe y nuestra esperanza.

Mas, "ahora nuestra vida está escondida con Cristo en Dios"; al presente vivimos sin que la gracia produzca sus efectos de claridad y de esplendor, con los cuales culmina en la gloria, a la manera de Cristo, antes de su resurrección, contuvo el resplandor glorioso de su divinidad y sólo dejó entrever un reflejo a tres de sus discípulos el día de la Transfiguración en el Thabor. Nuestra vida interior es, aquí abajo, sólo conocida por Dios; queda escondida a los ojos de los hombres.

Además, aunque nos esforzamos en reproducir en nuestras almas, por nuestra libertad espiritual, los caracteres de la vida resucitada de Jesús, sin embargo, es una labor que se opera aún en una carne herida por el pecado, sometida a las flaquezas del tiempo; nosotros no llegamos a esta libertad santa sino al precio de una lucha renovada sin cesar y fielmente sostenida. A nosotros también nos conviene, como decía el mismo Cristo en persona a los discípulos de Emaús, el mismo día de Pascua, "sufrir para entrar en la gloria": *Nonne haec oportuit pati Christum et ita intrare in gloriam suam?* "Nosotros somos, dice el Apóstol, los hijos de Dios y sus herederos; somos coherederos de Cristo; pero no seremos glorificados con El, si no sufrimos con El."

Que estos pensamientos celestiales nos sostengan en los días que nos quedan por pasar aquí abajo. Sí, vendrá

el día en que “no habrá más dolores, ni lamentos, ni llantos: Dios mismo secará las lágrimas de sus servidores”, hechos coherederos de su Hijo; El los hará sentar en el festín eterno, que ha preparado para celebrar el triunfo de Jesús y de aquellos de los que es el hermano mayor. — *Jesucristo en sus misterios*, pp. 334-335.

Exhortación final

Permaneced firmes en la fe en Cristo Jesús; conservad una esperanza invencible en sus méritos; vivid en su amor; no ceséis, mientras estéis por este mundo, “lejos del Señor”, como dice San Pablo, de aumentar por una fe ardiente, por santos deseos, por un amor que os entregue sin reserva al cumplimiento generoso y fiel del beneplácito divino: vuestra capacidad de ver y amar a Dios, de gozar de El en la bienaventuranza eterna, de vivir su propia vida. Día vendrá en que la fe cederá su puesto a la visión, en que a la esperanza sucederá la bienaventurada realidad, en que el amor se dilatará en Dios en un abrazo eterno. A veces nos parece que esta felicidad está muy lejos; pero no, cada día, cada hora, cada minuto nos acerca a ella.

“Buscad, os diré aún con San Pablo, las cosas de lo alto allí donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; poned vuestro afecto en las cosas de arriba, y no en las de esta tierra”, como la fortuna, los honores, los placeres; porque “vosotros habéis muerto ya respecto a estas cosas” que son pasajeras; “vuestra vida, vuestra verdadera vida”, la de la gracia, prenda de la felicidad eterna, “está escondida con Cristo en Dios”. Pero, “cuando Cristo vuestro Jefe, vuestra vida, aparezca” triunfante, el último día, “también vosotros apareceréis con El en esta gloria”, que compartiréis con El, puesto que vosotros sois sus miembros: *Cum Christum apparuerit vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria.*

Que ningún dolor, pues, que ningún sufrimiento os abata; porque “toda pena del tiempo presente, por ligera que sea, produce para nosotros por encima de toda medida, un peso eterno de gloria”; — que ninguna tentación os arredre; porque, “si sois hallados fieles al tiempo de la prueba, día vendrá en que recibiréis la corona que debe señalar vuestra entrada en la verdadera vida prometida por Dios a los que le aman”; — que ninguna alegría insensata os reduzca; porque “las cosas visibles duran un poco, y las cosas invisibles son eternas; el tiempo es corto, y el mundo pasa”. “Lo que no pasa nunca es la palabra de Jesús”: *Verba autem mea non transibunt*; “estas palabras son para nosotros principio de vida divina”: *Spiritus et vita sunt*. — *Jesucristo, vida del alma*, pp. 489-490.

Esperando unirnos de nuevo con Jesús en los cielos, mejor dicho, que El nos atraiga, puesto que “nos prepara allá un asiento”, vivamos, por la fe en el poder ilimitado de su plegaria y de su crédito, por la esperanza de compartir un día su felicidad, por el amor que nos entregue alegre y generosamente al cumplimiento fiel y sincero de su voluntad y de su beneplácito; es así como nos dispon-dremos a participar plenamente del admirable misterio de la glorificación de Jesús. — *Jesucristo, en sus misterios*, pp. 360-361.

**BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN
PORQUE ELLOS SERAN CONSOLADOS**

APENDICE

ALGUNOS TESTIMONIOS DE GRACIAS OBTENIDAS

Ha sido, sobre todo, en las horas de prueba y sufrimiento, decíamos en la introducción, cuando la actuación de Dom Marmion, incluso sobre almas que sólo le conocían por los libros, se ha manifestado particularmente eficaz. Y creemos que el lector tiene perfecto derecho a pedir algunos testimonios como pruebas de nuestra afirmación.

La colección de estos testimonios forma un catálogo copioso, que aumenta más y más cada día, y es sumamente interesante. Se advierte que vienen de todos los puntos del horizonte espiritual. Su número y su espontaneidad, la variedad de su origen a la par que la unanimidad de los sentimientos que expresan, les dan un valor especial. Manifiestan de manera emocionante el trabajo actual del Espíritu en el mundo de las almas al contacto de la doctrina de Dom Marmion.

Evidentemente, sólo podemos dar en estas páginas algunos de ellos, los suficientes, creemos, para dejar entrever la irradiación de D. Marmion sobre las almas (1).

(1) La mayor parte provienen de personas que viven en el mundo; sólo citamos desde el 1934; un espacio separa entre sí los diferentes testimonios. El término de *santo* y otros análogos que puedan hallarse en los escritos de algunos, sólo deben entenderse según las reservas impuestas por Urbano VIII.

Gracias de paciencia en las enfermedades

“Nadie, escribe un enfermo que vive en el mundo, y extraordinariamente probado, nadie comprende cómo puedo “aguantar” las pruebas actuales, pero yo sé que “aguanto” gracias a la ayuda que me prestan los escritos de Dom Marmion. No soy sola en hallar que esta espiritualidad da fuerzas para practicar lo que pide. Seguramente Dom Marmion pone bajo su protección a los que siguen su camino. Yo no lo había experimentado con ningún otro autor espiritual, y eso que he leído muchos.”

De otro enfermo: “No puede tener idea del bien que me hacen los libros de Dom Marmion. Yo, en cama desde hace ya seis meses, sin casi asistencia espiritual — mi párroco me trae Nuestro Señor tres o cuatro veces al mes —, vivo de Dom Marmion, sobre todo, de su *Vida*.

¿Os diré que por las mañanas, cuando una joven criada viene a arreglarme la habitación, yo le leo algo de Dom Marmion y, meditando frecuentemente con ella esta frase: “La fidelidad en todo es la más delicada flor del amor, para el cual nada es pequeño”, tengo la satisfacción de verla adelantar mucho en un grado de unión real con Nuestro Señor?”

“Gracias a Dom Marmion, la larga temporada de soledad, de inmovilidad y de privación de auxilios espirituales, es para mí tiempo de gracias y de gran paz espiritual... Dios quiera que, en su escuela, este tiempo de enfermedad sirva para mi santificación y salvación de las almas.”

“Cada día disfruto más con los trozos de las obras de Dom Marmion sobre el sufrimiento. Desde hace muchos años estoy enferma, pero me esfuerzo en imitar a Nuestro Señor, el cual, “durante su pasión se mantuvo en el gran silencio de la paz, porque encontraba su fuerza en la visión de su Padre.” Este pensamiento de Dom Marmion me ha gustado mucho.”

“En la clínica de..., donde he tenido que pasar largas temporadas, pusieron en mis manos los libros de Dom Marmion. Vivamente interesado, he querido hacerme con estos libros pre-

ciosos. Los tengo todos: cuando se conocen, no se desea otra cosa."

"Cuando el desaliento me asalta, no tengo más que abrir uno de sus libros en cualquier página; siempre se halla una palabra, una frase que conforta." (1938).

"Enfermo desde hace tres años, viviendo, por tanto, en el recogimiento, lejos del mundo, me esfuerzo en llegar a ser un alma unida en todo a Dios. Yo me siento feliz de poder deciros toda la vida intensa que da a mi alma la lectura de Dom Marmion. ¡Qué amigo más bueno para ayudar al alma a emprender un vuelo cada día más alto hacia las cumbres y darse a Dios para las almas!..." (1938).

"Yo me he puesto bajo la dulce y luminosa dirección de Dom Columba. Su vida es para mí un verdadero libro de cabecera por el cual Dom Marmion, este maestro en la prueba, guía mi alma por el camino del sufrimiento, y cada día este santo director me hace descubrir horizontes hasta ahora desconocidos. Yo no sé cómo deciros las gracias interiores que he recibido de este santo director. Aunque me siento muy indigna de tanto favor: este auxilio de lo alto me mantiene en la paz y santo abandono." (Abril 1939).

"En mi enfermedad, tan penosa, tengo momentos muy duros, casi de desolación, en los que la paciencia se me hace difícil; entonces, una lectura de mi querido y venerado Padre me devuelve la calma y la paz. Creo que puedo decir con toda sinceridad que con el auxilio de la gracia — pues ya sé que nada puedo por mí misma, — desde que tengo a Dom Marmion conmigo, él que sabe bien que lo necesito, me obtiene el progresar en el camino de la paciencia." (Junio, 1939).

"Dom Marmion y sus obras son medios de gran apoyo y aliento en medio de mis sufrimientos. No pasa un día que no acuda a su intercesión. Que me obtenga la gracia de hacer y de aceptar la voluntad de Dios en todas las cosas; que pueda hacer más cada vez más esas palabras de Dom Marmion: "Soportar sus sufrimientos con dulzura, en unión con lo dolores de Jesús, es mucho *hacer*." (Noviembre 1939).

**La doctrina de Dom Marmion fuente de luz y de confianza,
de fuerza y de paz en la prueba**

"Os diré que, por mi parte, el solo recuerdo de Dom Marmion en los momentos más difíciles de la vida, es como un bálsamo de paz, que hace desaparecer muchas perplejidades y arroja una luz serena y simplificadora sobre las complicaciones de la tierra." (1938).

"No soy capaz de decir todo el bien que Dom Marmion no cesa de obrar en mi alma, y cómo siento visiblemente cada día su asistencia en las amargas pruebas que me envía Nuestro Señor. ¡Cuántas gracias, cuántas luces me ha obtenido! ¡Qué bien sabe despertar en el alma la confianza y la paz, y cómo hace fácil el amor a Nuestro Señor!" (1938).

"Yo conocí, hace quince años, las obras de Dom Marmion, y me encantó por la claridad y simplicidad de su doctrina, tan práctica y profunda a la vez. Como atravesaba duras pruebas, fueron para mí un verdadero rayo de luz, adiestrando mi alma para una unión con Dios cada vez más profunda. Es que algunos capítulos de *Jesucristo, ideal del monje* y también sus cartas en *La unión con Dios* son para mí ayudas muy preciosas en mi búsqueda de perfección y en mi correspondencia a la voluntad de Dios. Por eso, me ha parecido que después de una vida tan fecunda, Dom Marmion sería, en el cielo, un poderoso intercesor para ayudarme a llevar a término, a través de todas las obscuridades y todas las luchas, una vida que yo quisiera fuese fecunda para mí y para otras almas; por eso yo me encomiendo a él con confianza inmensa, segura de que habiéndome procurado tantas luces en el pasado, continuará en el porvenir." (1938)

"Todo cuanto es de Dom Marmion lleva el sello de un alma santa, compasiva, alentadora. ¡El alma, pacífica, todo es tan práctico y tan bien apropiado a las necesidades de cada uno! Y quizás en este momento más aún, porque Nuestro Señor me da parte de su Cruz, yo estoy dispuesto a profundizar esta doctrina de nuestra unión a Cristo doliente y rescatando las almas." (Agosto 1938).

"Dom Columba es un verdadero amigo para mí; soy incapaz de contar todas las luces y todos los auxilios que me han prestado y me prestan aún constantemente sus libros; la paz me inunda así que, frente a cualquier dificultad, leo algún pasaje de sus escritos. Ningún otro libro ha tenido para mí esta virtud de darme una respuesta simple, profunda, pacificadora a todo. Así es que trabajo para dar a conocer a Dom Marmion a mi alrededor, y siempre es maravilloso para aquellos que le conocen" (1938).

"Quiero deciros un vez más, que sean las que sean mis preocupaciones, no abro jamás *La unión con Dios* que no halle una respuesta y, sobre todo, me sienta llena de una gran paz y resignación en todas las pruebas. Solo desde el cielo puede hacer hoy Dom Marmion, que uno se sienta transformado de tal forma y mejore con el solo contacto de sus obras" (1939).

"...En una gran prueba, Dom Marmion ha sido para mí la luz que conduce a Cristo. Su enseñanza es tan completa, su doctrina tan segura, que yo experimento siempre al leerla una impresión de plenitud, segura de que seguir esta luz, es ir infaliblemente a Cristo y realizar la unión con Dios..." (22 Febrero 1939).

"...Cada día soy más fervorosa columbaniana, porque experimento más y más el apoyo de Dom Marmion. Pruebas de toda clase me asaltan, me persiguen incluso, con una persistencia que parecería imposible a quien no supiera "ver". Gracias a Dom Marmion, "veo"; por él he adquirido una base de confianza y de serenidad que nadie puede arrebatarme. Desde hace dos o tres meses, mis progresos espirituales son considerables, y es a él, a sus libros, a quien yo lo debo en gran parte. Así, pues, mi devoción hacia él es inmensa. Yo me encomiendo cada día. ¿Le rogaréis, más que nunca, por mí, no? — Mi tarea es tan pesada y el horizonte tan cargado de nuevas pruebas, que necesito mucha gracia para mantenerme firme" (25 Abril 1939).

"Mi confianza en este gran santo no disminuye jamás, yo podría asegurar que, desde hace muchos meses, cada día confío más en él, porque me he visto obligada a volver al campo, y aunque tengo la facilidad de oír misa cada día,

me sentiría, sin embargo, muy abandonada y sola, si no tuviera mis queridos libros de Dom Marmion, que no abro jamás sin hallar consuelo y nuevas fuerzas para seguir adelante. Cada mañana, medito algunos instantes sus palabras: "Procuro salir al encuentro de todo lo que me contraría con una sonrisa." Hallo estas palabras magníficas. ¡Cómo quisiera se realizaran en mí! ¡Que Dom Marmion me obtenga esta gracia! (Abril 1940).

Abandono a Dios

Hemos visto en las páginas precedentes con qué insistencia predicaba Dom Marmion a las almas el espíritu de abandono. Este espíritu es vivido tan plenamente por Dom Marmion, que le transfigura. ¿Será quizás por eso por lo que su acción, proseguida después su muerte, es tan poderosa para afianzar en ella a las almas?

"Yo confío, recitando cada día la oración, poder, por su intercesión, obtener algo de su admirable abandono de hijo a la voluntad del Padre celestial. Es lo único que vale para todos, ¿no es verdad? Este pensamiento de procurar la gloria del Padre, aceptando lo que tenga a bien enviarnos, nos ayuda a hallar fortaleza en las horas dolorosas, cuando uno se halla sólo ante la vida y ante sí mismo" (1938).

"Ahora he comprendido que todas las alegrías y todos los sufrimientos vienen del Corazón de Aquel a quien amo y que se llama Jesús. En todas las ocasiones difíciles, en las pruebas, leo de nuevo el bello capítulo de Dom Marmion sobre *el Abandono* a la providencia, y encuentro allí la palabra que habla a mi alma, y le da la paz y la alegría, como, por lo demás, acostumbra a sucederme cada vez que abro uno de sus libros. No puedo pasar mucho tiempo sin abrirlos, tienen una gracia especial para mi alma."

"Soy más que fiel a los libros (los tengo todos) de Dom Marmion: son mi única lectura espiritual. Yo intento, como él, "afrontar con una sonrisa todo cuanto me contraría", y mi vida es sólo eso..."

"Sólo Dom Marmion con su sublime espiritualidad me ha obtenido este abandono filial a la voluntad de Dios, esta su-misión llena de amor al beneplácito divino" (Enero 1939).

"Es a Dom Marmion a quien debo el estar completamente abandonada a la voluntad divina; antes de conocerle, estaba con frecuencia inquieta y turbada. Al presente, mi alma está en paz" (Febrero 1939).

"Que Dom Columba nos llene más y más de su espíritu, que nos hará ir a Dios con la confianza y abandono del niño. Con frecuencia tengo momentos muy oscuros, pero cuanto más voy, más me siento hijo del "Padre"... En Dom Mar-mion se ve esta disposición del alma que hace que, a pesar de todo y contra todo, yo mantenga mi confianza en la miseri-cordia de Dios" (22 Enero 1939).

"Para mí, Dom Marmion es verdaderamente el maestro, el amigo enviado por Dios, y no sé seperarme de él. Leyén-dole una y otra vez, descubro nuevas profundidades de sabi-duría y de luz divinas. En fin, cuando estoy en la prueba, parece que él me da como una participación en su confianza inquebrantable" (27 noviembre 1939).

"Yo hallo en las obras de Dom Marmion no sólo los con-sejos para llevar a cabo la verdadera unión con Cristo y el abandono en su divina Providencia, sino que vuestro buen Padre tiene palabras que mueven; ¡cómo se ve que vivía lo que enseñaba!; no se acerca uno al fuego sin ser calentado, iluminado" (20 Diciembre 1939).

La paternidad espiritual de Dom Marmion

Hay un sentimiento que más que ningún otro mani-fiesta la acción bienhechora de Dom Marmion en las al-mas; es el sentimiento que experimentan buena parte de ellas considerándole como Padre.

Y he aquí "el milagro" — milagro que realiza sólo en aquellos que son dignos, — almas que no han cono-cido a Dom Marmion en este mundo, ni han experimen-tado la influencia extraordinaria que emanaba de su per-

sona, de su enseñanza oral, de su dirección, le miran no solamente como a un maestro, un guía, sino como a un amigo, un amigo de siempre, como a un padre, su Padre, lleno de bondad, a quien uno se entrega con toda seguridad y confianza. A los que no le han conocido les basta leer algunas de sus frases para sentirse movidos por ellas, y para sentir la emoción que les produciría la frase de un amigo, de un padre, escritas para ellos.

Eso explicará todo cuanto los testimonios siguientes encierran de conmovedor:

“¡Si supierais el bien que Dom Marmion me ha hecho y me hace! ¡Su vida, que he leído y releído, y que yo no cesaba de leer en un momento de prueba, me ha dado tanta gracia! Su alma, un alma de Padre, se ha inclinado literalmente hacia mí, ella me ha iluminado, sostenido, fortalecido, no solamente me ha orientado, sino como llevado a las regiones más altas, tan altas que allí las pruebas se transforman, porque uno sólo las ve bajo los rayos divinos... Yo os autorizo completamente para decir las gracias reales y profundas que he recibido de Dom Marmion.”

“Desde hace muchos años, es Dom Marmion verdadero padre para mí; yo vivo en continua unión con él; todo cuanto le pido para mi aventajamiento espiritual se me concede. Se complace en obtenerme sus atractivos, su gracia, sobre todo su amor al Padre celestial, al Verbo encarnado y un ardiente deseo de conformarme cada instante a su divina Imagen.”

“¡Yo tengo una inmensa confianza en la intercesión del amado y santo Padre Abad, pues me ha dado tantas pruebas de su paternal y poderosa protección! Desde arriba, continúa teniendo profunda influencia en mi vida espiritual. Estas gracias intensas no se pueden expresar, pero yo os puedo asegurar que en momentos de prueba, cuando mi alma estaba llena de angustia, me sentía realmente ayudada por él” (1938).

“Yo soy mimada por Dom Marmion, como verdadera hija suya, escribe una muy atribulada madre de familia. No ceso

de buscar en la lectura de *La unión con Dios* las luces que tanto necesito para ayudarme a sufrir... ¡Dom Marmion hace nacer tal paz en el alma y el corazón!" (1938).

"Podemos llamar en verdad a Dom Marmion nuestro Padre, porque es en verdad el padre de nuestras almas. Es en sus escritos donde todos vamos a buscar nuestro alimento, nuestra fuerza, nuestro ardor para elevarnos y unirnos a Dios. ¡Cómo debe ser glorificado allí arriba por el bien inmenso que obra en las almas y por la gloria tributada incesantemente a la Santa Trinidad gracias a sus obras tan sublimes y divinas! En el cielo debe experimentar nuestro reconocimiento. ¡Pueda esta merecer de su parte nuevos beneficios, y una unión más intensa con las tres divinas Personas!" (Enero 1939).

"Desde hace años, Dom Columba se ha convertido para mí en "director celestial". Cuando la vida se hace demasiado pesada, y el cielo parece sordo a mis plegarias, no tengo más que abrir uno de sus libros—sobre todo *La unión con Dios* para hallar respuesta a todo. En cierta manera, ha sido "mi maestro de oración", que con frecuencia la hacemos juntos en las horas de sequedad. Así, pues, mi reconocimiento es grande hacia este santo tan humano, tan asequible" (Marzo 1939).

"Hago conocer a Dom Marmion cuanto me es posible. ¡Es a la vez tan dogmático y tan simple! Además, uno experimenta en él cierta paternidad espiritual en que se apoya. El sabe dar pruebas de esta paternidad" (7 Abril 1939).

"...¡Dom Marmion es, en verdad, el Padre de mi alma! ¡Cuántos actos de amor me han hecho hacer sus libros! ¡Cuánta luz no esparce siempre su doctrina sustanciosa, tan elevada, y, por otra parte, tan asimilable, que uno se siente dispuesto a vivirla!" (12 Mayo 1939).

"Dom Marmion deja en mi alma una impresión de paternidad que no puedo definir. Me gusta invocarle y vivir en contacto sobrenatural con él, como con un padre espiritual que se ha conocido y amado" (8 Junio 1939).

"Por mi parte, yo no hallo en sus libros sino lo que ya sabía. Es así como disfruto de Dom Marmion.

Como un Padre, me dice: "sí" a muchas cosas, y este "sí" es luz preciosa. Además, en las horas que sin él serían oscuras, él me repite, me recuerda lo que yo quiero vivir; me ayuda a través de las alternativas de sol y sombra a conservarme en el mismo horizonte sobrenatural."

Citemos, finalmente, este testigo tan reciente (Abril 1941) donde se expresa con placer el profundo sentimiento producido en ciertas almas por el contacto con la doctrina columbiana; más aún que los testigos que preceden, éste demuestra que no se trata ya de una simple influencia de autor al lector, de maestro al discípulo, sino de una realidad de orden sobrenatural en la que interviene la acción del Espíritu.

"Por el alma que lee a Dom Marmion, se experimenta casi la impresión de una presencia amada muy cercana, como sería la de una persona muy amada que estuviera cerca de vos en una habitación oscura, — sin verla, uno *sabe* que está allí. Se produce un contacto de alma, y recorriendo — no, la palabra no es justa, — a pesar de la incorrección del término: *rezando* sus líneas, es una voz amada que os habla, de alguien que se ama y que se inclina hacia vos para ayudaros, para levantaros, para atraeros, en fin, algo único, que sobrepasa todo análisis, pero que *da Dios*."

Tres cartas

Testimonio de una joven desconocida, pero que expresa maravillosamente la acción profunda y persistente de Dom Marmion en un alma. Las dos primeras cartas fueron escritas en un intervalo de pocos días; la tercera un año más tarde y nos confirma lo de las dos precedentes. Nos abstendremos de comentarlas: su sinceridad las hace bastante claras.

Los diversos elementos de la obra bienhechora de la doctrina columbiana, destacados en los precedentes testi-

monios, se hallan compilados. Aquí se observan con toda su viveza en un caso concreto y tópico. En este sentido, el valor demostrativo de estas cartas es toal (1).

I

“No es precisamente la narración de una conversión estrepitosa la que voy a hacer, sino más bien satisfacer una deuda de agradecimiento a Dom Marmion por todo el bien que me ha hecho y continúa haciéndome.

En el mes de... de 193... caí enferma. “Descanso completo” dictaminó el Doctor. — “¡Cómo! Pasar todo el día encerrada en casa, sin hacer nada... ¡No! ¡Jamás!”

Yo mostré claramente que no estaba dispuesta seguir a Nuestro Señor, recibiendo esta prueba como una incrédula. Poco después, me aconsejó mi confesor hiciera la oración siguiendo *La unión con Dios* de Dom Marmion. Pronto, me calmé; las horas se me pasaban más aprisa; el descanso se convertía en mi “trabajo”. No he abandonado ya más este libro tan precioso, al cual he añadido *Un maestro de la vida espiritual, Jesucristo vida del alma, Sponsa Verbi*.

Heme aquí en el presente... después de meses de estar en cama; sin embargo, jamás he sido tan feliz, tan tranquila, con gran extrañeza de todo el mundo. Y es porque desconocen el tesoro que he hallado.

“Para vos, jamás habrá paz sino en el abandono completo de vos misma en manos de vuestro Padre celestial... Dios os hará conocer su voluntad en el momento preciso; decidle: Yo quiero ser toda vuestra, pero a vuestra manera... Jesucristo no quiere vuestras obras; lo que quiere es a vos misma, y no aceptará otro don... Cuando uno se da completamente a Nuestro Señor, se le hace gran ofensa turbándose por cualquier cosa”...

¡Cuántas veces estas pocas frases de Dom Marmion me han salvado del naufragio! No, yo no quiero hacer esta injuria a Jesús. Por fin, he comprendido que esta enfermedad era para mí, más que una prueba, una gracia, y que una sola cosa, bien realizable, importaba: nuestra santificación

(1) Las palabras en *curstus* han sido subrayadas por la autora de estas cartas.

en Cristo para gloria de Dios. Fin de mes, yo seguía mejor; retrocedí un poco, pero Dom Columba velaba.. Si todo sigue normalmente, estaré casi del todo bien en... meses: ¿preferirá Jesús prolongar mi inacción? ¿Qué importa? Todo cuanto le pido, por intercesión de Dom Marmion, es que haga de mí una santa, *cueste lo que cueste*. Cuando hay algo que no va como yo quisiera, o si el porvenir me inquieta, cierro los ojos y digo seguidamente: "Sí, Dios mío, conviene absolutamente que hagáis de mí una santa, y por eso lo acepto "todo", luego dejo que haga.

En esta atmósfera de paz, de santidad, a la cual nos guían la simplicidad y bondad del Padre Abad, se ha obrado un verdadero cambio en mí.

Yo le ruego me ayude a lograr esta santidad que Dios espera de mí, por estrecho que sea el camino que allí lleve."

II

... "Esta gran gracia que Dom Marmion me ha obtenido es verdaderamente una prueba de bondad y de su amor a las almas. Fué él quien se adelantó, porque yo no le había invocado aún. Cada uno tiene sus devociones particulares; yo no tenía ninguna, ni las buscaba. Dios me ha mostrado claramente que tengo en el cielo un poderoso intercesor, un Padre lleno de bondad y solícito de mí. Ahora le invoco con gran confianza, pero en el sentido que él mismo me ha indicado anticipadamente.

Mi director me escribía un día: "Cuando hayáis agotado el pensamiento de Dom Marmion...", pero cuanto más se lee y más se penetra, más se vive su doctrina, y menos se agota. Al contrario, uno halla siempre algo nuevo adaptado a las necesidades del momento...

El año pasado, yo escogía como divisa: "Todo por El sólo", — y bajo la guía de Dom Marmion me esfuerzo en vivirla cada día más plenamente. Es la razón por la que puede usar de mi carta como mejor le plazca..."

III

"Hace un año le escribía para decirle qué auxilio había sido para mí Dom Marmion. Desde los comienzos de mi en-

fermedad, en..., no me he servido de otros libros que los suyos, para mi oración, y no siento necesidad de cambiarlos, pues me satisfacen plenamente. He hecho un pequeño retiro en el que por cuarta vez he escogido *Sponsa Verbi*, y siempre he descubirto nuevas cosas. Así he leído y releído, meditado todas las obras y la "Vida" de Dom Marmion, pero, si quisiera escoger de entre todas ellas, mis preferencias serían para *La unión con Dios*. Si, por cualquier motivo, algún día me viera obligada a desprenderme de muchas cosas, no me separaría de este libro que tan bien conozco, que he llenado de señales en tinta y lápiz, y del cual saco materia con frecuencia para mí y para los demás.

Actualmente, leo *Jesucristo, ideal del monje*. Lo que más me ha gustado hasta ahora, es la explicación que da Dom Marmion del "*Justus ex fide vivit*", donde hace notar que San Pablo no ha dicho *cum fide*. Esta distinción me ha explicado muchos caracteres de mi vida interior; sí, es esto; yo vivo con fe, y no de la fe... En mi libro de oración he puesto la stampa que me lleva el texto: "Cuando uno se da enteramente a Nuestro Señor..."; así lo leo cada día, y ésto me ayuda siempre mucho.

De este contacto prolongado con la doctrina de Dom Marmion, me llevo una impresión de simplicidad, de claridad, de limpidez extraordinaria: sólo basta santificarse, lo demás nada vale sino en la medida de nuestra santificación. Así, digo con frecuencia a Dios: "Yo quiero llegar a ser santa cueste lo que cueste, no importa a qué precio, para eso lo acepto *todo*, tomadlo como queráis"... luego, cierro los ojos a las consecuencias.

Por nada del mundo cambiaría yo esta enfermedad tan mal empezada y que, a pesar de eso, tantas gracias me ha traído. Veo ahora las cosas de manera muy diversa y quisiera que siempre fuera así. Pero me doy cuenta de que no he cambiado y que con las fuerzas vuelven de nuevo los defectos... Tengo solamente una deuda mayor con Cristo... Dom Marmion me ha hecho *ver* qué camino debía tomar y lo que debía hacer. Jesús me ha colmado de gracias. Yo debo trabajar ahora con El para gloria del Padre. En suma, creo que he vuelto al punto de partida con una base más sólida: un abandono ciego y confiado al beneplácito divino. No quiero decir que la realización me sea siempre fácil...

¿Qué es lo que el Señor no tiene derecho a esperar de mí, después que me ha animado tanto? ¡Gracias a que no nos descubre nuestros defectos, sino poquito a poco!... Pero, de ésto tampoco quiero turbarme para no hacerle injuria, El me ayudará cuando convenga.

Creo que también Nuestro Señor exige de mí 'el abandono completo en manos del Padre celestial, como testimonio de mi confianza y de mi amor..."

"Hay que santificarse. Lo demás sólo importa en la medida de nuestra santificación... El justo vive de la fe... en el abandono completo en manos del Padre celestial, como testimonio de confianza y amor"...

Es toda la enseñanza que se desprende, en rasgos de fuego, de la vida y de las obras de Dom Marmon. ¿Y no es motivo de alegría y esperanza el ver almas que, viviendo en el mundo, comprenden y procuran practicar doctrina tan elevada de un tal maestro?

En tiempo de guerra

En primer lugar, citemos este testimonio de un religioso de España que preso de "los rojos", fué obligado durante la guerra civil a servir en una "Brigada de Sanidad":

"Cuando, estando aún en zona roja, le escribí pidiéndole la *Vida* de Dom Marmon, creí, viendo que tardaba tanto en recibirle, que el precioso libro había sido detenido por los rojos; pero, gracias a Dios, no fué así, pues lo recibí el 24 de Diciembre de 1938, como un obsequio del Padre celestial, la víspera del Nacimiento de su Hijo.

Ahora estoy en la España liberada. Cuando me pasé del frente rojo al frente nacional, el único objeto que pude llevar conmigo fué su libro.

No sé cómo decirle el servicio que me ha prestado la *Vida* de Dom Marmon, cuando, en la soledad espiritual de los campos de batalla rojos y ateos, sacaba de allí luz y fuerza.

Sólo el recuerdo de Dom Marmion me animaba, y me daba ánimo para mantenerme en el ideal de nuestra vida" (Enero 1939).

La otra guerra, ésta en la que estamos metidos, nos ha proporcionado muchas pruebas de la protección de Dom Marmion para sus fieles "clientes", pero nos limitamos a tus testimonios que muestran hasta qué punto, en una prueba trágica, la doctrina de Dom Marmion es fuente de luz y fuerza. El primer testimonio es de un seminarista francés en el momento de su movilización, el segundo, de una religiosa; el tercero está firmado por una persona que vive en el mundo.

"Ya sabe, fué Dom Marmion quien me hizo descubrir el camino del seminario, quien me preparó para el gran día de mi subdiaconado. Con él, pues, quiero iniciarme en el misterio de la cruz. En el momento de partir, cuando de mi biblioteca he tenido que escoger los amigos con los que debía marcharme al encuentro de la voluntad del Señor, fueron los libros de Dom Marmion los que puse en la maleta, sin olvidarme de poner en la cartera la preciosa reliquia que tan amablemente me envió. Ruegue para que ponga en práctica este abandono alegre a la voluntad del Padre, que es la característica de la piedad "columbiana" (Septiembre, 1939).

"He aquí la guerra con todas sus tristezas, sus angustias... En cuanto a mí, yo pienso en las palabras de mi querido Dom Marmion: "Cuando uno se ha entregado completamente a Nuestro Señor, le hace gran injuria turbándose por cualquier cosa" y me esfuerzo en practicarlo... Pienso que éste precisamente o ninguno, es el momento para practicar el abandono de que nuestro amado Padre ha hablado tan bien. Este capítulo del "Ideal del Monje" es uno de los que yo prefiero, y que me ha hecho mucho bien... Que desde el cielo Dom Marmion me obtenga la gracia de no desaprovechar todas las ocasiones que el Señor me envía ahora para unirme a El y glorificarle, cumpliendo siempre su santa voluntad" (Octubre 1939).

"...Yo confío a Dom Marmion mis angustias, mis perplejidades, mis dificultades muy persistentes y agudas... Cada día se me presenta más como el *servus misericordiae*, verdadero servidor del Padre de las misericordias. ¿No es precisamente uno de los aspectos sobresalientes de su misión: esparcir la misericordia?

Por esto, yo le confío absolutamente mis más crueles sufrimientos, y me parece que me comunica parte de su inquebrantable confianza en los méritos infinitos de Cristo y en su misericordia, mayor que todo mal. En medio de la tormenta, sólo queda el hilo de oro de lo alto que nos sostiene, y no dudo, es la mano de Dom Marmion quien me tiende este hilo..." (Abril 1940).

ORACION

para obtener gracias por intercesión de

DOM COLUMBA MARMION

Oh Jesús, que habéis concedido tantas luces a vuestro servidor Columba sobre vuestra divinidad y las riquezas de la gracia de adopción, dignaos aceptar favorablemente las plegarias que os dirigimos por su intercesión; concedernos sobre todo el mismo ardor de fe, a fin de que nosotros también, confiados completamente en vuestros méritos infinitos y viviendo como hijos de Dios, podamos, por un amor humilde y generosamente fiel, llegar a la eterna alegría en el Seno del Padre. Así sea.

ORACION

para obtener la glorificación de

DOM COLUMBA MARMION

Oh Jesús, que habéis colmado de abundantes luces sobre vuestra divinidad y sobre las riquezas de adopción a vuestro servidor Columba, dignaos, os suplicamos, servirnos de sus escritos para atraer gran número de almas al conocimiento y al amor de vuestra sagrada Persona, y, si es vuestro beneplácito, elevarle asimismo a los honores de la beatificación, a fin de que se recurra más y más a su intercesión, y se aprenda, a ejemplo suyo, a entregarse humilde y generosamente a vuestro divino servicio.

Vos que vivís y reináis con Dios Padre en unión del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Así sea.

Las personas que reciban gracias atribuidas a Don Marmion, sirvanse comunicarlo a Dom R. Thibaut, Abbaye de Maredsous (Provincia de Namur — Belgique), o bien al traductor de esta obra *Monasterio de Montserrat* (Provincia de Barcelona — España). En la Abadía de Maredsous se dan fragmentos de una cogulla del gran Abad.

INDICE DE MATERIAS

I. — CRISTO JESUS EN SU OBRA REDENTORA

	<u>Págs.</u>
A. — La persona de Cristo.	
1. — El lugar de Cristo en la economía del plan divino	23
2. — Cristo es constituido nuestro Pontífice y nuestro Mediador desde su Encarnación	27
3. — El nombre de "Jesucristo" declara su misión y caracteriza su obra	30
B. — La obra redentora de Cristo.	
1. — Cómo desde su entrada en este mundo Jesucristo inaugura su sacrificio	34
2. — Grandeza y fecundidad de la vida oculta de Cristo	39
3. — El amor de Cristo a los hombres, sus hermanos, durante su vida pública	44
4. — La Pasión de Cristo, punto culminante de su obra redentora	51
5. — "Para que el mundo sepa que yo amo a mi Padre."	54
6. — "El me ha amado y se ha entregado por mí." ...	59
7. — "Se entregó, porque El mismo así lo quiso." ...	62
8. — Plenitud del sacrificio de Cristo	66
9. — Del Pretorio al Calvario	74

	<u>Págs.</u>
10. — Por su muerte, Cristo, nuestra cabeza, santifica la Iglesia, convertida en su cuerpo místico ...	92
11. — Continuidad del sacrificio de Cristo en el cielo.	99
12. — Asociación de la Virgen Maria a la obra redentora de su Hijo Jesús	103

II. — NUESTRA PARTICIPACION EN LA PASION DE CRISTO

A. — Necesidad de nuestra participación en los sufrimientos de Cristo	111
B. — Disposiciones indispensables del alma que quiere participar dignamente de la Pasión.	
1. — Paciencia silenciosa	118
2. — Amor generoso	126
3. — Abandono filial	133
C. — Medios para producir en nosotros las disposiciones internas.	
1. — La mirada a Cristo sufriente	151
2. — La oración	158
3. — Ofrecerse al Padre con Cristo inmolado sobre el altar	164
4. — Unirse a Cristo por la comunión eucarística	171

III. — DE LA MISERIA HUMANA Y DE ALGUNAS FORMAS DE PRUEBA Y SUFRIMIENTO

1. — Miseria humana y misericordia divina	181
2. — Cristo, tomando sobre si nuestras miserias, se ha convertido en el gran miserable	186

	<u>Págs.</u>
3. — Para que habite en mí la fuerza de Cristo ...	191
4. — La enfermedad	200
5. — La tentación	204
6. — Dificultades y pruebas en el cumplimiento de los deberes de estado	216
7. — Humillaciones	222
8. — Pruebas interiores	226

IV. — FECUNDIDAD DEL SUFRIMIENTO ACEPTADO CRISTIANAMENTE

1. — El cristianismo, doctrina de vida	235
2. — El sufrimiento purifica y desprende el alma ...	239
3. — La sumisión a Dios en el sufrimiento, fuente de paz	241
4. — La aceptación cristiana del sufrimiento honra a Dios, atrae su gracia sobre el alma y sobre la Iglesia, cuerpo místico de Cristo	243

V. — DE CARA A LA MUERTE, PRUEBBA SUPREMA 249

VI. — NUESTRA PARTICIPACION EN LA GLORIA ETERNA DE CRISTO

1. — A la pasión de Jesús sigue su glorificación	259
2. — Extensión de nuestra glorificación	263
3. — Medida de nuestra felicidad eterna	265
4. — La resurrección del cuerpo	270
5. — Exhortación final	272
<i>Suplemento:</i> Algunos testimonios	275

